

N. R. GONZÁLEZ MAZZORANA

A painting depicting a futuristic, yellow and white boat with two large yellow propellers moving down a river. The river is surrounded by lush green vegetation, including palm trees and large leaves. In the background, a large, flat-topped mountain is visible, partially shrouded in mist. A waterfall cascades down the mountain. The overall atmosphere is misty and ethereal.

EN LA NEBLINA

AMAZONAS 2057

N. R. GONZÁLEZ MAZZORANA

EN LA NEBLINA

AMAZONAS 2057

COLECCION



Nº 23

DEDICATORIA

A mi esposa Esperanza

A mis hijas:
Nicia-María Auxiliadora,
Gabriela José,
María Isabel
y Ana-María Alejandra

A mis nietos Henry Sebastián
y Hubert Alejandro

MI AGRADECIMIENTO

A los amigos que, mediante sus aportaciones, me permitieron consumir esta obra:

Arsenio Alcalá
Luis Enrique Silva
Pedro R. Núñez
P. José Bortoli
P. Ramón Iribertegui
y Ricardo López

PRESENTACIÓN

“En la Neblina” el Autor gesta la trama, elucubra en la mente y después plasma en el papel personajes, hechos, contingencias sincrónicas, siglas correspondientes a instituciones u organismos que van saliendo a nivel nacional e internacional... que no llamarían mayormente la atención si la novela se leyera como un conjunto de historias contemporáneas al lector.

Pero lo interesante es que “En la Neblina” N. R. González Mazzorana describe una entelequia, un sueño irreal o tal vez un deseo subliminal incontrolado de que aquella realidad inexistente se hiciera presente para el año 2058, con las terribles consecuencias de no tomar en cuenta sus advertencias.

Por otra parte, el autor, angustiado por las dificultades que en este nuestro Estado Amazonas sufre cualquiera que quiera dar a luz pública o publicar su trabajo creativo, ve cómo pasa el tiempo y los hechos y la historia cabalgan de tal prisa que la realidad va fagocitando los sueños, las tramas y los personajes, robándoles la originalidad concebida por el autor.

Lo visionario, lo irreal, lo futurista que el autor había inventado, en pocos años se ha transformado en lo real, lo palpable, lo presente. El futuro nos persigue y atropella. No hemos asimilado un aprendizaje o una tecnología y ya nos llueven 100 más...

Si Julio Verne al soñar y describir sus proféticos viajes interplanetarios o al centro de la tierra se hubiera topado con esta velocidad y cabalgamiento de nuestro tiempo, no hubiera tenido el éxito que tuvo. La realidad despótica hubiera descalabrado su fantasía creadora.

“En la Neblina” se presenta un ejemplo de cómo un Autor logra driblar en peripecias serpentinas los obstáculos que surgen continuamente entre lo real y lo ficticio, entre lo actual y lo futurista, entre la entelequia y la cruda realidad. ¿Adivino...? ¿Profeta...? ¿Visionario...? ¿Virtual...? Al Autor de “En la Neblina” se le pueden atribuir cualquiera de estos vocablos.

Esperamos que, así como los sueños de “En la Neblina” fueron perseguidos por la actualidad, el sueño de las publicaciones amazonenses, prontas y asequibles al público, algún día sean superadas también por una realidad que aún no acaba de alumbrar...

Ramón Iribertegui

AÑO 2057

Hace mucho tiempo, a la región sur de Venezuela se le denominaba Territorio Federal Amazonas; el último día del año 1992 fue elevada a la categoría de Estado, y en esa condición se mantuvo durante sesenta años. A partir de entonces, por motivos de las diferencias de desarrollo económico, social y político, el Estado fue dividido por la administración pública, mediante referendo, en dos entidades: el Estado Orinoco con capital Puerto Ayacucho y la Región Amazonas con capital Villa Esmeralda.

Al aplicar su estrategia política en la región, desde el inicio de la década de los cuarenta del siglo XXI, las autoridades se abocan a desarrollar planes extraordinarios para la protección del ambiente y conservación de la biodiversidad, cuando la contaminación ambiental del sistema hidrográfico, particularmente, había llegado a un estado crítico debido, entre otras causas, a que, tradicionalmente, los centros poblados fueron, geográficamente, ubicados a lo largo de las franjas ribereñas de los principales ríos navegables. Se empeñan en consolidar novedosos sistemas administrativos en pos de asegurar un desarrollo endógeno y sostenible, en armonía con el medio ambiente, basado en la explotación de recursos naturales y el desarrollo de la industria etnobotánica, la conservación y comercialización del agua, la explotación minera y el turismo. Todos estos proyectos se enmarcan dentro del plan global adoptado por las naciones amazónicas, como parte de un sistema de integración, que se concretó cuando estos países abandonaron el aislacionismo nacionalista, dando origen a la creación de la Confederación de Repúblicas Amazónicas.

El Estado Orinoco aventaja a la Región Amazonas, tanto en población como en desarrollo, lo cual había sido una de las causas de la división territorial del anterior Estado Amazonas; sin embargo, no compiten por ello, pues cada entidad ha entendido su rol, vocación y destino; pero ambas se abocan a fortalecer las relaciones comerciales con las naciones integrantes de la confederación: Colombia, Brasil, Perú, Bolivia, Ecuador, Guyana, Surinam y Guayana francesa. Tal como ocurre en toda América Latina, ambas entidades atraviesan una época de crecimiento poblacional, asociado a un desarrollo social y económico apuntalado por el aprovechamiento de los

recursos naturales y la inserción dentro de los planes de un desarrollo sostenible y protección de la biodiversidad. En tanto que las naciones desarrolladas presentan un proceso de estancamiento, por la escasa fecundidad que se aprecia en la población de esos países y también a causa del deterioro ambiental.

Dentro de este contexto, el desarrollo urbanístico de Puerto Ayacucho se ha desplegado desordenadamente hacia el norte, desde el antiguo sitio de Atures hasta el gran puerto Arévalo Cedeño, de intensa actividad de comercio binacional. Muy cerca de allí se tiende el quinto puente sobre el Orinoco que, por su cercanía al hito fronterizo, entrelaza a los dos países limítrofes beneficiando el apogeo comercial y tecnológico; ello ocurrió luego de haberse impuesto el ámbito urbano sobre el rural. La influencia política, geográfica y económica de esta capital se expande hasta los confines del Río Suapure, agregándosele la población de Los Pijiguaos.

La estirada macrocefalia con que se ha desarrollado la ciudad capital, constituye un obstáculo a los planes de ocupación armónica del espacio del Estado Orinoco, que abarca los antiguos municipios Atures, Autana, Atabapo y Manapiare. Al recorrer la alargada extensión de esta conurbación, entrelazada originalmente por el Río Orinoco y actualmente por la autopista y un moderno ferrocarril, se pueden observar los contrastes arquitectónicos y urbanísticos entre el conjunto de chozas primitivas de bahareque y palma, habitadas por los indígenas, que rodea los modernos edificios de concreto, acero y plástico contruidos por las instituciones oficiales. Este dislate se está tratando de evitar en la Región Amazonas, con el desarrollo de ciudades comunitarias de producción endógena, con límite de crecimiento demográfico.

Por otra parte, la moderna ciudad Villa Esmeralda, se desarrolla bajo los lineamientos de una planificación urbana actualizada en los conceptos de la biodiversidad y el cambio climático; su vocación turística será fortalecida con la implantación de una base aeroespacial cuyos orígenes datan del año 2000, cuya construcción se ha postergado hasta los tiempos actuales. Desde allí despegará una nave espacial en un recorrido turístico hacia la Estación Espacial Internacional. Así mismo, próximamente se conectará con el interior y exterior del país a través de una red ferroviaria, lo cual consolida su posición como centro de decisión regional, sin llegar a absorber la población de los demás centros poblados ni restarle importancia.

A pesar de toda la aparente pujanza, persisten en la región dos escollos por superar. El primero se refiere a la sub utilización de la tecnología avanzada, pues, en la práctica, no es debidamente utilizada, debido sobre todo a la falta de entendimiento de su manejo tanto por parte de técnicos como por los usuarios, acostumbrados al consumismo por tradición y no a la productividad. Las fallas eléctricas y comunicacionales son muy comunes y generalmente esta situación causa estragos en el desenvolvimiento de las actividades cotidianas. En otras palabras, la cultura popular está distante, rezagada con respecto al tecnicismo. El segundo tiene que ver con el conflicto armado que ha azotado a la región desde hace mucho tiempo y estuvo

a punto de terminar a finales del año 2058, con la derrota militar de las fuerzas separatistas y el triunfo de las fuerzas del gobierno. Sin embargo, luego de unos meses de tregua, continuó el enfrentamiento, pues las causas originarias de la conflagración fueron reavivadas. En tal situación, la población se ha acostumbrado a una forma de vida angustiosa y se atiene a la relativa seguridad que ofrece el sistema, durante y después de los violentos acontecimientos que han venido ocurriendo en la región. El conflicto tuvo su origen en problemas étnicos atávicos y estaba propulsado por intereses de las multinacionales imperialistas, ávidas por controlar las inmensas riquezas que, desde hacía tres décadas, habían comenzado a explotarse en la Región Amazonas, bajo un régimen de control sobre el recalentamiento planetario. Esta injerencia imperialista encontró apoyo en algunos líderes regionales, legatarios de las antiguas guerrillas colombianas.

* * *

Como secuela de aquella contienda, el 26 de julio del año 2060 al mediodía, ocurre un reencuentro de algunos de sus protagonistas. Se trata de los familiares y amigos del difunto Oliver Tapo, eminente antropólogo, escritor y profesor de Historia Regional y Ciencias Naturales y, entre otros cargos, Administrador Público Comunal de La Esmeralda.

Frente al portal del hotel Marawaka, debidamente resguardado por las fuerzas de seguridad, bajan de los vehículos: Keyla Mirelles, la viuda, acompañada por su novio y sus tres hijas; Narda, hija del profesor acompañada del mayor Bretanio Asisa; los colegas del Instituto Amazónico del Medio Ambiente y la Biodiversidad: licenciada Naysa Cayupare y el arquitecto Tito Mirelles; el ingeniero Nixon Choke y el práctico Flaviano Yawari, además de otros amigos del difunto. Vienen desde el Centro Comunal de la ciudad, donde asistieron a un acto religioso conmemorativo de la muerte del profesor Tapo, ocurrida en misteriosas circunstancias hacía exactamente un año, en la ciudad Pucallpa, República Bolivariana del Perú.

El grupo se dirige al salón de espera, mientras el mayor Asisa va a la recepción.

— Señorita, ¿me podría informar, por favor, si el licenciado Agapio Yarumare se encuentra acá? — pregunta a la recepcionista.

— Espere un momento señor, por favor — dice la joven y enseguida comienza a revisar la agenda digital. Luego agrega — Sí, señor; el licenciado los está esperando en el salón La Cascada.

Bretanio Asisa se reúne con el grupo en el salón de espera y desde ahí se dirigen a la estación del funicular, suben hasta media altura del Duida-Marawaka y desde ese terminal caminan hasta el gran salón La Cascada, uno de los ambientes para reuniones y festejos especiales del restaurante del hotel, enclavado a más de mil metros de altura entre las oquedades del borde sureste de la gigantesca mole granítica. El salón tiene

un ambiente moderno y espectacular: Hace tiempo se denominaba VIP a este tipo de lugar, pero actualmente el término y su uso están relegados, pues su acceso es popular. Su atracción principal lo constituye el escenario panorámico: hacia el sur, ofrece la magnífica vista de la ciudad y al contorno, se extiende el panorama conformado por selvas, ríos y montañas del parque nacional Parima-Tapirapécó; hacia el lado opuesto del salón, se puede contemplar, a través de un gran ventanal, la ostentosa cortina de agua espumosa, de unos veinte metros de ancho, que se desprende desde lo alto y se desplaza entre el vitral y el fondo rocoso de complicadas formaciones naturales y vegetación exótica. De vez en cuando se puede observar, a través del cristal, el desplazamiento displicente de culebras de agua y otros reptiles. La cascada artificial funciona por la energía obtenida a través de una estación hidroeléctrica, que abastece toda la ciudad.

El licenciado Agapio Yarumare asistió también a los actos religiosos en memoria del profesor Tapo, pero, habiéndose adelantado, ha estado esperando a la comitiva desde hace media hora en un extremo del salón, donde han dispuesto una mesa larga con características de banquete. Al notar la presencia de sus amigos se aproxima a recibirlos. También muchos comensales relacionados con la política y la actividad empresarial se acercan a saludar a la administradora pública comunal, Keyla Mirelles. Después, los deudos del profesor Tapo, se ubican según sus preferencias alrededor de la mesa.

Agapio Yarumare, con un libro en la mano, solicita la atención de todos, subiendo el tono de su voz. A continuación, cuando se impuso el silencio, prosigue en un tono firme y normal. Explica los detalles del contenido del libro sin recurrir a una guía, pues se dedicó a su elaboración durante casi un año. Manifiesta que ha tratado de mantener el relato original del profesor Tapo, cuidando de no tergiversar su estilo, que únicamente ha cambiado los nombres de las personas mencionadas en el diario, para proteger sus privacidades...

— No es necesario que nos explique —interviene Keyla, interrumpiendo la exposición de Agapio y deja a Narda con la palabra en la boca—. Me parece que has logrado un trabajo magnífico y será un verdadero homenaje a la memoria de Oliver; estoy segura que él estaría orgulloso de tu labor.

— No estoy totalmente de acuerdo —irrumpe Narda—. Mi padre nunca pretendió ser novelista, hubiera preferido que se hubiera escrito un diario con sus observaciones científicas; pero no. De todo el valioso legado, usted, y me perdona la expresión, licenciado, ha escrito sólo una novela de aventuras, un mamotreto...

— Un momento, por favor, vamos a calmarnos —interviene el mayor Asisa, en tono mesurado—, no se trata de un juicio, sino de aceptar, enmendar o rechazar el trabajo que, con cariño y tesón, ha dedicado el licenciado a un inolvidable amigo. Entiendo que Agapio seleccionó la trama de la novela basándose en las grabaciones del profesor sólo durante sus actividades como director del IAMAB, donde se

conocieron y laboraron juntos. Así mismo, deduzco que Agapio tuvo la libertad de seleccionar el tema de la obra y estaba autorizado por los familiares del profesor...

— Sí, pero no nos explicó cuál era el alcance...

— Disculpa, cariño — le dice Bretanio a su esposa Narda —, déjame terminar: Agapio no realizó un trabajo por encargo, fue su propia iniciativa que lo llevó a escribir la obra...

— Por favor Bret — interviene Agapio, ya impaciente — déjenme explicarles.

Bret, con un gesto, cede la palabra al licenciado.

— Narda tiene razón, pero olvida que la meticulosidad de su padre lo llevó a tomar notas de todo su trabajo profesional, apuntes de una extensión tal que deberían condensarse en una decena de volúmenes. Para solventar su exigencia, sería necesario contratar un equipo multidisciplinario para revisar esos apuntes y crónicas. Yo tan solo me inspiré, para realizar esta compilación, en sus anotaciones grabadas durante los últimos dos años de vida: el 58 y comienzos del 59. Todo grabado en su inseparable computadora, que tuvo la gentileza de prestarme la señora Keyla. Pude haber compilado otros temas y en otro género literario, es cierto, pero sólo me comprometí con una trama que parcialmente viví, así como la vivieron todos ustedes; sin olvidar a Cheng, Akiwë y, por supuesto, a Yorley que aún se recupera en el sanatorio mental. De los asuntos que grabó en años anteriores, ¿por qué no? de pronto la musa me inspira para escribir otra obra que, si Narda no tiene objeción — dijo sarcásticamente —abarcará su época juvenil; esa maravillosa etapa que Oliver disfrutó recorriendo los montes y navegando los ríos, en temporada de vacaciones; apuntes a los que, por cierto, no escapan trances de emocionante acción, que tuvo durante cierta época de su vida. He leído todas las extraordinarias obras del profesor. Son investigaciones sobre etnología, geografía y ecología de toda la región Amazónica, fruto de sus meticulosas investigaciones, apuntes y análisis, al haber recorrido, todos los poblados, ríos y caños navegables de la región, en los cuales no cabe un ápice de carácter novelesco. Ese material constituye una maravillosa obra que muchos hemos leído y es un texto obligatorio para los estudiantes. Sin embargo, se reservó la publicación de toda su vivencia aventurera, llena de riesgos y misterios que son intrínsecos de la selva. Pero están allí, en la computadora. Y no se diga del empeño, casi obsesivo, que tuvo por los misterios de las ciudades perdidas, compartida únicamente con el doctor Cheng que, a la postre, los condujo a la muerte. En fin, estoy persuadido y he llegado a la conclusión de que, el profesor Oliver Tapo, estaba destinando la fase final de su minucioso trabajo, para escribir su obra novelada o su biografía, porque material tenía de sobra. Por eso no tengo duda en decir y lo digo con orgullo, que, con este trabajo de compilación, rindo un homenaje a mi profesor y entrañable amigo Oliver Tapo.

Los gestos de asentimiento se dibujan en el rostro de todos y un murmullo aprobatorio llena el ambiente.

— Gracias Agapio ¡perdóname! — exclama Narda abrazando al compilador y, gimoteando, agrega —: perdóname, ¿sí? No debí decir eso, estaba confundida.

— No te preocupes — dice Agapio —. Nuestros padres a veces se reservan cosas que pueden llegar a sorprendernos, pero no porque ellos no hayan tenido interés, sino porque nosotros, los hijos, no los tomamos en cuenta.

— Gracias Agapio — repite Narda arreglándose su pelo rubio ensortijado—, ahora entiendo, tienes todo mi consentimiento para publicar; es más, te financiaremos la edición.

Todos aplauden y aprueban las palabras de Narda; luego continúan los abrazos y las felicitaciones para Agapio, mientras se acercaba el mesonero con las copas para el tradicional brindis. Cuando disminuye el jolgorio, Narda se acerca a Agapio para mostrarle algunas anotaciones que había hecho en su facsímil del libro. Agapio lo hojea, muy interesado, y le promete revisarlas.

— De veras, creo que tú eres la persona apropiada para prologar el libro. Eres la única que lo revisó a fondo.

— Si tú lo crees, con mucho gusto lo haré — dice Narda y agrega emocionada — y, en cuanto al título, ¿cuál seleccionaste finalmente?

— “En La Neblina”.

* * *

En su afán por aclarar los hechos, muy dudosos y cada vez más intrincados, después de haberse enterado de las increíbles noticias provenientes de Pucallpa, Agapio Yarumare había regresado, una vez más, al cerro La Neblina, al sitio exacto donde desaparecieron el profesor Oliver Tapo y el doctor Cheng Shek, pero esta vez llevó consigo un equipo sofisticado de búsqueda y detección de elementos esotéricos. Excavaron en varias partes; sin embargo, no encontraron ni rastro de los desaparecidos ni de alguna otra cosa que no fuesen casquillos de balas y obuses. Además viajó a Pucallpa en el Perú y allá solo pudo confirmar las noticias aparecidas en los medios.

Agapio también había recurrido a Yorley Asisa, indagó pacientemente, por horas, días tras días, pero todo fue en vano, pues la pobre Yorley vivía en un estado vegetativo, enajenada, en espera de una droga que le devolvería la memoria. La única frase coherente que había logrado obtener de ella en esa oportunidad fue algo así: “fuimos lejos, muy lejos... Odó’sha...con su Adekátó... nos llevó a Temendagui... nos llevaron a todos... por un túnel...era...como un remolino...bajo la tierra...en la Neblina...”

Tiempo después, Agapio recibió la noticia que la droga había llegado. Con su aplicación, Yorley recobró su salud mental pero también le provocó el olvido de la experiencia que le había causado el trauma.

Tres meses después de aquella reunión con los deudos del profesor Oliver Tapo en el hotel Marawaka, Agapio Yarumare estaba a punto de terminar su trabajo. Aquel día, amaneció lloviendo. Se levantó temprano pero decidió no salir a la calle. Después de desayunar, subió a su habitación en el sexto piso del hotel Mirador. Se acomodó frente a su desktop para terminar el trabajo pendiente y entregar los originales digitalizados al editor. Ya había completado los preliminares y terminado las correcciones finales del libro; sin embargo, por un momento se sintió tentado a complementar la obra con una especie de epílogo.

Leyó, una vez más, el comienzo del primer capítulo y por su mente cruzó el recuerdo de aquella llamada que había recibido del profesor Oliver Tapo para confirmarle el inicio del viaje que a la larga los conduciría a un tropel de aventuras y vicisitudes. Supuso que la habitación era, tal vez, la misma que había ocupado el profesor y comenzó a desmenuzar las ideas que utilizaría para epilogar la obra, mientras afuera el chubasco batía los vitrales. Y, a medida que repasaba las hojas, se convencía, cada vez más, que su intervención resultaba superflua. Finalmente optó por redactar un corto epílogo y anexar los recortes de prensa que habían reseñado la noticia sobre la extraña desaparición de Tapo y sus amigos.

Pasado el mediodía, escampó.

Navegábamos a bordo de un hidro-deslizador a vertiginosa velocidad sobre la superficie del río. El cielo nublado dejaba caer una llovizna pertinaz que no llegaba hasta nosotros, pues íbamos herméticamente protegidos dentro de la cabina aclimatada: a través de sus ventanas opacadas por el agua escurrida, solo se alcanzaba ver la sombra horizontal y monótona de la ribera del río desplazándose velozmente. De pronto, un ruido lejano, pero extraño, llamó nuestra atención. El sonido fue in crescendo hasta subrogar al de las turbinas de nuestra acuanave. Rápidamente guardé mi computadora portátil y me sume al resto de los compañeros, empeñados en escudriñar el origen de tal ruido. Se oía cada vez más y más fuerte. Era similar al de un avión y aparentemente provenía desde el norte, pero el techo del hidro-deslizador impedía la visión. De antuvión, todos quedamos atónitos, al momento que se oscureció el ambiente simultáneamente con un ruido ensordecedor. En ese instante vimos hacia la proa por las ventanillas, la enorme silueta gris del avión; fue una visión fugaz y sorprendente. Sentí que el calor de las llamas que desprendía uno de sus motores había traspasado nuestra carrocería y el humo negro nos envolvía. Me imaginé que nuestro practico Yawari, presintió, como yo, que la enorme nave caería justamente delante de nosotros y, por ende, cortó los motores. Sin impulso, la embarcación se balanceaba sobre las olas producidas por su propio desplazamiento; eso nos obligó a buscar apoyo instintivamente para evitar golpearnos unos con otros o caernos.

Sin perder la vista del cielo, apreciamos a la enorme nave trazar un potente y extenso rastro de fuego y humo negro arrojado por un reactor; se dirigía directamente hacia la orilla y, por la trayectoria que llevaba, chocaría contra la barrera de árboles, según me pareció. El capitán abrió las escotillas y salió a cubierta para observar mejor el suceso; aproveché para asomarme y vi la nave bajar, acercarse cada instante al ras de las copas de los árboles, como si fuese atraída por una fuerza superior a la gravedad; pero pasó sobre ellas, casi rozando y desapareció. Seguidamente, no sabría calcular el tiempo por el estado de expectación en que me encontraba, escuchamos el fenomenal y prolongado retumbe que fue disminuyendo hasta extinguirse.

Todos estábamos angustiados, en un tenso silencio interrumpido ocasionalmente por los sollozos de Naysa. Así pasaron minutos incontables hasta que la voz trémula del capitán Bret nos sacudió:

— ¡Yawari, busca un sitio para arrimar, vamos a socorrerlos! Sargento, comuníqueme con el CREDI de Villa Esmeralda... prepare el equipo de rescate y salvamento y lo distribuye entre todos.

Al recuperarme del pasmo, me asaltó el presentimiento de la presencia de mi querida hija en aquel avión. En el estado de conmoción en que me encontraba, momentáneamente no había relacionado a mi hija Narda con el fatídico suceso que acababa de ocurrir. Traté de convencerme que sólo era una conjetura pero tenía motivos, que ella misma me había dado, para pensar que ciertamente era un hecho su presencia en la nave siniestrada. Esto comenzó a afectarme terriblemente. Mi exasperación fue tal, que no pude contener un silencioso gimoteo. Naysa, naturalmente más detallista que los demás compañeros, se acercó y me abrazó. Su gesto me permitió desahogar sobre sus suaves hombros la apretada angustia que me atormentaba. Las palabras se me ahogaron de sentimiento y apenas pude susurrar: “Narda venía allí... Narda, mi hijita... Narda... ¡Mi hija!”

* * *

Hacía aproximadamente una década que no ocurría un accidente aéreo en la región Amazónica, bien sea por el perfeccionamiento de las aeronaves, o bien por la modernización de los sistemas de posicionamiento global, de los sistemas electromecánicos de navegación aérea que incluye la navegación Doppler, sistemas celestes automáticos y navegación inercial, según me había explicado el capitán Bret. Aunque generalmente a uno le causa impacto enterarse de un accidente aéreo, ciertamente el hecho de presenciarlo es una experiencia escalofriante y traumática. En aquel momento los pensamientos atormentaban mi mente con fatídicas imágenes anteponiéndose a los hechos, ya que todavía no habíamos avistado el lugar del colapso. El solo pensar que mi hija Narda venía en ese avión, me ocasionaba una angustia desesperante y me bloqueaba los sentidos. Narda no me había dado seguridad de que viajaría porque no dependía de ella la decisión. La palabra usada por ella martillaba mi mente: probablemente. Probablemente... Pero la posibilidad de que no estuviese en ese avión, no era aliciente a mi desesperación. Trataba de no seguir enfrascado en esa incertidumbre cuando al fin tocamos tierra.

El baquiano Yawari había conducido el hidro-deslizador a través de una especie de galería entre los troncos de árboles ahogados y finalmente había topado con la escondida orilla. Desembarcamos aprisa. Preparamos nuestros equipos y antes de continuar, el capitán se dirigió a nosotros con su típico aire militar y, después de una corta arenga, precisó:

— Quiero decirles, compañeros, que estamos en una circunstancia en la que debemos llevar a la práctica nuestra preparación como miembros que somos de la Guardia Territorial Amazónica, creo que la única excepción es el doctor Shek. Los demás considérense bajo mi mando mientras se realice esta operación de rescate.

Me separé del grupo para ir adelante abriendo camino entre la selva a machetazos; detrás de mí, iba el capitán rematando el despeje entre la maraña

selvática. Como conocedores del oficio no tuvimos problemas en facilitar el paso a nuestros compañeros y avanzar rápidamente. El sargento Dany Guamare y Agapio Yarumare, que cerraba la fila, cargaban con la mayor parte del equipo. Flaviano Yawari se quedó custodiando la acuanave, pues el capitán consideró temerario dejar a la deriva tan costoso equipo.

El trajín del macheteo me apartó de los aciagos pensamientos acerca de Narda; hacía mucho tiempo que no abría una trocha, pero la necesidad me llevó a recordar la práctica. Después supe que mis compañeros se sorprendieron por mi destreza, pues desconocían mi origen ancestral ye'kuana, así como mi pasado aventurero. No sabían que en mi juventud había alternado los estudios con las andanzas en la selva. En aquellos tiempos, anduve abriendo caminos por entre los montes del Alto Ventuari. También por la serranía lejana del Parú y el cerro Asisa.

Desembocamos en una gran llanura donde sólo interrumpían la monotonía algunos matorrales esparcidos. Había cesado la lluvia. Desde el borde de la selva observamos pasmados al avión siniestrado distante un kilómetro aproximadamente. Envainamos los machetes y trotamos hacia allá, ahora con el capitán al frente.

Era una zona pantanosa, por lo cual avanzamos con cierta dificultad, pues nuestros pies se atascaban en el blando suelo a cada paso. Mientras me acercaba al lugar del siniestro, comencé a escudriñar al grupo tratando de localizar a Narda, pero no la distinguía por ningún lado; por un instante sentí un desahogo en mi apretado pecho. Pero cuando estábamos a pocos metros del siniestro vi a una chica que corría hacia mí con los brazos abiertos, posiblemente profería gritos o palabras pero entre la algarabía no oía nada. Ella avanzaba dándole la espalda al sol, iluminando su enredada cabellera como si fuese el halo de un ángel. Presumí que era Narda, pero no la reconocí hasta que la tuve frente a mí.

— ¡Narda, hija! ¡Narda! — grité y corrí hacia ella y nos abrazamos. La mantuve en vilo unos instantes. Estaba irreconocible, su rostro teñido de barro y carbón, su rubia cabellera hecha un guiñapo y de sus ropas solo quedaban harapos. Apenas me di cuenta que, cuando llegamos, todos los pasajeros estaban fuera de la aeronave con gran desosiego. Fuimos recibidos por un numeroso grupo de maltrechos sobrevivientes quienes, entre otras cosas, informaron al capitán Bret que, gracias a la condición anegadiza de la sabana, el avión se había deslizado sobre sus dos turbinas y la cola arrasando con toda la vegetación que se le atravesara. Con gran estruendo se había desprendido un motor y seguidamente el otro. Se desprendieron también los alerones del fuselaje, consecutivamente, el resto del avión siguió en movimiento por inercia. Al colisionar con algunos arbustos, ya con reducida velocidad, el tabaco finalmente se detuvo. Los estragos causados al avión en el forzoso aterrizaje habían sido totales; sin embargo, su fuselaje había recibido pocos daños internos; además, a pesar de haberse originado algunas llamaradas, no se propagaron en los matorrales, gracias a la lluvia. Dijeron que habían perecido seis pasajeros, de los cincuenta y dos

que viajaban, sin contar a la tripulación: de ellos había perecido el capitán del avión y una aeromoza; otros veinte estaban heridos, cinco de ellos gravemente. Todo el resto presentaba traumatismos de diferentes formas.

Después de recobrase de la emoción por nuestro encuentro, Narda se dedicó a ayudar a una médico compañera de viaje, una mujer de piel canela, alta y bien formada, intuí, porque su aspecto exterior al igual que Narda era deplorable. Narda y yo no hablamos mucho, más bien intercambiamos algunas informaciones de interés familiar mientras nos dedicábamos a atender a los heridos, dándole una mano a Keyla, así dijo que se llamaba durante la faena en un momento de pausa. Habían agotado el botiquín de primeros auxilios del avión, así que nuestro refuerzo ayudó mucho a los lesionados.

Nuestro colega Agapio, descendiente de los piaroa, ya había preparado algunos catres con lianas, varas y palmas para cargar a los muertos y heridos. Entonces el capitán lo encargó de impedir el acceso al avión siniestrado, pues algunos pasajeros exigían retirar sus equipajes. Agapio tenía una curiosidad innata, sobre todo tratándose de maquinarias de alta tecnología, por ese motivo había llegado a ser un experto mecánico. Así que aprovechó la oportunidad para curiosear cerca y dentro del avión, contradiciendo las órdenes del capitán. De pronto lo vimos alejarse de la nave profiriendo gritos:

— ¡Epa! ¡Aléjense! ¡Aléjense todos! ¡Corran que va a explotar! ¡El avión va a explotar!

Corrió desesperadamente en busca del capitán. Cuando estuvo frente a él, le dijo jadeando:

— ¡Mi capitán, se está derramando combustible dentro del avión, mi capitán, y hay chispas por todos lados...! ¡Va a estallar!

Para ese momento, la gente había comenzado a correr desordenadamente atropellándose entre sí. El capitán Bret impartía órdenes para que nos refugiáramos, a pesar de la insistente oposición, pero apenas oída, de uno de los copilotos. Nuestro grupo de rescate organizó la movilización evitando el pánico. Al poco tiempo de darse la voz de alarma, habíamos retirado hasta el último cadáver y nos habíamos guarnecidos en una zanja tras uno de los alerones desprendidos. Esperábamos con angustia el fragor de la explosión, que, gracias a Dios, nunca sucedió. El copiloto insistía vehementemente de que se trataba de una falsa alarma y de pronto el capitán Bret saltó del refugio muy molesto y se dirigió a todos.

— ¡Salgan tranquilos! ¡No va a pasar nada!... ¡No hay peligro!

Fuimos levantándonos con mucha cautela hasta que tomamos confianza por la explicación que nos daba: primeramente, el piloto, como precaución antes del inminente aterrizaje forzoso, había arrojado todo el combustible. En segundo término, los depósitos de combustible estaban colocados en las alas del avión, por lo cual habían quedado esparcidos en el trayecto. Al oír esto, instintivamente comenzamos a

alejarnos del alerón que supuestamente nos debió servir de escudo. “El líquido que observó Flaviano pudo haber sido fluido hidráulico” terminó explicando el capitán Bret. Trataba de justificar la acción que lo hacía sentir ridículo, me imaginé el bochorno que sentiría Agapio por su crasa equivocación, que sólo se justificaba por la tensión que teníamos todos en aquel momento crítico.

Habíamos agotado también nuestras medicinas y curas de primeros auxilios, cuando repicó el celular satelital del capitán Bret. Luego de atender a la llamada dirigió unas palabras a los sobrevivientes, provocando voces de júbilo. Momentos más tarde alguien detectó a lo lejos, las siluetas de tres súper helicópteros. Seguidamente oímos el sonido característico de las máquinas que venían acercándose velozmente. La alegría se manifestó en todos los rostros pintados de los circunstantes.

Con los equipos contra incendios propios del avión y los que habían traído los helicópteros, nuestro grupo de auxilio se dedicó a sofocar algunas llamas que se habían propagado dentro del avión y las extinguimos totalmente. Luego, cuando nos reunimos con la tripulación de los helicópteros, uno de ellos le contó al capitán Bret que se habían retardado debido a que habían localizado cerca, una columna de subversivos que se dirigía hacia el sitio del siniestro: reportaron la situación y por las órdenes recibidas habían tenido que detenerse para darles una batida y dispersarlos.

—De cualquier forma, capitán — dijo el aviador — ya vienen otros helicópteros artillados, pero debemos salir lo más pronto posible de aquí, después vendrá la comisión para investigar el caso.

Como el cupo en los helicópteros era limitado, el capitán Bret seleccionó, entre los menos aporreados, a cinco pasajeros para que viajasen con nosotros, entre éstos, Narda y su amiga Keyla.

Nos despedimos de los agradecidos sobrevivientes y, en cuanto se elevaron los helicópteros, regresamos a nuestro hidro-deslizador.

Caminamos por la misma senda que habíamos abierto anteriormente, al llegar a la orilla nos dirigimos a una playita de blancas arenas que, por rareza, aún no se había anegado totalmente. El contraste entre la arena y el negro de las aguas le daba a éstas un tinte de color ámbar. Nos aseamos todos en las tibias y reconfortantes aguas ambarinas. Ya no era el agua límpida que disfruté en mi juventud, pero era aceptable. Nos bañamos apresuradamente, excepto tres de las personas que habíamos rescatado, entre ellos, Keyla. Prefirieron asearse con una esponja fuera de río, por temor a los animales, tal vez por desconocimiento de las bondades de aquellas aguas, pues era su primer viaje al Amazonas.

Mientras tanto, el sargento Guamare y Flaviano Yawari se dedicaron a vigilar los alrededores. Salimos del agua a insistencia del capitán, siempre atento a las determinantes del tiempo. Aprovechamos la ocasión para cambiarnos de ropas. Narda se vistió combinando uno de mis pantalones cortos con una blusa de Naysa, quien también le prestó ropa interior. El capitán insistió que se calara una de sus chaquetas.

De manera similar hicimos para vestir a otros sobrevivientes que no pudieron salvar sus equipajes. Luego partimos, cuando ya el sol estaba por ocultarse tras la franja arbórea que define el paisaje ribereño.

Con el auxilio de potentes luces de un par de faros, el baquiano piloto Yawari fue guiándose y condujo la acuanave a través de las sombrías siluetas del río hasta Yavita. En invierno las aguas desbordadas copan toda la gran superficie de la zona de confluencia de los ríos Guasacavi, Atacavi y Temi que, uniendo sus caudales, conforman el río Atabapo. Muchos navegantes inexpertos se extraviaban allí. Traspasar ese sitio es lo más comprometido en la navegación del trayecto entre San Fernando y Yavita, especialmente en la noche. El ambiente nocturno de selva y río le lleva a uno la corriente, es decir, se interpreta de acuerdo al sentir del momento: cuando el ánimo está decaído y el espíritu abatido, las siluetas selváticas propenden a reforzar esos sentimientos con acompañamientos fantasmales y lúgubres sonidos; pero si vamos con el corazón henchido de gozo y felicidad, como iba yo en aquel momento por haber rescatado a mi hija, aquel panorama se torna en un adecuado escenario sublime apropiado para el disfrute visual y regocijo sentimental. En verano los pasos de mayor peligro son los raudales de Guarinuma y Chamuchina, pero Yawari conocía muy bien el rumbo y canal exactos por donde pasar.

El cansancio y el baño provocaron un efecto de somnífero en todos, principalmente en nuestros huéspedes; tanto así que no percibieron la llegada al puerto terminal de Yavita, ni las maniobras para colocar el hidro-deslizador sobre la plataforma que penetraba las aguas por debajo de su casco. Una vez montada y ajustada la embarcación sobre la plataforma del tren, arrancó la locomotora. En esa época de invierno, la rampa del puerto estaba casi toda bajo las aguas y la operación fue rápida. En el tren ya había otras dos embarcaciones montadas, con la nuestra completaba su capacidad con sus respectivas cargas y pasajeros.

El capitán Bret y el sargento Dany Guamare habían desembarcado para presentarse a las autoridades del puerto, cuando regresaron partimos hacia Maroa. Me llamó la atención ver la presencia de muchos guardias territoriales. Hacía sólo cinco años la Fuerzas Armadas Nacionales habían desaparecido como institución en los países que conforman la Confederación de Repúblicas Amazónicas, para dar paso a la Fuerza Armada Confederada compuesta por la Guardia Territorial Amazónica y la Fuerza Aeronáutica Blindada. Ambos componentes tienen jurisdicción en todo el territorio que conforma la COREAM y un comando de estado mayor multinacional centralizado, a cargo del presidente de la Confederación, situado en Iquitos, Perú; esta ciudad fue escogida por su posición geográfica equidistante. La FAC disponía de unidades operacionales tácticas como la Patrulla Aero-Fluvial Amazónica, que actuaban a nivel regional. Esta novedosa estrategia de cooperación entre naciones hermanas tuvo sus antecedentes en los primeros años del siglo cuando el presidente venezolano Hugo Chávez propuso la creación de las Fuerzas Armadas de América

del Sur imitando a la OTAN. Posteriormente planteó la unión de las fuerzas armadas del ALBA, pero ambas iniciativas fracasaron y no fue sino hasta hace pocos años, después de un largo proceso de concienciación de los estamentos militares y gracias al proceso de integración entre los países amazónicos, que se disolvieron los ejércitos y las armadas nacionales para constituir la FAC. Esto había ocurrido también por la necesidad de sincerar la situación mundial frente a la predominante fuerza armada de los Estados Unidos, pues otros ejércitos nacionales como el ruso o el chino, el inglés, el francés y el alemán solo hacían el papel de policías militares. La correlación de fuerzas entre Estados Unidos y los demás países imperialistas había transformado a los ejércitos de estos últimos en simples cuerpos decorativos pero costosos. Igualmente, y en mayor grado, podía decirse de la relación del ejército imperialista de USA con los países amazónicos; por tal motivo, los costosos e inútiles ejércitos defensivos carecían de sentido, pero sí había la necesidad de controlar a los diversos movimientos subversivos, disociados y separatistas que utilizaban las fronteras como burladeros, llegando a crear graves conflictos entre países limítrofes, en su empeño por mantener la integridad del territorio. Como consecuencia de esos conflictos, resultó viable la necesidad de cooperación entre ejércitos y policías de los países amazónicos, lográndose el objetivo de la creación de la fuerza armada internacional o confederada. Con la institucionalización de la Confederación, además de la situación político-militar, también mejoró sustancialmente el intercambio comercial, la articulación de esfuerzos conjuntos, para la consolidación de planes de defensa de la Amazonía y la minimización de los efectos del cambio climático.

Los guardias estaban apostados sobre el tren con fusiles CH200 y metralletas NGM láser de facturación nacional, también se notaban algunas patrullas rondando las instalaciones del puerto. El capitán me informó que era por previsión ante las amenazas de los opositores al régimen, llamados renegados, pertenecientes al Ejército Soberano de Paz, Justicia y Orden, (ESPJO), conservadores que habían substituido a la antigua Acción Cívica Ecléctica, (ACE), que a su vez eran vestigios de las vetustas guerrillas colombianas que quedaban en la primera década del siglo XXI. Un contingente de esas guerrillas, acosadas por las fuerzas militares colombianas, buscó refugio en la frontera, luego fueron penetrando en el territorio venezolano. Con el tiempo, al no ser controlados por el estado venezolano, se consolidaron, aliándose con disidentes nacionalistas yanomami y ye'kuana, no solo como guerrilla, sino como un gran trust para el tráfico de armas, drogas y mercancías, también como partido impulsador del problema que ahora afrontamos: El ESPJO amenazaba con desarrollar una ofensiva para consolidar posiciones y fortalecer el plan separatista de crear una nueva nación amazónica.

Gracias a Dios no ocurrió ningún percance en el trayecto, pensé que por ley de probabilidades ya habíamos tenido bastante ajetreo por ese día. Después de un cuarto de hora de viaje en el confortable vagón de pasajeros, llegamos al puerto terminal de

Maroa. Eran las ocho de la noche y desperté a Naysa de su profundo sueño, mientras Bret lo hacía con los sobrevivientes.

—¡Al fin! — exclamó el capitán cuando todos estábamos reunidos en el terminal —; llegamos con un retardo de siete horas, pero llegamos, gracias a Dios.

—Siete horas intensas, capitán — dije —, todavía no puedo creer que hayamos pasado por tan escalofriante y angustiosa experiencia...

— Para contarlo, profesor, vivir para contarlo... Y su hija, profesor ¿cómo está?

En ese momento caí en cuenta que ni siquiera le había presentado mi hija al capitán, ni a ninguno de nuestros compañeros, lo cual atribuí a los fatales sucesos de esa tarde. Ya habrá tiempo para socializar, pensé.

— ¡Ah! ella está bien, muy bien, gracias a Dios, ciertamente, con todo lo que pasó, fue un milagro que no haya sufrido un rasguño.

— Por cierto, profesor, me gustaría oír su parecer en esta experiencia que tuvimos como Guardia Territorial; ustedes lo hicieron excelentemente, a pesar de la vaina que nos echó Agapio, así lo voy a reportar al CREDI. Pero hablaremos en otra oportunidad, cuando tengamos más tiempo.

El capitán, con la ayuda de sus colaboradores inmediatos ubicaron a las personas rescatadas en una posada que aún disponía de habitaciones, luego se dirigió a reportar, personalmente, la operación de rescate a las autoridades, pero antes de abandonar el local, tuvo que enfrentarse al acoso de los reporteros mediáticos.

También Naysa, Keyla, Narda, Cheng, Agapio y yo, nos dispusimos a buscar alojamiento y cenar. Contratamos tres moto-triciclos para trasladarnos rápidamente al hotel de la Red de Cooperativas de Hospedajes Turísticos Amazónicas, que me habían recomendado, pero no conseguimos habitación. Todas estaban ocupadas. Tuvimos que regresar a la misma posada en donde se hospedaron nuestros compañeros de viaje. Allí nos encontramos nuevamente con el capitán; al vernos se dirigió hacia nosotros, o mejor dicho, hacia Naysa; después le presenté a Narda y a Keyla. Luego de intercambiar algunos comentarios acerca de nuestra aventura, Bret nos invitó al bar.

El joven Bret estaba convertido en un molinillo, girando entre las muchachas. Mientras los observaba, recordé mis años mozos y sonreía. El galante oficial trataba de decidir algo, al fin optó por invitarnos, a todos, a cenar al lugar más famoso de Maroa ubicado a orillas del río Guainía, pero insistí que comeríamos algo liviano en el comedor de la posada por cuanto estábamos bastante cansados de tanto ajetreo; las muchachas me apoyaron rotundamente. El capitán no se dio por vencido y aceptó acompañarnos, posponiendo la invitación para cuando regresara de San Carlos de Río Negro, hacia donde partiría con su comisión al día siguiente. Las muchachas fueron a las habitaciones para arreglarse y nosotros nos unimos al grupo de sobrevivientes que nos obsequiaron con sendas copas de champaña. Estaban celebrando haber corrido

con la suerte de haber prácticamente renacido, contentos también de haber salvado sus documentos, tarjetas bancarias y objetos personales.

Bret, rodeado por el grupo, recibía los halagos que merece todo héroe, aunque nosotros, sus subalternos, también recibíamos de vez en cuando manifestaciones de agradecimiento. Nos dieron sus respectivas tarjetas con identificación de las empresas y sus teléfonos. Leí en una de ellas:

Lone Star Corporation

Leo Dean, PhD.

6666 lones

A medida que vaciábamos las copas, las manifestaciones se hacían más efusivas; de tal manera que cuando bajaron las muchachas estábamos bailando en rueda, una especie de baile *jivi* conocido como “Cacho e’ venado”. Cuando las vimos, se produjo un silencio repentino seguido de exclamaciones de admiración y piropos. Realmente había ocurrido una metamorfosis en el aspecto de ambas. A mi Narda la vi como siempre, como un ángel; además, el efecto de la contraluz sobre su cabello ensortijado y rubio contorneando su rostro, realmente le daba un halo angelical. Enseguida se incorporaron al grupo y la fiesta continuó. Hábilmente el capitán se coló entre el grupo y se ubicó entre Naysa y Narda. Se notaba feliz. Keyla quedó atrapada entre los demás bailarines.

Nos divertimos merecidamente, dejé a un lado mi temperamento melancólico oyendo los cuentos del doctor Shek, las jocosidades del dicharachero capitán Bret, las melodiosas canciones de Keyla acompañándose con una guitarra que había conseguido con el dueño del bar, y hasta con los chistes insulsos de Leo Dean, a quien traté de sondear acerca de las actividades de su Corporación, pero estuvo muy evasivo y todo mi intento fue infructuoso. Entretanto, como perro viejo que late echado, también observaba que el joven Bret estaba definiendo sus opciones frente a las muchachas. Finalmente se había propuesto galantear a mi Narda. Narda aparentemente también le correspondía, aunque no lo tomaba en serio; eso lo noté en sus glaucos ojos heredados de su madre. Así también percibí, observando la mirada de sus ojos almendrados, que Naysa estaba enamorada del capitán. Sintiendo ella rechazada, hizo un intento de provocar celos a Bret y descaradamente se lanzó a coquetear en brazos de uno de nuestros acompañantes. Ante la indiferencia del capitán, probó con otro. Luego, creo que notó mi reprobación y entonces recuperó su compostura. De ahí que, comprobé, una vez más, que la mirada de una mujer enamorada es rotundamente reveladora; era obvio que la galantería de Bret había tocado el corazón de la bella muchacha.

Después de media noche, el encargado comenzó a impacientarse y, finalmente, nos conminó severamente a abandonar el local, pues había llegado la hora de cerrar,

pero el ánimo de nuestro grupo estaba en plena efervescencia. Despedimos al capitán y, finalmente, Cheng y yo tuvimos que cargar con la humanidad de Agapio hasta la habitación, pues, a pesar de su energía, no era resistente al alcohol y se había dormido recostado sobre la mesa.

Me desvestí rápidamente y me lance sobre la cama, mientras Cheng por el contrario, colgaba sus ropas y se vestía con su pijama ordenadamente. No me dormí en seguida, comencé a preocuparme por el gentil asedio que había sostenido el capitán sobre Narda, no solo por celo paterno, ya que era soltera, o porque podía caer en el mismo juego que Bret hacía con Naysa, sino porque siempre he considerado que la mujer no debe tentar al hombre. Pero... ¿qué sé yo de las mujeres? Tal vez eran lucubraciones mías o celos de padre. En fin, me daba la impresión que estas divagaciones eran el pretexto para ocultar la verdadera causa de mis preocupaciones, que no eran sino las razones por las cuales me vi envuelto en los acontecimientos de aquel día...

II

Todo el asunto había comenzado el día anterior, cuando, a media tarde, me dediqué a preparar el equipaje para emprender un viaje hacia el sur oeste de la Región Amazonas. Después de terminar, observé la hora y aún faltaba tiempo para recibir la llamada que me confirmaría el momento de partir. Era una tarde lluviosa. Estábamos en el mes de agosto, en pleno invierno y afuera resoplaba el temporal. Me entretuve contemplando el panorama de los espectaculares y extensos raudales de Atures, a través del amplio ventanal de mi habitación del hotel Mirador, a la altura del sexto piso. Veía en aquellos momentos el paisaje envuelto en las cortinas del profuso chubasco. No me cansaba ver, detallar y admirar el magnífico panorama ribereño que, como una especie de calidoscopio, cambiaba de tonalidades, de apariencia y de presencia con cada estación o estado del tiempo, incluso en las diferentes etapas del día. De esa contemplación se desprendía mi admiración por la naturaleza, la incitación a la meditación, o simplemente, como en estos momentos, me proporcionaba mística compañía para rememorar nostálgicamente los hechos de la vida.

Me encantaban especialmente los atardeceres, tanto que, observarlos con frecuencia era suficiente motivo para preferir este magnífico hotel cada vez que visitaba Puerto Ayacucho. Además, se destacaba entre los otros hoteles de la ciudad por los excelentes servicios que ofrecía, como el restaurante de visión panorámica móvil, la piscina climatizada y el teleférico que lo conecta con las islas pétreas rodeadas de los soberbios raudales atureños.

De no ser porque estaba esperando aquella llamada, no hubiese percibido el sonido de mi *comcel*, pues estaba tan absorto ante el imponente paisaje ribereño que apenas oí los repiques.

— ¿Profesor Oliver Tapo?

— Así es, habla con él.

— ¿Cómo está profesor? Soy el capitán Bretanio Asisa; su alumno.

— Muy bien, gracias, ¿Y tú, que tal? Justamente estaba esperando tu llamada.

— Bien, profesor, el viaje está confirmado para salir mañana a las seis en punto de la mañana, le agradezco estar con su grupo media hora antes en el puerto de Morganito...

Agradecí afablemente a mi discípulo, la esmerada atención que había prestado a la solicitud que le envié, requiriéndole pasaje para viajar hacia la ciudad de Maroa con nuestro grupo de trabajo. Aunque no es mi estilo, me vi obligado a hacerlo en vista de que la institución para la que trabajaba, estaba escasa de presupuesto en ese tiempo y,

además, debía utilizar un convenio con Patrulla Aéreo-Fluvial Amazónica, comandada precisamente por el capitán Bret Asisa, para transportar a nuestro personal. El joven Bret no solo aprobó nuestra solicitud, sino que también nos acompañaría hasta Maroa. Por cierto, Bret era amazonense de ascendencia ye'kuana, diligente y colaborador, también había sido alumno mío cuando cursó el bachillerato; así que íbamos a tener oportunidad de afianzar nuestra relación y su interés por la materia de Historia Crítica Regional.

En Maroa nos esperaban otros funcionarios del Instituto Amazónico del Medio Ambiente y la Biodiversidad, mejor conocido como el IAMAB; nuestra misión consistía en participar como expositores a nombre del Instituto en un foro sobre desarrollo, indigenismo y explotación de recursos naturales, donde participarían delegados de la Confederación Amazónica. Además deberíamos coadyuvar a la delegación del Instituto en aquella ciudad a realizar una investigación relacionada con la detección de un nuevo foco de contaminación ambiental. Seguidamente me comuniqué con los colegas que habían designado para trabajar en mi equipo: la licenciada Naysa Cayupare, socióloga, etnobotánica, especialista en culturas ancestrales; al doctor Cheng Shek, famoso arqueólogo, biólogo, geomorfólogo y maestro de artes marciales. Igualmente llamé al licenciado Agapio Yarumare, especialista en bioquímica y sistemas ambientales quien, además, fungía de conductor. Los títulos que ostentamos solo son algunos de los que actualmente utilizamos en nuestras labores, pues es muy común que la gran mayoría de la población sea multi profesional, ya que las condiciones actuales de trabajo exigen multiplicidad de conocimientos. En mi equipaje llevaba ropa como para cinco días, que era el tiempo estimado para hacer el trabajo en Maroa y luego continuar hasta nuestro sitio de trabajo en Villa Esmeralda. Llamé nuevamente al doctor Cheng, residenciado también en el mismo hotel, luego bajé con el maletín y la computadora portátil que se complementaba con un grabador HST y un micro componente indetectable que me había hecho insertar en la oreja izquierda; me resultaba de gran utilidad para las investigaciones, ya que muchas personas son reacias a las grabaciones.

Nos encontramos en la recepción y procedimos a cancelar nuestros gastos. Cuando llegó Agapio llovía pertinazmente, aunque con menos fuerza, y desde el gran salón que, como todos los ambientes del hotel, también ofrecía la maravillosa vista panorámica del Orinoco me despedí de los raudales y salimos.

Nos demoramos esperando a Naysa, dándole tiempo para escoger la ropa adecuada para el viaje y empacar, luego nos dirigimos a casa de su madre, donde dejaría a su pequeña hija. Allí también nos retardamos: mientras madre e hija parloteaban, los demás sorbíamos el delicioso café y galletas que nos había servido la abuela de la niña. A pesar de este leve contratiempo, yo estaba tan emocionado que dejé a un lado mi temperamento adusto, porque era mi primera misión como flamante

coordinador del Instituto en el área ambiental, pues hacía tres días un Comité del Poder Comunal para la Protección del Ambiente me había elegido para el cargo, aún cuando faltaba la aprobación de la postulación por los líderes de otros comités, que no habían asistido a la asamblea. Sin embargo, el delegado del Poder Comunal para la Protección del Ambiente, que fungía de director del Instituto me había entregado las llaves de la oficina equipada en Villa Esmeralda.

El hecho de haber iniciado estas actividades me había servido, en cierto modo, para ayudarme a despejar la mente del sopor y el desconsuelo que me había ocasionado la muerte de mi esposa. Mi querida Freya había fallecido hacía diez meses, aunque a mí me parecían solo diez días, por la persistencia del dolor y la melancolía. Había sido una de las cinco víctimas de un ataque terrorista al edificio donde trabajaba; todos quedamos sin alma y sin aliento. Aún tengo la impresión de que toda aquella felicidad familiar se había esfumado. Igual desolación sentí cuando murió mi padre, y luego mi madre. Hasta las bienhechurías de nuestro hogar cayeron en esta desintegración, pues ya había vendido nuestra casa y el automóvil que teníamos en La Esmeralda.

Salimos hacia el puerto de Morganito al ocaso del día. La presencia de Naysa, lozana y de alegría contagiosa, había borrado temporalmente de mi mente aquellos nostálgicos recuerdos de mi esposa y avivó los de mi hija Narda. Los mohines de Naysa me recordaban a los de mi hija. Eran de carácter parecido solo que Narda había heredado la piel clara de su madre y era un poco más joven que Naysa. A mi pequeña quise bautizarla con el nombre de su madre, pero inexplicablemente, Freya se opuso. Ahora entiendo que las mujeres no tienen ese afán que tenemos algunos hombres de pretender perpetuar el apelativo a través de los hijos; pero en aquel entonces, como alternativa le sugerí el nombre de una famosa modelo y Freya aceptó. Me dejó tres hijos y Narda fue la única hembra que tuvimos; estoy persuadido que es por su condición de mujer que está pendiente de mí, los otros dos, profesionales y casados, nada tenían que ver conmigo.

Narda llamó para avisarme que, probablemente, ese mismo día llegaba a Maroa en una misión de la Confederación de Naciones Amazónicas procedente de Caracas. Durante nuestro desplazamiento por la autopista Dr. González Herrera, que se extendía desde Puerto Cedeño hasta Puerto Morganito, Naysa, el doctor Shek y Agapio conversaban animadamente. A veces, intercalaban extensos intervalos de silencio. Mientras tanto, me dejaba abstraer por los recuerdos, absorto en la nostalgia.

En Morganito pernoctamos en una confortable posada. El puerto, además de ser un centro de atracción turístico, también es una base de operaciones de la Patrulla Aéreo-Fluvial Amazónica. Allí pasamos una velada maravillosa, según el doctor Cheng Shek. Después de cenar pescado asado con ensalada de mañoco picante, acompañado con vino blanco de Copoazú, nos situamos confortablemente en la terraza contigua al comedor y, desde allí, mientras conversábamos en compañía del

capitán Bret, también disfrutábamos el paisaje iluminado artificialmente de Ciudad El Carmen y la isla de Ratones. Los transbordadores aún a esa hora de la noche, iban y venían con pasajeros, vehículos y cargamentos, pues la isla se había convertido en un centro binacional de hoteles, de casinos de gran atracción turística, sacándole partido a la existencia del Jardín Botánico Amazónico creado en la segunda década del siglo XXI.

Amaneció lloviendo, como era común en la época de invierno en la región Amazónica. En el estacionamiento dejamos bajo custodia el automóvil del Instituto y muy temprano nos encaminamos hacia el puerto bajo la lluvia blanca pertinaz. La llovizna formaba una cortina brumosa impidiendo la visibilidad a más allá de veinte metros.

A la hora convenida llegó el capitán Bret Asisa y nos invitó a embarcarnos en la moderna nave bajo su mando. Viajaríamos cómodos y seguros, no obstante la gran velocidad de aquel maravilloso hidro-deslizador de tecnología rusa, que apenas rozaba la superficie del río, gracias a su par de potentes reactores superficiales, de cuyo ruido, apenas se escuchaba dentro de la cabina un leve ronroneo. Todos sus instrumentos computarizados eran controlados por el práctico Flaviano Yawari, baquiano de los ríos.

Agradecí a Dios que el río estuviese crecido. A esta época del año su caudal había rebasado las piedras y la navegación, obviamente, era más segura. Estaba muy contaminado y verlo así, nos producía un sentimiento de culpabilidad. No pude apreciar su color por la intensa lluvia que distorsionaba la verdadera faz de nuestro enfermo Orinoco. Su saneamiento era uno de los proyectos prioritarios que teníamos programado en el Instituto conjuntamente con la Empresa para el Desarrollo Integral de la Región Amazonas. Este ente administrativo de carácter específico opera en los campos de investigación, formulación y evaluación de proyectos de desarrollo económico y social, la conducción del proceso de ocupación territorial, la promoción y sostenimiento de actividades productivas y la coordinación de actividades inter institucionales. Mediante la actuación de esta corporación se pudo frenar el derroche del dinero público y la mala práctica de las inversiones que hacían las antiguas alcaldías de los municipios y posteriormente los entes del Poder Comunal para la Administración Pública, pues la diferencia entre éstas fue sólo el cambio de nombre.

Flaviano guiaba con habilidad la veloz acuanave entre la densa nubosidad, atento a la pantalla de comandos. A cada rato su concentración era interrumpida por el capitán Bretanio Asisa: Bret, como lo llamamos sus amigos. En su innata condición de joven comandante de la Patrulla Aéreo-Fluvial, se comportaba como un niño con su juguete nuevo: se pavoneaba frente a la hermosa Naysa, indicaba cada maniobra de la nave, le quitaba los controles a Flaviano Yawari y conducía mientras ostentadamente alternaba dándonos explicaciones sobre las técnicas de manejo; momentáneamente le entregaba los comandos a Naysa pero se mantenía junto a ella,

para sentir el cálido contacto de su cuerpo; en fin, creo que trataba de animarnos a todos. El sargento Dany Guamare, el doctor Cheng Shek y el licenciado Agapio Yarumare observaban impasibles, haciendo caso omiso a las excentricidades del capitán Bret. Naysa, por el contrario, estaba embelesada y atrapada entre el apuesto hombre y el maravilloso panel de comandos.

Un movimiento brusco de la acuanave me inquietó. Se trató de una maniobra para esquivar un tronco de árbol que bajaba al garete; gracias al radar fue detectado a tiempo y se evitó la colisión. En la temporada de lluvias, cuando el río está creciendo es común este tipo de obstáculos, causado por efectos naturales pero más por la intervención de los colonos ubicados en la orilla del río cuando, ilegalmente, talan y queman. También bajaban, flotando al garete, desechos contaminantes como tambores vacíos y latas desperdiciadas por los seres humanos que, con toda la campaña de concientización desarrollada por las instituciones, aún persisten en su incuria e inconsciencia. Más tarde, nuestra atractiva colega ya había dejado de prestar atención al capitán y se había recostado cómodamente abrigada para dormir. Entonces el inquieto capitán comenzó a repartir el desayuno.

— Es cortesía de la PAFA, incluido en el costo del pasaje —, bromeó el capitán y, dirigiéndose a mí, agregó —: ¿Qué le parece el hidro-deslizador, profesor Tapo? Mire, ahora vamos a ochenta millas y no se nota.

— Realmente me parece que al fin estamos utilizando una tecnología acorde con nuestro tiempo, ya era hora que superáramos la curiara, el bongo y el fuera de borda, porque hace menos de una década teníamos que viajar en embarcaciones usadas desde la antigüedad, que deben estar precisamente donde están ahora: en un museo. Por cierto ¿lo visitaste...? El Instituto creó en Puerto Ayacucho, el Museo Orinoquia, donde se exhiben piezas que navegaron el Orinoco y demás ríos de la región Amazónica, desde el siglo dieciocho.

—Tiene toda la razón, profe. Y lástima que no los pude traer en el aviocoptero HADA, pues ya estaríamos llegando. Los que tenemos andan ahora en comisión hacia la Serranía La Neblina, ¿conoce usted esa zona?

— ¡Ah! Sí. Ciertamente he tenido la oportunidad de estar por allá en asuntos de trabajo. Pero dígame una cosa — le pregunté —. ¿Qué es un aviocoptero? No lo había oído nombrar.

— El Helicóptero Adaptativo Avión, HADA, es un híbrido de avión y helicóptero, de fabricación española, especial para realizar misiones de vigilancia en la prevención del contrabando y del tráfico de armas. Puede ser operado sin tripulación y recientemente se está incorporando a la Fuerza Aeronáutica Blindada. Gracias a este equipo hemos logrado neutralizar el abastecimiento de los renegados.

La referencia sobre el cerro La Neblina, lindero entre las fronteras de Venezuela y Brasil, revivió en mí algunos recuerdos de mis investigaciones acerca de sus características muy singulares, de connotación misteriosa y mágica que me habían

inquietado desde hacía tiempo. Compartí algunos comentarios sobre su maravillosa geomorfología con Bret, pero no quise extenderme porque percibí que estaba más interesado en Naysa que en mis experiencias. Efectivamente, se acercó a la bella morena aprovechando el reparto del desayuno para abordarla de nuevo. Después de consumir mi tostada y el café, me dispuse a repasar algunos apuntes que había obtenido a través de Internet acerca de la historia de la minería en la zona sur, para reforzar la tesis que debía exponer en una conferencia sobre el tema, incluida entre las exposiciones del foro en Maroa.

En tiempos lejanos habían sucedido muchos hechos lamentables relacionados con la explotación minera en Amazonas, entre ellos la irracional explotación de la zona del cerro Yapacana, sin embargo, para el asunto que trataría había seleccionado los casos que se habían suscitados en el extremo sur del Estado. En 1983, el gobierno nacional había otorgado a la compañía Mava, C.A., una concesión para explorar y luego explotar casiterita y otros minerales en una zona de 225.000 hectáreas en la región del Alto Orinoco, donde nacen los ríos Ocamo y Metaconi, territorio habitado por los Yanomami. Un año después el Vicario Apostólico de Puerto Ayacucho había acudido a las autoridades competentes para manifestar su preocupación por los daños que se derivarían de dichas concesiones; en su relación destaca los peligros ya sea en el campo ecológico, por ser esa zona cabecera de varios ríos, como también en el campo etnológico. Al no obtener respuesta alguna, recurrió a los principales periódicos de Caracas denunciando el caso. Entonces sí, la denuncia publicada había sensibilizado a la opinión pública y motivó a las autoridades. Altos funcionarios y diputados sobrevolaron la zona de las concesiones. Finalmente, gracias a las gestiones del presidente de la Comisión de Ambiente y Ordenamiento Territorial de la Cámara de Diputados, que hizo suya la denuncia de monseñor Ceccarelli, el Ministerio de Minas revocó las treinta y seis concesiones otorgadas a la empresa Mava, C.A. en Sierra Parima y las nueve otorgadas en las cabeceras del Orinoco. Pero no las revocó por las razones aludidas por los denunciantes, sino “por haber incumplido la Empresa algunas cláusulas del otorgamiento”, de manera que quedaba la duda de que se pudiesen otorgar nuevas concesiones si se cumplieran las cláusulas.

A continuación repasé un caso que había averiguado cuando yo era estudiante en la escuela de Antropología, en el año 2021, y realizaba una de mis investigaciones. Encontré una noticia sobre Amazonas y desde ese tiempo la tengo archivada. Me emocioné porque en aquellos tiempos era extraño que los medios se ocuparan de aquella remota región del país, sólo aparecían noticias sobre el Amazonas cuando se trataba de una situación deplorable. Así, pues, la Sierra Parima había ocupado importantes espacios en la prensa nacional. La primera información había aparecido en el vespertino El Mundo, el 30 de agosto de 1996 — seis años antes que yo naciera —. El ministro de Estado para Asuntos Fronterizos decía que, a mediados de la década anterior, se había llegado a contabilizar la cantidad de cuatrocientos mil

garimpeiros en la zona limítrofe venezolana – brasileña pero que, a lo largo de los últimos cinco años de gobierno, se había reducido a la mínima expresión, que la actual invasión de unos ochocientos garimpeiros correspondía a “una circunstancia excepcional”. Me llamó la atención la enorme cifra de invasores, pero luego me convencí que se trataba de una ligereza mediática, pues tradicionalmente era común entre los funcionarios, echarle tierra a la gestión de gobiernos anteriores. Decía también la nota periodística que, a raíz del hallazgo de una colosal veta aurífera en las adyacencias del río Siapa, los mineros brasileños se habían introducido a través de la línea fronteriza. Según el gobernador Bernabé Gutiérrez, algunos estaban apertrechados con armas de fuego, por lo que se ameritaba la presencia de las Fuerzas Armadas Nacionales, aunque éstas tardarían en llegar dadas las distancias y la falta de vías y pistas de aterrizaje. La información agregaba que el gobernador del Estado había emitido un decreto que facultaba a la policía regional para detener a todo extranjero hallado en la zona. Por otra parte, el ministro de Asuntos Fronterizos, aseguraba que uno de los elementos que influía en esa invasión era la existencia de la ley que prohibía la explotación de esas riquezas alegando razones ambientales; razón por la cual, el Consejo Nacional de Fronteras había participado en la reforma de la Ley que se encontraba en discusión y que incluía por primera vez en la historia de la minería, cláusulas respecto a la explotación artesanal del oro.

Después de tanto tiempo, sesenta y un años, pienso que esa ley debe estar todavía en discusión, porque el Yapacana ya fue saqueado, destruido totalmente. Según mi apreciación personal en cuanto a la legislación, tradicionalmente ha existido en el país un hábito o prurito ancestral de querer solucionar los problemas sociales, económicos o políticos mediante la creación de leyes puntuales a cada caso. Eso sería magnífico si realmente se lograra el objetivo de imponer el mandato de las leyes, sin embargo, históricamente está demostrado que lejos de cumplirse esta premisa, se han agravado los problemas ¡las leyes se hacen para ser burladas!

Continué con mi revisión y di con otra noticia respecto al mismo tema, en el diario El Nacional del 1º de septiembre del mismo año. Decía que, de treinta a treinta y cinco mil kilos de oro al año extraían los garimpeiros de la mina de Arakamoni, según información suministrada por el gobernador Gutiérrez quien indicaba también que, gracias a la actuación del presidente Caldera, ya habían sido enviados a Puerto Ayacucho trescientos efectivos militares, dos helicópteros Súper Puma, dos aviones de transporte Hércules C-130 y tres Bronco de reconocimiento. Decía que había inspeccionado personalmente la zona con el Comandante de la Guarnición, sosteniendo que, según las organizaciones no gubernamentales, el número de mineros pasaba de cuatro mil. Además, el gobernador solicitaba formalmente al Presidente la legalización de la explotación de oro. Según el gobernante regional, era un acto criminal para con el país, que se impidiese a los indígenas, a los venezolanos, aprovechar los recursos auríferos bajo el argumento de contaminación del ambiente;

cuando los garimpeiros sí lo estaban haciendo. Apoyaba la apertura de la explotación minera, bajo una técnica no contaminante de la flora y fauna, ni de nuestros ríos: era la única forma para que en esa gran extensión de 184 mil kilómetros cuadrados, se estableciera de manera efectiva la soberanía venezolana, sin malograr nuestro ambiente como lo hacían los garimpeiros,

Seguidamente leí otro titular: El Mundo, 5 de septiembre de 1996: *A juicio de la Dirección de Fronteras del MRE, la presencia militar no es la solución al problema de los garimpeiros*. Esto declaraba un alto funcionario de la Dirección de Fronteras, que llevaba siete años haciéndole seguimiento al conflicto y agregaba que la instalación de una presencia militar efectiva en el vasto territorio amazonense era casi imposible, pues requería de una inversión millonaria, dada la inexistencia de vías de comunicación, lo costoso del transporte de bienes y alimentos y, a la presencia de plagas endémicas. Estaba en desacuerdo con el ministro de la Defensa, quien había anunciado el incremento de las tropas con la instalación de un Teatro de Operaciones. El funcionario expresaba que la solución al problema de los garimpeiros no era mantener presencia militar en la zona, pues era un error y no era cónsono con la realidad de la región, pues en una oportunidad, a raíz del descubrimiento de los primeros campamentos, se destacó una fuerza considerable en la zona conocida como Delgado Chalbaud, pero en menos de tres meses hubo que retirarla, pues las enfermedades selváticas la estaba diezmando. Por tanto – afirmaba–, la solución al problema tiene que ser dada con otro tipo de medidas, distintas al bombardeo de pistas de aterrizaje de los garimpeiros. Más bien tendría que producirse un acuerdo entre los entes involucrados en la problemática, a fin de legislar en la materia, eliminar las cantidades de leyes que colindan una con otra y entorpecen la solución del conflicto y, sobre todo, hacer que se cumplan las disposiciones existentes sobre explotación minera.

Esta última apreciación del funcionario me pareció la más sensata expresada hasta el momento, y pensar que esa idea, lanzada hacía medio siglo, continuaba vigente y coincidía con la mía en cuanto al dilema planteado para la solución de conflictos a través de muchas leyes. Algo parecido a la teoría del Sincretismo.

En octubre del mismo año, monseñor Divassón, Vicario Apostólico de Puerto Ayacucho, cuestionó las cifras y conceptos manejados por el gobernador y el ministro de la Defensa, oponiéndose a la vez a la intención de derogar el decreto presidencial que prohibía la minería en todo el Estado. De acuerdo a las declaraciones de monseñor, los mineros no llegaban a cien y por último un despacho de Miraflores informaba de ochenta detenidos siendo la mayoría colombianos y venezolanos. Según fuentes extraoficiales brasileñas los detenidos en la Operación Siapa 96, no eran ochenta sino treinta y dos. Comprobé así mi apreciación anterior respecto a la cantidad exagerada de mineros, y me sentía abrumado ante la ligereza con que los funcionarios manejaban estos asuntos tan delicados.

Posteriormente encontré otro artículo relacionado con los hechos ocurridos en el río Siapa, donde solicitaban con urgencia la aprobación de una Ley de Desarrollo Minero cuyo anteproyecto había sido entregado por el ministro de Energía y Minas al Senado. Dicha ley contemplaba la creación de figuras novedosas dentro de la explotación minera, pues tanto los garimpeiros, las empresas transnacionales y el propio Ejecutivo — acotaba el columnista — saben ahora que el dorado que buscaron afanosamente los conquistadores españoles, si existe y está al sur de Venezuela...

Al leer esas líneas vino a mi memoria el recuerdo de la época en que vivía obsesionado con la leyenda de las ciudades perdidas en la Amazonía, después de haber leído la obra de Karl Brugger: “La Crónica de Akakor”: una sorprendente historia de civilizaciones primitivas que desbordaba el concepto que tenemos de los mitos y leyendas de Sur América y cuyo radio de influencia tocaba las montañas de Parima. Según la crónica una de estas ciudades nombrada Akahim “está situada en las laderas orientales del pico la Neblina...” Una de las perspectivas o de las ilusiones que tenía en mi nuevo cargo era poder investigar y explorar esa zona aprovechando los conocimientos sobre arqueología del doctor Cheng Shek, con quien había compartido mis expectativas, aunque a él no le agradaba hablar de “perdidas” y prefería referirse a ciudades ocultas... Mi pensamiento voló sobre el leve ronroneo de las turbinas, hasta aquellos confines del país. La historia, la leyenda, los mitos primigenios y los paisajes naturales que albergan estas tradiciones ancestrales se lían formando un torbellino de circunstancias. Confusiones y paradojas giran entre la ficción, el mito y la realidad...

Las voces y las risas de mis compañeros de viaje me rescataron a la realidad pero, luego de breve intercambio de palabras, regresé a mis apuntes digitalizados y continué leyendo:

El objetivo del gobierno es sembrar las bases de una verdadera industria minera al estilo de Suráfrica... La ley se orientaría hacia el sentido que la actividad minera se ejerza con arreglo a los principios de conservación ambiental y de ordenación territorial... Igualmente se establece que el ejercicio de la actividad minera solo podrá efectuarse directamente por la República con un novedoso concepto de asociaciones estratégicas, por terceras personas en virtud de concesiones y por mineros artesanales, éstos últimos, precisamente, los que están generando el problema actual en el río Siapa. Se prevé la creación de un holding minero encargado de ejercer la actividad en nombre de la República...

Revisé otras notas de fechas más recientes; todas se referían a los abusos contra el sistema ecológico que contribuían al calentamiento global, al conflicto originado por la ocupación de las tierras y a la explotación de metales preciosos. A veces, sólo a veces, se incluía la posible solución a esos problemas.

El hidro-deslizador se zarandeó un poco y perdí la concentración. Observé que estábamos pasando frente a las hermosas instalaciones de un hotel ribereño de la cadena Cohtua, ubicado aguas abajo del puerto de San Fernando donde arrimaríamos de inmediato. Súbitamente el hidro-deslizador aminoró su velocidad y atracamos. Desembarcamos cómodamente por el muelle flotante y nos dirigimos a la oficina de control; casualmente la pertinaz lluvia había cesado. El capitán Bret nos presentó a los funcionarios de la Guardia Territorial Amazónica y ese gesto nos evitó las molestias de los registros y presentación de documentos, ya que el control era estricto, en función de contrarrestar la actividad de los terroristas; luego nos informó que debía presentarse al comando de la guarnición y nos invitó a que paseáramos, mientras tanto, por el bulevar ribereño. Así lo hicimos; realmente maravilloso fue el recorrido en el práctico trolebús de un extremo a otro de este paseo donde pudimos apreciar la belleza del paisaje que ofrece la confluencia del río Guaviare de aguas marrones con el Atabapo de aguas negras que resisten a mezclarse mientras se desplazan paralelamente a entregarse al Orinoco. Es una verdadera lástima que estas aguas ya estén contaminadas y el proyecto de saneamiento aún recorra los trámites burocráticos.

Naysa y Agapio lamentaron haber comido en exceso en el desayuno, pero el doctor Shek y yo, no resistimos la tentación de probar las sabrosas empanadas de pescado Lau-lau y jugo de túpíro que aún quedaban en un kiosco de ventas, pues para esa hora, ya se habían agotado los desayunos y preparaban la comida del almuerzo.

—El pescado está fresco y muy sabroso — afirmó el doctor Cheng mientras usaba la servilleta y agregó —: ¿de dónde lo traen? porque tengo entendido que los ríos cercanos están muy contaminados.

— Lo traen desde el alto Orinoco — le dije —, que aún permanece limpio, sin contaminación, pero también hay lagunas artificiales para la práctica de la piscicultura aquí, en San Fernando, que se abastecen con agua de pozos profundos.

Quisimos regresar caminando pero se había hecho tarde, se nos había agotado el tiempo que habíamos convenido con Bret. Entonces, como nos habíamos alejado mucho de la línea del trolebús, utilizamos los carruajes taxis: una especie de moto triciclo con un cómodo asiento techado; el doctor Shek estaba muy complacido y a la vez nostálgico ya que los vehículos le recordaron a su China natal.

Efectivamente, cuando llegamos, el capitán ya estaba a bordo esperándonos. A pocos minutos de haber partido hacia Pimichín por el Atabapo, comenzó a lloviznar y ya no pude seguir disfrutando del paisaje ribereño, sembrado de grandes cantidades de palo de boya, que era materia prima para la elaboración de artesanía indígena y *souvenir*; entonces retomé mis apuntes computarizados.

Otros casos interesantes se presentaban cuando la matriz de opinión era fomentada por los depredadores de siempre, como los propietarios de la empresa Mava, C.A., cuando actuaron contra los representantes de la Iglesia Católica en

Amazonas, por la denuncia presentada por monseñor Ceccarelli; aunque la retaliación se basaba en ataques infundados y mentiras mediáticas. Más aún, en aquella época, a raíz del conflicto entre el empresario Zingg y una comunidad de piaroas por la posesión de las tierras de Valle Guanay, se desató un boom noticioso sobre Amazonas; algunos medios la presentaban como la zona más peligrosa del país, publicando titulares como estos: *“Tierra sin ley”* (Diario de Caracas); Zingg acusa en El Universal: *“Quieren hacer del T.F. Amazonas un aliviadero de guerrilleros y traficantes”*.

“Narcotraficantes han convertido el Amazonas en tierra de nadie”.

Curiel, el último de los conquistadores, denuncia grupos conectados a intereses foráneos: *“Se puede perder el Amazonas”*.

Otros: *“Amazonas zona roja internacional”*.

“Sectores de ultraizquierda pretenden internacionalizar la Amazonia”.

“Militarizar el Amazonas solicitaran al presidente Lusinchi”.

El diario Panorama el 14-05-1985 publica un artículo sobre *“el hallazgo del Dorado”*, donde menciona la *“necesidad de una política de fronteras y de ocupación del territorio: Hay gente empeñada en sentar barreras divisorias entre venezolanos indígenas y no indígenas...”* *“Un movimiento separatista sin precedentes en Venezuela pareciera estar surgiendo: ...los colonos han tenido que defenderse del hostigamiento proveniente de los indígenas...”*

La Comisión delegada del Congreso, debatió el caso y nombró otra comisión para aclarar los hechos. Mientras tanto los diarios continuaron cubriendo el caso: *“Diputados investiga atropellos a piaroas”*.

“Está parcializada Comisión que viajó al Amazonas a investigar atropello a piaroas”.

“Hay interés de tildar de comunistas a quienes defienden los derechos de los piaroas”.

Finalmente el gobierno, por un lado, devolvió las tierras a los piaroas, le pagó las bienhechurías del hato a Zingg y lo reubicó en un valle en el alto Ventuari. Por otro lado, el Ejecutivo cedió ante la presión mediática y nombró un gobernador militar en sustitución del señor Rumeno Armas Salazar. Veinticuatro años más tarde sarcásticamente, las tierras otorgadas a Zingg en el alto Ventuari, también le fueron confiscadas por un gobierno socialista.

Me atrevo a considerar que el esquema de aquella pugna fue como el germen o el primer antecedente de la situación conflictiva que actualmente vivimos; solo que ahora se combina lo mediático con los hechos reales. Llegué a la conclusión de que, el germen había penetrado y corroído el cuerpo social porque, en el transcurso de tan largo tiempo, no se había aplicado ningún correctivo a pesar de la advertencia hecha por los medios en aquella época a través de un teatro mediático subversivo.

Entre los últimos datos que tenía sobre el caso Siapa, había una nota de prensa desde Brasilia titulada: *Preparan “Operación Yanomami”. Brasil retirará garimpeiros de la frontera con Venezuela*. Decía la nota que la Fundación Nacional del Indio (FUNAI) y la Policía Federal, con apoyo logístico del Ejército y Aeronáutica brasileños, planificaban una ofensiva para el retiro de los invasores de las reservas indígenas, que en la operación participarían cinco ministerios, con un presupuesto de 5,7 millones de dólares. Un comunicado de la Cancillería brasileña decía que “las acciones con aquella finalidad serán realizadas en estrecha coordinación con las autoridades venezolanas competentes, destinadas también a cohibir el ingreso de garimpeiros en territorios de vecinos países.”

Con esto concluí el repaso de la reseña histórica del asunto a tratar en la conferencia. Seguidamente revisé mis conclusiones que ineludiblemente relacionaban estos hechos pasados con el actual desempeño de la *Lone Star*, empresa que extraía el *Rizophus Vigoris* para fabricar la píldora *Vit-lone*, y la empresa *Waterlone*, recién instalada para obtener y comercializar agua potable; ambas subsidiarias de la empresa texana *Lone Star Corporation* instalada en Villa Esmeralda. Estaba persuadido que me traería algún inconveniente tratar este escabroso tema, pero no sentía otro impulso que proclamar la verdad... La triste historia de las concesiones en Amazonas comenzó a mediados de la década de 1880; en aquella época se otorgaban para la explotación del caucho y colonizar la región. Hasta nuestros días se ha mantenido un patrón casi inexorable: el aprovechamiento de los recursos conjuntamente con la explotación del nativo; ya sea directamente como antes, o por medios subrepticios, como ahora. Era vox populi que la empresa *Lone Star* estaba extrayendo minerales no autorizados, con el agravante de mantener prácticamente esclavizados a centenares de indígenas. En aquel momento, cuando ya había tomado la decisión de investigar y denunciar estos graves delitos ecológicos, escuchamos el sonido del avión que se nos venía encima.

III

Al día siguiente de haber ocurrido el accidente me desperté muy tarde, cuando solo faltaba media hora para comenzar el acto. Me duché con premura y luego de vestirme apropiadamente para la ocasión, es decir, con el uniforme de gala de la Fundación; fui por el doctor Shek y el licenciado Yarumare, pero ya habían salido. Los encontré a mitad del camino cuando, preocupados por mi demora, venían a buscarme. Nos dirigimos apresuradamente al gran salón del poder comunal, pues llegaríamos con retardo de media hora. La caminata reavivó la insoportable resaca que ambos teníamos; con pesadumbre, se la achacaba al vino de Copoazú que, ligado a otras bebidas, libamos abundantemente.

Cuando llegamos, nos tranquilizamos al comprobar que aún el acto no había comenzado. Esperaba que la doctora Naysa estuviese también con nosotros, pero no la localizamos. El retardo se debía a la indisposición de muchos sobrevivientes de la tragedia aérea que participarían en el foro. Aún se recuperaban en el Módulo Comunal para la Salud Pública, pues era el mejor servicio de atención de ubicación cercana al sitio del siniestro y hasta allí los habían trasladado en los helicópteros.

En la entrada nos topamos con la terca interferencia de los reporteros y fotógrafos que acosaban a los visitantes, especialmente a los sobrevivientes de la catástrofe. Al distinguirnos nos rodearon y asediaron con preguntas simultaneas, por un momento nos repartimos en dos grupos. Cada uno de nosotros dio su versión sobre el siniestro y contestó las impertinentes preguntas de los acuciosos comunicadores sociales; finalmente, como una jauría después de acabar con la presa, nos abandonaron y saltaron al acoso de otros visitantes, entre los cuales estaba nuestro compañero de farra y sobreviviente Leo Dean. Mientras tanto, tuvimos oportunidad de tomarnos varias tazas de café negro y así recuperar nuestro brío.

Cuando regresamos al auditorio, lindas jovencitas vestidas a la usanza tradicional, es decir, con uniforme de falda corta y blusa, nos dieron la bienvenida a nombre de *Lone Star Corporation* y de la delegación del Poder Comunal para la Protección del Ambiente, a la cual yo estaba adscrito, pues eran las principales organizadoras del evento, y nos informaron que el evento había sido suspendido; luego le entregaron a cada uno de los participantes, un papel membretado donde explicaban el motivo de la suspensión del evento hasta la semana siguiente. Muchos de los asistentes se molestaron, otros regresaron a sus respectivos países trasladándose a la Zona Franca de San Carlos de Río Negro y abordando el avión en el aeropuerto internacional de esa ciudad. Pocos se quedaron a esperar y disfrutar de las maravillas autóctonas,

utilizando los servicios que disponía la comuna para el turista. La ciudad de Maroa tradicionalmente fue muy limpia y actualmente no solo mantenía esa condición, sino que la había mejorado con su crecimiento y sus buenos servicios. Sus habitantes hacían gala de ser corteses y buenos ciudadanos, todo lo cual proporcionaba un ambiente propicio para los visitantes y turistas. En nuestro caso, utilizamos suficiente tiempo para dedicarnos al trabajo de investigación sobre el foco de contaminación denunciado preventivamente por la delegación del Poder Comunal para la Protección del Ambiente.

Entretanto, Narda, que pertenecía a una unidad de coordinación y organización, y Keyla al equipo médico-odontológico, ambos de la Confederación de Repúblicas Amazónicas, se adentraron con sus respectivos equipos en las comunidades con Poder Comunal para la Producción del Sustento o más conocido como PCPS, aunque en el jerga local seguían llamándole conuco. Ambas estuvieron todo el día ocupadas, así que no nos vimos, sino hasta encontrarnos en la posada, al caer la noche. En el restaurant compartíamos nuestras apreciaciones sobre los sucesos del día. Comentamos la noticia publicada en el principal diario nacional, decía que un misil había derribado un avión en la Región Amazonas; el portavoz del Ministerio del Ejecutivo para Vías de Comunicación y Transporte, en Caracas, denunció que un misil disparado desde tierra por insurrectos renegados del ACE, causó la caída de un avión en la Región Amazonas, en el que murieron doce compatriotas. Agregaba que los sobrevivientes fueron rescatados por funcionarios de la GTA. Por el contrario, una fuente oficial regional informó que voceros del PCAP aseguraron que el incidente parecía más un accidente que un ataque de reaccionarios disidentes. También los noticieros locales y regionales informaron que las autoridades y representantes de la delegación del Poder Comunal para la Administración Pública y la GTA, insistían que la catástrofe tenía todas las características de una falla técnica, apoyándose en la versión de los tripulantes. Entre estas versiones contrapuestas convenimos que serían las investigaciones de los técnicos aeronáuticos, las que confirmarían lo sucedido.

— Evidentemente, estamos ante un caso de intereses divergentes — opinó el doctor Shek—, obviamente están manipulando una tragedia que sólo nosotros vimos.

— Por supuesto, y resulta evidente que el Poder Comunal y el Ejecutivo — aseveré — no se pusieron de acuerdo para abordar el asunto.

— Pero está claro — afirmó Naysa — que el Ejecutivo pretende achacar el accidente a los insurrectos para desprestigiarlos.

— Tal vez por esa razón — dije — agregaron seis víctimas más. Sin embargo, doctor, presiento que hay algo raro tras esa discrepancia, me late que alguien en la GTA o en la delegación del PCAP tiene que ver con eso...

En torno a estas premisas seguimos conversando hasta agotar el tema, luego, sin llegar a conclusiones definitivas, fuimos dominados por el hambre y acudimos a cenar.

* * *

Transcurrida la semana, nos volvimos a encontrar en el gran Salón Comunal de Maroa como estaba previsto. Esta vez llegamos puntualmente, pero tuvimos que esperar el inicio del evento durante tres cuartos de hora, gracias al tradicional retardo con que se efectúan los eventos públicos en nuestra región. Cuando llegó mi turno, expuse sucintamente mi temática histórica que confirmaba la nefasta experiencia que había ocurrido con las concesiones otorgadas a empresas foráneas desde 1983 con el caso Mava C.A. Desde luego, presenté mi análisis acerca de lo sucedido en 1996 cuando la invasión de los garimpeiros en las cabeceras del río Siapa en la Sierra Parima. También la fatal destrucción del ecosistema del cerro Yapacana y así, otros casos similares, ocurridos hasta nuestros días; entonces, entré a tratar la temática sobre desarrollo, indigenismo y explotación de recursos naturales. Mi extensa exposición fue radical en cuanto a la protección de los recursos naturales y en especial a la explotación de la variedad del *Rizophus Auriensis*, llamada *Rizophus Vigoris*. Era necesario mantener en vigencia las legislaciones basadas en realidades locales para que, paradójicamente, se fortaleciera la visión común en la tarea de reforzar las acciones para revertir los efectos del cambio climático. La construcción, diseño y consenso de esta visión común, había comenzado a estructurarse hacía muchos años, a partir de la creación de organismos internacionales dedicados a la defensa de la Amazonía: la Organización del Tratado de Cooperación Amazónica (OTCA), el Parlamento Amazónico y la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA), cuyos esfuerzos fueron inútiles, precisamente por el interés de países foráneos y la escasa conciencia de los funcionarios amazónicos. Sin embargo sirvieron de sustentación para la creación de la Confederación de Repúblicas Amazónicas.

El *Rizophus Auriensis*, un pequeño rizoma endémico, había sido descubierto por el sacerdote y antropólogo Ramón Iribertegui como un fármaco contra el Sida hacía cincuenta y cinco años, pero hasta entonces no se había intentado procesarlo industrialmente, así como tampoco su variedad afrodisíaca. Existía en abundancia en la falda oeste de la Sierra Parima, también en pequeños nichos ecológicos de extensión reducida en los altos del río Atacavi, en la penillanura del Casiquiare, en las laderas del Aratitiope, en la cuenca del río Siapa y en las faldas nor occidentales del Duida-Marawaka. En la región solo se usaba como remedio casero, hasta hacía poco.

El problema que realmente tuvimos que enfrentar fue la desmembración del pueblo indígena a consecuencia de un supuesto “desarrollo sustentable”. En la década de los setenta, uno de los pueblos más numerosos de la Amazonía, los yanomami, se vio amenazado a consecuencia del programa de penetración de sus tierras para la construcción de la red de carreteras en el Brasil. Como consecuencia de esto,

aproximadamente un 20% de los yanomami murió a causa de enfermedades introducidas por los buscadores de oro. Desde esa época hasta el presente la situación ha cambiado: los indígenas tienen ahora una organización propia para la defensa de sus derechos; el Poder Popular de los Pueblos Originarios para la Defensa de sus Derechos Democráticos, le ha otorgado la facultad y la capacidad de enfrentar las amenazas del exterior, de tal manera que permanecen fieles a lo mejor de sus tradiciones y no se consideran a sí mismos como personas atrasadas o ignorantes...

Después de mi intervención, tuve fuerte oposición por parte del grupo representante de la corporación Lone Star, dirigido por Leo Dean, quien abogaba por una explotación “sustentable” del *Rizophus Vigoris*, pues era la única cura para el mal que amenazaba la reproducción humana natural. Era obvio que el problema estaba afectando a la población mundial, pues los compuestos químicos industriales estaban creando un espectro global que distorsionaba la sexualidad del ser humano.

— El futuro de la raza humana está en peligro — dijo Leo Dean en su exposición —. La amenaza se extiende también a la vida animal tanto en tierra como en el mar.

Otro experto ambientalista indicó que la reproducción humana en general y la salud masculina en particular, estaban bajo la amenaza del uso excesivo de algunos químicos, que producen organoclorinos causantes de los cambios hormonales en el organismo humano. Los organoclorinos son usados para fabricar ciertos plásticos, solventes y celulosa. Dijo que los compuestos químicos imitan a la hormona femenina, el estrógeno, e incrementan las características femeninas en los hombres, dañando la calidad de sus espermatozoides. Por otra parte – dijo – el mundo está amenazado por el despoblamiento, pues la alta calidad de vida ha elevado el promedio de vida a unos ciento diez años y la motivación de procrear más de un hijo ha disminuido considerablemente.

Un tercer grupo constituido por neo-liberales propuso como alternativa mediadora que la solución sería la inseminación artificial y la clonación, a lo cual me opuse vehementemente en la tercera intervención que hice y de la cual salí airoso.

Durante esas largas sesiones, el doctor Shek me acompañaba por ratos, porque estaba con Agapio, en el laboratorio, analizando las muestras de agua del río para determinar el grado de contaminación y, desde luego, preparando los informes. Nos causaba estupor que estos profesionales, en su afán desarrollista y mercantilista, se preocuparan por el efecto de los organoclorinos, pero desdeñaran el verdadero peligro que amenaza a la humanidad: el calentamiento planetario. Si no mantenemos a raya o minimizamos las causas del calentamiento global y no conservamos un modelo de desarrollo armónico con la naturaleza, estaremos avanzando hacia un punto sin retorno, hacia el borde del abismo.

Sin embargo, después de escuchar las exposiciones acerca del *Rizophus Vigoris*, quedé algo sugestionado. Cuando nos reunimos todos en la posada al anochecer,

comenté el asunto con Agapio y Cheng; ambos coincidieron con los expositores: ellos también notaban algunos gestos característicos femeninos en los hombres foráneos, pero no en los autóctonos.

— Seguramente, honorable profesor no lo percibió anoche — dijo el doctor Shek —, probablemente por haber estado observando a las chicas.

— Tal vez, a lo mejor, doctor, ¿quién de nosotros no se emociona por las mujeres? — mentí por no darme mala fama, pero desde la muerte de mi esposa no había tenido ojos para ninguna mujer, en el sentido sugerido por Cheng. Después de todo, ahora me parecía que las diferencias eran muy sutiles y naturales, pues todo el tiempo habían existido esas diferencias entre el hombre citadino y el campesino: uno era de modales finos, elegantes y sofisticados; el otro de modales rústicos, torpes y ordinarios, pero esto, según mi parecer, no tenía que ver con el desarrollo hormonal.

Dos días más duraron las deliberaciones y cada día se establecían más contradicciones y desavenencias y discusiones. Finalmente, la mesa técnica trató de elaborar un acuerdo sobre las resoluciones de la asamblea que, en todo caso, serán válidas con la aprobación y la palabra final de las mesas de trabajo comunitario, pero los tres grupos que confrontaron las diversas tendencias no llegaron a ningún acuerdo y se convocó otro congreso para el siguiente año en Manaos. Mientras tanto, el Comité del Poder Comunal para la Conservación Ambiental y sus homólogos para la Producción Sustentable, aplicarían un decreto elaborado de acuerdo a los acendrados intereses comunales. En este aspecto no era mucho lo que habíamos avanzado: congresos, foros, charlas y exposiciones bajo el ropaje tecnológico, para terminar ejecutando algunas fórmulas empíricas tradicionales, comúnmente llamados paños calientes. A pesar de todo, se logró reforzar la tesis de mantener la orientación de la investigación hacia la sustentabilidad, química ecológica, energías renovables y la práctica social que reivindica la cultura ancestral de tomar de la naturaleza solo lo que sea necesario.

Al tercer día, muy temprano, estábamos casi todos los participantes foráneos en el aeropuerto. Me despedí cordialmente de nuestros contrincantes en el debate, también de nuestros aliados y finalmente, de Keyla y mi hija Narda. Estaban nerviosas por el viaje pero las convencí de que realmente el avión era el medio más seguro para viajar.

Al día siguiente regresó el capitán Bret. Esperaba encontrarse con Narda, así que no ocultó su desilusión cuando supo que ella había regresado a Caracas. Cheng, Agapio y Naysa habían terminado la investigación y preparado el diagnóstico sobre el foco de contaminación en el río; lo envié al director del IAMAB en Puerto Ayacucho, esperando que se tomaran pronto las acciones pertinentes. Ahora debíamos viajar a Villa Esmeralda, conforme a las últimas instrucciones recibidas por correo electrónico del director del Instituto. Al comentarle esto al capitán Bret, gentilmente nos ofreció llevarnos en su hidro-deslizador.

Ese mismo día viajamos hacia Villa Esmerada. Bajamos el río Guainía, subimos el Casiquiare y finalmente el Orinoco, para llegar en menos de seis horas. Durante ese tiempo, hablamos poco y dormimos mucho, pues la farra entre nuestro grupo de la posada se repitió la noche de despedida. Bret, entre sus muchos lamentos por no haber llegado antes, nos contó que la comisión que había ido a estudiar el accidente dos días después de haber ocurrido, no había encontrado ni rastros de los restos del avión, se presumía que los insurgentes habían cargado con todo. Estaba muy melancólico y, hasta mitad del viaje, solo pocas veces se dirigió a Naysa; después, poco a poco fue animándose hasta volver a ser el mismo entusiástico de siempre, volcando su galantería sobre Naysa.

Se aproximaba el fin de la jornada cuando pasamos por un recodo del río, entonces se abrió a nuestra vista la portentosa mole del Duida entronada sobre el manto arbóreo, reflejándose sobre el espejado río, que parecía ceder ante el peso del gran macizo. Me vino a la mente esa maravillosa relación que existe entre mitología y naturaleza, pues uno de los mitos más interesantes de los ye'kuana describe el *Marawaka* como un árbol milagroso portador de todas las frutas y cuya copa penetra el umbral de la morada celeste del Dios Wanadi cuando creó la tierra. Su caída dio origen, no solo a las frutas comestibles sino, a las aguas que actualmente surcan las inmensas selvas orinoqueñas. Su origen tuvo que ver con la Yuca Sagrada que fue robada al Cielo y traída a la tierra por el mono *Kushu*, un héroe mítico, y convertida en el Árbol de la Vida. Se levantaba sobre la Montaña Sagrada, la Montaña del Mundo reificada en el Cerro Kushamakari, de la serranía Duida-Marawaka.

Esta leyenda tiene parangón con la del pueblo Jivi: *Caliebirri-nae Cudeido*, mejor conocida como cerro Autana. Pero el mítico cerro Autana corrió con mejor publicidad mediática y se convirtió en un icono del país.

Llegamos al puerto de la Patrulla Aéreo-Fluvial y desde allí, una vez almacenado el hidro-deslizador, el sargento Guamare y el práctico Yawari subieron, a través de un túnel circular, dentro de un coche-bólide al CREDI, el espectacular centro de comando integral de la GTA que se encontraba oculto, dentro de una enorme concavidad, a media altura del Marawaka, acordonado de nubes enigmáticas.

Mientras tanto, el capitán, en una muestra de gentileza, nos condujo en su vehículo rustico a la casa de mi amigo Ipaminare, un alto jerarca representante del Poder Ejecutivo. Se encontraba en la capital realizando gestiones políticas pero, con anterioridad, me había ofrecido hospedaje en su amplia casa ubicada en las colinas circundantes al Duida. Un matrimonio de viejos yanomami que fungían de conserjes, nos recibió.

Al despedirnos del garboso capitán, nos reiteró su invitación:

— Pasaré por ustedes a las siete ¿les parece? — y sin esperar respuesta, agregó —: así tendrán tiempo suficiente para descansar.

Los conserjes nos ubicaron en sendos dormitorios muy espaciosos. La casa en general era extensa, construida con concreto, acero y tabiquería prefabricada; acabados en madera y yeso. Sus ambientes ofrecían, además de la comodidad interior, vistas panorámicas que abarcaban el conjunto de la ciudad: abajo se divisaban algunas ruinas de edificaciones públicas como el viejo terminal aéreo y las modernas construcciones sobre la pista de aterrizaje que se extendía paralela al río; ubicada así por crasa equivocación de las anteriores autoridades, pues cortaba toda comunicación de los autóctonos habitantes ribereños con su río-sustento. Finalmente, gracias a las gestiones del Organismo del Poder Popular para la Planificación Urbana, a la Empresa para el Desarrollo Integral de la Región Amazonas y al delegado del PCAP, se había logrado un acuerdo entre los ye'kuana y los arawaco para la ocupación territorial en la ciudad, por el cual se extendía el territorio ocupado por los arawaco hacia la vieja pista, donde se construían un complejo hotelero y habitacional, con visuales hacia el río y al Duida-Marawaka. Ya estaba funcionando el nuevo aeropuerto construido en las sabanas. También se divisaban los grandes galpones de fábricas de productos de origen forestal, varios centros comerciales y la gran estación del ferrocarril del sur, aún en construcción. Entre estas edificaciones para la industria, la producción, el comercio y el transporte, se entretejía la red de celdas habitacionales de la población autóctona y proletaria. La ciudad estaba sectorizada en módulos de agrupaciones comunales enclavadas a lo largo de las colinas e interconectadas por un sistema de transporte público. Las áreas comunes como parques, plazas, áreas deportivas y verdes fueron desarrolladas en los terrenos bajos, donde aún crecían los acuños morichales; todas entrelazadas por espaciosos y bellos paseos peatonales.

A la hora prevista se presentó el capitán en traje civil; en todo caso se trataba de un uniforme, pues cada gremio tenía ropas que lo identificaban como tal, además de la identificación por nombre y número estampados en los vestidos. A pesar de la puntualidad del capitán, tuvimos que esperar un rato por Naysa. Así que conversamos animadamente, mientras sorbíamos un güisqui obsequiado por el viejo yanomami. Fuimos a cenar al más exótico restaurante de la villa, el del hotel Marawaka, ubicado en las cumbres del Duida. Sólo se tenía acceso a través de un singular funicular, una versión más antigua del teleférico súper rápido que comunicaba el puerto con el Cuartel General de la FAB, que funcionaba también en el CREDI.

El clima entre las nubes era agradablemente frío, la comida exquisita y los precios exorbitantes. Aun así, estaba totalmente lleno. La mayoría de los presentes eran extranjeros, pocos criollos y creo que los únicos de ascendencia indígena éramos Naysa, el capitán y yo. Después de algunos tragos, el joven Bret con su habitual carácter dicharachero, nos contó algunas anécdotas y luego pasó a cortejar a Naysa como si se hubiese olvidado de Narda. Me di cuenta que el joven era aún de sentimientos inestables.

Concluida la cena nos disponíamos a partir cuando, sorpresivamente, se nos acercó Leo Dean con una comitiva. Nos abordó con gran efusividad y seguidamente nos presentó al presidente de *Lone Star Corporation*, que casualmente visitaba las instalaciones de la empresa en la ciudad:

— Mucho gusto, Robert Todd — dijo el hombre alto y voluminoso extendiendo su gruesa mano a cada uno de nosotros.

— Nuestro ingeniero y gerente general asociado J. B. Jones — dijo Leo Dean presuntuosamente.

Jones, alto y desgarrado, como un vaquero tejano, se presentó hablando en castellano perfecto.

— Ya conocen a nuestros compañeros de infortunio — dijo Leo refiriéndose a otros dos acompañantes, sobrevivientes del accidente aéreo. Con ellos nos saludamos efusivamente como viejos amigos.

Después Robert Todd, con mucha insistencia nos invitó a tomarnos unos tragos y aceptamos. Obviamente para el capitán, nuestra conversación era impertinente, así que no vaciló ni demoró en convencer a Naysa para separarla de nosotros y llevarla a contemplar la cascada que se desprendía desde lo alto del cerro y se deslizaba a corta distancia frente al mirador vítreo.

En seguida J. B. Jones enfocó la conversación hacia los temas que yo había expuesto en la conferencia de Maroa. Tuve la impresión de que Leo Dean lo había informado detenidamente acerca de los temas tratados... Al rato, nuestra conversación fue interrumpida por un grito femenino; intuí era de Naysa y corrí hacia la cascada, allí la encontré aferrada a Bret, temblando de miedo. Tras el muro vítreo una enorme boa enrollada la miraba fijamente y me pareció ver la imagen estampada de Adán y Eva cuando pecaron. Cheng y yo regresamos al bar y continuamos la charla con nuestros amigos, hasta que, después de varios tragos, nos despedimos de ellos y fuimos en busca de Bret y Naysa a la pista de baile, sólo para avisarles nuestra partida, pero ellos insistieron en acompañarnos a casa.

De regreso, mientras los enamorados intercambiaban flechazos, me preguntaba por qué estos potentados industriales estaban tan interesados en la simple opinión de un humilde profesor. La respuesta me la daría el Dr. Shek, mas tarde, cuando llegamos a casa.

— Evidentemente, honorable profesor, el distinguido presidente de *Lone Star*, está empeñado en halagarlo, con el propósito de convencerlo para que trabaje en su equipo. Creo que sus hombres de la inteligencia están persuadidos que la vanidad es su lado débil, por lo cual, el honorable Sr. Robert Todd actúa de esa manera; lo habrán convencido de que por esa vía logrará su propósito...

Reí con gusto de la ocurrencia de mi amigo.

— No creo que vayan a ser tan ingenuos — le dije.

— Hay otra explicación — añadió Cheng —, obviamente habrá observado, honorable profesor, que en el personal de Lone Star no participan personas autóctonas, indígenas; así pues, obviamente lo necesitan a usted, que es de ascendencia indígena y respetable entre esos pueblos, como punta de lanza.

— Bien, doctor Shek — dije tratando de apartar el tema, ya que aquellos argumentos me parecieron risibles —, será mejor que nos preparemos para abocarnos a nuestro trabajo sobre el Duida-Marawaka.

Al día siguiente, Naysa me contó que el capitán estaría ausente por un tiempo indefinido, pues había recibido órdenes superiores de presentarse con urgencia al cuartel número uno de la FAB, en el fantástico Comando Regional Estratégico para la Defensa Integral enclavado en las alturas de la serranía del Sipapo, cerca de Puerto Ayacucho, donde debía coordinar las tareas de la unidad bajo su mando con el comando de ataque movilizado para repeler a los insurrectos, supuestos causantes del accidente aéreo.

IV

Entre los confines de la selva amazónica se encuentra la peniplanicie del Casiquiare, una vasta región tradicionalmente despoblada. Parece inhóspita y arisca cuando estamos inmersos en ella, pero deslumbrante y hermosa, es pura belleza salvaje y recóndita cuando la observamos desde lejos, en toda su extensión. El Casiquiare no es un caño, ni un brazo, ni un canal, como se le ha llamado, sino un verdadero río, con la particularidad de que no tiene fuentes propias y comunica la cuenca del río Orinoco con la del río Amazonas. Sus tributarios de la derecha tienen escasa importancia, debido al escaso relieve de la plataforma. Contrariamente, los tributarios de la izquierda, cuyos nacientes se ubican en la región oriental y sureña, de altos relieves, dan al río aportes significativos que le entregan el doble del caudal cedido por el Orinoco en la bifurcación. Entre dichos afluentes se destacan: el Pamoni, el Pasiba, el Siapa y el Pasimoni.

Allá, en la zona de la desembocadura del río Siapa, el capitán Bretanio Asisa, los sargentos Guamare y Yarumare y el cabo Yawari, combatían contra los insurrectos. Agapio Yarumare pertenecía a nuestro equipo pero había renunciado, haciendo uso de su prerrogativa como miembro de la GTA, para incorporarse a esa institución. Según las últimas informaciones que habíamos recibido, nuestros compatriotas formaban parte de una patrulla aérea de helicópteros rusos Mi-24 tipo Hind, apodados “Arawakos” por la Fuerza Aeronáutica Blindada. La misión del grupo consistía en apoyar a las patrullas de infantería que se batían contra los insurrectos del ESPJO en una batalla asimétrica; pues los nuestros utilizaban armas automáticas NGM de mortíferos rayos láser, mientras los del ESPJO peleaban con obsoletos FAL, AK47 y, hasta con dardos envenenados lanzados con ancestrales cerbatanas.

Mi punto de vista en cuanto al conflicto estaba influenciado, obviamente, por el asesinato de mi esposa: me declaro a favor de la autoridad constituida y contra los insurrectos separatistas, pero no estoy a favor de la solución militar, rechazo la guerra que destruye seres humanos, pero tampoco apoyo la sumisión de los pueblos indígenas que destruye su cultura; por otro lado, me preocupaba sobremanera lo que estaba sucediendo con respecto a nuestra querida selva y sus habitantes; me imaginaba el acto violatorio contra el ambiente puro de la virginal selva: la contaminación del cielo diáfano por el humo y la kerosina; las balas, la metralla y el láser penetrando y destruyendo árboles y suelos; aceites y combustibles contaminando las aguas...sesgando vidas humanas.

¡Inmensa penillanura casiquireña! alfombra fiel y protectora de las alturas de La Neblina, donde nacen los ríos para regar tu gran llanada. Y desde los torrentes montañosos continúan avenando el vasto caudal de aguas que riegan la selva cenagosa; no permita Dios que se acerquen aquellos demonios dañeros de la guerra, a destruir la fuente inmaculada de tu verdor. Escribí esta oración, después de escuchar las fatídicas noticias que llegaban del frente de batalla. Día a día sucedía lo indeseable: la lucha fratricida. No obstante, nuestro grupo institucional continuaba sus labores rutinarias, en relativa paz productiva. Habíamos puesto en marcha varios programas de capacitación patrimonial y proteccionista, ya que estábamos estructurando e implantando el centro regional del IAMAB. Asimismo, las actividades económicas, culturales, sociales y cotidianas, se desarrollaban normalmente en la ciudad, predominando sobre todo, las actividades relacionadas con la construcción de la base aeroespacial.

Los trabajos estaban a cargo de la compañía *Lone Star Space* y se habían iniciado hacía unos cinco años, poco tiempo después de haberse instalado el grupo de empresas de *Lone Star Corporation*. A través de una campaña mediática, la empresa había convencido a la comunidad de la necesidad de impulsar este proyecto, haciéndoles ver que sería la panacea para la consecución de la felicidad y progreso de todos. Así que en Villa Esmeralda no se hablaba sino del transbordador *Rahaka*, que significa punta de flecha en yanomami. Por otra parte, uno de los pasatiempos favoritos de la población era observar la marcha de los trabajos, para lo cual se habían construido miradores provistos de calejos y de servicios públicos.

Antes de iniciarse los trabajos, la empresa había realizado una infiltración mediática solapadamente y al momento del referéndum convocado para la aprobación del proyecto, tan convencida estaba la población que más del noventa por ciento lo aprobó.

Por cierto, en mis archivos digitales encontré la noticia aparecida en los medios audiovisuales principales de Caracas, Bogotá, Brasilia, Georgetown, La Paz, Quito y Lima relacionada con el proyecto:

Un transbordador espacial construirá empresa de EE UU en la Región Amazonas, Venezuela. Tal como lo anunció el Presidente la Confederación de Repúblicas Amazónicas, COREAM, representantes de la compañía Lone Star Space viajarán esta semana para firmar un convenio con la Presidenta de la República Bolivariana de Venezuela, que les permitirá instalar una base en la cual fabricarán y lanzaran al espacio la nave Lone Star Rahaka, de tecnología más avanzada que la de las unidades de la NASA. El costo aproximado del proyecto es de unos 280 millones de incas.

El presidente de la empresa Robert Todd, afirmó que “esta iniciativa va a situar a Venezuela en el mapa de los países de más alta tecnología espacial en el

mundo”. El lugar previsto para el lanzamiento del transbordador es un sector ubicado a 2,7 kilómetros de Villa Esmeralda, capital de la Región Amazonas, punto geográfico ideal por su cercanía a la línea ecuatorial.

A este punto recordé que había visto una noticia de contenido similar publicada hacía mucho tiempo. Operé mi computadora y lo conseguí. Era increíble la similitud de estos anuncios mediáticos separados por 58 años. Obviamente había ciertas diferencias como las características de tamaño, peso, capacidad y motores del transbordador. El doctor Shek no conforme con mi descripción del descubrimiento, insistió que leyera textualmente el recorte fechado el 31 de octubre de 2000:

Tres directivos de la empresa texana Lone Star Space Access llegaron mañana al país para concretar un acuerdo con el gobierno de Hugo Chávez que prevé la construcción y manufactura de una nave aeroespacial suborbital en el territorio nacional. El Cosmo Mariner, un transbordador de una generación más avanzada que el Atlantis y el Discovery de la NASA...

Rob Todd, presidente de la compañía con sede en Houston vendrá a Caracas acompañado de Norman La Fave, ejecutivo de Lone Star y PhD en Física, y de Dan Tuckness, ingeniero y gerente asociado del proyecto. Entre los objetivos de esta visita está el de buscar locaciones para ubicar físicamente el proyecto y hacer un cronograma para futuros lanzamientos, así como hacer una presentación más detallada a nivel científico al Gobierno venezolano.

El acuerdo que firmarán precisará no solo el monto de la inversión para el proyecto – que se estima en unos 100 millones de dólares para el avión – sino además cual será la participación del país en la compañía texana. Pero Venezuela espera que con este proyecto se pueda crear un emporio tecnológico espacial en el país que contribuya con la idea del presidente Chávez de desarrollar el eje Orinoco-Apure.

El embajador de Venezuela en Washington, explicó a El Nacional que este proyecto entra en concordancia con la ciudad telemática anunciada por el presidente en el eje Orinoco-Apure y permitirá que esta compañía pudiera convertirse en un polo de atracción para otras corporaciones de alta tecnología.

Todd explicó que proyectos como el de construir un avión espacial avanzado crea una serie de beneficios extras. “Para que esta nave se construya esencialmente vamos a tener que hacer mas investigación, y van a tener que hacer pruebas avanzadas en Mineralogía, que es importante para el país; también se producirá investigación avanzada en aeronáutica, y lo potencial en un proyecto de esta naturaleza es crear el núcleo. Un área tipo Silicón Valley”.

— ¡Mineralogía! Doctor Shek, mi-ne-ral — expresé deletreando emocionadamente — ¿le dice algo esta palabra? Y sin esperar su respuesta agregué — : ¡Allí está la clave de esas actividades subrepticias de la compañía! Después de tanto tiempo, al fin tenemos algo. Por los datos que hemos obtenido, deduzco que esta empresa es la misma que intentó fundarse aquí el siglo pasado; Robert Todd debe ser hijo de Rob. Intentaron establecerse en aquella oportunidad, sin éxito, porque también he averiguado que la empresa tuvo fuerte oposición por parte de la comunidad organizada y por la Iglesia Católica. Por otra parte, y creo que fue el mayor obstáculo, influyó el hecho del enfrentamiento del presidente Chávez contra el imperialismo norteamericano. Sin embargo, después de gobernar por más de trece años, fatídicamente fue abatido por el cáncer. Y así, al transcurrir el tiempo, el imperio regresa de nuevo con su pantalla tecnológica para extraer la riqueza de nuestro sub suelo...

— Pero, tengo entendido, honorable profesor, que los familiares del difunto presidente actualmente tienen mucha injerencia en asuntos del Estado, — dijo inseguro el doctor Shek —. Aunque hace muchos años que él murió.

—Así es — le expliqué —. Su hija, la señora Presidenta es la jefa del Ejecutivo Nacional y su hermano menor, ya nonagenario, es el presidente del Congreso de la Confederación de Repúblicas Amazónicas y también es asesor de la FAC; de tal manera, que su influencia perdura en el tiempo, sobre todo en el caso de este proyecto, que tiene rango confederado.

La expresión del doctor Shek me dio a entender su desconcierto; así que preferí no confundirlo más con la intrincada estructura del gobierno central, que actualmente estaba dirigido por el Poder Popular; de éste dependía el Poder Ejecutivo, el Poder Legislativo, el Poder Judicial, el Poder Civil, el Poder Electoral y el Militar. Los otros: el Poder Comunal, el Poder Económico, el Poder Eclesiástico, y el Mediático formaban parte de la oposición.

— Bien, continuemos con esta referencia. Aquí hay otra nota de aquella época, muy interesante, doctor Shek. Escuche:

La Fuerza Aérea realizó un estudio de factibilidad para la construcción de una base aeroespacial en el sector La Esmeralda, Estado Amazonas, informó una alta fuente de ese componente militar...

El Ministerio de Infraestructura maneja un proyecto para la construcción de un conjunto de obras que consolidarían los servicios aeroportuarios en esa localidad, tales como rampas y torres. La Esmeralda, junto con Puerto Ordaz, servirán como puntos para irradiar la actividad económica hacia el sur del país...

Según explicaron en la Fuerza Aérea, La Esmeralda tiene una ventaja esencial con respecto al Esequibo: su mayor cercanía con respecto al Ecuador.

Se aseguró, además, que el impacto ambiental de una instalación como esa en la región amazónica sería leve.

El criterio de la Aviación sobre la factibilidad de una base aeroespacial en el Amazonas (patrimonio natural de la humanidad) fue remitido al Ministerio de la Defensa.

Le comenté al doctor Shek que en realidad fue poco lo que se hizo en aquellos tiempos en función de esos ambiciosos planes aeroespaciales. Eran tiempos de sueños y ambiciones con el propósito de formar una sociedad productiva que llevara al país a consolidarse como una potencia mundial. Además casi todas las construcciones militares tuvieron que demolerse por su pésima calidad de construcción y ubicación. Aquellas iniciativas estaban enmarcadas dentro de un proyecto llamado “Ciudad Caura”, que preveía la creación de un centro urbano de alto perfil en el Estado Bolívar, que sería parte del plan de desarrollo del eje Orinoco-Apure, el cual fue diluyéndose en el transcurso del tiempo.

En mis tesis y conferencias he sintetizado que algunas estrategias de planificación en el antiguo Estado Amazonas habían fracasado, entre otras causas, por acatar directrices trazadas por los planificadores sin sentido social y desconocedores de la realidad local y regional, como lo fueron algunos gobernantes; es decir, cuando se desconocen los indicadores de carácter social y cultural de la región, se comete el error histórico de obviar las consecuencias negativas; cuando se siguen por el afán tradicionalista sin tomar en cuenta los elementos de planificación modernos, erramos también al aplicar soluciones o alternativas que tan solo alcanzan a cubrir la necesidad temporal de la comunidad. Pero lo peor es la intervención caprichosa de aquellos gobernantes que actuaban con carácter absolutista, la prueba está en que solo dejaron ruinas. Lo aconsejable es analizar los hechos desde el ángulo histórico, económico y social. Cualquier proyecto debe ir precedido por el reconocimiento de la existencia de la población aborígen con características culturales diferentes. El propósito es establecer prioridades y tomar decisiones acordes con la realidad. Tal es el caso del restablecimiento del antiquísimo eje de comunicación terrestre-fluvial de 800 kilómetros hecho por los Ye'kuana, y utilizado posteriormente por los españoles, entre La Esmeralda y Angostura, ahora Ciudad Bolívar. Hoy día se ha llegado a una solución exitosa, al comunicar Villa Esmeralda por vía férrea con Caicara pasando por San Juan de Manapiare, el granero regional. Desde allá se conecta con los ejes carreteros y ferroviarios este-oeste y norte del país.

* * *

Estábamos en el laboratorio cuando, involuntariamente, oí a Naysa responder a una llamada por *comcel*, hablaba angustiadamente. Luego se dirigió a mí sollozando:

— ¡Profesor Oliver! ¡Han herido a Bret, profesor...! ¡Dios mío! está mal herido, debe ser grave porque tuvieron que enviarlo al hospital de Puerto Ayacucho, con los mejores especialistas... Debo ir a verlo, profesor, por favor, necesito ver como está, tengo que ir... Por favor...

Mientras lloraba sobre mi pecho, la calmé con frases alentadoras, hasta lograr reconfortarla. Al día siguiente, Naysa, todavía perturbada, me presentó a Yorley, una colega condiscípula suya, recomendándola para hacerle la suplencia mientras estuviese ausente, consciente de que teníamos bastante trabajo por hacer. Era Yorley una mujer de rostro peculiar, a primera vista me pareció que tenía rasgos de ye'kuana, de estatura baja, cuerpo recio y bien formado. Le prometí revisar sus credenciales antes de darle una respuesta. Traté de dar largas a la solicitud de Naysa, pero ella insistió con tal vehemencia que no pude evitar su viaje a Puerto Ayacucho.

Varios días después de la partida de Naysa, conseguí una cita para entrevistarme con el ingeniero J. B. Jones, de *Lone Star Corporation*. Mi propósito era lograr indagar más acerca de los planes subrepticios de esa organización en su afán de explotar ilegalmente las riquezas naturales. Sin embargo, nunca llegué a imaginarme que esta injerencia me hubiese llevado a tener tantos contratiempos y zozobras en mi vida y por ende, en el desarrollo de nuestro trabajo especial de investigación sobre el manejo adecuado de los productos naturales.

Mi solicitud fue gratamente aceptada, según me informó Yorley, quien se había ocupado de resolver los detalles de la entrevista, pero, extrañamente, no quiso acompañarme, aludiendo el exceso de trabajo que tenía pendiente.

Nuestra nueva compañera era socióloga, bióloga y etnobotánica y, a pesar del poco tiempo que llevaba conociéndola, consideré que era una investigadora eficiente y dedicada al trabajo. Sin embargo, cuando ya habíamos entrado en confianza, me pareció que se excedía en su coquetería especialmente cuando estábamos solos. Sospeché que trataba de seducirme, no sé con qué propósito y opté por evadirla.

Al llegar a las oficinas administrativas de la corporación, me recibió J. B. Jones en persona. La *Lone Star Corporation* era realmente una monstruosa empresa multinacional, solo en Villa Esmeralda tenía, como filiales, a la *Lone Star Space* y *Cosmo Star*, dedicadas al transporte aeroespacial; la *Iron Star*, que se dedicaba a la extracción de minerales; la *Vit Lone Star*, era la empresa que extraía el *Rizophus Vigoris* y fabricaba la píldora *Vit-lone*. Además, pretendía alcanzar la obtención y comercialización de agua potable a través de la compañía subsidiaria *Waterlone*, pero no llegó a lograr la concesión, pues la empresa iraní se había adelantado.

En su amplia oficina, Jones me dio detalles acerca de las complejas instalaciones que se construirían para el lanzamiento de la nave *L. S. Rahaka*, la cual se diferenciaba ampliamente de la *Cosmo Mariner* que se había programado hacía cincuenta y seis años; aquella tenía capacidad para tres o cuatro pasajeros, mientras

que ésta aceptaba diez pasajeros para viajar a la estación espacial internacional (ISS) o a la estación lunar convencional (CMS).

Seguramente notó mi desinterés en el tema y entramos en el asunto cuestionado durante el foro. J. B. Jones tampoco tuvo reservas para mostrarme documentos y mapas, ni para explicarme los planes que ilustraban los sistemas para la recolección, el procesamiento y la fabricación de la píldora milagrosa de *Rizophus Vigoris* cuyo nombre comercial sería *Vit-lone*. También me explicó los métodos de resiembra y los recursos destinados a la preservación del medio ambiente. Posteriormente pasamos a otra sala donde laboraban media docena de técnicos; era el departamento de investigación del potencial mineral. Estaba casi seguro de que este departamento era solo una mampara que encubría las auténticas actividades de la empresa texana: las que comentaban los trabajadores: extracción de oro y diamantes a grandes profundidades. Se rumoraba que estaban extrayendo estos minerales, en perjuicio de la salud de centenares de indígenas, pues ya estaban presentándose casos de muerte por envenenamiento... le mencioné esto último a J. B. Jones y, por supuesto, lo negó rotundamente, alegando que todos los procedimientos de extracción con fines investigativos eran absolutamente controlados por profesionales idóneos. Para confirmar su punto de vista me invitó a visitar el sitio de la mina de *Iron Star*. Ante mi negativa a causa de lo tarde que era en aquel momento, J. B. Jones insistió.

Subíamos las cuestas del Duida por una angosta carretera de tierra, extendida sinuosamente entre grandes árboles; en el rústico viajábamos el chofer, a su lado un guardia armado y en el asiento trasero J. B. Jones y yo. Delante de nosotros se desplazaba un motorizado y detrás nuestro venía un vehículo rústico convencional descapotado, artillado, con cuatro guardias portando armas láser.

Faltaban cinco minutos para la cinco de la tarde cuando observé mi reloj por última vez. En ese momento, al salir de una curva hacia un claro de la selva, el sol, de frente, nos encandiló. En ese preciso momento cayó frente de nosotros un enorme tronco de árbol y el conductor frenó a fondo para no colisionar, sin embargo lo hicimos levemente. Zumbaban los disparos de láseres por doquier. Nuestro motorizado había caído abatido y cuando miré hacia atrás solo vi sombras de hombres armados que ya habían liquidado a los escoltas y se nos acercaban corriendo en zigzag. Traté de salir del vehículo, no sé en realidad con qué propósito, tal vez para huir de aquel pandemio. En ese momento nuestro chofer y el escolta cayeron como muñecos inertes sobre las ventanillas. Vi que J. B. Jones estaba pálido, en estado de aturdimiento. Varios hombres con el rostro cubierto por pasamontañas nos sacaron a empujones y se entabló una discusión entre dos de ellos. Hablaban en lengua ye'kuana; yo la dominaba solo medianamente, pues el mundo criollo me había absorbido, pero pude captar que estaban discutiendo si se llevaban solo a J. B. Jones y me liquidaban a mí, o por el contrario nos llevaban a ambos. Uno que abogaba por mi vida, me parecía conocido, supe después que se trataba de un antiguo alumno. En ese

momento agradecí a Dios por haberme encaminado hacia la profesión educativa. La cuestión se decidió cuando un tercero intervino diciendo que yo trabajaba también para la corporación *Lone Star* y que pagarían bien por mí. Finalmente respiré aliviado.

Los asaltantes bajaron los cadáveres y, con mucha dificultad, les dieron vuelta a los vehículos; despojaron a los guardias de sus uniformes y se vistieron con ellos. Enseguida nos empujaron hacia el vehículo donde viajábamos y nos obligaron a subir de nuevo. Los tres carros arrancaron uno tras otro para regresar por la misma trocha, en el mismo orden en que subimos. Antes de llegar al puesto de control, nos advirtieron que permaneciéramos callados y al momento de pasar por el mismo, nos afincaron sendos cañones en la cintura. Era ésta nuestra única oportunidad de delatar a los plagiarios. Miré a los ojos de J. B. Jones en busca de algún indicio de entendimiento para reaccionar conjuntamente pero no encontré en ellos sino el sello de angustia e incertidumbre. El guardia, desde la caseta, nos observó rápidamente y pareciéndole que todo estaba en orden, sin poner obstáculos nos dejó pasar. En el preciso momento que el vehículo aceleró me armé de valor para gritar.”¡Auxilio! ¡Nos están secuestran...!” Ahora estoy seguro que no logré hacerlo, pues en ese momento perdí el conocimiento.

Cuando me recuperé, estábamos a varios kilómetros de la alcabala. Vi que el ingeniero norteamericano permanecía aturdido, estupefacto... Intenté dirigirme a él pero los captores me lo impidieron bruscamente y enseguida nos vendaron los ojos. Sentí un inusitado y agudo dolor. Por increíble que parezca, fue en ese momento cuando percibí que tenía una herida en la cabeza, también noté que mi camisa estaba manchada de sangre. Más tarde me pareció que nos desviábamos de la carretera que conducía a la Villa y nos adentrábamos por un sendero sin rumbo determinado. Anduvimos dando saltos por el escabroso camino tal vez por dos horas, tenía la impresión de que habíamos cruzado algún cerro de los que rodeaba el valle de Villa Esmeralda. Finalmente nos detuvimos, tal vez era de noche, nos bajaron, ya con menos brutalidad, y nos condujeron a pié por un trayecto invisible. En el lugar se oía el sonido dominante de un motor. Dos hombres me sujetaron por ambos brazos, uno de ellos puso su mano sobre mi cabeza para obligarme a agacharme y protesté por el dolor que me causaba en la herida. Por el sonido estridente y el viento que nos azotó, obviamente deduje que abordábamos un helicóptero.

El aparato alzó vuelo en plena oscuridad. Traté de ver a través de la espesa venda que me cubría los ojos, pero solo notaba difusos destellos de luz, posiblemente de los faros de navegación. Me sentí transportado hacia la nada, envuelto en un limbo donde predominaba la incertidumbre y la penumbra; pensaba en lo azaroso e imprevisible que me había resultado el poco tiempo de trabajo en el Instituto, que por cierto, acepté para salir de la rutina en que había caído después de mi jubilación y mi viudez. Jamás imaginé que la zozobra, la angustia y otras emociones que me esperaban iban a ser tan intensas. Por mi mente comenzaron a pasar los recuerdos de mis hijos, especialmente

los de mi hija Narda, también los de mi difunta esposa, recuerdos difusos de tiempos lejanos. De Naysa, del capitán Bret, de Agapio, del doctor Shek y de Keyla, en ese orden de tiempos recientes, cada uno un recuerdo particular, especial y único; sin embargo, había algo en común: sentí que era como una despedida de todos ellos. De pronto, el ruido de los rotores y las grandes aspas esparcieron en el cielo oscuro los recuerdos de mis familiares, amigas y amigos. Entre reminiscencias casi olvido la terrible realidad que me embargaba señalándome el incierto y oscuro destino que me esperaba en manos de plagiarios.

Antes de aclarar el día desperté. Y, en la penumbra que me rodeaba, traté de formarme la idea de que todo había sido sólo un terrible sueño, o en todo caso, una pesadilla. Quise persuadirme de que realmente había sido así y me levanté impetuosamente del catre, caminé hacia la única puerta del pequeño recinto, traté de abrirla pero, con desilusión, comprobé que estaba trancada; procuré abrirla forzosamente y no pude con la dura madera rústica. Entonces me dirigí, en sentido contrario, hasta el pequeño boquete abierto en la pared de bahareque, la visión que tuve desde allí, me convenció al momento que todo era real. Los alrededores que veía eran de un lugar desconocido por mí. Entonces percibí, una vez más, que tengo por costumbre resistirme a los impactos emocionales reales, buscando subterfugios imaginarios. La condición en que me encontraba, me hizo sentir apabullado y apesadumbrado, y acepté finalmente, abatido, que todo era una terrible realidad.

Había dormido en un catre de fabricación casera y sobre una colchoneta mugrienta, sin sábana. Estaba en el interior de una casa con techo de palmas, paredes de bahareque y piso de tierra apisonada, como las que usaban los indígenas antiguamente. Me habían dejado solo en aquella húmeda habitación y supuse que J.B. Jones estaba en el cuarto contiguo, así que lo llamé, inicialmente en voz baja, luego subí el tono pero no recibí respuesta. Me asomé de nuevo por la única ventana de la habitación, era una abertura pequeña y estaba atravesada con varas de madera, no divisé a nadie, excepto un grupo de perros ansiosos tras una hembra en celo. Necesitaba asearme, curarme la herida que aún me dolía y cambiarme de ropas, pero en aquella situación me conformé con esperar pacientemente que algún secuestrador apareciera; de hecho, ya alguien había despertado porque a mi olfato llegó el agradable olor de café colado. Para continuar la espera me recosté, abatido, sobre el camastro.

Debí haberme quedado dormido, porque fui sorprendido por el ruido del batir de la puerta y la presencia abrupta de un par de guardianes.

— ¡Anjá! Como que se levantó temprano... ¡madrugador es el profesor!

La voz del carcelero era indudablemente de un colombiano o un paisano andino, mas tarde me revelaría que era de Cúcuta. Traté de ser amigable pero sin mucho preámbulo les solicité que me permitieran asearme y hacer mis necesidades.

— ¿Es que acaso no se ha dado cuenta donde está, amigo? — dijo el otro guardián de aspecto indígena y hostilmente agregó —: Esto no es un Hilton ni mucho menos una posada de la red Cohtua o cotúa como le dicen.

— No, hombre, venga, venga — dijo el paisa asiéndome por la manga de la camisa — eso sí, con mucho cuidado porque mi compañero está impaciente.

Entonces me entregó una toalla, jabón, cepillo y crema dental; me condujeron hacia el exterior de la casa donde había una especie de retrete, el paisa se alejó mientras el otro se quedó rondándome muy cerca y estuvo vigilándome mientras vaciaba mis intestinos.

— ¿No tendrá por casualidad un poco de papel tualet?

— No joda tanto y báñese rápido hombre —, me contestó el guardián.

Desde luego, me di un buen baño con agua muy fría depositada en un tambor. Aunque les pedí una muda de ropa, no fue posible obtenerla y me vi obligado a usar la misma que desprendía un insoportable olor a causa de la sangre, al sudor y la humedad. Volví a la habitación sintiéndome un poco reconfortado por el baño. Cuando el paisa regresó traía una vianda con un desayuno consistente en una arepa con queso y una taza de avena. No me pareció apetitosa y le dije que no tenía hambre.

— Tenga, cómase eso —, me ordenó el paisa — porque no se sabe qué vendrá. Le aconsejo eso porque, como dijo el compañero, esto no es un hotel y a veces no sabemos si hay más comida por el resto del día.

— La verdad es que lo veo tan tranquilo que me da la impresión que no sabe donde está —, dijo el otro y agregó —: dígame profesor ¿usted sabe quiénes somos nosotros, ah?

— Por supuesto, sé quienes son ustedes...

— Pues, entonces dígalos.

— Bueno, ya que insisten... Ustedes forman parte del movimiento rebelde llamado, por el cogobierno, los renegados.

— ¿Cómo?

— Ya va, déjenme terminar... también les dicen separatistas. Casi toda la población está al corriente que ustedes son del ESPJO, el ejército soberano de paz, justicia y orden. Que es la única organización opuesta al gobierno desde hace cinco años, cuando el ACE dejó de combatir a la FAB y también de oponerse al gobierno del partido Poder Comunal. Por cierto que Ace y Fab eran marcas de detergentes para lavar que se fabricaban en el país hace mucho tiempo...

— Déjese de chistes y continúe.

— Además, también se sabe que ahora pretenden crear una nueva nación en la región amazónica y hay algunos países interesados en esa aventura.

— ¡Anjá! Dígame ahora: ¿qué sabe acerca de la mina de diamantes que tiene *Lone Star*? Tenemos conocimiento de que usted ha estado investigando sobre eso.

— ¿Cuál mina, hombre? Si la única vez que he visitado las instalaciones de esa compañía fue cuando ustedes mismos me secuestraron...

— Secuestrado no, señor; retenido — irrumpió el paisa.

— Ya, ya está bien — dijo el otro y seguidamente me hizo otras preguntas acerca de las investigaciones que realizaba el IAMAB y por último, me pidieron información sobre mis familiares y bienes. Con las respuestas que les di quedaron satisfechos; después uno de ellos, el paisa, se alejó; por supuesto el otro guardián no dejaba de vigilarme.

El almuerzo, a eso de las tres de la tarde, consistió en un sancocho de pescado con pedazos de casabe. No hubo cena.

Con la rutina del primer día me mantuvieron durante dos semanas que, para mí, fueron como dos meses; la inacción me exasperaba, la misma comida todos los días ya me estaba causando náuseas. Después de exigirles y rogarles indistintamente que me proporcionaran ropa, papel y lápiz para escribir y algo para leer, finalmente me dieron un jabón de lavar y una vieja novela de Ramón Iribertegui: “A la Sombra del Yébaro”. Pude lavar mi única muda de ropa. Cuando me la puse, al fin me sentí aseado. Pero al día siguiente de haber lavado la mugrienta ropa, sucedió algo que debió alegrarme; sin embargo, por considerarlo una pesada broma, me llenó de indignación: me trajeron una muda completa, incluyendo interiores.

Estaba persuadido que mi amistad con el paisa se iba consolidando con el transcurso del tiempo, aunque él, por cuestiones de apariencia, mantenía un trato circunspecto. Amparado en esa relación, decidí hacerle algunas preguntas: ¿Qué había pasado con J. B. Jones? ¿Estaban negociando nuestra libertad? ¿Cuándo me volverían a interrogar? ¿Cuál sería nuestro destino? ¿Qué iba a pasar con nosotros? ¡Por Dios...! ¡Dígame algo!

Ninguna de estas interrogantes fue aclarada por el paisa, solo me habló de una pronta solución de mis problemas, y así, soportando aquella monotonía y ansiedad, transcurrió el primer mes de mi cautiverio. Para esa fecha, me trajeron más ropa, no era nueva pero estaba en buen estado, lo cual era un preludio de lo que iba a acontecer al día siguiente.

Al amanecer sentí el sonido leve pero inconfundible de un helicóptero, fue aumentando paulatinamente, en tanto yo oteaba desde la ventanita de la celda para satisfacer mi curiosidad. Observé que la gente del campamento se desplazaba de un sitio a otro nerviosamente, cargando con enseres. Cuando el ruido aumentó al máximo para luego aminorar, fue cuando pude, desde un ángulo incómodo, averiguar la causa del estrépito: se trataba, probablemente, del mismo helicóptero que me había trasladado a este sitio.

Al rato, se presentaron a la celda dos guardianes, me conminaron a recoger mis pocas cosas y acompañarlos. Me escoltaron mientras caminábamos por una especie de calle principal que solo tenía tres casas de bahareque a cada lado y, al final, se

encontraba el helicóptero. El río se desplazaba a unos cien metros del camino que transitábamos y apenas pude divisarlo, pues la ribera estaba circundada de espesa vegetación; todo el sitio estaba cubierto por las copas de muchos árboles, lo cual hacía difícil su localización desde las alturas; tan sólo existía el claro donde había aterrizado el helicóptero. Por indicación de los carceleros, subí a bordo y me encontré con tres personas desconocidas además de la tripulación. Pude identificar el helicóptero agracias a los cursos recibidos en la FAB. Era un NH 90 multipropósito, de transporte. Como saludo, uno de ellos me mostró unas esposas y me hizo señas de que extendiera los brazos. “No hace falta compañero”, dijo el más joven y entregándole un pañuelo añadió: “esto sí es necesario por su propia seguridad, profesor”. Entonces el hombre me vendó los ojos. “¡Bienvenido a la República Independiente Amazónica, profesor! — gritó el joven contrarrestando el ruido de los rotores que habían comenzado a girar —, espero que colabore con nosotros por el bien de los pueblos que usted siempre ha defendido.”

Me causó extrañeza que me hablara de esa forma, supuse que habían averiguado suficiente sobre mi persona y mis actividades durante el tiempo que había estado cautivo. En esos momentos no me sentía con ánimos de hablar y me limité a mover la cabeza. Esto tal vez lo desanimó a extender la conversación y continuamos el viaje soportando el monótono ruido de los rotores. Al rato de haber despegado, percibí un sonido característico del sueño: eran ronquidos. Supuse que mis tres acompañantes estaban dormidos y tuve la osadía de quitarme la venda de los ojos. Enseguida noté que estaba en lo cierto, luego observé adelante, al piloto y copiloto que estaban concentrados en los tableros y las montañas que teníamos por delante, me fijé en la pistola que colgaba del asiento del piloto y mi imaginación se desbordó. Rápidamente establecí un plan: un sorpresivo movimiento y la pistola estaría en mis manos; me libraría de los tres pasajeros obligándolos a saltar a baja altura sobre el río y después, la tripulación, bajo amenaza, me llevaría hasta el pueblo más cercano. Por supuesto no soy un criminal, pero estaba dispuesto a poner en práctica todas las instrucciones aprendidas en el curso de comandos de la GTA. Al eliminar los ejércitos tradicionales, cada ciudadano, en condiciones de hacerlo, tenía que ser un soldado potencial, dispuesto a defender la institucionalidad en cualquier país de la confederación. Esta situación nos hacía sentirnos como espartanos, decididos a matar. Sin embargo, me asaltó la indecisión al concluir que resultaría muy fácil; tan fácil que parecía un plan descabellado. La adrenalina corrió por mis venas cuando presumí que, solo matando a uno de ellos, persuadiría al piloto a obedecerme, pues era la única forma de demostrarle mi firme resolución pero, ablandé, estaba a punto de reconocer que me faltaba valor, o tomar un segundo aire, cuando me sorprendió el contacto del frío metal de una hoja afilada en la nuca.

— ¡Caramba profesor, me ha defraudado! — dijo el joven —. Yo confié en usted y me ha hecho quedar mal con mis compañeros ¿Qué hacemos profesor? Se

dice que la curiosidad mató al gato, pero vamos a permitirle que vuelva a vendarse usted mismo... por favor.

Estaba sudando frío, a pesar que la temperatura era baja por efecto de la tormenta que estábamos atravesando. Llovía torrencialmente y el helicóptero se mecía como una pequeña lancha en río picado. No obstante, estaba en conocimiento que este aparato estaba diseñado para ser operado en condiciones meteorológicas adversas, tanto de día como de noche. En vez de sentir miedo, me sentí humillado y lamenté no haber ejecutado mi plan. Con mis ilusos planes desvanecidos, caí en un estado depresivo que, incluso, me hizo dejar de lado la preocupación por el temporal.

Supongo que pasó poco tiempo para que la nave posara sobre tierra firme. Me impacienté por bajar rápidamente para evitar el olor nauseabundo de vómitos que, por cierto, no eran míos; la venda me impedía ir de un lado a otro y tuve que esperar que alguien me guiara. Caía una fina llovizna, persistentemente. Sin quitarme la venda me obligaron a correr un corto trecho hasta lo que imaginé era un caney por el sonido de la lluvia contra el techo. A pesar de la llovizna, la nubosidad y mi condición de invidente, por la última visión que había tenido del paisaje desde el helicóptero, sospeché que nos encontrábamos en las estribaciones de la sierra de Unturan o la serranía La Neblina. Entonces percibí un bullicio de los hombres que, por las órdenes que recibían, presuntamente trataban de empujar el helicóptero hacia un hangar, tratando de ocultarlo para que, desde las alturas, fuese imposible localizarlo.

Desde el caney, me ayudaron a subir a un artefacto metálico. Una vez que comenzó a desplazarse rápida y aparentemente en subida, deduje que se trataba de un furgón similar al que usan en las minas. A pesar del vendaje podía notar las sombras del desfilarse de los árboles. De pronto perdí esa visión y se me presentó una oscuridad total que duró poco. Me imaginé que habíamos atravesado un túnel. Después de recorrer otro trecho, el furgón se detuvo. Me ayudaron a bajar porque estaba anonadado y en seguida percibí que el furgón continuaba su marcha o retrocedía, no estaba seguro. Me condujeron a un lugar que se sentía acogedor y me ofrecieron una silla cómoda de mimbre. Sentí que manos de mujer me quitaban el vendaje de los ojos y, todavía encandilado, pude distinguir el rostro redondo de la joven Yorley: quedé totalmente atónito al ver que la suplente de Naysa estaba allí, frente a mí, en aquel lugar desconocido. Ella, notando mi asombro y desconcierto, con ánimo de calmarme dijo:

— Tranquilícese profesor, aquí está entre amigos, lo hemos traído así por su propia seguridad y porque el campamento donde estaba usted, lo deben estar bombardeando en estos momentos, pero, gracias a Dios, nuestra gente está a salvo. ¡Qué bueno es tenerlo aquí profe! Ahora estamos juntos de nuevo —luego agregó melosamente, mientras me acariciaba la barba —: Bueno, ahora le traigo algo para comer, mientras espera a mi comandante Akiwë.

Tenía muchas causas para odiar y reprender severamente a esta mujer, tarambana y entrometida; lo menos que le podía achacar era ser cómplice de mi secuestro y culpable de mi desventura, pero en las condiciones en que me encontraba, opté por llevarle la corriente:

— Está bien miya, gracias — le dije displicentemente y me incorporé para asomarme a la ventana. Otra sorpresa: lo que estaba a mi vista sobrepasaba toda mi imaginación y mi noción sobre las bellezas escénicas de Amazonas. Con gran admiración vi que estaba en un lugar paradisíaco, en un hermoso valle rodeado de colinas, tanto escarpadas como suaves, y cerros de exuberante vegetación. A lo largo del maravilloso valle zigzagueaba la línea de un riachuelo cuyas aguas se desprendían de las montañas situadas hacia el sur, formando una bellísima cascada, de hilachas blancas y pie de espumas nebulosas. A lo largo del recorrido del valle se distribuían grandes manchas de palmeras de manaca, de seje, de pijiguao y de moriche. Hacia el norte se formaba un pequeño lago de aguas mansas reflejando el paisaje circundante bajo el límpido cielo moteado de nubes níveas. Estaba distraído observando el despegue de una bandada de patos silvestres cuando oí la voz de Yorley:

— Profesor Tapo... conozca al comandante Akiwë.

— ¡Profesor Oliver Tapo! ¡Bienvenido al cuartel general del EPNY! Mucho gusto. Es un honor tenerlo por acá.

Me sorprendió la figura juvenil de aquel comandante, así como la efusividad que manifestaba confianza. Estreché enérgicamente la mano que me ofrecía, diciéndole:

— Lamento no compartir su entusiasmo, comandante —. Y sin dejarme impresionar por las armas y los uniformes atigrados que portaban sus tres acompañantes, incluyendo a Yorley, añadí —: Usted comprenderá mi situación y espero que me dé una explicación de todo esto. Yo no soy político sino un ciudadano más, que espera vivir en paz y desea que esta lucha fratricida llegue a su fin.

— Por supuesto profesor — dijo el comandante —, estamos de acuerdo y precisamente ese es uno de los puntos que me interesaría conversar: la guerra y la paz. Pero sobremanera me interesa saber sobre su teoría en contra de los que reconocemos como grandes hombres de la historia también acerca de su nueva interpretación de los hechos históricos... Pero hombre ¿qué digo? Vamos, venga para que se asee, descanse y coma con nosotros, ya tendremos tiempo de hablar.

Akiwë y sus acompañantes se despidieron amablemente, mientras yo quedaba a cargo de Yorley y otros guardianes que, al contrario de los anteriores, andaban mal encarados.

Parecía todo increíble, la habitación a la que me condujeron no era inferior a la de un hotel de la ciudad, el baño con piezas sanitarias estándar con agua corriente por tuberías, en el botiquín había crema dental, cepillo, champú y hasta una afeitadora. Cuando abrí la llave recibí el agradable contacto de un fuerte chorro de agua fría. Fue una delicia disfrutar de nuevo del jabón de baño y el champú. Me afeité la rala y larga

barba, salvando los bigotes; luego me vestí con ropas limpias que me habían dejado en la habitación. Me sentí comfortable y hasta olvidé circunstancialmente mi condición de secuestrado.

En tal estado anímico quise acostarme, pero no me provocó dormir, sino que a mi memoria vino el recuerdo de algunos ensayos que había escrito acerca de los temas mencionados por Akiwë: a pesar de que el análisis de los acontecimientos históricos habían tenido diversos enfoques en los últimos tiempos, lo que se conoció como el reescribir de la historia, muy pocos fueron los verdaderos cambios de opinión o apreciación sobre el contenido de los temas que yo había escrito hacía unos quince años. Uno de mis escritos lo titulé: “Los verdaderos grandes hombres de la humanidad”, donde destacaba la actuación de hombres y mujeres: humanistas, científicos, técnicos, políticos, artistas y artesanos que, con su trabajo, contribuyeron a la superación de muchas contradicciones y escollos por los que transita la raza humana. Como antítesis escribí: “Los Farsantes de la Historia”, donde denunciaba el enfoque de los principales acontecimientos históricos vistos a través del cristal hegemónico de la oligarquía dominante acerca de la actuación de los grandes líderes como protagonistas únicos y por consiguiente manipuladores de pueblos y naciones. Y “Los Promotores de Guerras,” fue otro de mis ensayos. Su contenido denunciaba la actuación de los caudillos mencionados en el ensayo anterior, desde Alejandro Magno hasta Augusto Pinochet, pasando por Napoleón, Hitler y Stalin, acusándolos de exterminar a gran parte de la humanidad sin que la historia oficial los culpabilizara. En ellos también analizaba las causas del por qué las masas, una gran proporción del pueblo, seguía ciegamente a estos líderes. En estas humildes obras exponía, en términos sencillos, un enfoque que ya se había difundido desde la intervención del presidente Chávez en la ONU, en el año 2006. A partir de ese acontecimiento, se había iniciado la censura contra la supremacía de cualquier potencia sobre otras naciones débiles. Además, esto dio pie a que se retomara el estudio de la historia analizando los acontecimientos, no desde el punto de vista del vencedor, tampoco el del vencido que, por supuesto, no tiene posibilidad de opinar; ya que este análisis resulta muy subjetivo, se debe hacer de manera sincrética o aproximándose a la objetividad. Todo tiene que ver, por supuesto, con la historia del desarrollo de los imperios y del imperialismo. Los historiadores y futurólogos dan por sentado que este sistema será el destino de la humanidad: han utilizado el tema del sistema imperial del mundo futuro hasta la saciedad; desde el Ming que combatía el legendario Flash Gordon, pasando por Viaje a las Estrellas hasta La Guerra de las Galaxias, entre otros, tal vez para que nos fuéramos familiarizando con este terrible destino, aún incierto, que se nos presenta como única opción si queremos sobrevivir en este mundo: es la perspectiva aparentemente ineludible de la mundialización y la constitución de un gobierno global.

Sin embargo, muchos somos los que nos oponemos a semejante designio. Persistimos en la opinión de que, si bien la constitución de un imperio viene a darse por causas naturales, también es cierto que cada caso, se sostiene por la intervención del hombre fuerte, el líder, el conquistador del mundo, a quien, siendo una persona como todas las demás, es posible neutralizar, o desviar sus ímpetus hacia el bien colectivo.

Nuestra sociedad navegó por mucho tiempo en el mar de la apariencia y, tiempo después, recorrió el mar del engaño, donde se confundía el poder político con el mediático, y la democracia se alejó una vez mas de nuestras vidas. Para colmo de males, en algunos países bolivarianos propicios a ser presa del imperialismo surgió, después de muchas convulsiones sociales y económicas, un nuevo orden de carácter autoritario y represivo como consecuencia de la corrupción por dinero y el engaño: el vil egoísmo otra vez triunfó... otra vez la dictadura. Luego aparecieron casualmente los tiranos de oficio, dispuestos a pisotear a su propia gente, bajo la tutela del mismo imperialismo. Aunque actualmente la democracia impera de nuevo, los intereses mercantiles de los grupos multinacionales persisten, ahora con más poder. Tenemos a los chinos, rusos, japoneses, iraníes y norteamericanos, todos compitiendo por sacar mayor provecho de las riquezas acuíferas, de nuestro suelo y sub-suelo; aunque ya no se haga bajo la sombra del imperialismo capitalista, sino bajo el manto de la cooperación internacional y la prevención del efecto invernadero...

A comienzos del siglo ya había aparecido un movimiento antiglobalización, no para oponerse, precisamente, a la moderna concepción de un mundo unido, sino para frenar el nuevo concepto de imperialismo: el pensamiento único; surgido a la caída de la URSS, oculto bajo la bandera de la globalización. La globalización o mundialización entendida en su concepto diáfano, como intercambio cultural universal, a través o mediante el Internet... ¡qué ilusión! Tal vez sí, pudo ser un factor de equilibrio mundial; pero bajo la tutela de las multinacionales, sólo funcionó como instrumento mediático para imponer la voluntad de hegemonía mundial de Norteamérica.

Si algún día se llegase a evitar el surgimiento del odioso protagonista imperial, toda la humanidad se beneficiaría desarrollándose humanamente en paz...

De pronto mis cavilaciones fueron interrumpidas por una voz femenina. Era la de Yorley. Amablemente me pidió acompañarla y me condujo por un pasillo a otro ambiente donde me sorprendí al ver a una docena de personas, la mayoría hombres, sentados y charlando animadamente alrededor de la mesa con la cena servida, todo el lugar estaba iluminado con luces fluorescentes.

Akiwë me presentó al grupo, haciendo gala de un protocolo extraño en aquellos ambientes. Después me ofreció asiento al lado de un hombre de apariencia contrastante con la de los yanomami. Por su manera de hablar deduje que su nacionalidad era colombiana, como efectivamente me lo reveló a lo largo de nuestra

conversación. A mi diestra se sentó Yorley. La joven no escatimaba oportunidad para incomodarme con sus insinuaciones y arrumacos, al menor descuido de los presentes me acariciaba la pierna con sus manos y me enervaba tanto que apenas podía disimularlo.

— Qué bueno profe, que ahora si lo voy a tener solo para mí — me dijo al oído. En ese momento, con el propósito de evadir sus flechazos, la ubiqué mentalmente como espía enemiga.

El colombiano era uno de los altos jefes del ESPJO conocido con el apelativo de Cicerón, así fue como me lo presentó Akiwë. De muy buenos modales, parsimonioso y de palabras precisas, me explicó que se habían trastocados las instrucciones en cuanto a mi “invitación”, que no tenía nada que ver con la del norteamericano, pues éste había sido secuestrado no para cobrar el rescate, sino para reforzar la presión sobre una negociación entre el movimiento independentista y la empresa *Lone Star Corporation*. Frente a mí, estaban tres representantes yanomami del Ejército Popular Nacionalista Yanomami, un apéndice del FLY.

Esto me impresionó e intenté indagar pero Cicerón, aunque percibió mi intención, continuó sin inmutarse.

— Pues bien, como dijo su presidente Guzmán Blanco hace ciento ochenta años: este Territorio está llamado a ser el estado más trascendental de Venezuela; porque tiene, de un lado, la mayor parte de los afluentes del Orinoco, del otro la mayor parte de los del Amazonas y porque sus proporciones naturales y la facilidad de aclimatación para la población, han de darle una vitalidad poderosa hasta para influir en el desarrollo del Continente. Pues bien, un poco de esto y otro poco de aquello, y sobre todo, agreguémosle la suprema riqueza del agua, del *Rizophus Vigoris*, del caucho hevea, de minerales, metales preciosos y radioactivos en cantidades inconmensurables. ¡Ah! Sin mencionar una de las mayores reservas de crudo del planeta... Pero resulta que todo este potencial no se puede aprovechar debido a leyes nacionales ambientales, usted sabe, dizque reservado a las futuras generaciones, mientras nuestros indígenas actualmente sufren las peores calamidades. Por consiguiente, ellos están dispuestos a manejar sus propios recursos y para eso es imprescindible la autonomía política y económica. Por otro lado, pues, hemos llegado a la conclusión que, después de tanta guerra, también ha llegado el tiempo de paz. Pero eso sí, la paz estable no puede ser la pérdida de una identidad que ya hemos labrado en el tiempo que tenemos de violencia en la frontera colombo-venezolana. Para cristalizar este gran proyecto hemos logrado un gran acuerdo, para crear una gran nación amazónica: ¡la Gran República Independiente Amazónica! Nacerá bajo los principios del multiculturalismo y unidad multiétnica, entre los verdaderos representantes del poder popular amazónico. Es decir, los habitantes de la región colombiana que comprende los departamentos del Vichada, Guainía, Guaviare, Vaupés y Amazonas; de Venezuela la región que abarca los municipios Río Negro,

Maroa, Alto Orinoco y la región sur del estado Bolívar. Del Brasil absorberemos las áreas que forman parte del hábitat yanomami, lo cual nos facilitará el acceso para navegar el río Amazonas. Y además, con Perú y Bolivia negociaremos una franja de salida hacia el Pacífico. Ya tenemos el apoyo de casi todos los delegados del Poder Comunal Para la Administración Pública de los Pueblos Indígenas, o sea, los alcaldes indígenas como se les llamaba antes. De hecho, fueron los yanomami del ejército de liberación, los promotores de esta idea... Oiga, le digo que no estamos solos en esto, no es ninguna aventura; estamos apoyados por los yanquis y por la Unión Europea, también tenemos el sostén de Naciones Unidas. Estamos vinculados al proyecto del transbordador espacial que está instalando la compañía *Lone Star Space*, gracias a la colaboración de mister J. B. Jones, quien es nuestro contacto con la ONU ¿Qué le parece?

La mención de mister Jones me hizo sentir el sabor amargo de la traición, con razón ese conspirador solapado se comportaba tan misteriosamente... Pasé mi mano maquinalmente entre mi cabello tratando de ganar tiempo. La exposición de Cicerón me había dejado estupefacto, aunque a veces había oído conversaciones sobre el tema secesionista, no pasaban de ser meras especulaciones, quimeras de soñadores, pero ahora comenzada a entender. Esta iba a ser la peor escisión después de la de Panamá por causa del canal, estaban hipotecando toda la riqueza natural a las potencias para lograr su independencia, o peor aún, para disfrutar directamente de esas riquezas. Ahora entendía por qué las empresas extranjeras invertían confiadamente en la región, sin que les preocupara la actividad bélica de los secesionistas. Para colmo, me di cuenta que todos me miraban, pues habían estado atentos a la exposición del comandante Cicerón y esperaban mi intervención. Apresuré varios tragos de cerveza, golpeé la lata vacía contra la mesa y ejecuté el gesto típico del bebedor pasándome sobre los bigotes el dorso de la mano, me paré y solté todo lo que tenía por dentro: fue un gran vómito saturado de ira y venganza pero también de impotencia y frustración.

VI

Había transcurrido un mes desde aquella célebre cena, cuando mi aguda y franca intervención dio motivo a mis captores para mantenerme en el infortunado aislamiento a que estaba ahora sometido. Desde esa ocasión no me habían permitido hablar con nadie, excepto con Yorley. Ella me visitaba cuando traía la comida, diariamente, siempre con sus coqueterías y arrumacos. Yo le seguía la corriente, pues, a pesar de todo, era la única persona que se mantenía con buen humor entre tantos rostros impenetrables. Pero no solo me fastidiaba con sus travesuras, sino también con el tema que abordaba constantemente: insistía en el por qué no aceptaba trabajar con ellos, que no tenía que haberles dicho lo que les dije, que me tenían en alta estima, consideración y respeto, que reconsiderara mi posición. En este círculo vicioso insistía la presumida Yorley, mientras yo, me mantenía imperturbable; con impasibilidad le explicaba mi punto de vista, que realmente era un monólogo porque ella se hacía la sorda a mis palabras. Con todo, su presencia era un aliciente para distraerme y pasar el tiempo en aquel calabozo, un pequeño y húmedo cubículo con paredes de piedra, ventilada apenas por una pequeña ventana. Por último, me dejé perturbar por el acoso de la bella y tarambana ye'kuana y decidí confrontarla. Pero ella se me adelantó: una noche escuché el chirriar de los cerrojos cuando abrieron la puerta y, antes que me levantara, el grácil cuerpo de una mujer se deslizó en mi hamaca. En la oscuridad percibí su olor y supe que era ella. Sentí agradablemente el contacto con su cuerpo, de carnes firmes y piel suave. En mi mente se arremolinaron sentimientos contradictorios: el deseo, las convicciones y la moral en complicado conflicto que terminó por traumatizarme y contener la pasión que había comenzado a abrasar mi cuerpo. Aunque instintivamente traté por todos los medios y ella también ansiosamente me estimulaba, no pudimos complacernos totalmente. Finalmente, se levantó decepcionada y abandonó el cuarto sin decir palabra; desde esa noche no la he vuelto a ver, aunque me quedó el recuerdo agradable de aquel contacto. No doy más detalles por recato, pero menciono esta intimidad porque tuvo sus implicaciones y consecuencias negativas más adelante. La interrogante se cruzó en mi pensamiento como un acertijo ¿Cuál había sido el motivo del capricho que tuvo Yorley por querer establecer esa intimidad conmigo, teniendo a un hombre joven y recio como marido?

Después de aquel bochorno, no me quedó otra opción que concentrarme en la lectura y las remembranzas. Recordé el contenido de la novela que había leído en mi

anterior encierro: “A la sombra del Yébaro” escrita por el padre Ramón Iribertegui hacía cincuenta y siete años, a quien los separatistas tenían como guía espiritual. En ella planteaba a futuro el tema de la liberación del pueblo yanomami, para lo cual habían constituido un partido político, el F.I. y un brazo armado: el frente de liberación yanomami, FLY. Tal vez quiso alertar contra lo que estaba ocurriendo ahora. Pero en su tiempo hicieron caso omiso de sus advertencias, como tampoco tomaron en cuenta sus denuncias contra la corrupción y la malversación, hechas a través de sus “Crónicas Caninas”. En cambio, actualmente es libro de consulta para los alumnos de Historia Crítica. Además, más leña para el fuego significaba la consecución del sueño secular de los ye’kuana hacia una unidad vivencial de su etnia entera, para cumplir el primer legado de su Ser Supremo Wanadi: la constitución del gran pueblo Ye’kuana. Como sea, estos pueblos tienen el derecho de elegir su propio destino, pero es necesario reorientar, ante todo, las relaciones entre los pueblos autóctonos, criollos y nacionales, para lograr un equilibrio armonioso y participativo...

También recordaba las sabias palabras del doctor Cheng cuando me hablaba de la ausencia de personas autóctonas en las actividades de *Lone Star*, por lo cual, obviamente me necesitaban, y por eso insistían en que interviniera en sus operaciones, ya que, como tengo estirpe indígena, me utilizarían como punta de lanza, para aparentar la participación de los nativos en sus planes.

Mi tiempo de soledad terminó repentinamente, cuando apareció el capitán Bretanio Asisa.

Aquella tarde estaba leyendo un viejo libro titulado “El Camajayero y Otros Viajes Imaginarios” de un tal Miguel Gutiérrez Guape, en una versión digitalizada, en el que relataba algunas de las viejas costumbres del pueblo baré, hoy desaparecido. Casualmente, el capitán Bretanio Asisa, como alumno, se interesaba sobremanera por la leyenda de los *Matis* o *Dañeros*, una sociedad secreta vengativa que acosaba sus víctimas antes de liquidarlos, infundiéndoles pavor con un silbido escalofriante producido con la uña de zamuro. Por esta razón los llamaban también *Pitadores*. Los Matis, Dañeros o Pitadores operaban cubriendo completamente sus cuerpos desnudos con una grasa silvestre negra y como arma, usaban una macana de corazón de parature. Bret soñaba con transmutar aquellas prácticas a la era actual para conformar un escuadrón élite de la GTA. El libro digital que me había prestado Yorley, por supuesto, antes del arruinado encuentro carnal, también contenía otras obras de Ramón Iribertegui, y me causó sorpresa encontrarme con este tipo de tecnología electrónica avanzada en tan recóndito sitio. De rebato, abrieron la puerta de la habitación y espectralmente se presentó ante mí la persona de Bret. Tras él estaba Yorley muy sonriente. En ese momento de aturdimiento, aunque presentía su burla, me pareció insignificante la actitud de la joven frente a la gran satisfacción que tuve al encontrarme con un amigo.

— ¿Bret? — pregunté desconcertado.

— ¡Profesor Oliver Tapo! — afirmó él, con aplomo.

Bret estaba tan asombrado como yo y espontáneamente nos dimos un apretón de manos. Los guardias que lo habían traído, le quitaron las esposas y se retiraron, entonces, nos dimos un fuerte abrazo. Yorley se quedó con nosotros, le hablaba de manera familiar a Bret, mientras le indicaba donde dormiría y le entregaba útiles personales, ropas y señalaba la ubicación del cuarto de baño que era obvia, pues no había otro compartimiento. Esa familiaridad de la joven me intrigó, pero decidí averiguar después.

— Ahora los dejo para que hablen bastante —, dijo Yorley con ironía y salió de la habitación cerrando la puerta con llave.

Bret estaba demacrado, flaco y barbudo, sus ropas estaban putrefactas como las que yo vestía cuando llegué al primer campamento. Ambos quisimos hablar al mismo tiempo y después de ponernos de acuerdo, me hizo señas advirtiéndome de que posiblemente había algún micrófono oculto para espiar nuestra conversación.

— ¡Coye! Lo último que supe de ti fue que te habían llevado gravemente herido a Puerto Ayacucho. Dime ¿fue grave...? Cuéntame cómo están en Villa Esmeralda, sabes algo de Narda, de Naysa, de Cheng y Agapio ¿los vistes?

— Caramba Profe, ya le voy a contar todo pero déjeme bañarme y cambiarme esta ropa.

Mientras Bret se duchaba, me dediqué a esculcar la habitación en busca de algún micrófono oculto en la habitación. Por un momento me sentí personificando a mi antiguo héroe juvenil James Bond, el agente 007, pero a diferencia de aquel, no tuve éxito.

— ¡Hombre! Profesor — dijo Bret animoso al salir del baño —, pero comience usted a contarme cómo vino a parar aquí, mientras me visto.

Le conté las peripecias de mi secuestro y él, mientras oía, a momentos paralizaba su actividad para concentrar su atención. Le hice referencia también de como los renegados me habían presionado para que les entregara toda la información que había recaudado acerca de las actividades mineras de la *Lone Star*, ya que Yorley, obviamente, les había referido algo de mis intenciones e indagaciones. Finalmente cuando comencé a contarle sobre el discurso de Cicerón y mi aciaga intervención durante la cena, dejó todo y se sentó en el borde de la cama.

— ¿Pero, de veras pretenden lograr esa unión para independizarse? ¿Y entonces, qué les dijo usted?

— La verdad es que ya me había tomado una docena de cervezas y les dije que estaban locos, que como se iban a valer del sentimiento regionalista del pueblo yanomami para regresar a un sistema liberal concentrando el poder en un líder único y desmembrar una nación que iba en vía de resolver sus problemas políticos fundamentales. Yo no me presto para semejante traición les dije. ¿Cómo iba yo a

apoyar una supuesta independencia de un supuesto país que sacrificaría sus riquezas naturales reales para lograrla? Entonces me refutaron: ¿Dónde queda la autodeterminación de los pueblos? ¿No es acaso imperialismo que una nación pretenda mantener bajo su administración a una región que clama por ser libre? No, les rebatí, no se trata de autodeterminación sino de coacción. Ni de imperialismo sino de integridad nacional, Se trata de no hipotecar el futuro para el lucro de una élite de cicateros. Cicerón me acusó de obtuso. Rebolos, para mí ya no había discusión ni autodeterminación ni un carajo y salí de mis cabales ¡Traidores! ¡Renegados! ¡Fusílenme si quieren! Pero no cuenten conmigo... Bueno, desde ese momento me mantienen aquí aislado. A veces pienso que no hice lo correcto...

— No, no, profe, usted actuó como un verdadero patriota, yo hubiese hecho lo mismo, no se preocupe.

A la sazón Bret me preguntó por el ingeniero J. B. Jones, a quien habían secuestrado junto conmigo y de quién no sabíamos nada. Le dije que la última vez que lo vi, veníamos en el helicóptero; cuando aterrizamos nos separaron y desde aquel momento no lo había vuelto a ver. También le informé que me había enterado por intermedio del propio Cicerón, que Jones era un colaboracionista de ellos y que su secuestro fue solo un ardid para cubrir las apariencias de un contacto directo.

— Cuéntame ahora como llegaste hasta aquí — insistí.

— Va, profe... Un día recibimos la noticia que habían localizado a un grupo del ESPJO —. Se me acercó y me dijo al oído: no le puedo dar muchos detalles — luego se sentó y continuó —: Salí desde la base con mi grupo: el teniente Agapio Yarumare, el sargento Guamare y el cabo Yawari, todos de la Guardia Territorial. Formábamos parte de una patrulla aérea de helicópteros para apoyar las operaciones de comando de infantería. Localizamos nuestro objetivo en el Casiquiare a la altura del raudal Kabarúa. Ya habían evadido el cerco, eran los mismos que habían desmantelado el avión que vimos caer nosotros y llevaban las partes hacia el río Siapa. Los tuvimos en la palma de la mano pero se nos escudaron muchos tras los árboles, pues allí, la selva es muy tupida. Sucedió que, mientras cazábamos a varias de sus lanchas, nos disparaban con lo que tenían, pero las balas de los M16 y los cohetes del porta misil RPG 7, solo le hacían cosquillas a nuestro blindado helicóptero; pero, sorprendentemente, recibimos el impacto de un cohete, un viejo misil Stinger que nos sacudió letalmente. Sin embargo, logré retirarme fuera del alcance de los renegados, mientras mis colegas barrían la zona. Nuestro helicóptero iba envuelto en una asfixiante humareda, aun así, logré colocarlo en tierra, o mejor dicho, sobre los árboles.

»Perdí el conocimiento justo después de arborizar, pues el sargento Guamare y yo habíamos resultado gravemente heridos por el impacto del misil. Gracias a Dios nos rescataron antes que el helicóptero explotara. Luego, en un hidro-deslizador, nos

llevaron a San Carlos. Después, me trasladaron a Puerto Ayacucho y allí me operaron. Guamare no estaba tan mal y pronto se recuperó en Villa Esmeralda.

»Mire — se quitó la camisa y me mostró el torso —. Ni huella quedó de la herida. Sin embargo, me sentí muy mal, tanto que estuve al borde de la muerte dijeron los médicos. Por cierto, debo agradecerle a la pobre Naysa sus desvelos por mí, me cuidó esmeradamente mientras estuve en el hospital...

— Ya lo sé — le interrumpí —, en cuanto supo lo de tu accidente abandonó el trabajo; bueno pues, solo una mujer enamorada hace eso, te felicito galán. Por cierto que nos dejó en la oficina, de suplente, a esta jovencita Yorley, que resultó ser una espía del ESPJO y ahora es nuestra anfitriona, le hice señales de comillas con ambas manos, obviamente, veo que te trata muy afectuosamente, no está mal, tienes para escoger, le insinué pícaramente.

— No es lo que piensa, profe ¿no se dio cuenta que nos parecemos? Yorley es mi hermana... y en cuanto a Naysa, la verdad es que solo es una gran amiga, yo la quiero y la aprecio mucho.

— ¡Ah, reboas! — me sentí avergonzado, pero también muy sorprendido y para zanjar la engorrosa distensión le dije: — bueno, por lo menos estás entre familia, pero sigue, sigue contándome ¿entonces te ascendieron?

— Así es, creo que esa acción con accidente y todo, fue motivo para que me llamaran de Caracas para hacer el curso de ascenso a mayor, así que me fui, y allá... una mañana estaba en el café del hotel desayunándome y leyendo el diario, cuando me encontré casualmente con Keyla...

— ¿Keyla? — inquirí al mismo tiempo que sentía un sobresalto en mi pecho — ¿y cómo está ella? ¿Qué te dijo? ¿Supiste algo de Narda?

— Sí, ya le cuento... la vi de reojo y la llamé. ¡Que buenaza está la negra! ¿A usted le gusta, verdad?

— No, hombre, si, no... chico, me refería a si tenía noticias de mi hija, ya que son muy amigas.

— ¡Aah! Profe, no me venga a decir que no le sacude el piso —. Me dio un suave sacudón en el hombro, como era ya su hábito para establecer cierta complicidad conmigo y yo sabía por dónde venía —. Bueno, precisamente fue el mismo día que me enteré por Internet sobre su secuestro... Ese día Keyla iba al aeropuerto a recibir a Narda, que venía de Quito, donde realizaba una misión para la COREAM. Por supuesto, se vino al enterarse de su secuestro. Entonces acompañé a Keyla al aeropuerto. Cuando llegamos, ya había una comitiva de familiares esperando a Narda. Ella estaba muy afectada y fuimos a Caracas a pernoctar, en espera del vuelo del día siguiente para Villa Esmeralda. Viajamos los tres en el mismo avión. Durante el viaje Narda continuaba muy angustiada y yo, con el propósito de tranquilizarla un poco, le prometí que haría personalmente lo imposible para rescatarlo y llevárselo sano y

salvo. Narda y Keyla continuaron viaje hasta la Villa, y yo me quedé en el aeropuerto Aramare de Puerto Ayacucho, para luego dirigirme al CREDI en el Sipapo...

— Espera —, le interrumpí — ¿Narda no andaba con sus hermanos? — Al pronunciar esta última interrogante noté que el rostro de Bret se contrajo en un gesto que reveló su desconcierto. Por supuesto, yo estaba al tanto de su atracción por Narda, pero... ¿Qué pudo haberlo confundido de esa manera? De repente soltó una carcajada y rió con ganas, confundiéndome en el momento.

— ¡Ah! Entonces su hermano debe ser el señor que la acompañó hasta el aeropuerto — dijo atropelladamente ahogándose en la risa —, como no me lo presentaron, supuse que era su esposo, se ve mucho mayor que ella.

Evidentemente había supuesto mal al considerar que Narda era casada. Al descubrir su equivocación, no podía disimular su satisfacción, aunque trataba hacerlo. Entendí que su confusión fue producto de un malentendido, de los que provocan reacciones pasajeras en los enamorados.

— Bueno, ya lo ve, a veces las cosas no resultan como queremos y aquí estamos.

— Sí, ya veo que estás aquí, pero ¿cómo te capturaron?

—Desde el CREDI organizamos los planes de rescate y, por supuesto, me incorporé a todas las misiones para el rescate de ustedes; fracasamos varias veces, hasta que finalmente el sistema de detección satelital lo ubicó — sólo a usted — en el campamento del caño San Miguel... del gringo no sabemos nada aún.

En ese momento, se presentó Yorley interrumpiendo la historia de mi frustrado rescate. Mientras ellos hablaban, me asomé a la pequeña ventana; aprecié que estaba oscureciendo y excepcionalmente sentí hambre, tal vez debido a las emociones que tuve ese día. En el campamento se cenaba temprano y durante el tiempo que estuve solo, desde que Yorley se disgustó, uno de los guardias me llevaba la bandeja de cada comida a la habitación.

Cierto día, la hermana de Bret nos invitó, de parte de Akiwë, a cenar con él, apurándonos, porque la cena ya estaba servida. Me había imaginado que estaría el odioso grupo de nuevo allí, esperándome para debatir el también odioso tema, pero no fue así; nos encontramos amistosamente solo con el comandante Akiwë.

De aperitivo, Akiwë ofreció unas cervezas frías y brindó:

— ¡Por el fin de la guerrilla y nuestro triunfo! — dijo levantando la lata y chocándola contra la de Yorley —. Si las cosas siguen como van, pronto tendremos la oportunidad de estar con nuestras familias. Y si no, igualmente estaremos entre familia ¿verdad, Bret? Imagínense: si así tratamos a nuestros prisioneros, de manera que no se sientan cautivos, sino invitados ¿cómo será cuando triunfe el pueblo? Aunque hay personas que uno le brinda confianza — agregó Akiwë mirándome a los ojos — y responden con abuso; se les da la mano y se toman el brazo.

Enseguida me di cuenta que la resentida Yorley me había mal puesto con su marido y vino a mi mente la escena bíblica de José y la esposa del virrey de Egipto. En ese momento, lamenté no ser adivino.

Ni a Bret ni a mí, nos cayeron en gracia las incongruencias de Akiwë, sin embargo, cada uno le agradeció el gesto de invitarnos a cenar y por el trato que habíamos recibido últimamente. Luego, la conversación fue de pocas frases entrecortadas. Hasta la quinta tanda de cervezas nos mantuvimos muy recatados, pero después los vapores etílicos nublaron nuestras mentes y afloró de nuevo el resentimiento de Akiwë contra mí. Me defendí como pude pero como sabía por dónde venían los tiros, no quise aguijonear los sentimientos heridos del hombre. Podía interpretarse también como la subrogación de la hipocresía por la sinceridad. Pero la sinceridad y la verdad a veces tocan puntos sensibles en la conciencia del ser humano. Entonces Bret se interpuso en mi defensa y la discusión los enfrentó. De las ofensas hubiesen pasado a la violencia a no ser por la oportuna intervención de Yorley y mía. La mayor parte de la comida, platos, vasos y cubiertos quedó esparcida en la mesa y sus alrededores. Yo salvé mi parte de comida gracias a la costumbre de “picar” algo mientras tomo. Me llevé casi a rastra a Bret hacia nuestra habitación, mientras Yorley contenía a su furibundo marido. De pronto sentí que el peso de mi borracho compañero se aliviaba y me dijo:

— Continúe como si nada pasara, profe, que hay guardias por todo el pasillo. Oiga el plan que tengo para escaparnos.

Era sorprendente la capacidad histriónica de Bret, pues nos había hecho creer que estaba totalmente borracho, solo para disimular la conversación secreta, así que, muy consciente, me susurró todo el plan. Contaba con la colaboración indirecta de Yorley pero tendríamos que esperar que saliera el helicóptero. Cuando finalmente entramos en la habitación, nos acostamos en silencio. Pasado un rato, desde su lecho me dijo quedamente:

— ¿Entonces Narda está soltera, profe?

Sin esperar respuesta, obviamente. Se interrogó a sí mismo: “¿cómo fui tan estúpido para creerle? Me tomó el pelo diciéndome que estaba casada ¡Qué tontería!” Su voz se oía impregnada de aflicción y decepción... Cuando quise responderle me di cuenta, por sus ronquidos, que estaba ya dormido. A pesar de que los vapores de la ingesta de cervezas adormecían mi discernimiento, no pude conciliar el sueño y quedé a expensas del silencio relativo y penetrante de la oscura selva, cuando a través de la penumbra se desplazan las sombras volátiles y se cruzan las ondas comunicacionales de los mamíferos, aves, reptiles, batracios y duendes nocturnos, con idiomas ininteligibles que hacen sentir al ser humano un estado de soledad total. Sentirse en ese entorno solitario hace que uno se compare con algo tan pequeño como un grano de arena y, al mismo tiempo invoqué al Ser Superior que consideramos Creador y rector de todo ese sistema complicado y maravilloso que es la Naturaleza. Sólo así,

creyéndonos seres especiales, podemos escapar de esa terrible pequeñez y comprender nuestra inclusión en el reino natural.

Al día siguiente, no vimos a Yorley, debió haber estado enfadada y nos envió la comida como lo hacían comúnmente, con un carcelero. Bret estuvo concentrado en detallar y afinar el plan de fuga, sin embargo le insistí que terminara la historia del intento de mi rescate, finalmente accedió.

— Sabíamos que lo tenían en el campamento del caño San Miguel. Entonces planeamos el rescate mediante un ataque aéreo para despistarlos, mientras los rescatistas llegarían en hidro-deslizantes por el río a la casa donde lo tenían a usted. Bueno, tremenda sorpresa nos llevamos al no encontrar a nadie. Profe, estamos infiltrados hasta el núcleo de nuestro sistema, no hay otra manera de entender ese chasco que nos llevamos. Pero ya sé quién es el soplón — me hizo unas señas ininteligibles y en seguida enfatizó: — se trata nada más ni nada menos que del propio delegado del PCAP.

»Para colmo de males, bajé con algunos de mis hombres a inspeccionar el sitio y en ese momento caímos en una emboscada, no sé de donde salieron tantos renegados del ACE, dándonos con todo: morteros, obuses y misiles. Los nuestros no tuvieron otra opción que escapar, todos lo hicieron menos nosotros, los que estábamos en tierra. A Dany Guamare, a Agapio Yarumare y a mí, nos capturaron, no en tierra precisamente, porque nos habíamos lanzado al río tratando de alcanzar uno de los hidro-deslizadores que nos venía a socorrer, pero corrimos con tal mala suerte que antes de que lo abordáramos fue alcanzado por un misil; el impacto lo hizo girar noventa grados y, ya sin control, la malograda nave se estrelló contra los árboles de la orilla. Y entonces... ¡recontra bolas! ¡Nos atraparon como a unos peces embarbascados! El cabo Yawari estaba herido y hasta ahora no sé nada de él. Tampoco sé donde están Yarumare y Guamare.

— Supongo que esa misma madrugada me trasladaron hasta acá —le dije —, pero no entiendo por qué el detector satelital de anomalías magnéticas, o como se llame, que usa la Fuerza no detectó los movimientos del helicóptero que me trasladó.

— Bueno — dijo Bret colocándose el dedo índice en la boca —, la verdad es que yo tampoco...

VII

Después de la violenta conversación con Akiwë, nos mantuvieron semana y media encerrados en el calabozo. Fueron días aburridos, pues además de la inactividad a que estábamos sometidos, no conversamos mucho, tampoco teníamos nada para leer, pues Yorley se había llevado los libros que me había prestado; a veces, tan solo cruzábamos palabras de saludos o de pura cortesía. Cierta día, me levanté muy temprano y me asomé, empinado, a la pequeña ventana del calabozo, como tenía por costumbre, para admirar el amanecer del maravilloso paisaje que rodeaba el resguardado reducto de los separatistas. Lentamente subía el sol iluminando cada rincón del extenso y hermoso paraje, resaltando el vistoso colorido de los elementos naturales en aparente estado de virginidad, así, la luz venía rasgando el velo tenue de neblina que abrigaba el paisaje. Con el trinar de las aves, el diáfano ambiente de fragantes olores montañosos y el aire puro, olvidaba por momentos mi reclusión y disfrutaba a plenitud de aquel maravilloso escenario. En esta oportunidad vi, con gran sorpresa, un agrupamiento de soldados en una pequeña planicie ubicada en el extremo opuesto del desfiladero. Luego, desde una especie de techumbre de forma irregular, parecido a la copa ancha y plana de un árbol de samán emergió la trompa de una especie de nave. Estaba amaneciendo y la visibilidad aun era anublada por lo cual no pude detallar que tipo de nave era; deduje que era liviana, ya que cedía al empuje de pocos hombres y, sin contratiempos fue sacada desde la cubierta que aparentaba ser parte de la vegetación.

— ¡Llegó la hora! El helicóptero va a despegar —, me susurró el mayor Bret, tocándome el hombro — recoja su morral y sígame.

Tocó fuertemente la puerta y pronto apareció un guardia. Al abrirla, Bret le asestó un certero golpe de kárate y el hombre se vino de bruces. Dejó que se golpeará contra el suelo y asiéndolo por las axilas lo arrastró a un lado para despejar el giro de la puerta. Salimos al pasillo y lo recorrimos sigilosamente. Por fortuna no encontramos a nadie más. Aparentemente todos estaban ocupados en la actividad que yo había observado hacía poco, desde la ventana. No obstante, antes de salir del bunker, Bret detectó a dos guardias a los lados de la entrada y, haciendo gala de sus dotes histriónicos, se les acercó campantemente a pedirles un cigarrillo. Cuando estuvo entre los dos, muy cerca, los tomó por sus cabezas y las estrelló una contra

otra, con tal contundencia, que ambos se desplomaron como muñecos de trapo; seguidamente los sentamos en el piso con sus espaldas apoyadas en la pared rocosa. Así parecían dormir plácidamente. Bret tomó uno de los rifles láser y me lanzó el otro. Lo atrapé y me lo ajusté al hombro. Al abandonar la caverna-bunker, nos dirigimos cautelosamente por entre los matorrales hacia el sitio donde habían emplazado el helicóptero en su plataforma de despegue, por supuesto, no utilizamos el pequeño tren para no llamar la atención. Cuando estuvimos más cerca, Bret confirmó que el aparato, que había estado oculto bajo el camuflaje arbóreo, efectivamente era un NH 90 militar polivalente, que podía ser volado por un solo piloto, a una velocidad de 305 Km por hora.

Hasta entonces habíamos recorrido un trecho bajando la pendiente del cerro, todavía estábamos a nivel del valle y para llegar hasta el helicóptero, tendríamos que pasar por el túnel, después por el puente y remontar la cuesta al otro lado de la quebrada. De pronto, escuchamos el sonido de arranque del motor y yo, confiando en que el plan del mayor incluía el asalto y captura del helicóptero, no me imaginaba cómo íbamos a abordarlo en ese momento, cuando estaba a punto de despegar y aún permanecíamos lejos de su alcance. No sólo eso, sino que habíamos visto a muchos hombres y mujeres del bunker concentrados allá, cerca del aparato; así que, abatido, me recosté de un árbol y le dije:

— Nos jodimos compañero, no vamos a llegar a tiempo, ¡Qué va! Perdimos el cupo.

— Pero profe, no sea pesimista —, dijo con una risita que me desconcertaba aun más — ¿no ve que hasta ahora todo ha salido a la perfección...? Además ¿quien le dijo que nos íbamos en helicóptero? No se dio cuenta que ese bicho de casualidad arrancó y está fallando. Óigalo. Venga, venga ¿Usted sabe nadar, verdad? Porque en estas circunstancias es mejor que nos vayamos por agua. Todavía sigue siendo el mejor medio de transporte en Amazonas.

Bret lo decía todo con tanto ánimo y seguridad que me devolvió la confianza perdida por unos momentos. Tenía razón, habíamos observado antes el procedimiento de despegue y recordé lo que me había dicho: el momento de partir iba a ser cuando todos estuviesen ocupados con el despegue del helicóptero. Me reincorporé y caminamos hacia el lago. En la orilla encontramos una pequeña curiara y un par de canaletes, con aparejos de pesca. Habían sido puestos allí por orden de Yorley, creyendo que ese día iríamos a pescar. La curiara era una antigua embarcación de una sola pieza fabricada por los indígenas labrando el tronco de un árbol; era una rareza pues se había perdido esta costumbre, sustituida por embarcaciones metálicas y fibra de vidrio. Nos embarcamos y comenzamos a remar siguiendo la corriente y orillados, para evitar ser descubiertos. Arriba, continuaba el trajín de hombres y mujeres alrededor del ruidoso aparato.

Ambos remábamos con agilidad y la pequeña curiara se desplazaba raudamente, pues la corriente aumentaba a medida que avanzamos y nos conducía hacia su salida natural, desconocida por mí; afortunadamente Bret conocía su existencia; quizás la había observado en los mapas satelitales. Eché una última ojeada al espectacular paisaje, desde abajo era tan impresionante y hermoso como desde arriba. Era tal su configuración que me hacía pensar en las leyendas de ciudades perdidas en la selva que había leído alguna vez en “La Crónica de Akakor” de Karl Brugger. Según la crónica reseñaba que una de esas ciudades llamada Akahim, “*está situada en las laderas orientales del pico la Neblina*”... La voz de alerta del mayor me despejó la mente de fantasías.

— ¡Ojo, patrón! *Guaruquee* bien profe, sino vamos a chocar —. Me llamó la atención esta expresión usada antiguamente por los pescadores indígenas, que significa timonear o dirigir una curiara con el canaleta. Pero recordé que Bret tenía ancestro indígena y se lucía demostrándolo en esta oportunidad.

Efectivamente, entre ambos maniobramos hasta lograr que nuestra pequeña embarcación se dirigiera por medio de un estrecho cañón, era casi un túnel cincelado por la obstinación de las aguas sobre la roca en tiempos milenarios. Ahora fungía de aliviadero de la represa natural que conformaba el pequeño lago que habíamos dejado atrás. En tiempos arcaicos era posible que el agua tocara las bocas de las cavernas, donde habíamos estado viviendo. A pesar del ruido producido por la corriente, pudimos oír claramente el ulular de las sirenas pregonando nuestra fuga. El bronco sonido machacante de la alarma nos atormentaba, pero se fue disipando mientras nos alejábamos rápidamente por el estrecho corredor acuático. Estaba oscuro, por efecto de la profundidad de la garganta y de la vegetación tupida que había crecido en los bordes superiores, pero Bret hacía esfuerzos y utilizaba todas sus habilidades físicas para evitar una colisión. A la velocidad que íbamos, no era necesario remar, pero era primordial mantener el rumbo utilizando los canaletes como timones.

Se desvaneció totalmente la resonancia de las sirenas, pero seguidamente oímos el ruido del rotor del helicóptero que aumentaba conforme se acercaba. No lo habíamos visualizado hasta que sobrevoló sobre nosotros. Si anteriormente este tosco sonido me había hecho sentir esperanzas de escape, ahora por el contrario, se había transformado en algo amenazador...aterrador. Deduje que Bret compartía mis temores por las señas de alarma que me hizo, ya que para ese momento, el retumbo de las aguas predominó sobre los demás ruidos. Entonces de nuevo sentí desesperanza. Sólo nos ocultaba y, a la vez, nos servía de protección la maleza que cubría el abrupto cauce. Tras nosotros, a pocos metros, vimos el derrumbe de un gran amasijo de árboles, piedras, tierra y musgo, precipitándose sobre el fondo como consecuencia del poder mortífero de las balas de 12,70 mm disparadas con la ametralladora lateral del helicóptero. Posiblemente nos disparaba a ciegas. La próxima descarga la harían delante, para cerrarnos el paso, — pensé — si por suerte, no nos daban

directamente... El inminente peligro nos asechaba ahora tanto desde arriba, como también desde abajo, pues comenzábamos a ser presa de los arrebatadores chorros que cabrioleaban nuestra curiara entre cerradas curvas y prominentes rocas del talud, amenazándonos constantemente con estrellarnos. Ya poco podíamos hacer para controlar la curiara con nuestros canaletes. No había escapatoria posible si no salíamos de aquel escabroso y peligroso pasadizo... al fin llegamos, inequívocamente, al final. Nuestra curiara adquirió una velocidad vertiginosa y cayó al vacío, volaba como un ave. Al sentir el vacío, por instinto me aferré al banco de madera donde venía sentado, que estaba clavado firmemente a la curiara.

La luz nos encandiló momentáneamente, luego el cielo se abrió ante nosotros mostrándonos desde la altura de las nubes, el espacio infinito de puro selva y cielo. De pronto habíamos dejado de navegar y la antigua curiara se había convertido en una nave aérea. Cuando miré abajo sentí un pavoroso vértigo y apenas oí la voz.

— ¡Agárrese duro profe! — vociferó Bret y siguió gritando a todo pulmón como imitando el estilo de los Picapiedras, parecía divertirse con este trance. Aunque para mí no era nada gracioso, me parecía un revivir del primer salto libre de paracaidista, hasta que ¡recontra bolas!... Se me subieron a la garganta al momento de divisar al terrible monstruo metálico volador que nos venía persiguiendo. No sentí ruido alguno, sólo creí ver el fuego que brotaba por las fauces de los cañones laterales. Mientras caíamos aprecié que todo transcurría con suma lentitud, como en las películas, a cámara lenta. La presión de una enorme fuerza sobre la curiara me arrancó de las manos el banco de madera al que estaba aferrado con desespero y vi pasar fugazmente trozos de tablones muy cerca de mí. Al mismo tiempo, escuché que los gritos eufóricos de Bret se convertían en eufónicos, como melodías celestiales; luego me sentí arrebujado por un enorme torbellino de agua y niebla toda blanca, toda resplandeciente, que me arrastraba, al llamado del toque fugaz de una trompeta apocalíptica, hacia los confines de la eternidad.

* * *

Después de un tiempo indefinido que me pareció toda una vida, desperté. Durante ese lapso ausente, mi memoria había recorrido, efímera y perentoriamente, cada momento de mi existencia de manera analítica. Seguidamente, me aprestaba a presentarme ante el tribunal supremo bajo la competencia de jueces inmortales... La visión onírica se desvaneció, interrumpida bruscamente por las fuertes convulsiones que presentaba mi organismo. En ese momento estaba vomitando agua, forzado por las presiones consecutivas que me provocaba Bret sobre el pecho, finalmente me atacó una fuerte tos que me permitió expulsar los últimos residuos de agua de los pulmones y recobrar el sentido. Estábamos en una playita a la orilla del gran foso que había originado el eterno choque de la gran cascada contra el suelo; hasta allí me

había llevado Bret luego de haberme rescatado del fondo cuando ya estaba ahogándome. Había rescatado también el rifle NGM láser que yo portaba. Gracias a Dios el agua estaba clara y pudo divisarme rápidamente. Ambos teníamos heridas en varias partes del cuerpo, pero milagrosamente habíamos salido con vida de aquel trance, pues la poderosa ametralladora M60 instalada en el helicóptero había arrojado sobre nosotros sus mortíferas balas que, afortunadamente, sólo atinaron sobre la curiara haciéndola trizas. Una de las astillas de madera había impactado en un costado de Bret ocasionándole una profunda herida. Con un jirón de su propia camisa le vendé esa y otras menores. Recíprocamente el hizo lo mismo conmigo, aunque mis heridas no eran tan graves.

Al tratar de incorporarme, me sentí totalmente agotado y Bret, notando mi deplorable estado, propuso que descansáramos un poco, mientras se secaba nuestra ropa. Solo sería un corto descanso porque los obstinados separatistas enviarían patrullas de reconocimiento a cerciorarse de nuestra muerte. Nos recostamos sobre la arena y me sentí tan desplomado que creí haberme convertido en un ser inánime, sin posibilidad de levantarme más. Frente a mí, como escenario, se presentaba la impresionante, tronante y escabrosa cascada velada por la niebla que producían las aguas al caer. Más allá de aquel paraje, en contraste, continuaba la corriente de aguas apacibles, dóciles y silenciosas, como nos sentíamos nosotros después de hacer el mismo recorrido abrupto del agua. Algunos trozos de madera todavía flotaban en la orilla.

En esos momentos sentí estar embargado de gratitud hacia el mayor Bret, a quien le debía la vida. No obstante me preocupaba la situación en que nos encontrábamos ahora: sólo con la ropa puesta, sin alimentos sin siquiera una navaja... Sólo el fusil láser nos diferenciaba, en pleno siglo XXI, del hombre primitivo enfrentado a las adversidades de la naturaleza salvaje. Así, deberíamos continuar bajando por el Cañón Grande del río Baria hasta alcanzar el Pasimoni y por último desembocar al Casiquiare.

— En marcha, capitán — dijo Bret en tono de orden militar, otorgándome un grado superior al que yo tenía como integrante de la Guardia Territorial Amazónica. En cierta forma me sentí halagado aunque, sinceramente, me importaba un bledo; lo tomé como un gesto de gentileza, pues estaba seguro que él prefería llamarme simplemente profe. Nos vestimos con las ropas todavía húmedas y Bret, con una rama y esforzándose a causa de las heridas, comenzó a borrar nuestras huellas. Me dispuse a imitarlo partiendo una rama en la orilla pero Bret me alertó que la buscara dentro del monte, donde el enemigo no pudiera detectar nuestra presencia debido al quiebre de las ramas. Me molestaba cada vez que cometía un error de este tipo, pues denotaba que no aplicaba las enseñanzas del curso paramilitar que había recibido en mi juventud, ni tampoco el arduo entrenamiento que tuve para ser admitido en la GTA.

Habíamos terminado de borrar las huellas cuando percibimos el ruido, se acercaba rápidamente y enseguida Bret me indicó que nos dirigiéramos hacia la cascada caminando a chapuzadas por las orilla. A medida que nos acercábamos al fondo de la espectacular catarata, nos envolvía una densa calina de agua, mientras el rugido perenne se hacía intolerable. Caminamos uno detrás del otro bordeando la orilla hasta traspasar la gran cortina líquida y en ese momento nos sentimos como si nos hubiese tragado la gran cascada. Su garganta era enorme, relativamente seca, profunda y oscura. Nos quedamos en un extremo de la negra boca, donde podíamos divisar el espacio exterior borrosamente, a través de la cortina de niebla. Bret estaba pendiente del helicóptero del cual deberían bajar los hombres a rapel, pero sorpresivamente vimos llegar un par de hidro-deslizadores, que arrimaron en la orilla opuesta. Por un momento estuvimos desconcertados, pues Bret no tenía conocimiento de que los separatistas poseyeran estas naves, así que no supimos si eran amigos o enemigos hasta que desembarcaron. Por sus uniformes los identificamos como integrantes del ESPJO. Rápidamente se desplegaron examinando detenidamente el terreno. Sin duda, buscaban nuestros rastros.

— Seguramente van a llegar hasta acá — aseveró Bret — así que tendremos que ocultarnos de alguna manera. Son muchos para hacerles frente —. Entonces, observando la bóveda de la caverna, agregó —: todo está muy resbaloso, pero podríamos subir hasta allá y escondernos, en caso que nos descubran los enfrentaremos.

— Oiga, mayor — le dije — ¿por qué no atravesamos la caverna y salimos por el otro lado? ya que, si están revisando ese sector, dificulto que vuelvan a hacerlo. Podemos escapar por allá mientras cruzan al otro lado.

Quedó pensativo ante mi sugerencia y luego de mirar detenidamente hacia el exterior exclamó:

— ¡No, ya vienen! Un grupo va a entrar por el otro lado. ¡Vamos capitán! Vamos a ocultarnos arriba.

Justamente tuvimos el tiempo preciso para subir por las escabrosas y resbaladizas laderas hasta las lajas prominentes situadas en las partes superiores de la caverna. Una vez atrincherados, observamos desde arriba a los hombres que, chapoteando sobre el agua, exploraban cada rincón de la cueva, como perros sabuesos. Algunos portaban linternas de potente luz que, al enfocar hacia arriba, nos hacían pasar momentos de suprema tensión. La caverna resplandecía parcial y alternativamente por los haces de las linternas, revelando sobre las superficies figuras realmente tenebrosas, fantasmagóricas... De pronto oímos un alboroto, voces de alarma. Pensamos lo peor y Bret preparó el arma. Entonces oímos los disparos de una corta ráfaga, pero no percibimos los impactos, obviamente estaban apuntando a otro objetivo y Bret se asomó cautelosamente. Por las voces que oí, deduje que se trataba de una serpiente y efectivamente Bret lo comprobó: era una enorme culebra de agua.

Los sabuesos salieron como perros asustados y cuando abandonaron la cueva, Bret dijo:

— ¡Rebolas, profe! tiene razón sobre lo que me dijo antes. Es más, así, tomando esa iniciativa hasta podemos apoderarnos de un deslizador. No nos van a atrapar como ratas en una cueva ¡qué va!

Bajábamos tan confiados por haber superado el angustioso trance que no advertimos su fétida presencia. Estaba al asecho en espera de vengar a su compañera y nos sorprendió a los dos, valiéndose de la oscuridad. Me hubiese atrapado y enrollado sin problemas, a no ser por la agilidad de Bret en el manejo del rifle. El rayo láser que disparó me cegó, me aturdió y fue a estrellarse en la enorme, horrible y babosa cabeza, para destrozarla completamente. El olor nauseabundo de la anaconda penetró por nuestras narices. Al reponerme del estupor, continuamos caminando, mientras el redondeado, alargado y baboso cuerpo descabezado se convulsionaba aún, con sus últimos signos vitales. Ahora, al salvarme la vida por segunda vez, mi deuda con Bret se había duplicado.

A pesar de todo, la suerte nos seguía acompañando, pues cuando ya habíamos salido del interior de la caverna y llegamos a la orilla opuesta, los rastreadores que habían permanecido allí, habían cruzado el lago en los hidro-deslizadores y estaban ahora en la orilla opuesta reunidos con el resto de sus compañeros. Supuestamente habían explorado todo el sitio y el interior de la caverna como había supuesto Bret y, para resarcir sus esfuerzos, estaban ahora en plena francachela; habían localizado mi morral y jugaban usándolo como pelota, se bañaban en el agua fría de la laguna y libaban aguardiente.

Nos desplazamos ocultos por la maleza y en una curva del caño donde no podían detectarnos, nadamos hasta la orilla opuesta. Bret subió y salió rápidamente de una de las naves, mientras yo lo cubría con el rifle láser. Luego, abordamos sigilosamente la otra, que estaba más alejada de los disociados. Tan pronto el mayor encendió el motor, aceleró a fondo y el aparato se sacudió violentamente girando sobre su eje, rasando la arena de la orilla. Levantó un torbellino de agua, tierra y musgo que me impidió la visibilidad del enemigo por instantes. Cuando aclaró, vi que algunos nos disparaban con los fusiles que habían colocado en forma de trípode sobre la arena y otros corrían hacia el hidro-deslizador, seguramente para perseguirnos. Cuando sentí rebotar las balas en el casco de la nave, instintivamente me agaché, precisamente en el instante en que se sacudió el hidro-deslizador entre una explosión de metralla, agua y arena, al ser rozado por un cohete AP tierra-tierra. De acuerdo a las instrucciones del mayor Bret, yo me había instalado en la popa, para operar la ametralladora, así que, sobreponiéndome al susto, localicé el blanco, apunté y disparé varias ráfagas, todo en un instante. Los disparos cesaron... pensé que los había liquidado a todos. Estaba ansioso y angustiado, jamás me imaginé que tendría que matar a alguien. Para darme soporte, pasó por mi mente la venganza por el asesinato de mi esposa. Después

concluí que, debido a la sinuosidad del río en ese tramo, lógicamente habíamos desaparecido de sus miras. Aun así, yo esperaba, de un momento a otro, la aparición de nuestros perseguidores.

La nave se desplazaba a alta velocidad entre curvas y recodos del río, batiéndome de lado a lado, pero confiaba en la habilidad del mayor para operar estas máquinas, realmente era un excelente piloto, en agua y aire. En cambio yo estaba tan estropeado y nervioso que, cuando me observó, debí parecerle cómico porque soltó una carcajada y toda la noble imagen que tenía de él se borró de mi mente.

— ¿Pero qué le pasa, mi profe? ¡Ja, ja, ja! Anímese hombre, ¡mire! —dijo, mostrándome un pequeño manojó de cables con conexiones —. Végase para acá — dijo indicándome el asiento del copiloto —. Ya no hay que preocuparse por ellos porque les va a costar un tiempito bien largo encender los motores; pero más les costará comunicarse con alguien. Y que se olviden de vestirse... pero vamos a dejarles esto por allí.

Entonces comenzó a lanzar al río las ropas que habían dejado algunos sediciosos en las acua-naves.

— ¡Espera! — le atajé —, esas ropas nos pueden servir mas tarde para cualquier emergencia, ¿qué se yo...? una vez lavadas, claro —. Accedió a mi petición y dejó de tirarlas.

Entonces entendí que su euforia no tenía que ver con mi estado anímico ni se burlaba de mí, sino con su satisfacción de haber tenido éxito al inutilizar la nave y la radio del enemigo; de haber sobrevivido a esos episodios mortales. El asunto de los uniformes, me recordó que estaba aún empapado, así que me desnudé y coloqué mis ropas a manera de banderolas para que el viento las secara, tarareando la canción que dice “no importa que el sol se ponga, que el viento seca la ropa”. Bret también se despojó de sus ropas y, ambos quedamos en calzoncillos. Observé que las vendas que cubrían sus heridas estaban empapadas de sangre y le sugerí que nos detuviésemos para conseguir unas hojas medicinales para preparar un apósito y detener la hemorragia de la herida de su costado... De pronto nos sorprendió el voceo metálico e ininteligible de la radio. Enseguida Bret comprendió que el intento de comunicación provenía del helicóptero que nos había estado persiguiendo.

— Tiene que estar en alguna parte del panel — dijo mientras buscaba desesperadamente y agregó —: Ayúdeme profe a buscar el GPS, ¡Réquete bolas! ¡Cómo pude pasar por alto ese maldito posicionador! Ya nos deben haber localizado...

Ambos registramos ansiosamente el panel de controles y otros compartimientos de la nave, hasta que lo encontré.

— ¡Aquí está, mayor! — grité eufórico, mostrándole el aparatito como un trofeo recién ganado.

Me lo arrebató y se dispuso a lanzarlo al agua pero lo detuve sosteniéndole el brazo.

— ¡Aguarda! — le espeté —. Así vas a despertar más sospecha, es mejor que crean que solo se le dañó la radio. Mira, mejor hacemos una especie de nido con una de esas camisas para colocar el aparato y lo colgamos de una rama para que así crean que el hidro deslizador está arrimado sin novedad.

— Me gusta la idea profe —, asintió y rápidamente procedió.

Aproveché la parada para buscar entre el denso follaje la planta medicinal que nos evitaría alguna infección y ayudaría a cicatrizar las heridas. Soportando las protestas de Bret por mi demora, al fin encontré una con propiedades parecidas a la que buscaba y con ella preparé la pasta que apliqué en las heridas de Bret. Cuando presioné su costado, por su reacción me convencí que tenía una costilla fracturada y ardía en fiebre, pero él no le dio importancia. Luego Bret me aplicó tres apósitos y seguidamente reiniciamos el viaje, bajando el río raudamente.

Desde el bolsillo de un pantalón que Bret había botado, había caído una navaja que recogí y guardé. Miré la hora en el panel de controles casi con asombro; llevaba mucho tiempo guiándome por el sol para determinar las horas del día, pues me habían despojado de mi reloj hacía aproximadamente seis meses. Eran las cuatro y treinta de la tarde; a esa hora de un día tan agitado, sentí mucha hambre, de repente, pues no habíamos comido nada hasta ese momento. Intuitivamente registré los compartimientos que ya me eran conocidos y encontré suficiente bastimento para preparar comida. Sorprendí a Bret con un emparedado y refresco a temperatura natural. Lo devoró con avidez y me pidió otro.

El estrecho río Baria, de cauce montañoso, se abría paulatinamente a medida que nos desplazábamos a velocidad vertiginosa. El cielo empezó a encapotarse y las aguas a picarse. Oscureció repentinamente y, a medida que nos circundaba la tempestad, también me envolvía el sueño. Antes de dormirme, observé que Bret encendía el par de potentes faros de la nave y activaba los limpiaparabrisas. Así, con el haz de claridad, continuamos navegando, mientras la faz de la selva era barrida por el fuerte chubasco y el cielo tenebroso era rasgado por encandilantes y prolongados rayos y centellas.

Cuando desperté, tal vez por la quietud de la nave y el silencio, estábamos orillados entre grandes árboles y eran ya las once de la noche. En aquel momento no hacía frío, aún así, me vestí con las ropas todavía húmedas. Aunque había poca luz proveniente del faro de emergencia de la nave, noté que Bret extrañamente tenía el rostro sombrío y pálido, tiritando por la fiebre. Me dijo adustamente:

— Profe, hasta aquí llegamos; ahora sí que nos jodimos: se acabó la querosina.

VIII

Bamboleándonos sobre el portentoso, pero ahora inútil, hidro-deslizador, rodeados por las siluetas fuliginosas de árboles y sombras que nadan quietamente en el rebalse, conversamos acerca de los acontecimientos del día. Bret me explicó que habíamos recorrido todo el río Pasimoni, pasando de largo y por la ribera opuesta las aldeas comunitarias de El Mango y Coromoto Siapatheri; evitando así cualquier contacto con el enemigo o sus infiltrados. Y ahora bajábamos por el Casiquiare rumbo a San Carlos de Río Negro.

Después de quedar el bote a la deriva, Bret se había dedicado a buscar las causas de la avería, haciendo gran esfuerzo por las molestias que le causaban las heridas. Resultó ser una esquirla del cohete que casi nos destruye. Había perforado el tanque de combustible, en su nivel medio, habiéndose derramado una buena parte, precisamente la necesaria para llegar a la ciudad.

Me pareció que habíamos recorrido más de lo esperado, sentí que teníamos la suerte de nuestro lado y con ella pudimos superar todas las expectativas, así que sólo le sugerí al mayor que descansara o durmiera mientras yo montaba guardia. Hacía mucho calor, a pesar del aguacero caído; la noche anterior habíamos dormido con una temperatura aproximada de diecinueve grados. Ahora había subido a unos veintiocho.

Me sentía eufórico, con una emoción que no había sentido en los últimos años; realmente tenía la impresión de haber rejuvenecido y no era para menos: prácticamente había resucitado. Sin embargo, la soledad en la ribera del río es siempre apabullante y abrumadora, el silencio es relativo, pues no cesa el intermitente y monótono cantar de los millares de invisibles noctívagos intercambiando información ininteligible para el ser humano. Cerca, sentía el suave chapotear de la marejada en contacto con los árboles y nuestra acuanave. Más allá, a un lado se extendía la maraña selvática hasta la profundidad insondable; al otro lado se extendía el río, profundo y sereno, donde se bañaban las infinitas estrellas del firmamento. No podía decir que estaba acostumbrado a este ambiente, pues lo había abandonado desde muy joven, pero en mi memoria se agolparon muchas escenas de aquellos días lejanos; cuando éramos niños nos bañábamos a cualquier hora del día lanzándonos sin temor alguno a las profundas aguas del río, o salíamos, abriéndonos paso a través del denso monte de día o de noche, tras alguna presa. Esa noche me sentía valiente, me invadía un estado

anímico desafiante a los peligros y acechos de la selva sombría y hosca. Solo me preocupaba la salud de mi compañero, por los momentos dormía, pero la fiebre continuaba minándole. Lamenté haber pasado de largo por Coromoto Siapatheri mientras dormía, pues en El Mango pudimos haber conseguido la planta medicinal endémica, con mejores propiedades que la empleada por mí, para depurar la herida de Bret. Allí los habitantes recolectaban flores, tallos y hojas, frutos y semillas, corteza, raíces, rizomas y tubérculos de plantas nativas medicinales para enviarlas a San Carlos de Río Negro, donde estaban instalados los laboratorios y las fábricas de medicamentos naturales alternativos.

Sentí una imperante necesidad de compartir mi euforia con algún ser querido, al menos mentalmente; pensé en mi difunta esposa, en mis hijos, especialmente en mi hija Narda. Fueron recuerdos fugaces de tiempos familiares: felices y tristes. Horas más tarde ya había perdido la animosidad que antes me había embargado. Comencé a sentirme somnoliento. Apareció la imagen de Keyla invadiéndome la mente, con su rostro hermoso, su cuerpo curvilíneo, su olor embriagante, rozándome con la tersura de su piel. Con su voz melosa, su risa contagiosa y sus gestos graciosos. Era poco lo que de ella conocía y ahora sentí muchos deseos de conocerla más y más. Sentí mucha ansiedad de tenerla conmigo en ese mismo instante y en ese ambiente... Solitarios como un casal de tórtolas migratorias en plena selva...

Espabilé al escuchar un leve ruido y volví a la realidad; en ese momento me di cuenta que tenía una membruda erección. No era algo excepcional, pues el período de la fría madrugada era favorable para la subida del nivel de testosterona en las personas de mi edad. Revisé los costados del deslizador y descubrí que un tronco flotante movido por el oleaje, causaba del ruido al chocar con nuestra nave.

Bret no sintió nada, continuaba durmiendo tranquilamente, emitiendo un ronquido ocasional.

Me recosté de nuevo y, al rato, me embargó un sopor profundo, y de un momento a otro, tuve frente a mí la imagen de Keyla, la visión que tuve fue espectacular, veía su cuerpo escultural a través de la transparencia de su fino vestido adornado con gemas al estilo arábigo y me invitaba a sus aposentos en la ciudad oculta de Sierra Neblina. Volamos hasta allá en una especie de nave similar a una moto acuática con alerones. El paisaje nocturno de montañas abruptas entre ondulados valles adornados con sinuosos hilos de agua matizados por la luz plateada de la luna era nuestro ámbito de amor. De pronto, enigmáticamente, nos encontrábamos disfrutando de los maravillosos escenarios de la ciudad perdida que, en vez de estar encubierta como estaban las instalaciones en las cuevas que conocí, era más bien, una versión maravillosa del legendario Dorado. Imponentes aposentos de muros refulgentes y techos abovedados de grandes dimensiones; con mobiliario mullido entre finas maderas y cortinas de exquisitas telas. La gente se desplazaba de un lado a otro con gran parsimonia y elegantes atavíos, sin importarles nuestra presencia.

Esponáneamente estábamos en un lecho de suntuosidades, con adornos de oro y piedras preciosas, como un precioso tálamo incitándonos a complacer nuestras ansias de amor. Disfrutábamos uno de otro con caricias y besos, entremezclados con el sabor de finos licores y exquisitos manjares que anfitriones inmutables, como esclavos, nos servían; de rebato, se inició un terrible terremoto, salté de la cama y me asomé desnudo al balcón de nuestra alcoba y observé entre la nubosidad a los infames causantes del desastre: parecían decenas de monstruos voladores. Tal vez por efecto de alguna droga, tuvimos diferente apreciación: Keyla vio terribles dragones que vomitando extensas bocanadas de fuego, arrasaban a nuestra preciosa y dorada ciudadela; yo vi decenas de mortíferos helicópteros Hind “Arawakos” lanzando sus destructivos cohetes y metralla. Todo se había convertido momentáneamente en un infierno. La tierra temblaba a cada impacto y las construcciones se desmoronaban como castillos de arena, mientras los despavoridos habitantes corrían desorientados de un lado a otro, buscando guarecerse inútilmente, pues de cualquier lado caían, demolidas, grandes losas, muros y columnas. Entonces, en medio del fragor destructivo, frente a nosotros apareció la figura de aquella libélula bestial de grandes ojos malévolos y vidriosos. Tan cerca estaba que observé a través de ellos una mueca de maldad en el rostro del mayor Bretanio Asisa. En ese instante, despegó de sus alas uno de los misiles y se dirigía exactamente hacia nosotros. Me lancé al suelo abrazando a Keyla instintivamente para protegerla. Seguidamente sentí un sacudón que nos lanzó por los aires envueltos en sábanas de seda.

Desperté al caerme del catre donde reposaba, abrigado con la cobija. Casi atropello a Bret, creí que lo había despertado, pero él solo espabiló un poco, preguntó la hora, se acomodó la frazada y continuó dormido a pesar de la fiebre y el dolor de la costilla.

Curiosamente, quizás por la soledad que enfrentaba en esa madrugada, por el contacto con los fenómenos naturales y, principalmente, por la impresión que me había causado el sueño que recién había tenido, en aquel momento vino a mi mente el recuerdo de los demonios mitológicos más destacados de mi ancestral pueblo Ye’kuana: *Húio*, *Odó’sha* y *Máwari*.

Húio actúa como Señor de las Aguas, dueño supremo de los ríos y de los animales que los habitan; como Serpiente Emplumada, personaje mítico-religioso genuinamente americano parecido a una gigantesca anaconda; actúa como jefe de los *Mawári*, poderosos espíritus del mundo acuático y fuentes del poder de los shamanes; son como manadas de serpientes gigantes que viven en la profundidad de las aguas. También actúa como Dueño del Arco Iris, cuando se despoja de su plumaje multicolor para exponerlo en el cielo y secarlo; entonces el *Huasúdi* o el “plumaje de la serpiente” aparece en forma de arco. Los indios evitan verlo o señalarlo por temor a contraer algún “daño” o fiebre maligna.

Odó'sha procede como Dueño de la Selva, vive en la selva sombría y en los cerros despoblados, hay peligro de toparse con él cuando se llega cerca de las cabeceras de los ríos, en regiones de muchas cascadas y en raudales; actúa como Dueño del Viento; cuando su maligno soplo produce repentinas borrascas, remolinos o chubascos, hay que estar prevenido porque el Demonio de la Selva anda cerca y quien se tope con él estará expuesto al “daño”. Para protegerse de los maleficios hay que llevar consigo un amuleto con hojas trituradas de “*adéhi*”. Actúa como Jefe de Demonios, como *Húio*; *Odó'sha* tiene también entes demoníacos que actúan bajo sus órdenes. Procede como raptor de “almas” y señor de ensueño.

Y *Máwari* es el Señor de la Muerte, el fantasma asesino. Se manifiesta como una aparición en el mismo instante de la muerte del hombre, que puede contemplar como un celaje la figura de *Máwari*, el victimario por excelencia. Fuera de los shamanes, nadie ha logrado verlo en condiciones normales. *Máwari* y *Mawári*, son entes casi homónimos, pero bien diferenciados: el primero es un fantasma demoníaco individualizado, mientras el segundo es el nombre genérico de una gran familia de poderes acuáticos. Los *Mawári* actúan como señores de las aguas; como almas terrestres de shamanes difuntos y como suprema fuente de poder mágico.

Entre estos demonios mitológicos, obviamente, el que tenía que ver con mi sueño era *Odó'sha*, maestro en maleficios que se apodera por encanto del “alma” durante del sueño del hombre. Se disfraza bajo apariencias engañosas y se la lleva lejos del cuerpo en un viaje lleno de peligros, sometiéndola a su maligna influencia. Los familiares o seres queridos que uno cree ver en el ensueño (*Adekáto*) son apariencias falaces del propio demonio para engañar al “alma” del durmiente y conducirla a sus dominios nocturnos. Los escenarios y las aventuras que uno recuerda al despertar, cuando el “alma” ya ha sido liberada y ha retornado a su morada corporal, son experiencias reales, vividas durante el viaje mientras el cuerpo está exánime. Antes de acostarse, hay que prevenir por todos los medios la peligrosa invitación de *Odó'sha*. Por eso, en la tradición de mi pueblo, nunca debe faltar el fuego debajo de los chinchorros, en la casa o en el monte. Este fuego hogareño tiene como propósito no precisamente la calefacción del ambiente, sino de mantener alejado a *Odó'sha* y a los demás poderes malignos de la noche, que son enemigos de la luz. Un buen preventivo contra el *Adekáto* es un baño con una infusión de *Sanóko*, antes de acostarse.

Si, a pesar de esas precauciones, un hombre dormido se deja llevar el “alma” por *Odó'sha*, sus compañeros, al darse cuenta de su desgracia, proceden a despertarlo inmediatamente, para librarlo del maleficio. Luego la víctima deberá lavarse los ojos con infusión de *Sanóko*, para borrar de sus pupilas las dañinas imágenes del ensueño. Entre tanto, sus compañeros indagan sobre lo que ha visto y hecho durante el viaje cósmico. Esas experiencias encierran muchas informaciones valiosas para el futuro, y muchas de ellas tienen su interpretación adivinatoria.

Las aventuras y desventuras que me habían acompañado últimamente, sin duda habían sido vivencias reales... pero ese sueño, que no debió sucederme porque precisamente me tocaba estar en guardia... Este sueño, o ensueño, era algo que no llegaba a entender totalmente. Sin embargo, había un atisbo de extrañas coincidencias: la hermosa y voluptuosa Keyla era el anzuelo... encebado con aquel esplendido paisaje natural donde estaba enclavada Akahim, la ciudad perdida en la selva Amazónica, el principesco palacio donde se encontraba nuestro dorado lecho...

Pero, después de todo, pienso que sólo era mi subconsciente rumiando “La Crónica de Akakor” de Karl Brugger. Según la crónica Akahim era la tercera ciudad construida por extraños y antiquísimos antepasados de los incas, en el año 3.166 A.C. Los conquistadores españoles la confundieron con “El Dorado” por la gran cantidad de oro con que había sido construida.

Me rocié un poco de agua sobre la cara y espabilé. Gracias a Dios, en estos confines el agua no estaba contaminada aún. No había razón para sentirme tentado por el demonio *Odó'sha*. Estaba tan empapado de amor por Keyla y aun me estremecía recordando aquel maravilloso sueño, tanto así, que casi olvido el lado maléfico y dañino de ese supuesto viaje. Sí, había habido muerte y destrucción: los helicópteros y las bombas habían ocasionado una hecatombe total. Eso fue realmente lo que me había despertado. Obviamente, se había tratado de una pesadilla.

No era posible que, por aquellas circunstancias, estuviera extraviándome en un laberinto de mitos y leyendas tan antiguas como la cosmovisión de mi pueblo ye'kuana. En realidad, nunca había tenido una experiencia personal de estas energías terrenales del mundo mitológico ye'kuana. Mi conocimiento era puramente teórico y jamás me había interesado de profundizarlo.

Sin embargo, en esos momentos estaba tan influenciado por el *Adekáto* que, al no disponer de la contra para el maleficio, es decir, una pócima contra el mal, como la infusión de *Sanóko*, a mi mente vino fugazmente la idea de invocar la protección de otras energías terrenales: a los *Suámo*, guardianes inmanentes de la naturaleza. Recordé que cuando el hombre penetra en los dominios de un *Suámo* como las lagunas, las faldas o la cumbre de un cerro, debe evitar todo ruido excesivo, gritos y risas, disparos o botar piedras por las vertientes rocosas. Por supuesto, el *Suámo* dueño y guardián de La Neblina estaría furioso por lo que habíamos provocado en nuestra huida. Pero yo no tenía idea de cómo aplacar la ira del Poder. Tampoco tuve fe suficiente para invocar a mi Dios. Quería persuadirme de que sólo era un sueño, sin embargo me traicionaba la necia manía de imponer lo imaginario sobre lo real y viceversa.

Terminé de lavarme la cara y la boca con precaución, pues había escuchado antes leves sonidos que podían provenir de algún depredador rondando los alrededores. De improviso intuí, más que ver, que algo así como una sombra se escurría entre los árboles. Lentamente se venía acercando y preparé el arma láser.

Tenía el objeto en la mira cuando lo identifiqué entre la bruma; se trataba de un solitario pescador en su bongo metálico. Me saludó y le respondí, invitándole a acercarse. Las voces, entonces, despertaron a Bret.

Ya el panorama estaba aclarando con las luces del alba. Pero la densa niebla madrugadora cubría el río y la selva. Aun así, la mañana me pareció alegre por el trinar de las paraulatas montaÑeras, los violineros, arrendajos y piapocos.

Con el pescador hice un trueque de una sarta de pescados por algunas de las provisiones y los uniformes que llevábamos. Para escamar y prepararlos, la navaja no me sirvió de mucho y el pescador, viéndome en apuros, me prestó su afilado cuchillo de caza. Una vez fritos los pescados y colado el café, desayunamos los tres acompañándolos con maÑoco condimentado, importado del Brasil, que tenía el pescador.

Mientras comíamos, negocié con el pescador el remolque de nuestra inútil nave hasta Solano, que era la ciudad que nos quedaba más cerca. Una vez alcanzado el acuerdo y terminado el desayuno, aseguramos con varas y cuerdas las embarcaciones una de otra y el pescador nos remolcó con su motor fuera de borda de 40 H.P. No usamos la radio que estaba controlada por los renegados, precisamente para evitar darles nuestra posición. En cuanto abandonamos la orilla para bajar el Casiquiare, de nuevo nos vimos acosados por un helicóptero. Ahora se trataba de un Hind-E Arawako, de los nuestros, aseguró Bret, a menos que ESPJO nos hubiera capturado uno. Al acercarse la enorme y amenazadora máquina oímos las voces amplificadas a través del megáfono, superando el ruido de los rotores, mientras la ametralladora de cuatro cañones rotativos de 12,7 mm nos apuntaba desde la torreta teledirigida situada bajo el morro. Vino a mi mente la escena del ataque de helicópteros en el sueño que había tenido y observé que, de veras, la enorme maquinaria voladora de abultadas carlingas tenía similitud con los grandes ojos malévolos y desproporcionados de un artrópodo bestial. Se identificaron como integrantes de una patrulla de la FAB y nos conminaron a detenernos. Enseguida, a una señal del mayor, el pescador apagó el fuera de borda y, una vez a la deriva, el helicóptero se situó sobre nosotros y de sus entrañas descendieron tres hombres a rapel. Un oficial identificó al mayor y nos saludó efusivamente, luego utilizó su intercomunicador para informar y recibir instrucciones de su comandante que permanecía en el helicóptero. Seguidamente nos invitó a subir al aparato mediante unas cestas de rescate. Los hombres colocaron cuidadosamente al mayor y lo subieron; después seguí yo. Mientras nos adelantábamos, los hombres de la FAB se encargarían de llevar al malogrado hidro-deslizador remolcado por el bongo del pescador hasta Solano para repararlo y reabastecerlo de combustible.

Rápidamente llegamos a la ciudad. Estaba en reconstrucción bajo el nuevo modelo comunitario. Desde arriba había observado que había mucho ajetreo en el puerto; era pequeño pero funcional, consistía en una plataforma de hierro, flotante y

articulada a una rampa móvil o puente que la conectaba con tierra firme. Hasta allí llegaba el tren de carga donde estaban colocando los materiales de construcción que descargaban con una grúa desde la gabarra. Un poco antes de llegar habíamos visto las bases del puente para el gran ferrocarril del sur que llegaría hasta la frontera con Brasil, pasando, desde luego, por San Carlos de Río Negro.

Luego de aterrizar, nos condujeron rápidamente al Centro de Atención Integral y allí recibimos atención médica esmerada, especialmente el mayor Bret por encontrarse en peores condiciones que las mías. Aproveché las instalaciones para asearme y los colegas del comando de la FAB nos dotaron de ropas nuevas. Mientras tanto, la tripulación realizaba su misión y el personal del aeródromo abastecía al helicóptero de combustible. En el ínterin establecí contacto con las autoridades de la Guardia Territorial, a quienes di parte de las novedades e hice entrega formal del hidro-deslizador capturado a la guerrilla, a nombre del mayor Bret.

Antes de mediodía despegamos a bordo del helicóptero Arawako, rumbo a Villa Esmeralda. El tratamiento médico dispensado al mayor Bret había hecho efecto: la fiebre había cesado y se notaba evidentemente recuperado.

Desde arriba observamos con emoción, por el lado izquierdo de la aeronave, la delgada y extensa línea trasquilada en la selva, donde se extenderían los rieles del tren en construcción.

— A la altura de las cabeceras del caño San Miguel o Conorichito — puntualizó el mayor —, antes de la desembocadura del caño Ycheyani, se ramificarán las vías. Desde esta encrucijada se deriva un ramal hacia Maroa, otro hacia la isla Maricapana en el Orinoco, donde construirán un puente para continuar hacia el este hasta Villa Esmeralda. Más allá de la boca del Ycheyani se encuentra el extenso rebalse Macavacape donde las comunidades de pescadores construirán un gran centro de producción piscícola y de reproducción de chigüire, planeado con la previsión de que, al entrar el ferrocarril en funcionamiento, tendrán asegurado el transporte para la comercialización de sus productos, tales como pescado envasado o ahumado, pato congelado, piel, carne y jamón de chigüire. El trazado de la vía continúa hacia Santa Bárbara. Se ha planificado que desde allí se ramificará una línea hacia San Fernando de Atabapo, paralela a una pica que se había abierto en los años setenta del siglo pasado.

Yo escuchaba atentamente al mayor Bret mientras hablaba de estos extraordinarios planes mientras viajábamos, hizo una breve pausa y luego continuó:

— La otra línea, que ya está terminada, tiene un puente que atraviesa el Orinoco y, desde la orilla norte, la vía continúa con rumbo noreste bordeando las laderas de la serranía Guayapo, la fila Picure y la fila Las Macanillas, hacia San Juan de Manapiare. San Juan, usted sabe, es la ciudad de mayor desarrollo productivo y la de mayor estabilidad económica gracias a la calidad de las tierras del valle Manapiare y a su tradición agropecuaria. Por cierto que San Juan tuvo su primera época de esplendor

cuando a mediados de los años sesenta el gobierno nacional intentó darle fisonomía de ciudad al pequeño poblado, pero lo hicieron a la escala vehicular, lo cual resultó erróneo, ya que los vehículos desaparecieron en su mayor parte y, con el tiempo, también las carreteras. La causa principal de estos desatinos, según mi parecer, fue la falta de continuidad en la política de construcción de obras públicas. Ojalá que en esta segunda época no suceda lo mismo.

»Gracias a este novísimo transporte ferroviario se consolida la producción de caucho. En la planta procesadora de Santa Bárbara ya se pusieron en funcionamiento las máquinas masticadoras, las mezcladoras, las satinadoras y los troqueles de extrusión. Asimismo comenzó a funcionar la planta de vulcanización, de elaboración de espuma de caucho y productos moldeados. De manera que pronto se estarán produciendo neumáticos, carcasas de equipos de bombeo y tuberías para perforación con lodos abrasivos, mangueras, globos y colchones; trajes de buceo y vagones cisternas para transportar agua en trenes; guantes protectores, zapatos, mantas y condones; correas de transmisión y cojinetes lubricados con agua en bombas para pozos profundos.

— A propósito de los vagones cisternas —acoté—, tengo conocimiento de que se está desarrollando un proyecto de transporte utilizando globos dirigibles, especialmente para transportar combustibles, agua potable y carga pesada...

— Bueno, en realidad la EDIRA ha estado trabajando en ese proyecto, pero no ha tenido sustentación por su vulnerabilidad, sobre todo considerando la situación actual de zozobra a causa de esos disociados del ESPJO.

— Sería bueno no abandonar ese proyecto —opiné—, ya que en el futuro este sistema de transporte ayudaría a preservar la calidad de las aguas de nuestros contaminados ríos, porque una de las causas de esa contaminación es el excesivo tránsito de grandes gabarras cisternas.

El mayor estuvo de acuerdo y, retomando el caso de la explotación cauchera, también me señalaba que, lamentablemente, esas obras así como otras de infraestructura para la producción, se habían comenzado a ejecutar tardíamente, lo cual había influido negativamente en el proceso de desarrollo que, además de desarticulado, soportaba la falta de autoridad y el abandono de las fronteras. Tal escenario dio como resultado la infiltración de la guerrilla colombiana hacia nuestro país, logrando no solo la aceptación de ciertos sectores de la población autóctona, sino también la creación de un sub-gobierno regido por leyes del mercado paralelo, así como la producción y tráfico de drogas. Estos renegados tienen una obsesión tradicional por el secesionismo. Hace mucho tiempo, en Colombia intentaron, sin éxito, la creación de la república independiente de Antioquia y ahora los tenemos aquí, gracias a nuestra indolencia. Estoy persuadido que esta desidia nos ha acompañado eternamente.

— Por ejemplo — me dijo —, esa planta procesadora de caucho de Santa Bárbara debió instalarse hace treinta años, pues la siembra de caucho en esa zona se inició ¡hace ochenta y cinco años! ¿Qué le parece?

—No me parece extraño — le contesté — pues el ferrocarril entre Perico y Maipures, para salvar los raudales, fue contratado hace unos ciento cuarenta y siete años y fíjese que aún no se ha construido, ni tampoco se ha incluido en los planes de desarrollo...

Treinta y cinco minutos después de despegar del aeródromo de Solano, aterrizamos en Villa Esmeralda. Vimos mucha gente en el aeropuerto. Se habían congregado allí las principales autoridades políticas, voceros comunitarios y del Poder Popular, de la Fuerza Aeronáutica Blindada, de la Guardia Territorial Amazónica, comunicadores sociales y muchos otros interesados en conocer o por lo menos ver a los protagonistas de la fuga ya divulgada a través de los medios. Nos recibieron como héroes, con mucho entusiasmo, honores y consideraciones.

IX

Como consecuencia del secuestro, Bretanio Asisa se había convertido en el oficial de la FAB con mayor prestigio, pues era el primero en muchos años, que había escapado de las manos del ACE o del ESPJO; mientras yo, había pasado a ser una celebridad mediática, después de haber sido, toda mi vida, un ciudadano anónimo. Todos ansiaban vernos, escuchar nuestras impresiones o simplemente saludarnos, pero yo evadía los contactos; sólo deseaba ver a mi hija. Al fin ella me localizó y, abriéndose paso entre el gentío, se me abalanzó impulsada por su fuerza emotiva y casi me derriba.

— ¡Papá! ¡Dios mío, gracias! Al fin te tenemos con nosotros. Bret cumplió su palabra, te ha traído sano y salvo —, dijo efusivamente.

Pensé en ese momento que si hubiera estado al corriente de la intervención de Bret para salvarme dos veces de la muerte, se hubiera vuelto loco por él. Me acarició la barba a la vez que me ordenaba afeitarme, luego se retiró un poco para detallarme de pies a cabeza. ¡Qué flaco estás! exclamó asombrada y después de besarme una vez más, me soltó para abalanzarse sobre Bret. ¡Con cuidado, cariño! le advirtió Bret al mismo tiempo que se protegía la herida sin poder evitar que Narda se le colgara del cuello. Entretanto, Keyla me daba un sorpresivo y cariñoso abrazo. Sí, fue una sorpresa agradable, pues hasta ese momento había sido indiferente a cualquier acercamiento de mi parte y yo tenía la impresión de que me rechazaba. En ese instante, al sentirla en carne y hueso, tuve un aceleramiento de mis palpitaciones, como también sentí vergüenza de habérmela imaginado desnuda aquella madrugada en las soledades del Casiquiare. Me repuse al oírle pronunciar muchas cosas agradables, esas que sólo dicen las mujeres para halagar a alguien, mientras examinaba mis heridas en la frente y en el pecho. Sin que ella se apartara de mi lado, me saludaba mucha gente; abrazos, apretones de mano y sacudones de hombros de los hombres, y besos de las mujeres. Entre toda la gente, sentí gran alegría al encontrarme con mis compañeros de equipo: la licenciada Naysa Cayupare y el doctor Cheng Shek; me preguntaron por Agapio, pero lamentablemente hasta el momento no teníamos noticias de él.

Después del alborozo nos reunimos con Bret y Narda: Keyla insistió en revisar la herida de Bret. En cuanto lo hizo, dio su aprobación por el buen trabajo que había hecho el médico del Centro de Atención Integral de Solano.

El grupo de recibimiento que nos acompañaba fue reduciéndose hasta quedar solo las personas más allegadas a nosotros, de las que recibimos una invitación para almorzar. Después de comer, sentí que el zarandeo de los últimos sucesos se había convertido en un pesado fardo, que se me venía encima y fui a reposar al hotel de la cadena Cohtua, donde Narda y Keyla se hospedaban y me habían reservado habitación. Frente al espejo vi el reflejo de mi cuerpo enclenque, como consecuencia, por supuesto, del cautiverio a que había sido sometido; me conmovió el cambio de mi textura normal que era la de un auténtico ye'kuana, fornido y robusto. Me acosté y disfruté plenamente de las limpias y suaves sábanas y de la mullida cama. Al rato, otra vez comencé a sentir que todo el peso de la acción, acumulado en las últimas veinticuatro horas, caía de sopetón sobre mí. La euforia bohemia que me embargaba hacía poco, había mermado considerablemente, la somnolencia se apoderó de mí y caí en profundo sueño.

A los periodistas y noticieros televisivos se les había convocado a una rueda de prensa para las cuatro de la tarde en ese mismo hotel. A la hora convenida, el mayor Bretanio Asisa, con sus asesores militares, inició la conferencia, exponiendo la situación que habíamos confrontado, excepto el asunto de la escisión territorial promovida por el ESPJO y el EPNY, que comprobamos en cautiverio, pues con anticipación habíamos acordado, por cuestiones de seguridad de estado, no revelar nada sobre eso. Yo no estuve presente, porque me había quedado dormido y Bret no quiso que me molestaran.

Después de la entrevista, que concluyó al anochecer, Bret nos invitó a cenar en su sitio predilecto: las laderas del Duida. Pero Narda puso como condición que antes visitáramos la barbería, ambos, Bret y yo. Y también que incluyera en la invitación a Naysa y al doctor Shek.

Keyla estaba muy elegante y bella, como las otras damas, con vestidos ceñidos de amplios descotes en los muslos, el torso, el pecho y la espalda, pero que cubrían las extremidades y el cuello. Yo estaba algo desconcertado, pues realmente no era la mujer que yo había imaginado en el sueño: su rostro no era el de una vampiresa sino el de una mujer candorosa, siempre risueña; sus ojos no eran negros sino verdes; su pelo no era dorado y ensortijado, sino bruno y reluciente; sus labios carnosos y no finos; su nalgas no eran tan voluminosas, ni su cintura de avispa, ni su piel tan oscura como imaginé en el sueño, tampoco era tan alta, sino mas bien aproximada a mis uno sesenta y cinco de estatura. Su talle no tenía exageradas curvas ni senos abultados, sino suaves prominencias; así como tampoco eran fornidos sus miembros, sino firmes y aterciopelados. En fin, nada de esos atributos me importaban ahora y asumí que seguramente había estado delirando; que sólo había sido algo así como un *delirium*

trémens ocasionado por la soledad y, ciertamente, por la euforia de mi renacimiento y la embriaguez de haber sobrevivido de aquellos espeluznantes incidentes... ¿O acaso por el ensueño provocado por *Odó'sha*, el demonio raptor de almas...?

— ¿No me escuchas? ¿En qué piensas? — preguntó Keyla al tiempo que posaba su cálida y suave mano sobre mi brazo.

— Perdóname Keyla, estaba distraído admirándote — le susurré con picardía mientras cubría su mano con la mía.

— ¿Me pedirías otra copa?

Enseguida solicité al mesonero una tanda completa. Las melindrosas palabras de Keyla me rescataron de sucumbir en el insólito laberinto de la mitología ye'kuana. Su presencia realmente me había liberado de la influencia de la misteriosa quimera que estaba penetrando mi imaginación. Con los pies sobre la tierra, comencé a interesarme por la mujer que tenía a mi lado, me embelesé por su personalidad; era sensible, cariñosa y perspicaz. Me sentía feliz mientras comíamos y degustábamos un buen vino. Por supuesto, la conversación no salía del tema de las peripecias de Bret y las mías durante el secuestro, especialmente las que tuvimos en nuestra espectacular fuga. Sin embargo, sospechaba que aquel *Adekáto* tenía que ver con el cambio de actitud de Keyla hacia mí, ya que anteriormente le era prácticamente indiferente, aunque en honor a la verdad, yo tampoco hacía mucho por atraerla.

A pesar de toda mi satisfacción y regocijo al sentirme querido por Keyla, también me preocupaba la relación entre Bret, mi hija y yo. Me incomodaba ser cómplice de Bret en sus amoríos con Narda a causa de nuestra relación, que se había afianzado por la deuda de vida contraída con él.

Por otro lado presentí, en seguida, que la relación entre Bret y Naysa había llegado a su peor momento debido, por supuesto, a la presencia de Narda. Pero la terca Naysa no cedía en sus pretensiones de atrapar a su enamorado, aunque era notorio que sufría por eso, ya que Bret no le correspondía íntegramente, sino que lo hacía en forma esporádica.

Acordamos con Bret viajar a Caracas para disfrutar unas vacaciones, después que hubiésemos presentado nuestros reportes y analizado, conjuntamente con las autoridades, las acciones a tomar con respecto a la conspiración que adelantaba el ESPJO, pero Keyla, al momento de hablar de vacaciones separadas, me hizo una señal de complicidad con su pié debajo de la mesa. Eso me dio valor para intentar declararle mi amor en el primer momento que estuviésemos solos, pero dejé pasar el tiempo. Me sentí tonto como un adolescente, sin embargo reaccioné al despedirme en el hotel, cuando todos se habían despedido. La besé con pasión y ella me correspondió. Entonces, de sopetón, le propuse irnos a la cama pero ella rechazó la idea de plano, se disgustó por mi atrevimiento argumentando la presencia de Narda, que era casi su hermana, dijo vehementemente.

Al día siguiente, tuvimos una ardua jornada de trabajo en el CREDI, con el mayor Bret y otros jefes militares. Analizamos allí la información que poseíamos acerca de los planes de los separatistas y las alternativas de acción contra ellos, así como las causas por las cuales el campamento no había sido detectado por los dispositivos de rastreo satelital.

Después, al finalizar nuestras labores, invité a Keyla a cenar tratando de contentarla, pero rechazó mis súplicas. Mientras, por otro lado, Narda salía con Bret, en contra de mi voluntad, a un restaurante-discoteca. Keyla notó mi contrariedad y supuse que me hablaría, pero sólo lo hizo tres días después, cuando aceptó dirigirme la palabra de nuevo, no sin antes reclamar, una vez más, mi osadía. Aunque lo primero que hice fue ratificarle mi deseo de poseerla, ella, adrede, desatendió mi pretensión y entonces me habló sobre la situación del romance entre Narda y Bret, que a veces parecía desmoronarse. No era sólo por culpa de la inestabilidad de Bret — me aclaró—, sino que ella solía ser demasiado dominante y Bret no era sumiso ni gurrumino. Tendrían que superar ese escollo, dominando, cada quien, sus caracteres. Keyla quería que coadyuváramos a lograr la armonía entre ellos, pero yo me negué rotundamente, pues en cosas del amor está de sobra el redentor.

Con media botella de güisqui consumida entre los dos, bailamos canciones románticas, luego, en nuestra mesa, Keyla quiso confesarme su pasado. Le dije que no era necesario, que la amaba como fuese; que no me interesaba lo que había hecho antes de enamorarme de ella en ausencia; ni con cuántos hombres había estado; que si tenía muchos hijos, los adoptaría a todos.

— ¿Y cómo es eso de enamorarse en ausencia? —preguntó — ¿Acaso amor platónico? ¿Amor de lejos?...amor de...

Sabía qué iba a decir y la interrumpí, para contarle acerca del delirio que había tenido sobre ella en la profunda y húmeda selva, la noche anterior. Le conté, con pretensiones de fascinarla, que había sido objeto de un hechizo por parte de uno de los tres demonios de la mitología ye'kuana que, para atrapar mi alma, se había transmutado en una mujer parecida a ella, aunque exagerando las proporciones de su cuerpo. Keyla me había escuchado atentamente pero, luego de terminar mi relato, me sentí abochornado al considerar que había cometido una ridiculez. Sólo al percibir su reacción volví a mis cabales: se destornilló a carcajadas, tanto que llamó la atención de los ocupantes de las mesas contiguas; se sintió naturalmente presuntuosa por haberme provocado y lloró de alegría. No obstante, yo había obviado mencionarle la erección que había tenido. Me alegré por aquella reacción esencialmente femenina, pues Keyla no había captado el carácter maléfico y el poder mitológico del *Adekáto*. Después de sosegar, escuché con detenimiento sus comentarios, embelesado de toda ella. Más tarde, retomamos el tema de mi hija y me contó que Narda estaba cansada de estar sola y sin pretendientes, pues estaba decepcionada de Bret por su comportamiento inestable. A este punto, Keyla desvió la conversación hacia los

chistes sobre abuelos y hasta sugirió que si no nos apurábamos el tío de mi futuro nieto sería menor que el sobrino. Con tremendo descaro, me olvidé de los asuntos de Narda, apuramos el resto de la botella, bailamos y luego pedí al camarero una de champaña para consumir en mi habitación.

Keyla era divorciada, se había separado de su marido hacía cinco años y del matrimonio había tenido una hija. Un año después había tenido una relación durante dos años con un joven menor que ella y tuvo otra hija, ambas vivían ahora con sus abuelos maternos. Así que, por lo que me contaba mi flamante novia, ahora tenía dos años en período cónyuge y estaba tan ávida como yo de absorbernos mutuamente, sólo que ella lo disimulaba muy bien. Disfruté su experiencia y me dio la impresión de que se sorprendió por mi atrevimiento y vitalidad, pues me preguntó si había consumido *Vit-Lone*. “Por supuesto que no, todavía no” le dije y me jacté al prometerle que estaría mejor cuando me repusiera por completo de las penurias que me había ocasionado el secuestro. Después, con emoción, planeamos irnos subrepticamente a la Isla de Margarita. Ella me rogó que, por el momento, mantuviera oculta nuestra relación íntima especialmente a Narda, y salió a cautelosamente hacia su habitación, antes que llegase su compañera.

Me quedé disfrutando la secuencia de aquel apasionado encuentro, en el que había dejado atrás mi vida de recuerdos y luto por mi difunta esposa. En vez de sentir remordimiento, sentí que había abierto un nuevo camino de insospechadas experiencias. Jamás pensé que todo se daría de manera fácil y excitante. A la vez pensaba que había enterrado mi propósito de no enamorarme otra vez, porque lo que ahora sentía por Keyla, no era simplemente un deseo pasajero destinado a desaparecer una vez que se hubiese consumado. No resultó así, pues ahora me embargaba la ansiedad propia del enamorado, desesperado por la llegada del amanecer para ver la luz de sol reflejada en sus ojos y probar una vez más la miel de sus labios y saborear en la intimidad sus néctares naturales; explorar las suaves curvas de su mullido cuerpo, oler sus aromas y oír sus melodiosos mensajes de amor. De antuvión, vino a mi pensamiento la injerencia del *Adekáto* en mi nuevo amor y marchitó mi feliz delirio.

* * *

Durante dos días estuvimos trabajando reunidos en el CREDI, con el propósito de determinar la ubicación exacta del campamento donde habíamos estado prisioneros Bret y yo. Hasta ahora había sido un misterio que nuestros rastreadores satelitales no hubieran ubicado la posición de los secesionistas. Finalmente pudimos, gracias a nuestro conocimiento del sitio, ubicar las coordenadas.

— ¡Los tenemos, profe! —gritó eufórico Bret—. Deben tener un sistema de resguardo del ciberespacio anti sensorial, pero cometieron el error de llevarnos a su guarida ¡Ahora sí se jodieron! ¡Los vamos a siquitrillar!

Al oír estas expresiones de Bret, caí en cuenta de que había contribuido a montar un terrible ataque contra ese objetivo y al galope vino a mi mente las imágenes del ensueño de Odó'sha. Le advertí al capitán mi preocupación por la destrucción de vidas y del ambiente y me dijo que recomendaría al estado mayor un ataque sorpresivo y quirúrgico con zapadores aerotransportados, precisamente para reducir esos desastres.

Continué mis labores en el Instituto Amazónico del Medio Ambiente y la Biodiversidad, con Naysa y Cheng. Para variar, a veces en las noches íbamos, todo el grupo, a disfrutar del juego favorito de los esmeraldeños: el fútbol. Mientras disfrutábamos el espectáculo en el soberbio estadio, libábamos algunas cervezas. Keyla y yo disimulábamos nuestra mutua atracción, sentándonos a veces separados entre nuestros amigos. Habíamos acordado mantener en secreto nuestra relación, hasta que regresáramos de la isla o de cualquier parte, donde íbamos a estar solos. En cambio Naysa, enamorada pertinaz, no desperdiciaba las oportunidades de estar al lado de Bret. A Narda no le importaba, pues le dejaba el campo libre a Naysa y compartía conmigo aquellos momentos. En esas ocasiones, Narda intuía, y me lo expresaba, el sufrimiento sentimental de Bret, a pesar de que no lo aparentaba. Otras veces, para salir de la monotonía del trabajo, visitábamos el parque de lanzamiento del transbordador *Rahaka*, donde concurría mucho público a distraerse y observar la marcha de los trabajos. Cuando disponíamos de algunos incas, reuníamos el dinero para disfrutar en lo alto del bar restaurant de las laderas del Duida.

Después de terminar el trabajo pendiente y ordenar los programas, estábamos listos para viajar. Narda y Keyla todavía conservaban el mal recuerdo del accidente aéreo. Estaban temerosas de abordar el avión y habían pensado viajar en el novedoso tren impulsado por energía solar, pero había que ir hasta Santa Bárbara y las circunstancias del tiempo no lo permitían. Así que, en el aeropuerto nos despedimos de Naysa, Cheng y de Bret.

Keyla se bajó en el aeropuerto de Puerto Ayacucho, que era la única escala que hacía el avión. Allí visitaría a sus padres y a sus dos hijas; como habíamos acordado, hablaría con ellos para plantearles su relación y sus planes conmigo, no con la idea de consultarles, sino de convencerlos que era lo mejor para toda la familia. Narda y yo continuamos hasta Maiquetía, desde allí viajamos en el metro hasta Caracas.

No pude evitar contarle todo a Narda cuando se presentó el momento oportuno, y ocurrió en la tranquilidad de los alrededores de la piscina del conjunto residencial donde tenía su lujoso apartamento. No se sorprendió por nada, pues me dijo que había llegado a sospechar de nuestra relación, porque “nos comíamos con los ojos”, pero le extrañaba que su amiga no le hubiese contado nada. Dijo que tampoco me hubiera

perdonado que yo no le hubiese revelado el “secretito”. Desde ese momento me sentí tranquilizado y libre para reencontrarme con mi adorada Keyla. Con esa expectativa, casi no percibía la tensión subconsciente a la cual estaba sometido por ser prácticamente un fugitivo de los renegados del ESPJO: una emoción era más fuerte que la otra; el amor se imponía sobre el temor.

Narda también me confesó sus problemas sentimentales y, finalmente, mutuamente nos reconfortamos. Quedamos en que yo no intervendría en sus relaciones con Bret, a quien consideraba ya como parte de la familia.

* * *

Habíamos pasado sólo una semana en un lujoso hotel de la isla a orillas del mar; un tiempo, por otra parte, muy bien aprovechado, tanto así, que estuvimos a punto de casarnos. Diferimos el matrimonio porque Keyla consideraba que la ceremonia era de mucha trascendencia para hacerla subrepticamente y deseaba la presencia de sus padres e hijas, así como la de Narda para que fuesen nuestros padrinos y madrinas. Regresamos colmados de felicidad y quisimos compartirla con mi hija a nuestro paso por Caracas. Poco después de nuestra llegada a su apartamento, ocurrió una escena de expiación de Keyla frente a Narda. Aunque ya habían aclarado por teléfono el secretito, como le decía Narda refiriéndose a nuestra relación, Keyla repitió, abochornada el consabido: “no me imaginaba que iba a ocurrir, chica, que pena contigo que eres como mi hermana, pero ocurrió y, ¿de veras lo amo...!” y se abocó a expresar, un sinfín de excusas y justificaciones que Narda escuchó pacientemente para, al fin, concluir con: “No seas pendeja chica, compórtate ya como una madrastra”. Dicho esto, se abrazaron. Lágrimas, besos y risas, sellaron entre ellas un nuevo grado de afecto y cariño.

En Puerto Ayacucho conocí a la familia de Keyla; se habían mudado a esta ciudad, acogiéndose a los planes del gobierno para descongestionar Caracas, donde habían vivido toda la vida y fue allá donde Keyla se había relacionado con mi hija. Nos presentamos con muchos regalos, a insistencia mía, porque Keyla no quería aceptar que llevara obsequios. Al principio estaban adustos y recelosos. Pero el padre, el señor Mirelles, gentilmente me abrió las puertas de su hogar. Ese día nos tomamos una botella de whisky en el hotel El Mirador, icono de la red Cohtua, donde él trabajaba como administrador. Allí caímos en cuenta que nos habíamos conocido anteriormente, pues yo había sido huésped por un largo tiempo del hotel. Desde esa ocasión todo resultó viento en popa, cada día me ganaba el cariño de Kia y Lina, las hijas de Keyla, bellas y graciosas, el aprecio de mi futura suegra, la admiración del joven arquitecto Tito, hermano menor de Keyla y, por supuesto, la camaradería del señor Mirelles. Todo este tiempo de felicidad pasó como un celaje y pronto llegó el día de viajar a Villa Esmeralda, donde me esperaba el trabajo cotidiano. Keyla debía

regresar a su trabajo en Caracas, allá se dedicaría a la tarea de gestionar, por intermedio de Narda, su traslado a Puerto Ayacucho para ejercer su cargo en el organismo regional de la Confederación de Repúblicas Amazónicas que funciona en esta ciudad.

Cuando llegué a Villa Esmeralda ya nuestros amigos estaban enterados de nuestro compromiso. Mi amigo, el señor Ipaminare, insistió en que llegara a su casa de huéspedes, en donde yo me había hospedado antes del secuestro. Aún vivían allí Naysa y el doctor Shek, pero ya había acordado con Keyla que me alojaría en el hotel Marawaka de la Cohtua, donde me visitaría los fines de semana cuando yo no pudiese ir a Puerto Ayacucho.

En el mismo aeropuerto, Bret me informó que, durante mi ausencia, había sido liberado el ingeniero J. B. Jones, a quien habían secuestrado junto conmigo. Había sido canjeado por una fuerte suma de dólares que pagó *Lone Star Corporation*, pero nosotros sabíamos que todo había sido una treta para financiar al ESPJO. El secuestro de Jones fue simulado para llevarlo a negociar los términos del apoyo de la multinacional a los planes separatistas de los renegados, sin que nadie sospechara.

—Pero son tan desvergonzados —afirmó Bret — que no disimularon la evidencia, pues el cínico J.B. regresó del supuesto cautiverio, no como nosotros, barbudos y enjutos, sino afeitadito, gordo y rebosante de salud.

Asimismo manifestó el mayor, que la GTA consideraba la presencia de J. B. Jones en Villa Esmeralda como una cuestión de seguridad de estado, por tal motivo el organismo de inteligencia lo mantendría estrictamente vigilado, mientras se preparaban para actuar judicialmente.

Bret también me advirtió discretamente, para que nuestros acompañantes no se enteraran que, ante el peligro que corríamos de sufrir alguna represalia por parte de la guerrilla, el comando de la GTA había dispuesto asignarme un par de guardaespaldas que actuarían subrepticamente para no incomodarme; bajo esas condiciones acepté tal custodia. Pero esta situación me incomodaba por el temor de que los inescrupulosos renegados del ESPJO procedieran, no en contra de mi persona, sino contra mi amada Keyla y sus hijas.

X

Transcurrieron días, semanas y meses sin que aconteciera algún hecho relacionado a una posible represalia por parte de la guerrilla contra mí; sin embargo, durante ese tiempo estuve sumido en la ansiedad y la incertidumbre ocasionada, precisamente, por aquella amenaza latente. Bajo esa circunstancia, me había dedicado por entero al trabajo y, entre otras cosas, a transcribir a la computadora mis experiencias y vicisitudes durante el secuestro, para lo cual tuve que hacer un esfuerzo de memoria ya que no pude disponer del mini grabador HST, ni del que llevaba incrustado en la oreja, pues se había descompuesto por los golpes que recibí durante la fuga. Este plan de vida, fue decisivo para mí, aunque andaba sobre ascuas, pues evité sucumbir en una situación traumática o manía persecutoria, que regularmente embarga a las personas que, como yo, han sufrido un secuestro.

Nuestras actividades de investigación se concentraron en recopilar y analizar las experiencias y notas que había reunido el equipo, mientras yo estuve en cautiverio. El trabajo trataba sobre la existencia del *Rizophus Vigoris* y su posible explotación, solamente en la zona de Duida - Marawaka, y estaba relacionada con los posibles daños ecológicos que podía causar esa industria. No tuvimos otra opción, ya que la zona de La Neblina, donde también existe el *Rizophus Vigoris*, estaba ocupada por fuerzas hostiles y por ahora era inaccesible. Esto mismo ocurría en la zona del Parque Nacional Parima -Tapirapeco donde, a pesar de los inconvenientes causados por la guerrilla del ESPJO con saboteos y ataques esporádicos, sólo pudimos monitorear algunos lugares, arrasados por deforestaciones, para nuestro trabajo sobre el calentamiento global. Sin embargo, logramos adelantar el contenido de estos proyectos.

Aprovechando este avance, el doctor Shek solicitó sus vacaciones por dos meses y viajó a China, su tierra natal, con el propósito de visitar a sus familiares. Por supuesto, mis ilusiones de realizar la expedición a La Neblina se fueron con él.

Obviamente, también dediqué tiempo a mi compañera Keyla, sin menoscabar mis actividades laborales; me dedicaba a compartir con ella los fines de semana. Aunque nos comunicábamos todos los días por Internet o por *comcel*, yo estaba ansioso de tenerla a mi lado. A veces, cuando el fin de semana se extendía por motivos de días feriados, Keyla venía con sus hijas Kia y Lina. Las niñas se habían entusiasmado con los treinta y pico entretenimientos del parque temático de agua del

hotel Marawaka y se entregaban a la diversión de tal manera que apenas salían para comer. Mientras tanto, Keyla y yo, la pasábamos entretenidos entre la piscina, el bar-restaurant de la Cascada y la habitación. Otras veces, invitábamos a nuestros amigos a comer, generalmente comida típica, donde no faltaba mañoco, casabe, catara, yucuta de ceje o manaca, túpiro, piguigüao y copoazú. Nuestro grupo de amistades, disminuido por la ausencia de Cheng y Agapio, seguía siendo: el mayor Bret, Naysa, Ipaminare y su esposa; además, una pareja, compañeros de trabajo de Bret. En ocasiones y para cumplir un mandato de nuestra religión, invitábamos a algunos de nuestros trabajadores a compartir la mesa.

El jueves me llamó por *comcel* el mayor Bret para informarme sobre nuestra salida hacia la región de la cuenca del caño Guapuchí, donde realizaríamos una visita técnica que habíamos programado dos semanas antes. Al equipo que conformamos Naysa y yo, se agregaba otro, integrado por el arquitecto Tito Mirelles, el ingeniero Nixon Choque, boliviano, y sus técnicos auxiliares. La Empresa para el Desarrollo Integral de la Región Amazonas, les habían encargado la planificación de una ciudad comunitaria de producción endógena, enmarcada en un plan general de ordenamiento espacial de la región y organización político-administrativa tendiente a evitar la macrocefalia urbana y garantizar el desarrollo de la zona central de actividades productivas, con aprovechamiento racional e integral de los recursos naturales. Nuestro equipo tenía la misión de inspeccionar, una vez más, la zona con el fin de finiquitar los estudios de impacto social y ambiental que estaban a cargo del IAMAB.

Naysa estaba reacia a venir para no encontrarse con Bret pues, al parecer, sus relaciones estaban ahora en una fase crítica; pero con todo, la bella Naysa aún cuando estaba muy enamorada de Bret, no había perdido sus facultades para coquetear, así que, cuando conoció a Tito y a Nixon, se entusiasmó mucho con ellos y también con el viaje. Aprecié su cambio de actitud respecto al trabajo, pues me hubiese sentido mal al lidiar con una mujer remolona por culpa de sus desamores.

El viernes en la madrugada abordamos un aviocontrol de la Fuerza Aeronáutica Blindada pilotado por el mayor Bret Asisa y nos elevamos verticalmente por el enorme boquete circular que se abría hacia el cielo, desde la plataforma subterránea de aterrizaje y despegue del CREDI, construida en las laderas del Duida. Luego, en raudo vuelo horizontal nos dirigimos hacia el oeste, siguiendo el curso del Orinoco. Dejamos atrás las colinas selváticas del piedemonte de la serranía Duida-Marawaka y después, girando hacia el noroeste, nos alejamos progresivamente del padre de los ríos. Más adelante, hacia su margen oeste se extendía una llanura tan extensa como estéril, a la cual la planificación pública no le había encontrado un destino útil, hasta hacía una década, cuando se acondicionó para sembrar caña de azúcar para la producción de etanol; otras tres mil hectáreas se habían dedicado a la siembra de eucalipto para la producción de pulpa para fabricar papel. A la derecha, desde mi ventanilla, observé lo que en tiempos pasados había sido el Parque Nacional

Yapacana...Había caído en las manos depredadora de los mineros y de la codicia de sus propios guardianes desde hacía muchos años... ¡Completamente destruido! Con cráteres hasta de mil metros cuadrados y sus caños totalmente destruidos y contaminados, parecía haber sido devastado por un terrible bombardeo. Ahora, aún cuando se han asentado los movimientos de tierra, toda la zona se asemejaba a un paisaje lunar.

Me preguntaba cómo habíamos permitido que hubiese ocurrido aquella escalofriante tragedia ecológica, pues la voz del pueblo había advertido la complicidad de los propios guardianes de aquel patrimonio... Mientras reflexionaba, me sorprendió, tal vez por el contraste, la espectacular panorámica de la selva, matizada por la silueta sinuosa del río Ventuari que viene surcando la planicie verde desde el norte con rumbo al oeste. Logré captar maravillosas imágenes de este delta que forma el principal tributario del Orinoco en su desembocadura para verter su caudal a través de muchas hermosas islas y piedras. Seguidamente, ante nosotros se presentó el hermoso valle del Guapuchí bordeado por la impresionante serranía del Guayapo.

El Guapuchí es un afluente del Ventuari y su cuenca abarca una de las mejores tierras aptas para el desarrollo sustentable. El valle está delimitado al noreste por la serranía del Guayapo y al sureste por el río Ventuari. La riega de norte a sur el caño Guapuchí, de aguas verdes cristalinas, en cuya cabecera desemboca el caño Picure, que baja de la fila que lleva el mismo nombre.

Así que, en cuanto a sus características hídricas, la zona posee gran potencialidad para la obtención de agua potable, suficiente para el riego y el desarrollo de energía eléctrica. Por supuesto, está conectada con otras regiones por grandes ríos navegables. La riqueza de los suelos y su morfología, ofrecen muchas ventajas para la agro-ecología y la cría de ganado, especialmente para los cultivos transgénicos y producción de clones. Hacia el norte, sobre una meseta se levantará la futura ciudad. Estará enlazada por la línea del ferrocarril con todos los principales centros poblados de la Amazonía. Por su estratégica ubicación, esta CICOPE, junto al complejo acuícola del rebalse Macavacape y la zona del valle del Manapiare, completará el trío de los grandes graneros y centros productores de alimentos de la región. Un sub-sistema productivo de trascendental importancia para garantizar la seguridad alimentaria del país y, sin duda, una vía apropiada para tener acceso a la anhelada interdependencia comercial sudamericana.

Aterrizamos verticalmente cerca de una pista improvisada, pues realmente nuestra nave no la requería. Desde aquí nos dirigimos en vehículos todo terreno hacia las instalaciones del campamento de la empresa constructora para preparar nuestros equipos de trabajo. En aquel lugar nos ofrecieron desayuno a base de pescado, arepas, mantequilla y queso; luego, Naysa y yo acompañados de nuestro baquiano nos dirigimos hacia las zonas que serían afectadas por el desarrollo en ciernes. Aunque ya

habíamos estudiado la zona a través de información digital, necesitábamos tomar algunas muestras y fotografiar ciertos lugares específicos para completar nuestro informe.

Las relaciones personales entre nuestro equipo y el de los planificadores se desarrollaban de manera excelente. No obstante, en cuanto a los afectos sentimentales subsistía el problema entre Naysa y Bret. Yo continuaba sin entender las pretensiones de Bret, pues cuando Naysa se le ofrecía, él la rechazaba, pero cuando la veía con otro, enfurecía de celos. Así ocurrió cuando vio a Naysa muy melosa con los apuestos profesionales Tito y Nixon: en vez de avisarnos sobre sus planes, se enojó y despegó su nave de nuevo, rumbo al cuartel de la FAB situado en el CREDI enclavado en las alturas de la serranía del Sipapo, cerca de Puerto Ayacucho. Había dejado un par de guardias para nuestro resguardo hasta su regreso, programado para el domingo.

Regresamos al campamento a medio día y encontramos a Tito y Nixon, junto a otros profesionales del urbanismo social con sus topógrafos y demás personal técnico, todos concentrados alrededor de la mesa donde se desplegaban extensos planos. Interrumpieron sus labores en cuanto vieron a Naysa que los atrajo como la miel a las moscas. Sin embargo, Tito, el hermano de Keyla abandonó el grupo de caballeros que rodeaban a la dama para mostrarme la visión general y explicarme algunos detalles de la nueva ciudad. Para ello utilizó su computadora portátil ya que, según sus palabras, yo no iba a entender mucho en los planos computarizados.

La pantalla mostró imágenes digitalizadas tridimensionales de las características del proyecto. Entre ellas, la que más la diferenciaba de las ciudades tradicionales era que el transporte público prevalecía sobre el privado. No se contemplaban anchas avenidas para el uso de vehículos particulares sino calles para el servicio de carga y colectivos de transporte público. Observé muchas veredas, paseos y vías exclusivamente peatonales, bien sean fijas o móviles. Ante mi asombro, el arquitecto me explicó que algunas de éstas contaban con una especie de correas deslizantes como la de las estaciones de transferencia del metro, utilizadas especialmente para salvar desniveles e intercomunicar sub-centros. Varios sub-centros conformaban un centro (equivalente a un barrio o urbanización tradicional) que disponía de todos los servicios urbanos. El servicio de transporte se haría por monorrieles y trenes que se desplazarían a distintos niveles. De esa manera, se rescataban esos espacios ociosos e inhóspitos, utilizados por los automóviles, para crear espacios acogedores para los ciudadanos. Se contemplaba en el proyecto, una red de vialidad agrícola hacia las zonas agropecuarias, relacionada con otras vías perimétricas, que daría servicio a las industrias procesadoras de alimentos y manufacturas; es decir, la ciudad estaba relacionada con su entorno productivo, endógeno y comunitario. Otra de las particularidades era la existencia de grandes centros de servicios primarios de atención social como comedores públicos, lavanderías y sastrerías en cada uno de los sub-centros, lo cual, por un lado reducía notablemente los espacios tradicionales de la

vivienda como el comedor y la zona de lavado y planchado. De esta manera, el espacio residencial o vivienda se reducía a la sala, dormitorios y sanitarios. Por otro lado, saltaba a la vista la adopción de un estilo de vida en el que las actividades relativas a la preparación de alimentos y arreglo de ropas, estaban en desuso: eso ahorra un tiempo importante que la familia podía dedicar a la recreación o la convivencia. Para este propósito la ciudad contaba con grandes espacios con áreas cubiertas o libres y arborizadas, dedicados al ocio, la recreación, la cultura y los espectáculos. El centro de la ciudad era lo único que se mantenía inalterable en cuanto a las actividades: estaba dedicado a los poderes nacionales, regionales y locales, oficinas públicas y privadas, comercio, manufactura y artesanía.

El sistema constructivo estaba constituido por elementos modulares diversificados. El componente estructural de acero o concreto armado era prefabricado, así como la mayoría de cerramientos, fabricados con derivados del petróleo. Los materiales pesados serían transportados por vía aérea o acuática y el resto se fabricaría en el sitio.

Mi interpretación, ajena a los conceptos técnicos del urbanismo, apuntaba a que, este modelo de ciudad, emulaba en ciertos aspectos a una gigantesca red de hoteles, a la cual se le añadían espacios funcionales para la gestión pública, la privada y el comercio. Por otra parte, en cuanto a lo social, apreciaba yo que el planeamiento de la ciudad, potenciaba un ambiente optimizado para la convivencia humana, disminuyendo los aspectos neurálgicos que presentaba la ciudad tradicional colapsada principalmente por el tráfico excesivo de vehículos. Sin embargo, en ciertas zonas y hacia la periferia había opciones para la construcción de viviendas, residencias y edificios de manera tradicional.

— Por otra parte — concluyó el urbanista —, en Ciudad Túsares, como se llamará esta futura urbe, al fin estamos concretando planes para minimizar las contradicciones entre lo urbano y lo rural o selvático.

La ciudad llevaría ese nombre en honor al emprendedor capitán ye'kuana Ramón Túsares que vivió hasta mediados del siglo XIX. Al recordar al último gran cacique ye'kuana, vino a mi mente la imagen de la realidad social del pueblo, que era discordante con todo lo que me había mostrado el arquitecto. Había quedado absorto por todas esas maravillas estructurales y arquitectónicas planeadas supuestamente para mejorar la calidad de vida del ciudadano, pero esta solución en manos de los tecnócratas, se desviaría, a mi parecer, hacia una imposición contraria al modo de vida e idiosincrasia de los pueblos autóctonos.

Al final de la jornada, colgamos nuestras hamacas en un lugar apropiado del campamento y dormimos protegidos contra la plaga nocturna con sendos mosquiteros. A pesar de todo el esfuerzo hecho por los sanitaristas y científicos por erradicar la malaria y el dengue en estas zonas, aún no se había descubierto una vacuna contra estos males. Al amanecer, después del desayuno, continuamos nuestra labor en el

campo. Para movilizarnos utilizamos un vehículo para cuatro personas tipo *buggy* adaptado para andar en todo terreno, que nos prestó la empresa constructora. Después de un largo recorrido, llegamos a la zona alta de la fila donde se construiría la represa. Desde este bello y panorámico sitio, me comuniqué con Keyla por comcel satelital. Recorrimos casi todo el lugar, anotamos nuestras observaciones y comenzamos a tomar fotografías. Estábamos en esta actividad cuando Naysa, concentrada en su trabajo y empeñada en hacer las mejores tomas, pisó en falso y resbaló por un profundo barranco. Al escuchar su grito, sin inmutarme por la sorpresa, llamé a nuestros compañeros para darles las coordenadas donde pudieran ubicarnos y, sobre la marcha, corrimos, el baquiano y yo entre la maleza por un vado tras Naysa que había caído en un fuerte torrente. La corriente la estaba arrastrando alejándola de nosotros. Nos abrimos paso por la orilla entre tupidos matorrales tratando de alcanzarla pero el torrente la alejaba cada vez más. Con exasperación me lancé al agua y nadé enérgicamente, pero fue inútil, no avanzaba lo suficiente para darle alcance. El baquiano cortó un largo bejuco y lanzó un extremo hacia Naysa pero ella no pudo atraparlo. Entre gritos de alertas y apoyo habíamos recorrido en poco tiempo alrededor de medio kilómetro cuando, de pronto, obnubilado por el agua apenas pude ver delante de Naysa a Tito y sus compañeros apostados en la orilla. Tito se lanzó atado a una soga asegurada en la orilla por sus compañeros; se adelantó al paso de Naysa y la atrapó.

Cuando me acerqué a ellos, pude ayudar a Tito que luchaba contra la corriente y el peso de Naysa. En ese momento había perdido el conocimiento y se sentía más pesada. Con la ayuda del botiquín de primeros auxilios la revivieron y le curaron varios rasguños. La joven estaba muy traumatizada, pues había sufrido varias contusiones pero, al parecer, estaba encantada de haber sido rescatada por Tito.

Desde allí nos dirigimos rápidamente a un campamento perteneciente a otra empresa, encargada de la construcción de la represa; el enfermero terminó de curar las heridas de Naysa, que no fueron graves gracias a la protección del traje especial que llevaba; esta vestimenta también nos ayudó a mantenernos a flote, pues funcionaba, entre otras cosas, como salvavidas. Almorzamos en ese lugar, invitados por el encargado de la obra. Más tarde visitamos las instalaciones del campamento mientras Naysa se recuperaba en la enfermería. Al atardecer regresamos todos al valle. En el periplo por las zonas de trabajo, observé que los trabajadores de cada empresa utilizaban camisas de colores diferentes para su identificación, complementada con el nombre y el número de identificación, estampados a la altura del pecho y en la espalda. Noté la existencia de por lo menos siete colores.

Tito me explicó que la EDIRA también había contratado a su empresa para reestructurar algunos aspectos urbanísticos de Villa Esmeralda, pues desde hacía unos cuarenta años, se había iniciado la reconstrucción del antiguo pueblo. Le recordé que

la villa había sido fundada por los españoles en noviembre del año 1.760, habiéndose mantenido estancado su desarrollo hasta inicios de la década del 1.990.

En Villa Esmeralda, los trabajos se ejecutaban por encargo de diversos organismos; todos los proyectos eran filtrados por el concepto ancestral del comunitarismo, propio de los pueblos indígenas; pero la ausencia de coordinación, los trazados preexistentes y la resistencia de las costumbres adquiridas, habían desviado las ideas originales. De no ejecutarse las correcciones necesarias a tiempo, la ciudad podía transformarse en un híbrido con mucho más defectos que la ciudad tradicional, lo cual era indeseable desde todo punto de vista. En efecto, la ciudad se había convertido en una meta turística mundial, debido a su condición de capital de la reserva de biosfera y a la próxima activación de la rampa de lanzamiento de la nave espacial *L.S. Rahaka*, para los viajes turísticos hacia la estación espacial internacional ISS que, entre otros atractivos, incluía hospedaje orbital y caminata espacial; y opcionalmente, se podía llegar hasta la Estación Lunar Convencional CMS.

El domingo en la mañana nos dirigimos al aeródromo a esperar el aviocoptero, de acuerdo a la información que nos había dejado el mayor Asisa con los guardias. Después de tres horas de espera, me llamó para indicarme que, por fuerza mayor, no era posible recogerlos sino hasta el día siguiente. Nos fuimos decepcionados al campamento, mientras planeábamos como pasar el día sin aburrirnos. Afortunadamente el ingeniero encargado de las obras nos proporcionó los medios para distraernos y nos recomendó con el administrador Ricardo López, quien fue generoso con la comida, cerveza y licores. Pasamos el resto del día en el club del campamento, a orillas de un hermoso caño de aguas cristalinas. Al atardecer, Naysa nuevamente fue objeto de preocupación. Notamos que ella y Tito habían abandonado el grupo. Al principio no lo tomamos a mal, pero a la hora de regresar, cuando se acercaba la noche, comenzamos a preocuparnos. Naysa no tenía *comcel* ya que se le había dañado y Tito, casualmente lo había dejado entre sus ropas. Formamos dos grupos para buscarlos. Un grupo fue a recorrer las orillas y otro se dirigió al campamento; allí los encontramos. Tito salió a nuestro encuentro mientras Naysa permanecía en la enfermería.

— Nos dieron un buen susto — les dije.

— Pero no era para tanto — indicó Tito un tanto apenado — sólo salimos a dar un paseo, pero Naysa se sintió mal y nos vinimos.

— Sin embargo debiste avisarnos, estábamos muy preocupados por ustedes, recuerda que estamos en la selva todavía.

— Tiene razón profesor, discúlpennos todos.

Mis compañeros esbozaron una sonrisa que me pareció de complicidad y picardía, porque estoy seguro que ninguno creyó la excusa de Tito.

Seguidamente, se apareció el señor López. Nos venía siguiendo, pero debido a su avanzada edad, había quedado a la zaga. Llegó agitando un papel con la cuenta de

nuestro consumo, pues, por el ajetreo de la búsqueda, nos habíamos venido sin pagar. Lo cierto es que algunos nos habíamos imaginado que los gastos eran cortesía de la compañía. Iba a pagar con tarjeta, pero Tito se me adelantó para lucirse ante Naysa.

En la mañana descendió el aviocontrol HADA que nos llevó de regreso a Villa Esmeralda. Esta vez el mayor Bret no piloteaba, pues había salido en otra misión, nos informó el piloto que lo suplía. Recorrimos el trayecto de regreso y bajamos del CREDI, ubicado en el Duida, en un rápido funicular y luego nos dirigimos a la sede del IAMAB. Después de guardar nuestro equipo de trabajo, finalmente nos despedimos. Mis compañeros de viaje se dirigieron a sus respectivos hogares y yo me quedé. Mientras observaba a los jóvenes partir, tuve la impresión de que Naysa se había decidido definitivamente por el arquitecto Tito Mirelles, pero no era cierto.

No era mi costumbre involucrarme en la vida ajena, así que, generalmente no estaba al corriente acerca de los problemas sentimentales de mis compañeros. Cuando Tito me comentó someramente sus sentimientos, caí en cuenta de que estaba perdidamente enamorado de Naysa; ella lo había atrapado con la red de su coquetería; pero el drama de Tito era estar al tanto que su amada estaba encaprichada con otro, a pesar de que ella lo disimulaba. Consideré que eran pasiones pasajeras propias de los jóvenes, sin embargo, me dio la impresión de que Tito, con paciencia y perseverancia, superaría el infortunio y que el destino le tenía reservado a Naysa nuevos horizontes y, por consiguiente, al fin dejaría su capricho por Bret.

XI

El lunes me enteré por los medios audiovisuales que el gobierno nacional, a través de los servicios de inteligencia de la GTA, había debelado y desarticulado un complot del ESPJO destinado a iniciar una gran ofensiva militar que tenía como objetivo, la toma del control político y militar de la Región Amazonas; esto, como parte de su plan secesionista, para la creación de una nueva nación. Las autoridades descubrieron que los planes conspirativos, también tenían el propósito de sabotear muchas instalaciones industriales y militares, incluyendo el CREDI que era considerada como una instalación inexpugnable. Sin embargo, entre las infraestructuras amenazadas, casualmente no estaba incluida ninguna de *Lone Star Corporation*; lo cual asomaba la presunta complicidad de esa empresa con el plan separatista.

Luego de develado el complot, la GTA obtuvo suficiente información para golpear con contundencia a las fuerzas subversivas del ESPJO, diezmándolas considerablemente. No obstante, me pareció extraño el hecho de que no atacaran el campamento de Akiwë, ya que disponían de las coordenadas de su ubicación. Más tarde Bret me habría de contar algunos pormenores turbios sobre ese asunto, entre los cuales mencionaría la alteración del programador estratégico y la sustracción de las coordenadas que habíamos proporcionado para la ubicación del bunker en Sierra Neblina, con lo cual se evitó el ataque planeado por él.

* * *

Algunas semanas después, daba la impresión que la amenaza de la insurrección parecía ser cosa del pasado. Para ese entonces, recibimos una delegación de investigadores de las Naciones Amazónicas, constituida por dos colombianas y un ecuatoriano que reforzarían al personal de la oficina, ya que Naysa y yo íbamos a laborar en nuestra oficina regional de Puerto Ayacucho.

En Puerto Ayacucho estábamos más alejados de los acontecimientos locales referentes a las actividades subversivas y eso me proporcionaba mayor sosiego; sin embargo, yo mantenía contacto telefónico y por *mail* continuamente con Bret. En ese tiempo, se había iniciado una campaña para revocar al delegado del PCAP en Villa Esmeralda, promovida por el Poder Comunal, precisamente por las vinculaciones ilegales del funcionario con las empresas de *Lone Star*.

Mientras esto ocurría en la capital de la Región, yo me mantenía al margen de los asuntos políticos, hasta que, un día muy temprano, recibí una llamada de Bret desde Villa Esmeralda, solicitándome que viajara a esa ciudad con urgencia, ya que la inteligencia de la FAB había corroborado que el programa de la plataforma espacial para el lanzamiento de la nave *Rahaka*, era solo una mampara para encubrir las actividades ilícitas de *Lone Star Corporation*, como eran la extracción de oro y diamantes, la instalación de rampas de lanzamiento de misiles atómicos y la reducción a la esclavitud del personal obrero. No me dio más detalles ni explicaciones. Le dije evasivamente que tenía muchas obligaciones con el Instituto y no podía acompañarlo en esta oportunidad, puesto que estaba en juego mi responsabilidad.

— Lo entiendo profesor — me dijo pacientemente —. En su lugar yo haría igual, me consta que ha hecho lo suficiente, pero tenga en cuenta que, en este caso de seguridad nacional podría darle una orden, que de no acatarla le traería graves consecuencias legales; no lo hago ni lo haría por respeto a su persona, sólo que en vista de que hemos vivido juntos esta contingencia, lo considero mi mejor compañero...

— Bueno, Bret, recuerda que por estar indagando ese caso, resulté secuestrado. Tú más que nadie sabe por lo que pasé y conoces la situación en que me encuentro. Sin embargo, en este caso yo... — iba a decirle que reconsideraría mi posición pero me interrumpió:

— No, no, profé, no es para coaccionarlo que le digo esto. Le dije que entiendo su situación y me doy por satisfecho que mantengamos la amistad. A propósito — añadió cambiando el tono de voz — ¿Cómo está Keyla? —Y de sopetón—: ¿No ha tenido noticias de Narda?

La solicitud de Bret, revivió en mi alma la angustia que me atormentaba al pensar que, de un modo u otro, estaba involucrado en aquel terrible conflicto entre las fuerzas del gobierno y las secesionistas. Todo por andar metiendo las narices donde no debía — pensé —. Si no hubiese estado hurgando las actividades de la *Lone Star*, no estaría en esta situación. Solo existían dos razones que opacaban esa angustia: una era mi felicidad al lado de Keyla; pues nuestro amor se sobreponía a esa situación aunque fuese ocasionalmente, y la otra era la exploración del cerro La Neblina, ya que esta expedición me daría la satisfacción de lograr la cúspide de mis ambiciones. Como era obvio, me sentía más seguro en Puerto Ayacucho que en Villa Esmeralda, tal vez por eso, inconscientemente, me resistía a viajar hasta allá.

A la postre, se hizo realidad aquel fatídico presentimiento que me perseguía como una sombra. Caía la noche cuando salí del hotel para visitar a Keyla. Caminaba hacia la estación del trolebús por una calle solitaria y poco iluminada cuando, sorpresivamente, un auto se acercó a mi lado, me abordaron dos tipos y bajo amenaza me empujaron hacia el asiento trasero del vehículo, conducido por un tercer hombre.

Busqué ansioso con la mirada a mis guardaespaldas pero uno de los plagiarios, mientras registraba mis bolsillos, me advirtió:

— Olvídense de su escolta, ahora no los necesitará.

Obviamente pensé que se trataba de un secuestro o, más convincentemente, de la represalia que había estado esperando desde que habíamos escapado milagrosamente Bret y yo de la guarida de los insurrectos separatistas.

— ¡Caramba, qué pequeño es el mundo profesor Tapo! — dijo el conductor en cuanto me senté forzosamente.

Reconocí su voz, más no su rostro, pues la iluminación de la calle era muy deficiente.

— Así parece comandante Akiwë, pero no pensé que tendría oportunidad de verlo de nuevo, pues se supone que estaríamos viviendo en países diferentes; o es que aún no ha nacido la Gran República Amazónica — le dije sarcásticamente.

— Precisamente profesor— me contestó interpretando la indirecta—: usted es la persona en quien, a pesar de todo, todavía confiamos para hablar de eso, así que no se asuste, sólo vamos a conversar en un sitio seguro, por supuesto.

— Sí, profe, no crea que lo estamos secuestrando — agregó otro de mis captores. La voz femenina me perturbó porque era la voz de Yorley—, sólo vamos a hacerle unos planteamientos que esperamos acepte, por su propio bien. Y, mientras tanto, no trate de escapar, pues usted debió aprender mucho con su amigo Bret. Justamente con él deberá realizar ciertas diligencias que le vamos a sugerir.

— Sinceramente, no me parece — les dije con cierta jactancia — que ustedes estén en condiciones de hacer ningún planteamiento o sugerir algo, pues la batida que les dio la GTA, los dejó en desbandada.

— Yo entiendo su resentimiento, profesor — dijo Akiwë —, pero no se vaya a la defensiva ni se deje llevar por las informaciones mediáticas, ya sabe usted como distorsionan los hechos; en todo caso, es sobre todo eso que necesitamos conversar.

Llegamos a un sitio lúgubre, en la orilla del río. Era uno de esos lugares que se habían resistido a los cambios y se habían convertido en la madriguera de contrabandistas, vendedores de drogas y armas, trata de blancas, burdeles y otros negocios ilícitos. La vigilancia pública no frecuentaba ese lugar, tampoco se procedía a la recolección de basuras. Irónicamente este era el sitio donde se habían instalado los primeros habitantes de la ciudad; mientras que arriba, a desnivel, y en contraste, se desplazaba el moderno viaducto Marcos Testamarck, que recorría la zona costera desde el cerro Guacharacas hasta enlazar con la autopista en la zona del viejo aeropuerto. Era limpio y bien iluminado, orgullo de la ciudad porteña.

En una pequeña habitación nos sentamos los tres: Akiwë, Yorley y yo, mientras el otro se quedó vigilando. Hasta ese momento no había caído en cuenta que ambos estaban disfrazados, Akiwë con unos grandes bigotes, con una cresta de pelo erizado y al rape ambos lados del cráneo. Yorley, había teñido su pelo negro con color rubio y

lo llevaba muy corto. Habían ocurrido cambios imprevistos en la conducción de la guerrilla. Akiwë me expuso en términos sinceros que ellos, los yanomami, habían roto con la guerrilla ESPJO. Habían formado su propia fuerza armada, el Ejército Popular Nacionalista Yanomami, y que estaban dispuestos a negociar la paz, bajo ciertos términos. Esta fuerza estaba intacta, ya que la ofensiva lanzada por la GTA había tocado solo al ESPJO. Mi misión consistiría de convencer a Bret, para concertar una primera reunión entre las máximas autoridades del Poder Popular Nacional en un sitio neutral.

En esas circunstancias, acepté inmediatamente la propuesta.

Después de exponer otros detalles de su plan, Akiwë me felicitó por nuestro audaz escape, en el que nos sobró suerte, dijo con un tono irónico. También en el trayecto de regreso, reveló que mi intervención había impresionado mucho a la representación yanomami que, en cierta forma, gracias a ella se había despertado una conciencia regional en los consejeros en contra de la entrega de las riquezas a los extranjeros. Como consecuencia de ello, habían decidido romper su alianza con los separatistas.

Me dejaron en un sitio solitario de la avenida Orinoco, pero cerca del hotel y me dieron la ubicación del lugar donde encontrar a los hombres encargados de mi seguridad.

— Despídalos de una vez profe — dijo Yorley burlándose —. Ya no los va a necesitar más, pero, oiga bien, si se echa para atrás — agregó seriamente — va a necesitar un escuadrón de matis para protegerse... ¡Ah, mire! Llévelo este regalito a Keyla, para que se lo administre a usted y le da muchos saludos de mi parte.

Cuando se fueron, tuve un poco de malicia, cedí a la tentación de abrir el envoltorio y leí: *Vit Lone - Rizophus Vigoris. Sólo para personas con disfunción eréctil*. Sonreí pensando que me había salvado de la pesada broma. Por un rato me quedé pensativo antes de comenzar a caminar, preocupado, no por la burla de la mujer resentida, sino por ese tono sarcástico del saludo de Yorley para Keyla. No me lo habían dicho, pero era obvio, era una carta bajo la manga que ellos tenían para obligarme. Sin embargo, paradójicamente, me sentí íntimamente complacido por las palabras de Akiwë acerca de mi intervención, pues fue una manera de contribuir al logro de la paz y de unión nacional. Asimismo, me disponía a realizar con toda dedicación, mi papel de mediador conjuntamente con el mayor Bret, para establecer el contacto entre las partes en conflicto. Además, con sorpresa me había enterado que Akiwë, a quien consideraba colombiano, tal vez por su pronunciación y el color claro de sus ojos, tenía pura sangre yanomami y que Yorley no era ye'kuana pura como su hermano Bret sino que también tenía sangre japonesa. Ciertamente el tradicional mestizaje estaba en boga. La gente de Akiwë me había devuelto el *comcel*, la cartera y otras cosas personales que me habían incautado. Cuando todo había pasado, me sentí perturbado y conmocionado. Quise llamar a Keyla pero ya era media noche y no

estaba preparado para contarle lo ocurrido, pues no deseaba asustarla, así que, opté por llamar a Naysa, acostumbrada ya a mis recientes aventuras.

— Dios mío, profesor, que susto me ha dado. Lo he estado llamando desde hace dos horas y tenía el celular apagado. Keyla también me ha llamado varias veces y está muy preocupada porque tampoco se pudo comunicar con usted.

— Está bien Naysa, todo está bien, sólo que me encontré con viejos amigos, ¿puedes hacerme un favor?

— Sí, hombre, lo estaba esperando temprano ¿no me dijo que íbamos a cenar con Keyla? Ah pues, a usted como que la novia lo tiene loquito.

— Bueno, chica, te invito de nuevo, vente al restaurante que queda a una cuadra de tu casa. Te espero allí.

— No importa, profesor, ya es tarde para comer, me cansé de esperarlo y cené algo.

— No, licenciada, oiga, dejemos la cena para otro día; pero es necesario que venga, es muy importante y urgente. La espero ¿de acuerdo?

— Bueno, profe, no me asuste. Enseguida voy para allá.

* * *

Había pocas personas en el restaurante y nos sentamos en una mesa apartada. Pedí una tostada y dos vasos de leche, uno para Naysa y otro para mí. Le conté lo que me había sucedido, mientras comía y ella tomaba su leche descremada. Cuando terminé mi relato, insistí que mantuviera en secreto todo lo que le había revelado sobre mi encuentro con Akiwë. Así mismo le advertí del consiguiente peligro que se cernía sobre Keyla por mi causa y le rogué que la cuidara mucho.

Aproximadamente a las dos de la madrugada, acompañé a Naysa a su casa, regresé al hotel y me acosté todavía preocupado, aunque el hecho de haber compartido mi angustia con ella, me había sosegado un poco. Al día siguiente, Keyla estaba enojada y para colmo, descubrió el estuche de *Vit Lone* que descuidadamente había caído del bolsillo de mi camisa. Armó tremendo escándalo. Me vi obligado a mentirle acerca de mi ausencia aquella noche y por no contestar el *comcel*, solo pretendía no causarle preocupación, pero todo resultó contrario a mi intención. Tampoco quedó del todo convencida de que no andaba con otra mujer, porque, aun cuando las pastillas estaban completas, sabía que no las necesitaba. Sin embargo, tuve más trabajo en convencerla de que tenía que ausentarme ese mismo día. Apelando a la excusa de tener que supervisar personalmente un trabajo del IAMAB, finalmente sólo la pude convencer a regañadientes. Al mediodía, la venganza de Yorley se había consumado. Keyla continuaba furiosa, así me despedí de ella en el aeropuerto con un beso apático, no correspondido y, con pesadumbre, abordé el avión con destino a Villa Esmeralda.

XII

Intentaba olvidarme de las palabras hirientes y de reproche que me había lanzado Keyla. Procuraba pasarlas por alto porque eran necias, infundadas y propias de una mujer celosa, pero me reprochaba a mí mismo por ser tan descuidado e ingenuo: había caído como un conejo en la trampa de Yorley. Seguramente se va a enterar por algún medio del altercado y se morirá de risa. Hice un esfuerzo por olvidarme del asunto y me obligué a pensar en el otro problema que tenía por delante.

Durante las conversaciones que había tenido con Akiwë, me di cuenta que el joven estaba algo confundido. Pero entendía claramente que la exclusión de los grupos generalmente es causa de guerras. Era un tema del cual habíamos discutido y, tal vez por eso, había cedido a negociar con el gobierno del Poder Comunal, cuya política era de inclusión, participativa y protagónica. Había tratado de disuadirlo de esa idea anacrónica por la cual se jactaba ser como un Robin Hood, aquel legendario héroe del campesinado inglés que les quitaba a los ricos para repartirlo entre los pobres. Le explicaba que a pesar de que el gobierno del Poder Comunal había tratado durante años de aplicar, en forma masiva y nacional, esa política, aún estaban latentes esas diferencias socio-económicas propias de la conducta humana. Hablamos del proletariado de George Orwell, recordando algunas de sus frases como “El poder no es un medio, sino un fin en sí mismo” y que “No se establece una dictadura para salvaguardar una revolución; se hace la revolución para establecer una dictadura”. Le recordé que ya habíamos transitado por esa experiencia a comienzos de siglo y que gracias a la madurez adquirida por el pueblo, había sido salvada la revolución de transformarse en dictadura. Mis remembranzas terminaron con el aterrizaje del avión en el aeropuerto de Villa Esmeralda.

Bret me estaba esperando.

— ¡Caramba profesor Tapo! ¡Yo sabía que usted no me iba a defraudar! Me alegra verlo aquí —, me dijo como saludo y después de intercambiar opiniones, me di cuenta que no estaba enterado de la visita que me habían hecho Akiwë y Yorley.

La contraoferta que propuso el mayor Bret Asisa al EPNY, exigía únicamente como prueba de buena voluntad, que proporcionaran la mayor información posible que nos condujera a dismantelar la estructura conspirativa de la empresa *Lone Star Corporation*. Akiwë y su gente accedieron y pronto se dio inicio a las conversaciones. Mientras tanto, con los datos suministrados por los yanomami, la GTA realizó una serie de allanamientos a las instalaciones de la corporación. Para sorpresa nuestra, estas requisas resultaron inútiles, pues no fue posible descubrir nada anormal, es

decir, nada que inculpara a la empresa de las actividades ilícitas que nos había revelado Akiwë, como era la extracción de diamantes, la instalación de armas ofensivas como rampas de lanzamiento de misiles atómicos y la esclavitud del personal obrero dedicado a esas actividades. Inicialmente pensamos que se trataba de un ardid, pero Bret, conociendo ya los antecedentes de la *Lone Star*, solicitó a sus superiores una prórroga antes de cerrar la investigación. Era obvio que nuestra GTA estaba infiltrada por la organización extranjera. Sólo de esa manera se explicaba que le hubiesen prevenido a la *Lone Star* de los procedimientos de cateo. Transcurrido el tiempo solicitado, la prórroga se venció sin que las investigaciones arrojaran algún dato que inculpara a la empresa.

Entonces, como alternativa extrema, acordamos aliarnos a Akiwë para conformar un equipo secreto de investigación. A Akiwë le agradó la idea y además estaba interesado en demostrar que su denuncia era cierta para no pasar como mentiroso. Por su parte, incorporó al equipo un pelotón de sus mejores zapadores, incluyendo además a Yorley. Bret no pudo hacer lo mismo, pues no estaba en posición de disponer de mucho personal. Sin embargo, disponía de la escuadra de mantenimiento de la flotilla de helicópteros Kamov Ka-52 Caimán, que recién había enviado la FAC para reforzar al CREDI. El Ka-52 originalmente apodado Alligator, es de fabricación rusa, tiene aspas coaxiales y es apropiado para misiones de reconocimiento y anticarro.

Aunque ancestralmente había existido discrepancia entre el pueblo ye'kuana y el yanomami, no había pasado de ser un sistema tradicional de peleas a base de escaramuzas. Eso había ocurrido en tiempos ancestrales. A inicios de siglo los sentimientos étnicos y regionalistas, avivados por misioneros extranjeros aunados a las controversias políticas, casi indujeron a estas etnias a librar una guerra moderna. Esa era una de las causas por la cual los yanomami últimamente habían iniciado una guerra de liberación.

El trabajo de Bret se dividió en dos áreas, una era eminentemente político-estratégico y la otra, más bien táctica. Acerca de la primera, me dio poca información pero con respecto a la segunda, de operaciones tácticas, me invitó a participar en los talleres de instrucción y preparación del comando táctico de combate que se realizaban en un hangar abandonado del viejo aeropuerto. Mi participación se concretó a asesorarlos en temas de historia regional específicamente sobre la existencia de una hermandad misteriosa llamados los matis, sopladores, dañeros o pitadores, que había existido desde hacía mucho tiempo. Esto le llamaba mucho la atención a Bret, pero a Akiwë no le hacía gracia, pues aquellos misteriosos hombres habían pertenecido a la etnia baniva, ya extinta. Para llegar a un acuerdo aceptaron que el escuadrón utilizaría, no el nombre, sino algunas de las prácticas de los matis: su espeluznante silbido para comunicarse, el tinte negro con que engrasaban su piel y la macana de parature. Además, la cerbatana y dardos envenenados como armas silentes.

La instructora en artes marciales era Yorley; días después, al regresar de China, se incorporó el doctor Shek. Sin embargo, los hombres de Akiwë eran expertos en defensa personal, por lo cual el instructor le dedicó más tiempo a preparar los reclutas ye'kuana de Bret.

Mientras tanto, los medios de comunicación informaban sobre las noticias generadas por las acciones políticas sobre los implicados en la conspiración. La campaña contra el delegado del PCAP de Villa Esmeralda no resultó, pues la utilización de recursos económicos y logísticos, de los cuales disponía en abundancia, evitó la recolección de firmas para la revocación promovida por el Consejo del Poder Popular. Se mencionaba también en los medios la posible revocatoria de la concesión a la *Lone Star Corporation*. Sin embargo, muchos ciudadanos defendieron la empresa, desfilando con pancartas que aludían la necesidad de mantener los trabajos de la base aeroespacial y el fomento del turismo, así como la capacidad de la empresa de crear muchas fuentes de empleo.

Bret había gestionado mi incorporación a la FAB con el rango de capitán y me había conseguido alojamiento en las instalaciones del CREDI. Allí me informaba a través del servicio de comunicaciones, sobre las acciones en el campo de operaciones de comando. Los grupos del escuadrón aéreo Caimanes de la FAB al mando del mayor Bret Asisa, reforzada con elementos aerotransportados de la Confederación de Naciones Amazónicas, seguían persiguiendo y diezmado a la fuerzas de ESPJO. Entretanto, subrepticamente se daba el adiestramiento de nuestro grupo y, en vista de que esto iba a demorar varias semanas, estaría obligado a acuartelarme durante ese tiempo, cuestión que no me agradaba mucho; así que consulté con Bret sobre la posibilidad de esperar en Puerto Ayacucho y me dijo que era imposible, pues obviamente, como yo conocía el terreno de las instalaciones de *Lone Star Corporation*, tendría un papel importante desde el centro de operaciones computarizadas; para ello debía adiestrarme durante ese tiempo.

Cierto día al atardecer llegó la patrulla de helicópteros a posarse como estruendosos pajarracos sobre el helipuerto del CREDI. Yo estaba en el portal observando y noté un trajín inusitado en la plataforma de aterrizaje. Esto se debía a que estaban bajando en camillas a unos hombres heridos. Desde uno de los helicópteros bajó el mayor Bret y cuando me distinguió, hizo señales llamándome.

— Hemos traído a los muchachos — dijo — a Guamare y Agapio, están muy mal pero se salvarán.

— Gracias a Dios — exclamé y traté de aproximarme a los heridos pero los paramédicos se los llevaron en camillas, apresuradamente. Flaviano Yawari corría al lado de Guamare sosteniendo el envase de suero.

Transcurridas algunas semanas, el grupo de tarea político-estratégico había recopilado la información necesaria sobre los objetivos propuestos; podían utilizarse para denunciar o atacar a *Lone Star*. Obviamente elegimos la segunda opción, pues ya

sabíamos que cualquier denuncia caería al vacío; entretanto el grupo táctico de combate estaba listo, en espera de la orden del día para ejecutar el golpe.

* * *

La espera transcurrió lentamente, llegando a veces a causarnos desesperación. Cuando llegó el día, estuvimos listos desde las dos de la madrugada pero esperamos hasta las tres para iniciar la operación. Cada hombre del escuadrón estaba equipado con un rifle NGM láser y un equipo de intercomunicación audio visual, excepto una patrulla de hombres armados con una macana, una cerbatana y una funda con puntas de flechas untadas de curare paralizante. Todos se podían comunicar entre ellos y con la central desde donde el mayor Bret dirigiría la operación, mientras el comandante Akiwë estaba al frente de la fuerza.

Desde los monitores de veinticuatro pulgadas observamos, mediante las videocámaras infrarrojas, cómo serpenteaban los hombres camuflados avanzando hacia el objetivo, mientras los vigilantes caían silenciosamente, al ser alcanzados por los dardos paralizantes. En otro monitor vimos que, desde las torretas de observación, aún se proyectaban los haces de luz que barrían constantemente el lugar. Bret saltó de emoción cuando observamos que estos potentes faros, dejaron de funcionar simultáneamente por la acción sincronizada de los hombres de Akiwë. Por un momento las imágenes de la pantalla se vieron difusas. Cuando volvió la nitidez, la patrulla avanzaba despejando el camino a través del túnel horizontal. Simultáneamente otra patrulla descendía a rappel por un enorme boquete vertical, sorprendiendo al destacamento de vigilantes de la compañía *Lone Star*. Reducidos éstos, solo quedaba neutralizar a los vigilantes nocturnos apostados a lo largo de la mina. Era una acción difícil porque estaban ubicados en puntos estratégicos a lo largo del laberinto. Hasta el momento no habían descubierto nada excepcional, excepto equipos de perforación y dinamita. Debido a esto, tanto Akiwë como Bret estaban ansiosos y preocupados, aunque la operación por ahora había tenido éxito y no tenían bajas.

Uno a uno fueron cayendo los vigilantes nocturnos hasta que finalmente atraparon al último para sacarle información. Akiwë ordenó a uno de los suyos aplicar un método persuasivo prohibido por las leyes, pero que efectivamente, hizo hablar al prisionero. Reveló una entrada secreta muy bien disimulada y mediante controles electrónicos abrió el portal metálico. Por los monitores vimos como algunos de los hombres que entraban a la gran oquedad subterránea, se tapaban la nariz. Se trataba de una especie de calabozo medieval, donde se encontraban cientos de hombres y mujeres en estado de miseria. La mayoría pertenecía al pueblo yanomami, detenidos por asuntos políticos, por subversión o por causas policiales. Akiwë se estaba comunicando con Bret, informándole sobre este terrible hallazgo. En ese instante, el

prisionero aprovechó un leve descuido de sus captores y se arrojó hacia un control de alarma. En el intervalo recibió un macanazo que lo paralizó, pero ya había tenido oportunidad de impulsar la alarma. Las sirenas comenzaron a resonar y, a través del audio retumbaba el bronco sonido inquietante. Estábamos seguros que desde las instalaciones no habría respuesta, pues toda la guardia había sido capturada o anulada. Entonces los hombres comenzaron a azuzar a los infelices trabajadores a abandonar el lugar. Comenzaron a salir como zombis desde las cuevas. Con la información suministrada por los trabajadores prisioneros se detectaron otros túneles con entradas disimuladas donde se extraía el valioso diamante.

Nuestros monitores estratégicamente ubicados nos advirtieron de la llegada de las patrullas de la GTA y de los gerentes de la empresa *Lone Star*, pero no vimos los helicópteros. Avisamos a Akiwë que prepara la retirada solo al momento que llegaran los voceros comunales, del Poder Popular y los medios informativos y, efectivamente, estos aparecieron en el sitio con las primeras luces del alba. Bret y yo estábamos convencidos del éxito total ya inminente. Tal vez haya sido por esa confianza en el éxito que moví los controles de enfoque de los monitores, fue así como pude apreciar las amenazantes figuras de dos enormes helicópteros artillados Hind-E “Arawakos”.

— Deme las coordenadas de localización, capitán — ordenó el mayor y seguidamente se comunicó con el teniente Guamare para ordenarle que trajera el helicóptero a nuestra base de operaciones. — Dios quiera que tengamos tiempo de salvarlos — me dijo muy preocupado.

Diez minutos después, recogimos las grabaciones en un *pen drive* HST y el mayor abandonó el búnker. Abordó el Ka-52 Caimán que recién había aterrizado y asumió el mando. Con Guamare, que había sido ascendido a teniente, venía también Agapio. Ambos ya se habían recuperado parcialmente de sus heridas. El plan original para efectuar la retirada de la fuerza de asalto, era que ésta se filtrara entre la población civil, una vez cumplido su objetivo de evacuar a los condenados de las minas y paralizar el funcionamiento de las mismas. Pero, al presentarse la FAB con sus helicópteros, Bret ordenó aplicar el plan alternativo.

La fuerza de asalto de Akiwë estaba a punto de perderse en la frondosidad de la selva cuando aparecieron los “Arawakos”. Uno se adelantó al otro y lanzó su mortífera descarga. El artillero accionó el cañón rotativo de cuatro bocas de fuego. Nuestro helicóptero estaba oculto tras una colina pero pudimos ver como las balas de 12,7 mm hacían estragos en el sitio alrededor de nuestra gente. La explosión candente y sucesiva fundía la tierra y los matorrales dejando una franja infernal como la que deja el pico de un tornado. La ráfaga destructiva llegó tras los últimos comandos que penetraban la selva tupida. No satisfecho con el daño causado a la columna de Akiwë, el artillero del helicóptero táctico “Arawako” enemigo, accionó los telemandos para lanzar una segunda andanada de cohetes de 57 mm desde uno de los cuatro contenedores UV-32 que cuelgan de las alas embrionarias inclinadas del terrible

artefacto volante. Los petardos fueron a impactar cadenciosamente en el borde de la zona arbolada alrededor del sitio por donde habían penetrado el comando fugitivo de Akiwë, provocando un torbellino de astillas y ramaje de árboles destrozados. El área tupida de grandes árboles, en cuestión de segundos quedó totalmente devastada. Por lo que observaba en mi pantalla, pensé que los nuestros habían sido arrasados totalmente por ese terrible ataque. Entonces, en ese momento, Bret furioso por no haber llegado antes, le pidió a Flaviano Yawari, el experto rumbero, que le señalara la posición del helicóptero Hind, con el fin de efectuar un disparo indirecto. Desde nuestra oculta posición el teniente Guamare lanzó el misil aire-aire Vympel R-73 con sistema de guía láser. El cohete inició su trayectoria dirigida automáticamente, circunscribiendo inicialmente una curva para evadir el cerro y luego se enderezó inexorable hacia el objetivo, dejando tras sí una estela de humo blanco.

Instantes después de haber lanzado sus mortíferos cohetes, el “Arawako” recibió el impacto fulminante del misil Vympel lanzado por Guamare. La explosión envolvió por un momento con fuego y humo la parte superior de la enorme maquinaria, inutilizando sus condiciones de vuelo. Comenzó a bambolearse inclinado sobre su eje, buscando retirarse del área de combate para cederle paso a su compañero. En su precipitada evasión la estropeada máquina dejaba un rastro de humo negro en el cielo. El mayor Asisa, lamentando haberse demorado en ordenar el disparo, maniobró los comandos de su aparato para enfrentarse al otro Hind. Ahora estaban frente a frente, como dos bestias antes de embestirse una contra otra. Ka-52 “Caimán” contra Mi-24 “Arawako”. Sin embargo, sus tripulaciones estaban hermanadas, era ye’kuana contra ye’kuana.

— Francia alfa beta dos aquí Francia alfa beta cinco... Retírese compatriota — ordenó el mayor Asisa por radio a su colega —. Le advierto que está bajo dos fuegos, abajo lo tienen en la mira de un Stinger y yo le tengo un par de Vympel, más letales que los suyos. Lo exhorto a que se retire para evitar más derramamiento de sangre entre...

No había terminado la frase cuando el cohete Swatter salió del riel de lanzamiento dejando tras él una estela de fuego blanco. En ese instante el piloto que había disparado contra el mayor lanzó un grito: *¡Ana Karina rote! Amaucón paparoro itoto mantó.*

Guamare accionó los telemandos y disparó al instante la bengala disuasiva, mientras Bret maniobro bruscamente tratando de salir de la trayectoria del misil. El cohete buscó el calor de la bengala y chocó contra ella, provocando un terrible estallido que nubló la pantalla. Seguidamente ocurrió otra explosión. El “Arawako” enemigo bamboleó al ser alcanzado por el misil Stinger lanzado desde tierra por Flaviano Yawari. Envuelto en una humareda y girando de un lado a otro como un toro embravecido después de la estocada, soltó otro misil que fue esquivado por Bret y estalló contra la entrada de la mina provocando un enorme derrumbe. El aparato

malogrado a duras penas pudo girar para dar media vuelta y se precipitó a tierra envuelto en humo. Desde el monitor vi cuando cayó aparatosamente a tierra y como la tripulación de atolondrados abandonaba la nave, poco después estalló y las llamas la consumieron. No resistí la tentación de consultar, en un corto paréntesis, el significado del grito del piloto al momento de disparar y se había grabado en mi mente, evocándolo en forma repetitiva. Era un antiquísimo grito de guerra de los caribes, antepasados de los ye'kuana: *¡Ana Karina rote! Amaucón paparoro itoto mantó* se traducía como: “¡Sólo nosotros somos gente! Todos los demás son nuestros esclavos”.

Nuestro helicóptero voló al auxilio del diezmado comando de Akiwë y aterrizó en la calvicie de la selva producida por la acción de la cohetería. Embarcaron rápidamente a los heridos y muertos; el resto continuó penetrando en la profundidad de la selva. Bret se extrañó de que las bajas no fueran tantas, como habíamos supuesto, a consecuencia del devastador ataque; entonces Akiwë le explicó que habían caído fulminados tres de sus tropas con las primeras ráfagas de ametralladora cuando los sorprendieron en la sabana, pero apenas estuvieron bajo la protección de los árboles se dispersaron hacia los flancos evitando el área de impacto de los cohetes. Bret y Akiwë se felicitaron mutuamente y ambos a Flaviano Yawari por su desempeño; él había sido uno de los pocos hombres de Bret que había peleado bajo el mando de Akiwë, pero había sido pieza clave en la operación de los misiles.

Cuando el helicóptero se elevó nuevamente, observe por el monitor que, a menos de un kilómetro del sitio donde se encontraba, por la sabana venía a toda marcha una columna de infantería en persecución de nuestro comando. Los carros de combate Stryker de dieciséis ruedas, levantaban una gran polvareda ocultando parte de ellos. Pero a Bret no le importaba, porque no tenía intención de destruirlos y además utilizarían la profusa gama de sensores con que cuenta el helicóptero coaxial táctico anticarro, hasta para destruir objetivos desde la distancia en que se encontraban ahora. Instruyó a Guamare, el artillero, para que dirigiera los disparos sólo con la intención de detener la columna, para darle más tiempo a la gente de Akiwë de desaparecer entre los vericuetos de la selva. Guamare, auxiliado por los sensores de precisión, apuntó a través del visor de tiro, que le dio un aumento de diez veces en la imagen giroestabilizada del blanco. Accionó el telemando para soltar una andanada de proyectiles de 30 mm que dieron con precisión en el blanco seleccionado. Los cadenciosos impactos abrieron consecutivos cráteres delante de los primeros vehículos haciéndolos dar volteretas en el aire hasta caer inutilizados. Cuando se disipó el humo y la polvareda, desde abajo les disparaban con láser pero los rayos rebotaban sobre la cabina y el fuselaje blindado del Ka-52 “Caimán”. Seguidamente, Guamare utilizó la ametralladora de cuatro cañones rotativos situada en el morro del helicóptero. Las balas de 23 mm impactaron a la altura de las ruedas del resto de los carros, rebanándolas como si fuesen de papel, mientras sus ocupantes

saltaban dramáticamente a tierra para guarecerse. Bret consideró que así, la columna a pie estaría imposibilitada de darles alcance a sus compañeros y dirigió el aparato hacia el sur, rumbo a Sierra Parima.

La imagen se esfumó de la pantalla. Entonces envié la información por correo electrónico a los diferentes medios locales y nacionales tal como habíamos acordado. Retiré las grabaciones y abandoné nuestro improvisado bunker. Pensando en el contenido de la frase caribeña “Solo nosotros somos gente. Todos los demás son nuestros esclavos” y en las consecuencias de aquella batalla; me fui directamente al CREDI, tratando de pasar inadvertido.

Eran las dos de la tarde y estaba sintiendo hambre, pues no había desayunado. Probablemente ya habían cerrado el comedor de la fortaleza, así que me desvié del camino para buscar donde comer. Después de todo, por la boca muere el pez.

Almorcé en un restaurante popular. Al terminar, mientras me tomaba un café negro, comencé a rebobinar lo sucedido: fue en ese momento cuando caí en cuenta que mi amistad con Bret me podía comprometer; obviamente era sospechoso de complicidad, me someterían a un interrogatorio... quién sabe con qué métodos... No habíamos planeado nada para esta situación. Yo había cumplido con mi cometido de entregar las pruebas a los medios. Le había cumplido a Bret y a Akiwë. Ahora estaba abandonado a mi libre albedrío. ¿Lo habría tenido en cuenta Bret?... Me sentí utilizado... por un lado; por otro, me sentí libre de compromiso con este embrollado caso. ¿Libre? No. En ese momento allí estaba yo de nuevo, en la palestra pública, en el noticiero televisivo aparecían nuestros rostros. Nos estaban buscando por todo el territorio de la Confederación.

Me calé la gorra de pescador, mis lentes oscuros y salí rápidamente.

Me embargó la soledad mientras caminaba hacia la lejanía de algún lugar, sin rumbo. Desde un sitio solitario observé la inmensa mole granítica del Duida, envuelto por velos de nieblas blanquecinas, allí estaba, inalterable, sin que se notaran los armazones del hotel que habían adicionado a sus laderas. Me sentí solo y abandonado, excluido repentinamente de un sistema que consideraba albergue de mi existencia, como una hoja arrancada del ramo, a expensas del viento. Busqué aferrarme en mi acervo de fortalezas íntimas, y el recuerdo de mi amada Keyla estimuló mis sentidos para hacerme olvidar la pesadumbre y sentir la urgencia de encontrarme con ella. Caminé dando el frente a la brisa fresca que soplaba desde el río, con el propósito de buscar la manera de viajar a Puerto Ayacucho, donde estaba ella. Tendría que ser furtivamente, por supuesto.

XIII

La acción de comando ejecutada por el mayor Bretanio Asisa y el comandante Nacho Akiwë, ocupó los titulares de la prensa escrita y audiovisual, tanto nacional como local, a pocas horas después de ocurrida la acción, el día miércoles. Inicialmente no se les adjudicaba a ellos la autoría del cruento ataque, sino al grupo separatista del EPNY. A esta facción se le acusaba de haber roto, de manera alevosa, las intenciones de un acuerdo de paz. El alto comisionado del gobierno para las negociaciones de paz declaró terminadas las conversaciones. Se reseñaban también los daños ocasionados por este atentado terrorista que ascendía a mil millones de incas, la nueva moneda amazónica equivalente a medio dólar. La pérdida total de dos helicópteros Hind “Arawakos” reseñando que sus tripulaciones se habían salvado, aunque algunos con graves heridas. Asimismo mencionaban la pérdida de cinco carros de combate y transporte sin que se reportaran bajas. Posteriormente, los últimos noticieros destacaban la participación del mayor Bret Asisa, a quien se acusaba de alta traición junto a sus colegas, entre los cuales me encontraba yo. Sentí un sobresalto cuando oí mencionar mi nombre ¿Yo, traidor?... Una vez más, andaba solitario, tarareando canciones de mi juventud, sin tristeza, como si disfrutara de mi soledad y la nostalgia alentara mi apocado ánimo.

El segundo día, jueves, me encontraba refugiado, acosado por las circunstancias, en una pequeña habitación de un hotel, en los suburbios de Puerto Ayacucho que, gracias a Dios, disponía de los servicios básicos. Me dispuse a descansar en la pequeña cama, que ahora me parecía mullida, pues me sentía demolido por el viaje que había realizado desde Villa Esmeralda por vía acuática. Allá había conseguido pasaje en un pequeño transporte de carga, haciéndome pasar por marinero. El bongo metálico, de cubierta completamente cerrada, por lo cual disponía de bodegas herméticas, había sido construido para transportar combustible y cemento que eran los productos de preferencia para el contrabando desde hacía mucho tiempo. Tenía la posibilidad de hundirse a poca profundidad como un submarino para evitar ser avistado por las rondas de la Patrulla Aéreo-Fluvial Amazónica. Pero era tan lento de andar aún vacío, que demoró unas ocho horas para llegar al puerto de Morganito. Durante ese lapso de tiempo, navegamos cuatro horas en plena oscuridad auxiliados por un viejo reflector. La débil luz recorría la faz de las aguas mientras otro marinero y yo clavábamos los ojos en pos de detectar alguna piedra o troncos flotantes en el trayecto, para guiar al timonel situado en la popa, mediante señales con una linterna.

Nada parecido al viaje de hora y media que habíamos hecho en el veloz hidro-deslizador con el mayor Bret.

Después de haber arrimado a Morganito, tardé una hora aproximadamente para conseguir un transporte hasta Puerto Ayacucho, uno que no fuese sometido a requisas en los peajes de la autopista González Herrera. Llegué a las diez de la noche. En mi encierro analizaba los contrastes que existen en la región, referentes a la actividad humana en diversos campos. El ejemplo del transporte es notorio: por una parte poseemos las más sofisticadas máquinas terrestres, acuáticas y voladoras, accesibles a un selecto grupo de la población mientras, por otro lado subsisten los medios de transporte anacrónicos, sobre manera en lo que respecta al transporte fluvial y terrestre, a los que tienen acceso la mayoría de la población. A pesar de los esfuerzos del gobierno del Poder Comunal en equilibrar el acceso a la riqueza, el desfase en muchos casos es todavía abismal. Ocurre igual con la campaña para la conservación ambiental. El río Orinoco está muy contaminado desde San Fernando hasta Morganito. El resto y el Bajo Orinoco, difícilmente recuperable. Todavía recuerdo, con repulsión, la tétrica escena de muchos peces aboyados y el vientre abultado de una tonina, todos muertos por contaminación. A veces considero que si se hubiese construido la carretera no estaría ocurriendo esto. Para enfrentar el problema, por supuesto, habría que eliminar cuanto antes los elementos causantes de la contaminación.

Al tercer día, el viernes, apareció en los medios la noticia que denunciaba la explotación ilegal de la mina, así como la evasión de impuestos en grandes sumas por la fabricación de *Vit-Lone* y la extracción de agua potable, presumiendo la implicación en estos turbios negocios del trío conformado por la empresa *Lone Star*, el delegado del PCAP y los altos jefes de la GTA. La alianza entre éstos tenía por finalidad financiar el plan separatista del ESPJO. La noticia estaba respaldada por un manifiesto que publicó el EPNY, explicando, de paso, los motivos de la operación de comando sobre las instalaciones mineras de *Iron Star* y denunciando la conspiración de los secesionistas. Mencionaban nombres y acusaban con pruebas encontradas en la mina y videos que yo había consignado. Las pruebas comprometían seriamente a los ejecutivos de *Lone Star*, al delegado y directores de la Administración Pública y a los jefes militares de la GTA. El mismo viernes llegó Narda a Puerto Ayacucho. Nos comunicamos por *comcel*. Estaba muy preocupada por lo que se había informado en los medios acerca de mí. Le dije que no podíamos vernos hasta no aclararse la situación que me comprometía, pero ella se empeñó en convencerme de que no corría peligro y que el proceso estaba tomando un giro distinto y contrario a lo que se había manejado inicialmente. Finalmente me convenció argumentando que tenía el mejor abogado para el caso.

El día sábado la ciudad vivió una conmoción: Todos los medios divulgaron como noticia principal, la huida del presidente de *Lone Star Corporation* Mr. Robert

Todd, del representante ejecutivo Leo Dean y del ingeniero y gerente general asociado J. B. Jones, quienes, el día anterior habían retirado todo el capital de la empresa del Banco Sur. Informaban además, que el delegado del PCAP y cinco personas de su tren administrativo, habían abandonado Villa Esmeralda en horas de la madrugada llevándose todos los fondos disponibles de la Delegación. Los desfalcadores habían viajado en el *hovercraft* de la empresa transnacional hacia Brasil.

Algunos medios divulgaron que los empresarios y funcionarios corruptos no habían utilizado el avión de la Lone Star, como era de esperarse, debido a que el aparato estaba en mantenimiento, inoperativo para volar.

Ese día, al mediodía, llegó una comisión de la Policía Confederada para investigar los últimos acontecimientos. A pesar de las innovaciones en las comunicaciones, llegaron con tal desconocimiento, como si hubiesen venido de la luna.

El domingo, nos reunimos en la casa del señor Mirelles que se ofreció como anfitrión, Narda, Keyla, Naysa, Tito, el abogado y yo. Todos extrañados de mi participación en el caso que ocupaba día a día los noticieros; no obstante, todos individualmente me dieron muestra de solidaridad. Luego, el abogado expuso muy profesionalmente su plan para que yo enfrentara los cargos y saliera airoso. Mientras escuchaba al jurista, mi pensamiento evocó algunos conceptos acerca de la práctica de la justicia que emitió Jonathan Swift en su obra “Los viajes de Gulliver”, publicada en 1729. Me resultaba increíble las mismas prácticas criticadas por aquel autor se mantuvieran en vigencia: ¡Lo menos que le preocupaba al abogado eran los hechos o los argumentos favorables a mi caso, más bien insistió en circunstancias relacionadas con la política, de esgrimir precedentes y anotar las formalidades de la ley!

En un interludio, mientras sorbíamos un refresco, Narda me comunicó, muy discretamente, que se había comprometido con Bret. No me causó asombro la noticia, pero le di mi apoyo, estimulándola a continuar con sus proyectos.

Keyla continuaba molesta, a pesar de todas las explicaciones y el apoyo que recibí por parte de Narda, de Naysa y hasta del señor Mirelles. Finalmente cuando todos se fueron, quedamos solos en el bar y le expliqué una vez más que, a pesar de las amenazas iniciales que me obligaron a participar, en realidad lo había hecho por convicción personal y por solidaridad con el pueblo yanomami. Le argumenté que, habiendo estado casado bajo un estilo de vida sedentario, hogareño y rutinario por tanto tiempo, que tal vez por eso estas experiencias turbulentas que había vivido últimamente, muy a pesar mío, me habían atrapado como en un tremedal. Que no había considerado ese modo de vida como plenitud de mis aspiraciones, porque sencillamente esa plenitud solo la encontraba en mi amor por ella. Además, todo había terminado... ya no habría más aventuras... sólo había sido una experiencia

pasajera, aunque intensa. Pero al decir eso sentí que mentía, pues aun tenía pendiente la exploración a La Neblina.

Como último recurso le manifesté, temerariamente, arriesgándome a no poder cumplir mi intimación, que estaba dispuesto a cortar nuestra relación, si ella insistía en negarme su perdón y no aceptar las razones por las cuales había yo formado parte del complot para desenmascarar a los villanos de la triple alianza: *Lone Star-Delegación del PCAP- GTA*. Ni siquiera con este argumento la convencí para que me perdonara el desliz, como ella lo catalogaba. Y ante su insistente terquedad, le di la espalda y abandoné el local tratando de no flaquear en mi determinación. Cuando estaba a punto de subir al trolebús, la oí gritar mi nombre repetidamente con ansiedad; al voltear ella corrió hacia mí y yo, hacia ella. La recibí en mis brazos y sólo me dijo “llévame contigo ¡no me dejes nunca!” su voz y su cuerpo trémulos de emoción me convencieron de que había aceptado las razones de mi causa.

Celebramos nuestra reconciliación con un brindis y muchos besos, luego salimos hacia la posada del suburbio donde estuve enconchado, para retirarme y buscar mis cosas personales. Keyla no quiso regresar al hotel por experimentar algo exótico, así que nos quedamos en mi pequeña cama y nos embriagamos. La comezón de la aventura la había excitado también a ella.

El lunes paralizaron los trabajos de instalación de la nave *Rahaka Lone Star* en su rampa de lanzamiento, donde se estaban realizando todos los preparativos para lanzarla con destino a la Estación Espacial Internacional (ISS); pues los ingenieros y personal técnico se negaban a continuar los trabajos mientras no se definiera la situación de la acéfala empresa *Lone Star Space*. La mitad de los primeros diez pasajeros que habían adquirido boletos para viajar en la nave interplanetaria, eran funcionarios de la delegación del PCAP y habían huido. Uno de los técnicos declaró públicamente que el programa aeroespacial era una especie de “Caballo de Troya” para lograr el desarrollo de las actividades ilegales de *Lone Star Corporation*. A la sazón entendí que estos sinvergüenzas tenían otros planes con mayor alcance que los que habíamos develado y era seguro que, a causa de verse descubiertos, habían adelantado la fechoría de arremeter contra el erario público.

Posteriormente me enteré que se había instruido la causa para juzgar a los implicados en la operación de comando contra la *Iron Star* y también a los funcionarios de la Delegación y *Lone Star*, implicados en los fraudes contra la economía popular. Asimismo anunciaron las agencias noticiosas que el comandante del CREDI y su estado mayor habían sido destituidos de sus respectivos cargos y puestos a la orden de la Justicia Popular.

* * *

Tres meses después de haberse perpetrado el ataque contra las instalaciones de *Iron Star*, subsidiaria de *Lone Star Corporation*, el Tribunal Popular absolvió a Bret de los cargos en su contra y a todos los que, como él, estábamos acusados de alta traición y de causar daño a la nación. Asimismo absolvió al comandante Akiwë y al personal militar bajo su mando. Por otra parte, el organismo judicial que se había abocado a la causa del pueblo contra el ex-delegado del PCAP y sus cómplices, aún estaba procesando a los ejecutivos prófugos de la *Lone Star* y a los oficiales de la GTA cómplices de la traición. La mayoría de los acusados estaban siendo juzgados en ausencia y se habían emitido órdenes de captura contra todos ellos.

Una semana después de la absolución, Bret, Guamare, Agapio y otros guardias territoriales que los habían acompañado, regresaron al CREDI de Villa Esmeralda en el helicóptero Ka-52 “Caimán”; esto se había logrado gracias a las conversaciones previas en las que Bret había participado intensamente.

En casa de los padres de Keyla vimos en la pantalla la llegada de Bret y sus compañeros. Los yanomami los recibieron jubilosos, también las nuevas autoridades de la GTA y voceros del Poder Comunal. Entre la batahola un periodista le preguntó a Bret si estaba de acuerdo en aceptar la postulación para delegado del PCAP que le hacía el clamor popular. No pudimos escuchar la respuesta claramente por el bullicio de las niñas que retozaban a nuestro alrededor. Localicé el control y aumenté el sonido del audio, pero ya no pudimos averiguar más. Después de unos anuncios institucionales, continuó el noticiero y apareció en la pantalla el rostro de Akiwë; tras de él, apareció Yorley y otros rostros de yanomami que había conocido durante mi cautiverio en Sierra Neblina.

Akiwë habló acerca de la próxima reanudación de las conversaciones de paz, con la suspensión total de hostilidades por parte del EPNY. Mucha satisfacción me causaron estas noticias, desde luego, porque así llegaba a feliz término todo el embrollo que me había causado horas de angustia, pero también me había dado la oportunidad de participar en la tarea de lograr la justicia y la paz.

Luego, mientras bebíamos nuestros refrescos, estuvimos especulando sobre las posibilidades de triunfo de Bret, y Keyla me propuso:

- ¿No será mejor ir hasta allá? A ti también te toca parte de esa cosecha.
- ¿Tu como que te estás contagiando con la aventura? — repuse — ahora soy yo el extrañado, la verdad es que ya no quiero saber nada de ese asunto.
- Es que me gustaría trabajar en la campaña de Bret ¿y tú?
- No, yo no, porque voy a ser su contrincante...
- ¡Rebolas! ¿De verdad? — gritó asombrada y agregó —: te das cuenta, te lo tenías muy guardado, como siempre... ¡Misterioso!
- Está bien, pero dime una cosa: ¿Vas a trabajar en la campaña con Bret o conmigo?

— ¡Chico, celoso! — Musitó mientras se me abalanzaba para derrocharme besos.

* * *

A Villa Esmeralda nos fuimos todos, entusiasmados con la campaña para elegirme como delegado del PCAP. Naturalmente, Narda también se animó. Viajamos en el *Hovercraft* para que Naysa y otros especialistas hicieran el recorrido por el río con el objeto de constatar su grado de contaminación, ya que el Instituto había puesto en marcha los trabajos y acciones de descontaminación. Era nuestra última labor en el IAMAB, ya que pronto renunciaríamos para dedicarnos a la política.

Al llegar a la Villa, montamos nuestro equipo de campaña y comenzamos el trabajo político. Probablemente Bret se sorprendió mucho con mi postulación, dijo que nunca se había imaginado tenerme como rival. Se comportaba como la primera vez que vio a Narda; pues era evidente que estaba muy enamorado de ella, pero absurdamente también celaba a Naysa de Tito, y Naysa calmaba sus ansias de amor por él, refugiándose en una relación ambigua con Tito Mirelles y, por otra parte, Bret se sentía inseguro ante Narda, la consideraba difícil de dominar. En su estado de ánimo reinaba la incertidumbre; en consecuencia, sus acciones eran torpes e inseguras, de tal manera que estaba a punto de perder el chivo y el mecate. Además, algo había cambiado en lo íntimo de su ser; estaba obnubilado por la gloria, tal vez debido a la profusa manifestación de honores que recibía día a día. Todo esto lo distanciaba de lograr la antigua camaradería que había existido alguna vez entre nuestro grupo y él. Nuestra relación se fue quebrantando y se hizo más tensa cuando Akiwë anunció su postulación.

Fue un acto apoteósico. La mayoritaria población yanomami, aupados por el Poder Civil y el Poder Comunal, le daba la mayor opción de triunfo a Akiwë. Desde luego, Bret contaba con los criollos, mestizos, el pueblo ye'kuana y contaba además con el apoyo del Poder Legislativo y del Poder Militar. De tal manera que ambos tenían iguales opciones de triunfo. El caso mío era diferente, pues no contaba con ningún soporte político, excepto el prometido apoyo del Poder Electoral, además del entusiasmo de las mujeres, es decir de Narda, Keyla y Naysa. Les propuse renunciar, pero ellas casi me sofocan con su negativa, trataron de convencerme de que mi opción era garantía para la paz. Sin embargo, cuando apareció un cuarto candidato, terminé persuadido de la conveniencia de apoyar a Bret. Se trataba de nada más ni nada menos que el propio comandante Cicerón. Se presentó con el nombre de Cícero Pesquera, de nacionalidad amazónica y abanderado del Poder Corporativo. Como siempre, se dirigió a mí parsimoniosamente.

— Pues vea don Oliver — me dijo como si nada hubiera pasado —, ahora me convencí que usted tenía razón, pues usted ha contribuido a liberarnos de unos socios

indeseables. En este momento tenemos toda una fortuna para ganar estos comicios, un triunfo que nos dará el poder sin mucho esfuerzo y, además, hombre, nos sale mucho más barata que la guerra. ¿No es cierto? ¿No es cierto...? ¿Cómo le parece hombre...?

Quedó allí refunfuñando, mientras yo, con mucho enojo, me alejaba de aquel rufián, no sin antes reprocharle su hipocresía.

Pocos días después del malhadado encuentro con Cícero alias Cicerón, estaba preparando mi anuncio para retirarme de la contienda y apoyar a Bret, ya que el tiempo de campaña se estaba agotando sin que viéramos crecer el número de mis partidarios. En ese momento, un grupo de mujeres entró a la oficina precipitadamente queriendo hablar todas a la vez.

—La asamblea del Poder Electoral ha decidido prorrogar la fecha para la elección del alcalde — dijo Narda entrecortadamente, jadeando —. Será dentro de quince días, cuando se venza el plazo para sustituir al delegado del PCAP interino.

— Quiere decir que nos queda poco tiempo, pero todavía tenemos chance, no queremos que renuncies — dijo Keyla sentándose sobre mis piernas y abrazándome jubilosamente.

— Ese es el tiempo preciso que necesitamos para convencer a las mujeres — añadió Naysa más sosegada —, todavía nos falta contactar gente, pero tenemos oportunidad porque hay muchos aspirantes.

— Vamos a trabajar todas y vamos a ganar, delegado — dijo otra.

Entonces ceremoniosamente tomé el papel de la renuncia y lo rompí mientras pronunciaba las palabras rituales: “alea jacta est”. La suerte está echada, que suceda lo que el destino nos depare. Me sentí satisfecho y contento al no desilusionar a las mujeres, aunque estaba endeudándome por los costos de la campaña y le estaba produciendo a Narda enormes gastos, si bien ella lo hacía gustosamente.

El sistema de elección de autoridades representativas del Poder Popular, podía hacerse por ambos métodos: el tradicional por elección directa y el novedoso sistema de sorteo, que por cierto, no era del todo moderno pues procedía de la antigua Grecia. El régimen político de Atenas era realmente democrático, no representativo: el pueblo gobernaba en Asamblea y la mayoría de los cargos políticos eran sorteados entre los ciudadanos. Nuestra constitución había adoptado este método arrinconado durante siglos por los partidarios del representativismo, habiéndose re-descubierto que, siendo la democracia el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, donde cada ciudadano está en igualdad de condiciones y que por lo tanto deben tener igualdad real de posibilidad de acceso al poder; solamente se garantizaría su ejercicio por el sorteo de los cargos, más la obligatoriedad de rotación en los mismos.

Cícero Pesquera protestó e introdujo un recurso de nulidad. A él no le convenía el corto tiempo de campaña porque todavía necesitaba convencer a muchos votantes, sin embargo no desperdiciaba el tiempo y a la vez se dedicó a comprar muchas conciencias entre funcionarios y cientos de votantes. Cícero había resultado ser

excelente orador, convincente y populista. Con su verbo atraía multitudes y esto le daba ventaja sobre todos sus contrincantes. A pesar de eso, estaba seguro que la inversión de dinero era la clave del triunfo. Era ésta, una de las pocas contradicciones no resueltas del sistema electoral nacional, pues como siempre, el poder del dinero estaba por encima del poder electoral.

El recurso de nulidad no prosperó y, finalmente, llegó el día de las elecciones. El Poder Electoral organizó y condujo el proceso en todo el territorio de la comuna y desde su sede principal se coordinó el desarrollo de la consulta por métodos electrónicos. A una hora de haber concluido el proceso, el vocero del Poder Electoral anunció el resultado: “el nuevo delegado del PCAP electo, de la comuna Alto Orinoco, es el compatriota Cícero Pesquera”.

XIV

Bret Asisa me envió con Narda una nota escrita, invitandome a una reunión urgente. Pudo haber llamado, pero Narda me aclaró que no lo hizo para evitar la interceptación del mensaje por parte de la Policía Confederada, pues la utilización de la comunicación digital era insegura en estos casos. La nota decía:

Apreciado prof. Es important que nos reunamos para dfinir una stratgia a cguir frent al trrible dstino que nos dparó la scogncia de Psquera x culpa de s maldito sistma d sufragio. X consiguiend le invito a que aqda a la residncia dl cñor Ipaminare el juevs a las 8 en pto. d la noch. Dstruya sta nota en qanto la lea. Atte. Bret.

Era extraño utilizar estas notas escritas, ya que estábamos acostumbrados a la mensajería electrónica de texto. Quizás por esta razón no había caído en cuenta de la transformación que había sufrido nuestro lenguaje escrito. A todas estas, pienso que, como todo elemento viviente, el idioma también está sometido, irremediabilmente, a estas transformaciones causadas probablemente por su uso abreviado o deberíamos decir, a causa del uso de la tecnología abreviada...

Efectivamente, nos reunimos en la residencia de Ipaminare. Bret y yo nos encontramos a la hora pautada, más tarde llegó Akiwë, a quien Bret también había invitado en la misma forma que a mí. Nos tomamos un par de güisqui cada uno, que Bret ofreció como para entrar en calor y luego empezamos a tratar de esbozar un plan para neutralizar o enfrentar los planes de Cícero, quien sólo pretendía valerse del sistema democrático para hacerse de cierto poder y catapultar su plan separatista. En principio, estuvimos de acuerdo en asentar que el sortario rufián se valdría del poder recién conquistado para reactivar la guerrilla y continuar con los planes de desmembración del Territorio, con el propósito de crear una nueva nación. A tal acuerdo no llegamos por coincidencia, sino porque los tres conocíamos el problema a fondo.

Me dieron la primera oportunidad para expresar mi opinión, tal vez por ser el de mayor edad y, entre otros argumentos, les dije:

— Estamos en un dilema y, de veras, soy el primero en lamentar la escogencia de Pesquera, pero debemos ser respetuosos del sistema que nos hemos impuesto... así que les propongo esperar la rotación de los funcionarios que fueron sorteados. Eso

ocurriría dentro de dos años. Mientras tanto, controlaríamos su gestión a través de la Asamblea del Poder Comunal donde vamos a estar constituidos.

Seguidamente intervino Akiwë para exponer:

— Sinceramente, me parece que la única opción segura es eliminar esa alimaña, así, matando al perro se acaba la rabia. Ya sé lo que están pensando, pero no se trata de matarlo físicamente, no. Yo digo que lo eliminemos políticamente. Yo mismo puedo encargarme de eso, sin comprometerlos a ustedes. Tengo un plan que se los puedo explicar después, pero no podemos permitir que este... malandrín destruya nuestro esfuerzo. No creo que podamos esperar tanto tiempo para salir de él, como usted propone, profesor Tapo.

— Bueno — dijo Bret, mientras se quitaba la gorra y se rascaba la cabeza —. El asunto no es fácil, el comandante Akiwë tiene razón, no podemos dejar que ese vagabundo, se valga de nuestro sistema democrático, no sólo para destruir los logros por la paz que hemos obtenido con mucho esfuerzo, sino para causarles daño a los pueblos, sobre todo a los pueblos indígenas. Pero tenemos el deber y el compromiso de respetar las leyes. Por un lado no me parece correcto ni ético utilizar alguna artimaña para destruirlo políticamente y por otro, no podemos esperar dos años, mientras vemos desmoronar nuestra región. Así que, denme tres días más para presentar una alternativa, les pido ese tiempo porque es necesario que averigüe ciertos detalles sobre las actividades de Pesquera antes de proceder, la compararemos con la proposición de Akiwë y tomaremos una decisión.

Pasaron los tres días de plazo sin que recibiera aviso alguno para reunirnos, ninguna llamada de Bret, ni de Akiwë. Los llamé pero no fue posible comunicarme con ninguno. Así que, finalmente me dirigí a la Asamblea del Consejo Comunal para exponer mis inquietudes. Me asombré de la claridad de conceptos que tenían sobre la situación con respecto a la actuación del delegado del PCAP. Daba la impresión que estaban más claros que Akiwë, Bret y yo, en cuanto a la destitución de Pesquera del poder comunal, pues sólo tendrían que aplicar lo concerniente al caso en la Ley Territorial. Solo que, buscar y presentar las pruebas de su participación en la guerrilla, era una tarea difícil, casi imposible.

Ya habíamos terminado la extensa conversación entre un nutrido grupo de voceros comunales. Estaba despidiéndome de ellos cuando interrumpieron un programa educativo que se transmitía a través de una pantalla pública del gran salón, para anunciar una noticia extra. El locutor manifestó que el delegado del PCAP Cícero Pesquera había sufrido un accidente cuando se dirigía hacia Sierra Neblina; el helicóptero biplaza donde viajaba se había precipitado a tierra envuelto en llamas y se presumía que el piloto y el pasajero habían perecido. Dijo que las autoridades sospechaban de un atentado perpetrado por las fuerzas separatistas del ESPJO, pues éstas estaban en desacuerdo con la incursión del comandante Cicerón, alias Cícero Pesquera en la política institucional, luego de haber abandonado la lucha armada. A

continuación el narrador informó sobre el operativo de rescate que se realizaría por parte de las autoridades, pero el bullicio que había ocasionado la noticia era tan alto que me impidió continuar oyendo. Salí en busca de mi auto, cavilando sobre la noticia.

Naturalmente, estaba en conocimiento que existían dos bandos entre los separatistas, pues el grupo con quien yo había tenido contacto, representados por Akiwë, pertenecían a la tendencia conciliadora; mientras otros jefes militares del ESPJO eran de tendencia intransigente o extremista. Sin embargo, como la guerra civil se había prolongado indefinidamente y había cambiado sucesivamente de apariencia, también cambiaba de protagonistas y habían surgido circunstancias inauditas, producto de la misma dinámica y el tiempo, como la incorporación del Frente Yanomami a la guerrilla binacional y su posterior disociación, o como la elección de Cícero Pesquera. Sin duda alguna, estábamos convencidos que la inclusión de Pesquera en la política y su designación como delegado, era un avance más en el logro de extender la acción política de la guerrilla. El hecho de que no estuviesen de acuerdo las tendencias, no era motivo para eliminar a Cicerón, pues ambas salían ganando. Así que me dediqué a detectar otra causa del accidente.

Inmediatamente cruzó por mi mente el presentimiento de que mis colegas Bret y Akiwë podían estar involucrados en ese accidente. Sabían que no estaría de acuerdo y por eso me habían apartado del grupo. No contestaban mis llamadas. Juré que si eso resultaba cierto, rompería mi relación con ellos para no ser cómplice de un asesinato. Se me atravesó la idea de llevar el caso a sus consecuencias finales.

Al día siguiente trajeron los cadáveres al aeropuerto. Gracias a la tecnología manejada por nuestros propios técnicos, no ocurría la desesperante demora que sucedía en tiempos pasados para localizar una nave siniestrada. En aquellos tiempos desaparecían las pequeñas avionetas que cubrían las rutas comerciales entre las capitales de municipios y su búsqueda demoraba hasta semanas, otras tardaban meses en ser localizadas. Hubo casos en que los sobrevivientes murieron por falta de auxilio a tiempo, otros pocos resistieron milagrosamente durante semanas a los peligros de la selva.

Luego de los funerales con los honores correspondientes a su rango, los restos del delegado del PCAP fueron incinerados. Sus cenizas fueron esparcidas sobre el Orinoco de acuerdo al deseo de sus familiares y seguidores.

El Poder Electoral anunció la próxima elección que, esta vez, sería por sorteo, ya que todos los candidatos eran propuestos por el partido gobernante y dio plazo de dos semanas para la inscripción. Como el sistema era optativo, todavía muchos electores estaban en desacuerdo con el sufragio por sorteo, aludiendo que así podía salir ganador cualquier estúpido con suerte. En cambio, el sufragio por elección permitía escoger a los mejores. Aún hoy estoy convencido que con la experiencia que tenemos en nuestra larga vida republicana, esto no es totalmente cierto ¿Cuántas

veces no nos hemos equivocado, al elegir a unos necios corruptos parapetados tras un color político, o más bien, alcahueteando la “pre selección” hecha por la cúpula partidista? Porque, ciertamente, esa “elección” está condicionada por la gran cantidad de dinero y recursos derrochados en las campañas, lo cual es absurdamente contradictorio con los principios democráticos de igualdad. Por otra parte, si todos los candidatos manifestamos y propagamos planes similares con acendradas intenciones de promover el bien común y la mayor suma de felicidad colectiva, es lógico que tengamos la misma oportunidad de ser electos. Y esta oportunidad únicamente la da el sufragio por sorteo y el sistema de rotación de los funcionarios.

Los seguidores del finado delegado del PCAP protestaron, exigiendo que el sufragio se realizara por elección; sin embargo a última hora inscribieron a su candidato para el sorteo. Cuando fui a inscribirme ya lo habían hecho seis candidatos más, incluyendo naturalmente a Akiwë y Bret. Me embargó en ese momento una fuerza tenaz que avivaba mis deseos de salir sorteado. De tener poder para, entre otras cosas, llevar a cabo una exhaustiva investigación sobre el accidente de Cícero y castigar a los culpables.

Y gané. Increíblemente logré salir. ¡Sí! Salí sorteado entre diez aspirantes.

La proclamación y la toma de posesión del cargo se realizaron de manera austera pero con la entusiasta participación popular. Narda y muchos otros, quedaron sorprendidos de que no había invitado a Bret ni a Akiwë a la ceremonia y me lo reclamaron. No se me ocurrió otra cosa que responderles con una evasiva.

Al día siguiente de mi investidura como delegado del PCAP, nombré a mis colaboradores inmediatos. Ciertamente lo primero que pensé fue escogerlos entre mis amigos más cercanos y familiares, siguiendo la costumbre; pero yo tenía la aspiración de mejorar algunos procedimientos en función del bien común; una de ellas era romper con el nepotismo en boga hasta entonces. Por otra parte existía, entre las nuevas generaciones, una proliferación de multi-profesionales bien preparados intelectual y moralmente. Me entrevisté con varios de éstos y seleccioné mi equipo: coordinador de Política; secretario General; coordinador de Asuntos Confederados. Entre mis conocidos nombré a Agapio Yarumare como coordinador de atención a los Pueblos Indígenas y al arquitecto Tito Mirelles, como coordinador de Planificación y Obras Urbanas. Para ocupar el cargo de coordinador de Protección Ambiental, pensé en el ingeniero Nixon Choque. Como muestra de concordia de mi parte, nombré a Yorley, la hermana de Bret y mujer de Akiwë, como coordinadora de Producción Comunitaria. A Keyla, la constitución regional le tenía reservado el cargo de vicedelegada del PCAP. Tito me comentó que había abandonado el trabajo de Ciudad Tusares porque se había decepcionado del proyecto que, según su opinión, estaba sentenciado al fracaso ya que las aéreas reservadas a parques, jardines y zona habitacional habían sido invadidas, sin que las autoridades lo hubieran podido evitar,

pues los invasores estaban apoyados por el poder popular e indirectamente por infiltrados del ESPJO. De todo esto tomé nota para solventar tal situación.

En la noche realizamos la primera reunión de trabajo con mis colaboradores, básicamente para exponerles mi plan de acción que constaba de cuatro palancas para impulsar el programa de gobierno. Nos decidimos también a trazar los lineamientos para realizar un plan de gobierno audaz, efectivo y de inclusión social.

El plan de cuatro palancas contenía sencillamente: en primer lugar, la solución de los problemas surgidos por la falta o deficiencia de servicios públicos esenciales. En segundo término, el mejoramiento de los aspectos educacionales y de salud pública, a escala comunal. En tercer lugar, el impulso de un programa de desarrollo endógeno de industrias ecológicas, complementario a los macro programas que se desarrollaban en la región y, por último: idear un programa político en conjunto con las fuerzas militares y el gobierno central para pacificar la región definitivamente. No incluí una quinta palanca para mover lo relacionado con la cuestión ecológica-ambiental, porque ya este problema estaba siendo atendido eficazmente, a raíz de los planes y programas que habíamos preparado en el IAMAB. Por otra parte, preparaba el caso que personalmente presentaría contra Bret y Akiwë, ante las autoridades judiciales. No obstante, en honor a la amistad que nos profesamos, preventivamente, los pondría al tanto de mis acciones.

Entre los propósitos de la tercera palanca, se planteaba consolidar la industria del caucho; para lo cual establecí contacto con la Empresa para el Desarrollo Integral de la Región Amazónica. Había costado mucho tiempo y esfuerzo borrar el estigma histórico que había dejado en la región esta industria, desde cuando la inició el francés Truchón en el año 1860, instalándose en las barracas de Solano y Bajo Casiquiare. La extracción de caucho se hizo intensiva a partir de 1890 y continuó ininterrumpidamente hasta el año 1929, cuando comenzó la recesión económica mundial que se denominó la Gran Depresión, y significó para el entonces Territorio Federal Amazonas el final de lo que se llamó la “primera época” de explotación. En aquellos tiempos remotos de explotación cauchera, el sistema de trabajo que se empleó para extraer la savia de los árboles de Hevea, fue realmente esclavista. Se utilizó la mano de obra indígena y criolla bajo un sistema de avance o endeude, una trampa por la cual las deudas nunca eran pagables por parte del trabajador al empresario, estableciéndose un alto precio para la mercancía del avance y bajo importe del producto del Hevea; creándose de esta manera un vínculo de dependencia continua.

Luego ocurrió una interrupción hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Entonces, las fuerzas japonesas ocuparon las plantaciones de caucho en el sudeste asiático, como consecuencia de esto, en 1940, las empresas estadounidenses *Rubber* y la *Chiclet* se instalaron en Amazonas para explotar el caucho y el pendare. Esta “segunda época” de explotación del caucho, duró hasta el final de la Guerra y se

diferenció de la primera por cuanto los métodos de trabajo no fueron compulsivos; no obstante, se mantuvo el sistema de avance o endeude.

Finalizada esta segunda época, no se volvieron a explotar los cauchales de la región amazónica venezolana.

Desde épocas remotas han intervenido monopolios extranjeros y nacionales en la explotación de productos forestales; así, entre los años 1882 y 1903, operaron alternativamente, la empresa francesa de Antonio Fabiani; la Compagnie General du Haute-Orenoque; The Orinoco Shipping and Trading Co. y la Pará Rubber Co. Las intromisiones de estas empresas monopolistas en la vida política y económica de la región y la competencia entre éstas y los empresarios locales, ocasionaron una serie de revueltas, asonadas, saqueos, asesinatos y caídas de gobernadores que le dieron a la época un clima de violencia.

Dentro de este ambiente de intimidación y desolación, hubo otros protagonistas que también formaban parte del sistema.

Los regatones, que eran comerciantes fluviales que permutaban productos por mercancía, recorriendo las barracas o campamentos caucheros, generalmente haciendo un comercio especulativo.

Los gobernantes, tanto los nombrados por el gobierno nacional como los que se hacían del cargo por la fuerza. Éstos generalmente se valían de su investidura para explotar con sevicia tanto al indio como al árbol Hevea; para cazar indios y venderlos a los explotadores de goma.

Los mañoqueros: similares a los regatones, comerciaban a lo largo de los ríos, exclusivamente con mañoco, el principal alimento de los caucheros; arrebatándole al indio el producto de su trabajo y vendiéndolo a precios especulativos.

Los contratistas eran empresarios independientes o asociados, poseedores de la licencia, obtenida mediante el pago de un impuesto, para explotar el caucho,

Los caporales eran los hombres encargados de hacer trabajar a los hombres, bajo amenaza de castigo. Sobre ellos recaía la responsabilidad del rendimiento a partir de la utilización inhumana de los trabajadores del caucho.

Y el personal: eran los hombres y mujeres dedicados a las labores de extracción; cada grupo constaba entre seis y hasta más de cien personas, según la categoría económica del contratista o sub-contratista; trabajaban bajo el control férreo y el fuste de los caporales.

Había pues, quedado grabada en la subconsciencia de las generaciones posteriores, aquella traumática vivencia esclavista que, hasta hacía poco tiempo, había represado los planes de desarrollo de esta industria natural. Personalmente, analizando distintos factores, sigo convencido de la necesidad del cultivo del caucho, aunque muchos piensen que no se puede competir con el caucho sintético del petróleo; persisto en la conveniencia de su cultivo: primero porque del caucho natural se obtienen productos de superior calidad; segundo, porque el petróleo algún día se

agotará mientras el caucho natural es renovable; tercero, por las repercusiones socio económicas de su cultivo y su industrialización, entre las cuales resalta la generación de mucho empleo directo e indirecto y el reparto equitativo de la ganancia; cuarto, porque hay productos que sólo se pueden hacer con caucho natural y, por último, porque no se trata de competir con el caucho sintético sino de complementar la industria para ofrecer mejores productos. Por ejemplo, la seguridad de los neumáticos fabricados con caucho sintético, depende del porcentaje agregado de caucho natural.

Naysa entendió mi propósito y se comprometió a seleccionar al personal para la elaboración del proyecto y su ejecución, en coordinación con el proyecto cauchero que ya se desarrollaba en Santa Bárbara. Pensé en Ipaminare para colocarlo al frente de esta empresa. Por cierto, en los países productores de caucho siempre se emplearon numerosos profesionales como entomólogos, geneticistas, botánicos, agrónomos, químicos, fisiólogos y otros investigadores para mejorar el sistema de siembra y producción, mientras a nosotros nos goteaban los recursos para la investigación. Esa era una de las situaciones que me proponía cambiar...

* * *

Un día, a primeras horas de la mañana, mientras trabajaba en mi despacho, recibí una llamada de Bret por el *comcel* oficial, solicitándome una entrevista. Se la concedí de inmediato.

Después de una dilatada conversación, no tuve otra alternativa que retractarme y disculparme por haberlo puesto en tela de juicio, pues me demostró con pruebas fehacientes que no había tenido injerencia intelectual ni material en el accidente de Pesquera, delegado del Poder Comunal para la Administración Pública, y su piloto.

— Entonces, sin duda tuvo que ser obra del comandante Akiwë — le dije vehementemente —, pues él mismo se ofreció para eliminarlo ¿Lo recuerda?

— Un momento, profesor — repuso Bret calmadamente —. Akiwë habló de una eliminación política, no física. Recuerde usted y no tome la justicia por su mano; ya la Policía Confederada está haciendo las investigaciones y pronto tendremos el resultado. Si Akiwë resulta culpable, tenga la seguridad que se enfrentará al Tribunal Popular y usted tendrá la oportunidad de acusarlo, pero con pruebas. Entiendo como se siente, pero ya le dije que la segunda reunión no se hizo precisamente porque estábamos bajo la mira de la Contraloría Social. No olvide que hasta hace poco éramos prófugos de la justicia. El pueblo nos aprecia, pero sus voceros no.

Continuamos conversando para dejar en claro nuestros puntos de vista, finalmente Bret me invitó para reunirnos con Narda, al atardecer, en el bar del hotel. Narda y yo llegamos antes y lo estábamos esperando en el restaurante. En ese momento ella recibió una llamada de Bret. Llamaba para decirle que no podía venir porque había una situación de emergencia, pues el comandante Akiwë había

amenazado con reanudar las hostilidades si la Justicia Popular insistía en inculparlo de la muerte de Cícero Pesquera.

Esta situación me colocaba entre la espada y la pared, pues la sola declaración hacía realmente sospechoso a Akiwë y lo que estaba haciendo era un vil chantaje a la justicia.

— Sin embargo, queríamos decirte, Bret y yo... queríamos hablar contigo. De todas maneras después habrá tiempo, pero yo te lo voy a adelantar... oye, papá, debo decirte algo.

Apenas pude captar sus palabras pues tenía la mente ocupada en el caso de Akiwë, pero haciendo un esfuerzo por presentir la intención de sus frases pude orientarme y decirle:

— Si, cariño, cuéntame, dime lo que quieras.

Entonces ella, tomándome las manos y juntándomelas, me dijo con un tono de voz conmovedor que se casaría con Bret. Y solo así pudo sacarme del abismo en que estaba sumergido por la amenaza del guerrillero yanomami.

No era asombro, obviamente, lo que me causó la noticia, pues ya sospechaba que algún día ocurriría esto. Tampoco alegría, ni satisfacción. Realmente en aquellos momentos yo estaba tan apartado sentimentalmente de mi hija, y consideraba su decisión un acto de tanta intimidación, de una mujer madura, que tal acontecimiento me inducía a permanecer impasible. Ya no era igual; no tuve aquella emoción que me sacudió el corazón cuando me dijo que se iba a casar por primera vez, que por cierto no lo hizo. Sin embargo, indudablemente me incumbía el futuro de mi hija. Por eso, mi atención se orientó hacia Bret. Aunque después de nuestra última conversación, mis dudas se disiparon definitivamente, en el fondo de mi ser, mantenía aún cierta desconfianza hacia él. Por otro lado, tomé en cuenta la deuda que me obligaba: le debía mi vida dos veces. Quizás estas posiciones contradictorias hacia Bret, me inducían a considerar su matrimonio con mi hija con incertidumbre. Finalmente, me convencí que el destino de mi hija estaba en buenas manos y le di mi bendición.

Una vez despejado y solucionado aquel asunto personal, me dediqué al caso del comandante Akiwë y decidí, unilateralmente, no ceder a su chantaje; o enfrentaba la justicia o tendría que vérselas con la acción devastadora de los “Arawakos”. Así que, me comuniqué con el delegado del Poder Judicial y con la GTA, para hacerles saber mi posición, sin pretender en lo más mínimo, intervenir en sus decisiones, pues aún los poderes mantenían su independencia, a pesar de las presiones de la Presidenta-vocera del Poder Popular para crear un solo poder en vez de los once existentes: el Popular.

Nos casamos un viernes en la noche mediante una ceremonia sencilla pero muy emotiva y familiar, compartimos nuestra felicidad con los padres de Keyla y sus hijas Kia y Lina; también con mi hija Narda y muchos de nuestros parientes y amigos. Se trataba, como era costumbre, de socializar y oficializar nuestra unión, ya que, durante el tiempo que estuvimos viviendo juntos, nos convencimos que cabía la esperanza de convivir por mucho tiempo. La celebración tuvo lugar en el exclusivo salón Duida del hotel Marawaka. Allí realmente nos divertimos compartiendo con nuestros invitados, comimos y bebimos toda la noche. Al filo de la madrugada, mientras nuestros amigos continuaban la farra, Keyla y yo abandonamos subrepticamente el salón y nos dirigimos al aeropuerto. Bret había hecho todos los preparativos para nuestro traslado. Nos hizo un regalo excepcional, contratando un vuelo en avioneta particular hasta Los Andes merideños, donde disfrutamos de unas cortas pero reconfortantes vacaciones de fin de semana.

Dos meses después de nuestra boda, se casaron Bret y Narda. Para ese entonces habían transcurrido tres meses y medio desde que ella me participara su compromiso. Ya habían vivido su temporada de maridaje que era el estatus moderno, sustituto del noviazgo antiguo. En este tiempo la pareja hacía vida marital en su propio hogar con todas las consecuencias de una pareja casada.

Sus amigos y yo los acompañamos durante la ceremonia y la fiesta, luciendo nuestros trajes de gala: ya la corbata y el lazo estaban en desuso, así como el chaleco y el saco; prendas inadecuadas e incómodas sobre todo en los climas tropicales, donde por falta de ingenio se había impuesto esa moda por siglos. En su lugar estaba imponiéndose un traje moderno de telas suaves y corte sencillo, con pantalones ajustados y chaqueta de mangas cortas o largas; vestidos parecidos a los que veíamos en las películas futuristas de los años quince. Empero, esta moda la habían impuesto los modistas y los burócratas nativos. Narda había cambiado de apariencia en el peinado y me sorprendió, pues estaba acostumbrado a verla con su halo angelical de pelo rizo; en esta ocasión lucía una melena bermeja y lisa.

Keyla, Naysa, Tito y yo, fuimos los padrinos de la boda. Por supuesto, había muchos invitados, pues, para ese momento el mayor Bretanio Asisa era uno de los personajes más notorios del Estado Orinoco y la Región Amazonas. Con las bardas en remojo, formando parte de los futuros casados, estaba Tito Mirelles muy complacido y, cuando estuvo muy borracho, me confesó que había soportado la indiferencia de

Naysa y su capricho con Bret, por el amor que le tenía; pero mantenía la esperanza de conquistarla totalmente, ya que, al fin, había quedado sin rival. Por su parte, Naysa se desilusionó tanto al perder las esperanzas de tener a Bret y sufrió un vahído al terminar la ceremonia.

Las bebidas, los pasa palos y los platos del banquete fueron exquisitos y excelentes; los reencuentros entre amigos y el compartir con ellos nos llenó de alegría y satisfacción. Algunos me reclamaron que no había música anglo parlante del género *revoltón*, al estilo del antiguo *rageetón*, o afro latina. Les dije que los jóvenes preferían la música amazónica que estaba de moda: el *raspayson*. Todo esto me sirvió de relajación en el arduo trabajo que había estado realizando.

La popularidad de Bret le había servido para persuadir a sus superiores y conseguir la licencia matrimonial, que en ese tiempo era difícil conseguir, ya que se cernía la inminente reanudación de hostilidades por parte del EPNY en el supuesto que Akiwë cumpliera su amenaza, pues la Justicia Popular había continuado el juicio contra él, haciendo caso omiso a su desafío.

Yorley nos había abandonado el mismo día que Bret nos informó acerca del ultimátum de Akiwë. Por supuesto, siguiendo las normas no impresas del amor, ella tenía que estar al lado de su marido en este crucial momento. No obstante, esta vez se fue con mucha pena, pero también con agradecimiento por nuestras consideraciones hacia ella. Por primera y última vez la vi comportándose juiciosamente. En realidad, su permanencia con nosotros la colocaba en una situación precaria; justamente, al día siguiente de su partida, la Policía Confederada andaba solicitándola con una orden de arresto. Con Yorley le había enviado al comandante Akiwë un último y apremiante mensaje, conminándolo a presentarse ante la justicia, asegurándole que, en honor a nuestra amistad, le garantizaba todos sus derechos. Todo era preferible antes de continuar una guerra absurda.

Con la ausencia de Narda y Bret, el ambiente afectivo se me hizo un tanto vacío aunque, por supuesto, contaba con el apoyo y el amor de Keyla; no obstante, el trabajo que ella realizaba a favor de nuestra administración gubernamental, la mantenía tan ocupada que le dejaba escaso tiempo para compartirlo conmigo en la intimidad del hogar. Quizás por ese motivo, consciente de nuestro distanciamiento, insistió tanto en acompañarme en un recorrido por la Región.

En efecto, decidí hacer un periplo por todas las comunidades de mi jurisdicción, acompañado por algunos funcionarios. De esta manera, me proponía establecer contacto directo con las asambleas del Poder Comunal de cada comuna.

Iniciamos nuestra gira bajando el Orinoco; el nivel del río había comenzado a bajar ya que el periodo de lluvias había cesado. Pasamos de largo por las ruinas de Tama-tama, un antiguo pueblo de misioneros norteamericanos abandonado a finales del siglo XX. Pudo haber sido un emporio turístico pues tenía buenas construcciones y una pista de aterrizaje pero la desidia de nuestras autoridades anteriores no lo

permitió, se convirtió en una ruina más. Nos detuvimos en Punta Piaroa, situada frente a la desembocadura del caño Tama-Tama, cerca de la confluencia del brazo Casiquiare. Esta ciudad habitada por gente del pueblo Dearuwa (Wotuja) o Piaroa, es una comunidad laboriosa, sus antepasados habían sido educados por los misioneros norteamericanos evangélicos de Tama-tama. Para el tiempo de nuestra visita habían efectivamente aprovechado la ayuda económica y el asesoramiento de los misioneros políticos para establecer una sociedad productiva endógena, utilizando las herramientas modernas: tractores con arados y abono orgánico para la producción agrícola, basada principalmente en la elaboración de maíz, casabe, la fruticultura y la cría de lapas.

Después de permanecer dos días en Ciudad Piaroa, continuamos bajando el Orinoco a bordo del hidro-deslizador hasta la desembocadura del río Kunukunuma, subimos por este bello y caudaloso río hasta ciudad Akanaña. La ciudad fue fundada bajo los auspicios de los misioneros de las Nuevas Tribus en el año 1957. Hoy día cuenta con tres mil habitantes ye'kuana que ya no tienen la influencia extranjera, y son ejemplo de superación auténtica y desarrollo integral endógeno. Han realizado un proceso cultural autóctono que demuestra la vivencia de lo natural y lo espiritual, sin excluir su propia cultura. La ciudad es gobernada por un regidor del Poder Comunal, que vino a sustituir desde hace una década al capitán. El cargo de capitán tuvo su origen en la época de los colonizadores españoles, quienes designaban como autoridad de un pueblo recién fundado a un “capitán poblador”. Con el transcurrir del tiempo el título se había adoptado para designar al gobernante natural. El regidor también sustituyó al comisario que era el representante del gobernador del Estado.

Arrimamos a un muelle flotante construido con tecnología autóctona por la comunidad, con maderas duras y muy práctico para el servicio de las embarcaciones tradicionales. Nos recibió una gran comitiva con el regidor al frente para darnos la bienvenida. Desde el puerto fuimos a visitar los principales sitios de producción y centros educativos; como todas las actividades productivas son comunitarias, cuentan con talleres apropiados para la formación de mecánicos, albañiles, carpinteros, herreros, artesanos, etc. La agricultura, la avicultura y la pesca forman parte de su medio de trabajo en la búsqueda de la seguridad alimentaria. Las empresas sociales se encargan, además del tradicional cultivo de yuca y de la producción de maíz y casabe, de los proyectos comunales de ganadería, la avicultura y los huertos de hortalizas, también de artesanía tradicional.

Le encargué a Agapio que dedicara la máxima atención para asesorar y apoyar a esta laboriosa comuna a través de la Oficina Coordinadora para la Atención a los Pueblos Indígenas; también fortalecer la comercialización de la producción excedente por intermedio de la Oficina Coordinadora para la Producción Comunitaria.

Nos hospedamos en la posada de la cadena Cohtua, construida por la comunidad con materiales de la zona, con finos detalles y equipada con muebles tradicionales de

producción artesanal. Desde el balcón de nuestra habitación en el tercer piso, observamos el portentoso paisaje: al fondo de la tupida selva, se asomaban las estribaciones de la extensa serranía Duida-Marawaka, con su extensa corona de nubes.

Al día siguiente visitamos la moderna edificación sede del Instituto Universitario de Enfermería y Centro de Atención Integral. Se destacaba entre las demás, no tanto por su tamaño, sino por su arquitectura, pues era la única edificación de la ciudad que estaba construida con elementos de acero y concreto armado.

— La formación de enfermeros — nos explicó el médico jefe —, es una actividad que tuvo su origen pocos años después de la fundación de Akanaña. Así se inicio la práctica de Medicina Simplificada en el medio indígena y el funcionamiento de un dispensario. Ahora, noventa y dos años después, estamos viendo este complejo médico-educacional con doscientos treinta alumnos, donde laboran diez médicos, cinco paramédicos, veinticinco profesionales de la enfermería y veinte trabajadores de mantenimiento. También disponemos de medios de transporte para pacientes, como las lanchas acuadeslizadoras que vieron en el puerto y dos helicópteros que tienen su base aquí mismo.

— ¿Realizan cualquier intervención de alta cirugía? — le preguntó Keyla a su colega.

— En realidad, sólo atendemos emergencias y cirugía menor. Para casos complejos enviamos el paciente al hospital regional de Villa Esmeralda.

Cuando terminamos el recorrido por las instalaciones, Keyla estaba muy impresionada por la pulcritud de los ambientes, lo cual denotaba el buen mantenimiento que recibían. También la emocionó el alto grado de tecnología que disponía el centro médico-educativo. Tanto así, que me dijo que le gustaría trabajar en la institución. A mediodía almorzamos e intercambiamos opiniones con un grupo de enfermeros y enfermeras que habían llegado, en un avión de la línea comercial, para realizar su periodo de pasantías.

En la tarde nos reunimos en el gran salón de la casa comunal para realizar un taller sobre las necesidades y propuestas de la comunidad. Al día siguiente se realizó una asamblea del Poder Comunal donde se aprobaron la mayoría de las proposiciones elaboradas en el taller.

Remontamos el río Kunukunuma hasta llegar a Ciudad Guarinuma; después de recorrer el poblado y reunirnos con la asamblea continuamos navegando, pasamos sin inconvenientes el raudal Picure, luego el raudal Culebra, gracias a la versatilidad del hidro-deslizador, y tras recorrer un corto tramo de navegación llegamos a la comunidad Belén de Culebra. Esta comunidad se encuentra enclavada en uno de los valles más hermosos de la región que se extiende entre el cerro Huachamacare y el cerro Marawaka

Estos poblados son igualmente laboriosos y de economía sustentable a base de la agricultura, la tradicional elaboración de mañoco, la artesanía y el turismo. El trabajo de nuestro equipo, para fortalecer el apoyo al desarrollo económico y social, consistía en iniciar los proyectos para el suministro de electricidad y agua potable, sustituyendo los motores y plantas eléctricas a gasoil para evitar la contaminación, mediante la construcción de pequeñas represas hidro-eléctricas, aprovechando las caídas de aguas provenientes del cerro Marawaka o de los caños de corriente torrentosa, como la del caño Kunechade que abastece a Akanaña. Para estudiar éste y otros proyectos adicionales, el personal de Tito Mirelles se quedó en Culebra. Desde allí regresarían a Villa Esmeralda bajando el Kunukunuma y estudiarían sus afluentes de la margen izquierda con raudales vertiginosos, pues a la margen derecha sólo concurren caños menudos. Mientras tanto, Keyla y yo viajaríamos en el aviocóptero HADA en el cual nos habían ido a buscar al aeródromo de Culebra.

¡Wanaadi adheedai'chaato yeichöje!

¡Que Dios les bendiga siempre! Nos dijeron los jefes ye'kuana al despedirnos.

Como no conocía la zona, le pedí al piloto que sobrevoláramos la región del Marawaka donde estaba situado un gran salto. El salto Akudishodu se desprende desde una altura de unos tres mil metros, dando origen al río Mataasha. Dicen que sería el salto más alto del mundo si las aguas cayeran perpendicularmente, pero su caída se interrumpe en dos escalones y el volumen de agua disminuye notablemente en época de verano. Keyla y yo quedamos extasiados ante el impresionante y espectacular paisaje, mientras lo captábamos en nuestras videocámaras digitales en la diversidad de ángulos que nos permitía la posición del aviocóptero.

Continuamos con rumbo a Villa Esmeralda, evitando las fuertes corrientes de aire que se forman alrededor de la serranía. En la Villa esperaríamos la llegada del equipo investigador del arquitecto Tito Mirelles para realizar la segunda parte del recorrido hacia el sur, remontando el río Orinoco. Visitaríamos Santa María de Ocamo, Mavaca y Platanal, donde se han concentrado comunidades yanomami a partir de la presencia de los misioneros católicos a partir del año 1957.

La diferencia cultural entre los pueblos ye'kuana y los yanomami es obviamente conocida, así como su distinta aproximación al manejo de la selva y de la tecnología para la alimentación. Sin duda ha influido también, en el proceso de inter-culturación la educación recibida de los misioneros evangélicos y católicos, que fue de compendio distinto. Algunos sociólogos simplifican comentando que los ye'kuana tienen más vocación para el trabajo práctico y los yanomami para el trabajo intelectual. También se percibe esta etérea diferencia entre los pueblos piaroa y jivi, uno laborioso y otro indolente; sin que tenga que ver para nada, en este caso, la influencia atávica de los misioneros...

Pero ocurrió algo inesperado que nos haría posponer el plan que había esbozado.

Momentos antes de que la nave donde viajábamos se dispusiera a aterrizar en el aeropuerto de la Villa, el piloto recibió órdenes de aterrizar en la plataforma del CREDI. Enseguida el aparato giró a noventa grados para cambiar de rumbo.

Durante el giro, logré divisar el movimiento excepcional de muchas personas y gran cantidad de vehículos en el aeropuerto. Posteriormente nos enteramos por intermedio de la radio, que se estaba llevando a cabo un ataque combinado de las FAB y la GTA contra un bastión de las fuerzas del ESPJO y el EPNY ubicada recientemente en las alturas de la serranía La Neblina. Por otro lado, los medios audio-visuales confirmaban el ataque y mencionaban la llegada de heridos al aeropuerto. Tal como le fue ordenado, el piloto aterrizó la nave bajándola verticalmente después de atravesar la enorme boca de la piedra. Tan pronto aterrizamos Keyla se dirigió hacia el hospital zonal, atendiendo a su responsabilidad como médico. Yo me trasladé a la sala operacional de la GTA para conocer personalmente los detalles y tratar de localizar al mayor Bret. Enseguida me informaron que no había llegado de su luna de miel. No sé porqué, sentí un gran alivio.

En la sala operacional, oí más noticias sobre el ataque sobre La Neblina y mientras escuchaba, involuntariamente la mente se me atestó de escenas de aquel sueño que había tenido cuando precisamente huíamos de aquel sitio. Comprendía lo terrible que resultaba la de destrucción masiva provocada por aquellas andanadas de explosivos lanzados por los poderosos helicópteros Arawakos, pues lo había observado cuando Bret y Akiwë atacaron las minas de Lone Star.

Mi pensamiento oscilaba entre la imaginación y la realidad como un fatídico péndulo. Según la mitología de mis ancestros, las experiencias del *Adekáto* o ensueño provocado por el maligno *Odó'sha* contienen muchas informaciones valiosas para el futuro... ¡Para adivinar el futuro!, especialmente en lo que a cacería se refiere... Pero ahora se trataba de otro tipo de cacería... ¡la cacería humana...! Si me hubiese ocupado de interpretar la cosmovisión de mis antepasados ¿hubiera podido anticipar y evitar esta tragedia?... Pero ¿qué podía hacer yo para evitar un hecho que estaba fuera de mi control? ¿Cómo hubiera podido detener el desarrollo de esos acontecimientos con sólo tener un pronóstico dado por una supuesta revelación onírica...?

* * *

Asediado entre el trajinar por mis actividades y la angustia por los recientes sucesos bélicos, afortunadamente tuve la ocasión de encontrar un oasis de satisfacción cuándo Keyla me llamó desde el hospital. Se había negado a darme la sorprendente noticia telefónicamente; así que rápidamente me trasladé hasta allá y pude observar con pasmo al grupo de sinvergüenzas de *Lone Star*, de la Delegación del PCAP y los de la GTA en una situación patética, escuálidos, como pasados por las brasas, todos

juntos en una sala de rehabilitación, bien resguardados por la Policía Confederada. Cuando los vi, Robert Tood mantenía una fuerte discusión con el ex-delegado del PCAP, culpándose recíprocamente del fracaso de sus planes fraudulentos. Un guardia me aseguró que pasaban la mayor parte del tiempo en ese lío.

Según la información que dieron estos prófugos a los medios, un destacamento del EPNY los habían interceptado durante su travesía por la Amazonía brasileña, y tras un asalto incruento, los insurrectos habían averiado el *Hovercraft* en cual se desplazaban los corruptos y los capturaron, manteniéndolos como rehenes, para canjearlos posteriormente. Sin embargo, al enterarse el EPNY por los medios del saqueo que habían hecho sus antiguos socios, los torturaron para obligarlos a entregarles el dinero que llevaban. Lo que no sabían los disociados era que ese dinero era ínfimo comparado con la gruesa cantidad de incas que los corruptos y prófugos de la justicia venezolana habían transferido electrónicamente a bancos suizos. Con desfachatez y presos como estaban, los malhechores anunciaban una demanda por daños, perjuicio y violación de derechos humanos, tanto al EPNY como al gobierno regional. Lo cierto era que pronto enfrentarían a la justicia popular y tendrían que pagar sus culpas y devolver el dinero robado. Por otra parte, la GTA justificaba el ataque contra el EPNY en La Neblina, divulgando la información de un espectacular e incruento rescate de rehenes distorsionando la verdad de los hechos, tratando por todos los medios de minimizar y encubrir la realidad. Me había enterado de los pormenores del ataque a las posesiones subversivas a través de mis informantes confidenciales: había sido despiadado y cruento, y además, causó terribles daños ecológicos, que afectarían el cambio climático, con graves consecuencias para el futuro.

El recuerdo indeliberado del *Adekáto* me martillaba la mente repetidamente. A veces imaginaba escenas de construcciones maravillosas y deslumbrantes... con incrustaciones de oro, tapices de láminas doradas cubriendo gruesos muros de piedra y muchos metales preciosos esparcidos por todas las estancias. En otras oportunidades tenía visiones de ciudades pétreas bañadas en oro como las de los incas. Otras veces me sentía transportado a través de túneles etéreos sub-selváticos... La desazón me acompañaba constantemente hasta que un día, mientras mi mente desmenuzaba aquellos misterios, sentí de pronto una sensación de claro entendimiento: desde tres puntos lejanos llegaron destellos de ideas que se fundieron en una sola y me iluminaron. Uno era la sorprendente historia contenida en “La Crónica de Akakor” de Karl Brugger, de civilizaciones primitivas de Sur América con una red de ciudades unidas por túneles y cuyo radio de influencia tocaba las montañas de Parima. Una de estas ciudades, Akahim, supuestamente estaba situada en las laderas orientales del cerro La Neblina.

El otro destello era el del ensueño, el *Adekáto* inducido por el malévolo *Odó'sha*, cuya predicción sobre el cruento ataque al campamento rebelde, ciertamente se había cumplido, como también se había hecho realidad mi relación con Keyla.

Y el tercero era mi propia experiencia de las cavernas que servían de bunker a Akiwë en La Neblina. Aunque no había encontrado ningún vestigio de civilización antigua, obviamente, forzado por las limitaciones que mis captores me habían impuesto. De lo que pude ver, tuve la sensación de que en aquellas tallas moldeadas de piedra que me habían impresionado tanto, había intervenido alguien extraño a la naturaleza.

Desde aquel momento de albor, intuí que sólo había una manera de despejar la incógnita para llegar al quid del asunto. Estaba persuadido de que debería ir hasta el sitio clave para descubrir la causa del misterioso ensueño y, a la vez, satisfacer mi curiosidad acerca de la ciudad oculta: a la serranía La Neblina...

Había dos razones para mantener en reserva los planes de la expedición que estábamos por emprender hacia La Neblina. La primera se debía a que las autoridades militares estaban muy recelosas con relación a cualquier investigación acerca del ataque al campamento del EPNY, ya que estaban conscientes de la severidad de las leyes contra los delitos ecológicos y, debido a eso, impedían el acceso a la zona de hostilidad. Sin embargo, afortunadamente yo había planeado de antemano una gira administrativa hacia las zonas sur y oeste de la Región Amazonas y la zona fronteriza con Brasil. Se lo había advertido al comandante de las fuerzas militares, de tal manera que, por ese lado, evitaba despertar sospecha de que se tratase de un viaje adrede para hurgar precisamente el objetivo que había sido bombardeado durante el ataque a los renegados, en Sierra Neblina. La otra causa se debía a juicios personales, pues, debía tener mucha prudencia para no exponerme a hacer el ridículo si, por casualidad, llegara a concretarse el motivo de mi inquieta esperanza, es decir: el descubrimiento de algún vestigio de realidad oculta tras los sueños *Adekáto* y la “Crónica de Akakor”, sobre la supuesta existencia de la ciudad oculta, Akahim. Un descubrimiento de esta magnitud, debía manejarse con mucha discreción.

Después de haber transcurrido varias semanas, el asunto del bombardeo al campamento de los disidentes había pasado casi al olvido en los medios, así como todo lo relacionado con aquellos aciagos acontecimientos; mas no así, el caso de los implicados en corrupción, secuestro y estafa de los empresarios de *Lone Star Corporation* y los ex funcionarios de la Delegación del Poder Comunal para la Administración Pública. Cada día el expediente se hacía más voluminoso y los cargos aumentaban. Era tan evidente la acusación que, finalmente, los abogados defensores optaron por negociar la rebaja del tiempo de encarcelación. La atención de los medios de comunicación en este escándalo financiero y político, opacó mis gestiones administrativas circunstancialmente. No obstante este hecho contribuyó con mi propósito de viajar discretamente hacia el sur.

El transporte ideal hubiese sido un avión HADA o un helicóptero multipropósito, pero ninguno era conveniente para no despertar sospechas de mis planes. Ni siquiera el personal allegado a la Delegación sabía de mis intenciones, pues todos suponían que se trataba de una gira administrativa, como efectivamente, también lo era. De manera que sólo contábamos con el hidro-deslizador para realizar el recorrido fluvial desde Villa Esmeralda hasta el gran cañón del río Baria.

Cierto día, a temprana hora, salimos del puerto y remontamos el río, deslizándonos velozmente sobre el agua. Éramos el mismo equipo, con excepción de Keyla, que habíamos visitado la región al norte del Duida-Marawaka. Me había costado convencerla de que se quedara y sólo accedió dándole mi compromiso de que la llevaría en la próxima gira. En su lugar incorporé a Flaviano Yawari como experto baquiano de la zona y, por supuesto, no podía faltar el doctor Shek.

Después de recorrer gran parte del río Casiquiare, llegamos a la desembocadura del río Pasimoni, situada a treinta kilómetros río abajo del raudal de Quirabuena; su anchura de unos 250 m demuestra que es el más importante de los afluentes del Casiquiare. Continuamos por el Pasimoni, a máxima velocidad y sin contratiempo hasta la confluencia del Yatúa. Este afluente llega a la desembocadura por entre cerros después de haber avenado, por medio de numerosos caños, las tierras cenagosas que bordean la mesa del cerro La Neblina. Desde la confluencia el Yatúa hasta sus nacientes, localizados en la serranía La Neblina, el río Pasimoni toma el nombre de Baria. En su travesía por la penillanura, el Baria corre lentamente bajo un túnel forestal, en ese trayecto nos desplazamos con precaución, pues para esta época estaba escaso de caudal. Pero en invierno se inunda facilitando así la navegación.

Habíamos sobrepasado estos tramos fluviales que corren a través de la peniplanicie sin dificultades, pero no con la rapidez que tuvimos cuando bajábamos huyendo con Bret. En esta oportunidad había dado instrucciones de detenernos en los centros de mayor población, donde nos abastecíamos de comida fresca y, principalmente para escuchar los requerimientos prioritarios de los ciudadanos, aunque mi ansiedad por llegar lo más pronto posible al lugar destinado no me permitían prestar la atención necesaria a mis compatriotas, por esa razón encargué de esos asuntos a uno de los más eficientes colaboradores del equipo: Agapio Yarumare. A pesar de mi afán por llegar pronto a La Neblina, no dejé de visitar la Estación Móvil de Investigación Fluvial que estaba anclada en la laguna del Pasiva. Esta unidad flotante, diseñada y construida en el astillero de Puerto Venado, utilizaba la energía solar para alimentar las instalaciones y los equipos requeridos para su propósito, así como para el confort de los investigadores; podía ser remolcada a cualquier río o cuerpo de agua. Los jóvenes y entusiastas investigadores me hicieron algunas peticiones y recibieron todo el apoyo posible de mi parte. También nos detuvimos brevemente en las alcabalas móviles de control.

Al cabo de tres días de haber salido de la Villa, después de haber remontado el río Baria, llegamos al final de nuestro viaje al toparnos con un gran salto que impedía la navegación más allá del curso del estrecho río. El último trayecto por el Gran Cañón de este río, lo habíamos hecho con mucha dificultad, a pesar de la versatilidad del hidro-deslizador.

Me conmovió mucho recordar los sucesos que nos habían ocurrido a Bret y a mí en ese sitio; el paisaje me era familiar, pero presentí que algo no encajaba en la

armonía que aparentemente veía. Los acontecimientos que sucedieron la última vez que había estado allí, me habían impedido apreciar con detenimiento la belleza salvaje y espectacular del paisaje. No obstante, había en el ambiente algo que opacaba esa belleza. Algo diferente al hecho de que por ser época veraniega, había mucha calina ambarina y, el ambiente era sofocante. Habíamos observado anteriormente el estado turbio de las aguas. Inicialmente pensamos que el motivo era algún desbarrancamiento ocasionado por la erosión natural, pero luego intuíamos todos que eso no era la causa. La descubriríamos posteriormente. La gran cascada, por la que una vez me había lanzado, mantenía sus condiciones de espectacular belleza, aunque por la acción del verano, su caudal me parecía insignificante, comparado con el que había visto antes. Continuaba manteniendo su apariencia: la blancura de sus chorros, la neblina tremolando su frescura contra el calor natural, en fin, la madre selva se mantenía fresca y serena ante la adversidad de que sufrían sus aguas, como la madre que enfrenta estoicamente la desdicha que le ocasionan sus hijos.

Acampamos al pie de la cascada. Tuvimos que decantar el agua para beber y cocinar, ya que no estaba del todo límpida. Nos reunimos alrededor de la fogata para cenar: arroz y plátano frito con una sabrosa carne de lapa, envasada por Alimentos Continental, exitosa empresa fundada por mi viejo amigo Arsenio. Después organicé todo lo concerniente a nuestra salida, programada para la madrugada del día siguiente: equipos para escalar, cámaras fotográficas, linternas y provisiones para tres días. En el campamento quedaría la mayor parte de hombres que conformaban la expedición, a cargo de Flaviano Yawari; también dejaríamos allí el grueso de las provisiones. Sólo me acompañarían el doctor Sheng Shek, Agapio Yarumare y el baquiano Pedro Guachúpiro. Momentos después de haber colgado nuestros chinchorros, ya los hombres dormían plácidamente arrullados por el rumor adormecedor de las aguas. Yo, en cambio, tardé bastante en conciliar el sueño.

* * *

Estuvimos escalando la montaña durante casi todo el día, siguiendo un sendero angosto y poco tratinado, descubierto por Agapio. Además de lo agreste y empinado del camino, el peso de nuestros morrales nos dificultaba el ascenso, aun cuando la mayor carga la llevaba el ayudante. Al atardecer llegamos al borde del acantilado que rodeaba al pequeño valle donde había estado enclavado el bunker de los disociados.

La luz del sol caía casi horizontalmente produciendo largas sombras. Meses antes, ese paisaje me había parecido maravilloso, como todos los de esa espectacular serranía. En cambio, en esos momentos me producía un escalofrío espantoso observar los grandes destrozos ocasionados al ecosistema del valle. El panorama matizado por el efecto de las sombras ofrecía un escenario realmente dantesco...apocalíptico. La laguna convertida en una ciénaga, las montañas chamuscadas y los suelos magullados

y con grandes cráteres, emulando al paisaje lunar. En tanto, el cielo mostraba la presencia de algunos insaciables zamuros y buitres que abandonaban la carroña sobrante.

Acampamos en un claro, con el propósito de bajar al día siguiente. Desde este sitio, con vista al lado contrario de aquel escenario espeluznante, se podía contemplar la extensa planicie casiquiareña que se extendía como una gigantesca estera a los pies de la mesa de la serranía.

Hasta la altura donde se ubicaba nuestro campamento llegaban atisbos de humo que despedían las grandes fogatas que se diseminaban en la penillanura amenazando con propagarse por toda la selva, a consecuencia de la sequía. Y el olor a verde quemado era penetrante. Mi sombrío estado de ánimo no me permitía discurrir sobre este infausto panorama selvático que, a pesar de todo, sería pasajero gracias al gran poder revivificante de la naturaleza. Estoicamente asumí que estaba atrapado entre dos infiernos. Uno, producto de la maldad del hombre y otro con visos de naturalidad, pero ambos nefastos para la vida. Con todo, permanecí horas estático, sentado sobre una piedra hasta que oscureció.

A medida que iba aclarando el día, bajábamos hacia el insólito abismo entre grandes oquedades. En ese intervalo íbamos asimilando los detalles de los enormes daños ecológicos causados por el bombardeo, hasta llegar al borde de la ladera donde una vez se posaba el helicóptero. De esa máquina voladora encontramos tan solo algunos fragmentos. Todas las instalaciones construidas por los disociados del ESPJO y hábilmente disimuladas entre las cavernas, habían desaparecido o se habían desmoronado por efecto de las bombas. Del tren que comunicaba ambas laderas como un gusano eléctrico de parque, sólo encontramos pedazos esparcidos por los alrededores de la línea. Los zamuros habían descarnado a los cadáveres regados por doquier y el olor era insoportable. El agua de la laguna había perdido su tono original, ahora estaba turbia, con su superficie llena de árboles y palmeras caídos o destrozados. De aquel maravilloso valle solo quedaba intacta la hermosa cascada que adornaba al valle, en la vertiente sur del caño.

Finalmente llegamos al sitio donde funcionaba el bunker de Akiwë, donde me habían mantenido cautivo. La dura roca exterior, como la que sobresalía unos cuatro metros del talud y servía de cubierta, apenas presentaba leves rasguños por el impacto de las bombas, pero las obras de piedra y mampostería que habían construido los hombres del ESPJO, estaban completamente destrozadas. A pesar del estado catastrófico en que se encontraba el sitio, pude reconocer algunos ambientes. Nos extrañamos de no encontrar allí ningún cadáver, como lo habíamos hecho en otros lugares del campamento. En este sitio, ya no sentimos los malos olores y, pasado el mediodía, pudimos refocilarnos y comer algo a base de enlatados y galletas que preparó nuestro ayudante Guachúpiro. Después de un breve descanso reanudamos nuestro trabajo, fotografiando todos los detalles y anotando. Habíamos terminado de

revisar todo el infernal sitio y deseábamos salir de allí cuanto antes para descansar en nuestro improvisado campamento en el borde de la colina, entonces me di cuenta que estaba penetrando por un túnel que antes no había visto. Enfoqué mi linterna hacia lo profundo y el haz se perdió en el fondo.

Caminé adentrándome unos pasos; de pronto sentí algunos chispazos esporádicos y pensé que se trataba de cortocircuitos por los daños en la instalación eléctrica de los paneles solares, aunque antes había observado que había sido destruida. Sentí que la adrenalina comenzaba a fluir por mis venas.

Seguí caminando nerviosamente hacia lo profundo y súbitamente se abrió ante mí un enorme espacio circular. Una gran concavidad negra como pude apreciar al recorrer el haz de la linterna. Deduje que se trataba de una gran plaza subterránea y di unos pasos hacia su centro. Alrededor de ella se sucedían edificaciones hechas con bloques de piedra semi derruidas, algunas decoradas con mosaicos o con grandes bajorrelieves moldeados en piedra con representaciones doradas de animales, aves y figuras mitológicas: a la luz de la linterna eran brillantes y horriblemente fantasmales. Estaba tan abrumado, atónito y asombrado, que no había mirado hacia arriba. Cuando lo hice, enfocando la linterna, me sorprendió la enorme bóveda que cubría la totalidad del gran círculo que deslindaba la plaza; su tallado era casi perfecto, era una miniatura de la bóveda celeste, cuyas estrellas doradas, resplandecían al paso del haz de mi linterna. Cuando me sosegué, percibí que el espacio de la plaza no era exactamente circular sino poligonal, así como la bóveda era de forma poliédrica. ¡Es una especie de CREDI gigantesco! grité extasiado. Las bruñidas figuras espectrales se ofendieron por mi blasfemia, se movieron sobre sus lápidas doradas y clavaron sus ojos sobre mí. El miedo me obligó a correr hacia el túnel de entrada.

— ¡Agapio! ¡Doctor Shek! ¡Pedro! ¡Vengan pronto! ¡Por aquí! — llamé a mis compañeros. Esperé unos segundos y volví a llamarlos. — ¡Doctor Shek! ¡Agapio! ¡Pedro! ¡Vengan rápido! ¡Aquí al fondo de la cueva!

Al no recibir respuesta alguna, repetí mi llamado pero no aparecían, y en mi desesperación corrí a buscarlos.

En ese momento, al tratar de abandonar la entrada del túnel me estrellé con una especie de muro invisible y sentí un pavor indescriptible. Apenas pude razonar, entendí por qué mis llamadas no habían sido oídas por mis compañeros. Los chispazos fueron haciéndose cada vez más frecuentes. Entre la confusión pude apenas ver que la luz que iluminaba el túnel desde el exterior desaparecía tras un derrumbamiento de rocas, fue un momento de extremo abatimiento al sentirme atrapado entre la oscuridad de las rocas. Casi simultáneamente, me sentí rodeado por una aureola de energía azul. El torbellino me envolvió y me devolvió a través del túnel hasta el centro de la plaza, ocasionándome un fuerte mareo y luego... Súbitamente una luz deslumbrante brotó desde la alta clave de la bóveda y me circundó en un vacío total, donde me sentí ingravido, girando entre los horribles

rostros dorados y resplandecientes del perverso *Odó'sha*, que en ese momento reían a carcajadas. Tuve la impresión que el vértigo me haría perder el conocimiento, pero contrariamente, pronto me sentí tan comfortable como un pájaro en vuelo. Como un antiguo Superman o como un shamán ye'kuana en vuelo extático. Por un tiempo indefinido me sentí eufórico, volando a través de un túnel etéreo hasta que, de antuvión, regresé a tierra cayendo aparatosamente en un lugar muy frío de montañas, muy diferente a los de Amazonas y Orinoco, tal vez en Los Andes.

Al caer de la hamaca sobre la arena húmeda de la playa, me di cuenta que el malévolo *Odó'sha* me había inducido el *Adekáto* una vez más. Tuve el presentimiento que esta vez había sido un sueño letal. Miré el reloj y eran las cuatro y media, así que decidí quedarme despierto para partir cuanto antes, pues estaba seguro que lo del sueño, pronto sería una realidad. Recordé vagamente cuentos que escuchaba cuando niño, de algunos familiares viejos que contaban de la existencia de túneles bajo tierra, ciudades bajo las aguas por donde viajaba y vivía gente que había caído bajo el hechizo de los encantos. A pesar de que estaba resuelto a dejarme llevar por la quimera, le pregunté a Pedro Guachúpiro si podía conseguir unas hojas de *Sanóko* para preparar una infusión contra el *Adekáto* pero me dijo que conocía la hoja pero que la infusión debía ser preparada por un shamán o yerbatero y se extrañó mucho, porque esas preparaciones estaban en desuso desde hacía muchísimo tiempo.

Media hora más tarde partimos con rumbo a la serranía. Agapio adelante, Pedro atrás, Cheng y yo en el medio. Poco después de haber comenzado a andar, las sombras que envolvían el cerro se disipaban y comenzó a mostrar su faz bañada por los primeros rayos dorados. Mientras escalábamos con mucha dificultad por el estrecho sendero, tenía la impresión de que estaba repitiendo los mismos movimientos en los escenarios que había soñado. Al final de la tarde, alcanzamos las alturas y observamos los destrozos causados por el bombardeo en el valle, me impresionó mucho la analogía de la realidad con respecto al sueño que había tenido. Me senté sobre una piedra a contemplar el panorama, aprovechando la postrimería de la luz. Al lado contrario donde había ocurrido el bombardeo, se extendía a nuestros pies la inmensa peniplanicie casiquiareña. En invierno la inundan los torrentes que caen desde las serranías sureñas y orientales, alimentados por grandes precipitaciones: en sus cuencas se originan los afluentes que aportan caudal al Casiquiare y anegan el resto de la llanada. En cambio, en el corto periodo de verano los ríos avenan la selva inundada y el sol reseca la espesura. Con la sequía se originan y propagan grandes fogatas, como las que ahora observaba, esparcidas a lo largo y ancho de la gran peniplanicie.

Me sentí inútil e impotente ante la destrucción que veía, empero la contemplación de la inmensidad aun esplendorosa del valle, ayudó a sosegar me. Al anochecer, alrededor de la fogata que había servido para cocinar la cena, conversamos extensamente sobre los incidentes del viaje y sobre lo que haríamos al día siguiente.

El compartir con mis compañeros terminó de calmar mi ansiedad. Me acosté en el chinchorro deseoso de dormirme rápido, aprovechando la agradable temperatura de 20 grados. Todo estaba a punto de esclarecerse, mañana sería el gran día..., pensaba mientras veía asomarse por entre las nubes de humo, el disco de luna llena. Iba dibujando tras las ramas tenebrosas imágenes que, azuzando mi imaginación, revivieron mi ansiedad de esclarecer el misterioso llamado que me hacía *Odó'sha* desde las cavernas. El sueño escapó de mí y sólo esperaba por un pronto amanecer. Suspiré por una botella de güisqui.

En aquel momento vi, de refilón, una sombra desplazarse hacia el sitio donde teníamos nuestras provisiones. Dudé un instante confundido con las sombras de mi imaginación, pero reaccioné al instante comprendiendo que se trataba de una persona real y lancé un grito de alarma. Al mismo tiempo, uno de los nuestros, con un movimiento felino se abalanzó sobre la sombra intrusa confundiendo con ella. La duplicada sombra se movía violentamente, mientras nos acercábamos, pues ya todos se habían despertado. De pronto, vimos relucir la hoja de un cuchillo en mano de uno de ellos y luego distinguimos al doctor Shek tratando de detener la mano amenazante. Agapio estaba a punto de intervenir, cuando Cheng Shek realizó una astuta maniobra, que pudimos detallar al acercarnos. Colocándose a la espalda del otro, le dio un golpe seco que le hizo aflojar el cuchillo y se lo arrebató. Con otro movimiento inutilizó los brazos del atacante y presionó la hoja metálica en el cuello; el agresor quedó paralizado. Cheng Shek vio que todos estábamos a su alrededor y lanzó despiadadamente a su agresor al suelo. Enseguida Agapio se encargó del salteador y se ocupó de hacerlo hablar.

Resultó ser un sobreviviente del ataque al bunker de Akiwë que andaba en busca de comida. Confesó que había quedado herido y rezagado mientras los demás huían, que Akiwë y un buen grupo de los suyos habían quedado atrapados en las cuevas y había sido imposible rescatarlos por la gran cantidad de piedras y tierra que tapiaron las entradas. El hombre resarcíó el hambre, luego le ofrecimos suficiente provisión para que continuara su viaje, pero la rechazó pidiéndonos, mas bien, unirse a nuestro grupo, garantizándonos el mejor camino para llegar hasta el destrozado bunker.

Después de tranquilizarnos todos, ya no pudimos dormir más. Me quedé horas mirando al cielo y sus estrellas opacadas por la calina, pero aquel paisaje que yo amaba tanto, no significaba nada para mí esa noche, porque mi obsesión por llegar a las cavernas para comprobar si realmente existía esa réplica planetaria de la bóveda pétreo con estrellas de oro, era mayor a medida que pasaban las horas.

Con las primeras luces comenzamos a bajar hacia el lago, sorteando los grandes cráteres y troncos de árboles caídos. Efectivamente, aquel que fue un maravilloso lago se había convertido en un pantano. La experiencia hasta ahora era similar a la del día anterior: hasta el momento la realidad coincidía con el ensueño. Sin que nos diéramos cuenta, por la atención que prestábamos al tétrico panorama, llegamos a la bifurcación

del camino. En ese instante sentí que una fuerza superior, me obligaba a actuar en contra de mi voluntad. Vacilante, por la lucha interna que mantenía, le ordené a Agapio y Pedro explorar la ladera occidental mientras yo me dirigí con el doctor Shek y el nuevo guía hacia la oriental. El fuerte impulso de ir hasta aquel sitio me hizo andar con mucha rapidez, saltando de un lado a otro de la arruinada línea del arruinado tren y salvando las enormes oquedades. Sin darme cuenta, me había adelantado al propio Cheng Shek, que era el experto en arqueología. Sentía tanta ansiedad de llegar al sitio que desestimé el sentido común y caí en el desatino que significaba apartarme de mis compañeros. Cuando llegué a la entrada de la gruta que había servido de guarida de Akiwë, identificada por la enorme laja que la cubría como un techo, me detuve a descansar. Luego me dediqué a hacer algunas anotaciones, conmovido por los destrozos del lugar que yo había llegado a conocer detalladamente, ahora completamente irreconocible. Aquel admirable paisaje que yo acostumbraba a observar desde el calabozo donde estuve recluido ya no existía: ¡Cuanta diferencia existe entre la selva virgen, incontaminada y la intervenida criminalmente por el hombre!

Cuando dirigí la vista hacia el norte, vi a Cheng Shek acercándose con mucha dificultad, detrás del rastro ágil del nuevo guía. Más allá, las diminutas figuras de mis ayudantes se alejaban zigzagueando hacia el oeste. Me embargaba la emoción, y me regocijaba por esa aptitud que siempre tuve de concebir la realidad con cierto sentido mágico. Con todo, esperé impaciente a Cheng. Seguidamente decidí dejarme llevar por aquel impulso extrasensorial que me empujaba a ir al encuentro de mi destino y continuamos recorriendo el tortuoso borde de la ladera; solo pudimos observar más y más derrumbes y destrozos de las instalaciones del cuartel del EPNY. Cheng y yo estábamos agotados y decepcionados, dispuestos a abandonar la búsqueda para continuar al día siguiente, pero el guía insistió en conducirnos hasta otro boquete descubierto, evidentemente, por la acción demoledora de las bombas. Lo seguimos y tuvimos que pasar a través de un laberinto de piedras y escombros, hasta donde era imposible llegar sin conocer el camino. En realidad, jamás hubiéramos podido avanzar, sin la ayuda del guía, hasta aquel sitio, donde la luz de las linternas se perdía en el profundo abismo.

En este momento, estoy persuadido que todo tiene que ver con el *Adekáto*, y en alguna parte de esta caverna tendrá que aparecer algún indicio de la ciudad recóndita. Así que, terminaré mis anotaciones digitalizadas y guardaré la computadora portátil en la mochila para dejarla junto a la de Cheng en la entrada. Después, sólo con el equipo de espeleología, penetraremos en el tenebroso agujero.

EPILOGO

Cuando finalmente Pedro Guachúpiro y yo dimos con el sitio desde el cual nos llamó el profesor Tapo, solo encontramos allí su morral y el del Dr. Cheng. Buscamos por los alrededores gritando como locos el resto de la tarde, pero ninguno de los dos apareció, ni tampoco el nuevo guía. Tampoco encontramos rastros de ellos. Al día siguiente continuamos la búsqueda, sin éxito, regresamos para avisar a las autoridades de Villa Esmeralda.

En todas las comarcas y ciudades extendidas en la vasta región que abarcan el Estado Orinoco y la Región Amazonas, hubo manifestaciones de condolencia y pesadumbre al difundirse la noticia de la desaparición del profesor Oliver Tapo, del doctor Cheng Shek y del comandante Akiwë y su gente. En menor grado también las hubo en el resto del país y en la Confederación. No se escatimaron esfuerzos para realizar una intensa búsqueda por parte de las autoridades y tampoco en la que, tiempo después, realizamos Guachúpiro y yo por nuestra propia iniciativa, pues aquella aciaga tarde, cuando encontramos solo los morrales, no observamos por ningún lado la entrada de la caverna que menciona el profesor en sus apuntes computarizados, lo cual nos colmó de incertidumbre. De acuerdo a nuestras observaciones, presumimos que fue tapiada de alguna manera misteriosa, tal vez en el tiempo comprendido entre la entrada del profesor y sus compañeros y nuestra llegada al sitio. Los infructuosos resultados de la búsqueda me llevaron también a confirmar varias de las muchas noticias sobre el caso, a veces contradictorias, que fueron divulgadas por los medios impresos, audiovisuales y la web, algunas de las cuales anexo a continuación:

14 de marzo de 2059. EL VOCERO DEL DUIDA informa:

Desaparecido el Prof. Oliver Tapo

En horas de la mañana se confirmó la noticia de que el administrador público comunal, profesor Oliver Tapo y el famoso arqueólogo Dr. Cheng Shek han desaparecido misteriosamente cuando excursionaban las laderas orientales del cerro

La Neblina. Agapio Yarumare, quien los acompañaba, nos informó que habían estado explorando unas cavernas situadas en la cumbre de la serranía y de un momento a otro perdieron contacto con Tapo, Shek y su guía. Ambos eran aficionados al estudio de las leyendas y culturas amazonenses y también directivos del IAMAB.

El funcionario Yarumare informó también que sólo encontraron los morrales de los desaparecidos y la computadora portátil del profesor Oliver Tapo, que contiene importantes datos sobre sus investigaciones arqueológicas y científicas; también encontraron un grabador HST–High Secret Technology–. Este material fue entregado al departamento de investigaciones de la Policía Confederada para su análisis y luego será devuelto a la esposa del profesor Tapo.

NOTICIERO DEL ALTO ORINOCO.

16 de marzo de 2059

KEYLA MIRELLES asumirá hoy el cargo de delegado del Poder Comunal para la Administración Pública de la comuna Alto Orinoco.

Después de largos debates entre representantes del poder comunal y sus voceros en la administración pública, un portavoz de esta institución informó que habían llegado a un acuerdo por consenso para encargar a la doctora Keyla Mirelles, mientras dure la ausencia del titular, a quien las comisiones de rescate continúan buscando. Mediante este acuerdo, la doctora Mirelles, esposa del desaparecido delegado Oliver Tapo y de origen cubano-venezolana, podría ocupar el cargo hasta completar el periodo correspondiente para el cual fue electo el profesor Tapo.

En declaraciones exclusivas para el Noticiero del Alto Orinoco, la doctora Keyla Mirelles reveló que dará un cambio de rumbo al programa que se venía ejecutando bajo la administración de su esposo; con el objeto de rectificar los proyectos en estrecha colaboración con los voceros del Poder Comunal y demás poderes constituidos

A tres meses de la desaparición del primer delegado, profesor Oliver Tapo
Por: Narda Tapo, corresponsal del Tiempo de Bogotá

El 13 de junio del corriente año se cumplieron tres meses de la desaparición misteriosa del profesor Oliver Tapo y sus compañeros, sin que hasta ahora se haya averiguado algo sobre el caso. Su desaparición ha dado lugar a cierta incertidumbre sobre la posible existencia de una ciudad incaica perdida en los confines de aquel imperio, localizada aparentemente por mi padre en compañía del doctor Cheng Shek, en el lado este del cerro La Neblina, Sin embargo, no existe certeza alguna sobre este supuesto descubrimiento y la desaparición de los dos. Sus familiares y mi esposo, el mayor Bretanio Asisa, quien estuvo a cargo de la comisión para su búsqueda durante quince días, estamos estudiando el diario y anotaciones de la computadora personal del profesor, dejada en su mochila en la entrada de la cueva donde desapareció, la cual fue entregada a la Policía Confederada por el licenciado Agapio Yarumare, quien lo acompañó hasta momentos antes de su desaparición.

Cabe destacar que ya se han forjado conjeturas con respecto a la desaparición de dos delegados, casualmente en Sierra Neblina, aunque en circunstancias diferentes, ya que uno fue encontrado, pero no ha ocurrido así con el profesor Tapo. Hay suposiciones de que fue secuestrado por segunda vez por los separatistas.

Por otra parte, el Poder Comunal para la Justicia se ha abocado a reactivar el juicio contra las autoridades de la FAB, por crímenes ecológicos, cometidos durante la lucha anti-separatista. La acusación está basada en las pruebas fotográficas presentadas por los colaboradores del profesor Tapo: Agapio Yarumare y Flaviano Yawari, captadas precisamente durante la excursión donde fatalmente desapareció mi padre y el doctor Shek.

LA PRENSA. 26 de junio de 2059

Localizan perdidos en la selva.

Pucallpa, Perú. (www. Sur Express). Un grupo de cazadores nativos de la región de Ucayali, encontró a tres personas moribundas en plena selva amazónica, los nativos trasladaron a estas personas hasta el hospital departamental, donde ingresaron en un estado muy crítico. Fuentes locales informaron que pudieron averiguar la identidad de los tres: se trata de ciudadanos venezolanos cuyos nombres son Oliver Tapo de 56 años, Nacho Akiwë de 35 y Yorley Asisa de 30. Siendo esta última la única sobreviviente, pues los hombres murieron horas después de ingresar al hospital.

Yorley Asisa pudo declarar brevemente y contó algunas historias incongruentes, como la de haber viajado a través de un túnel desde la región Sur de Venezuela hasta las faldas de la Cordillera Oriental de los Andes peruanos, muy lejos del sitio donde los encontraron.

Uno de los cazadores informó que habían localizado a los hombres y la mujer muy maltrechos, casi moribundos, pero que uno de ellos insistía en hablar con cierto arqueólogo muy conocido en el país y deliraba pronunciando repetidamente la frase: ¡Si existe, Akahim existe! ¡La hemos encontrado!

27 de junio de 2059. LA VOZ DE PUCALLPA informa:

Rescatados sobrevivientes de excursión turística

Un grupo de cazadores, localizó y socorrió a tres personas, presuntamente turistas que se extraviaron en la selva, dos de los cuales murieron ayer en el hospital departamental a consecuencia de poli fracturas y desnutrición. Según información de Yorley Asisa, venezolana de 30 años, otras siete personas, entre hombres y mujeres, murieron en el trayecto que hicieron hasta el lugar donde fueron localizados. Sin embargo, la noticia es confusa, pues esta única sobreviviente manifiesta síntomas de enajenamiento.

Mañana, se espera en el aeropuerto local, el arribo de un avión procedente de Venezuela que trasladará los cadáveres y a la sobreviviente hasta Villa Esmeralda, capital de la Región Amazonas de aquel país.

* * *

Dos años después de la desaparición del profesor, sus familiares y amigos nos volvimos a reunir en su memoria y tratamos lo concerniente a la compilación de esta obra. Ya pocos hablaban del Profesor Tapo y menos del doctor Shek, ni de la misteriosa desaparición y muerte de ambos. Tampoco hablaban de Akiwë, uno de los artífices del fallido plan de pacificación. Algunos rumorean aún acerca de la versión que se había difundido con más fuerza, a pesar de las protestas de Narda, las aclaratorias de Keyla, los desmentidos del mayor Bret y la lealtad de otros amigos del difunto: que había sido un accidente aéreo ocurrido cuando el profesor Tapo y sus acompañantes, todos de confianza, trataban de llegar a Chile con un cargamento de oro.

A raíz de la desaparición de Akiwë y casi todos los líderes pacifistas del EPNY, la facción guerrerista tomó el control de la organización y, habiendo echado por la borda todo el esfuerzo de Nacho Akiwë y de Bret Asisa, reactivaron las hostilidades contra la nación. La gente sigue conviviendo con las calamidades de guerra separatista y toda la actividad se desenvuelve en un ambiente irritable y aprensivo.

El profesor Tapo continuó viviendo virtualmente entre su comunidad a través de su legado escrito que al paso del tiempo, resultó más convincente que el rumor malicioso de sus detractores. Sus apreciaciones sobre las ciudades ocultas llegaron a convertirse en temas fabulosos, parangonándose con el del Dorado, el de Temendagui o el de Akahim. Para consuelo de sus amigos, Oliver Tapo dejó una última herencia: Keyla Mirelles, había dado a luz una niña seis meses después de la desaparición de su esposo. Continuaba ejerciendo el cargo que dejó el difunto; en el patio de su casa sembró *Sanóko*, para no caer en la tentación de los ensueños y se ha casado de nuevo. Mientras tanto, los pueblos indígenas fortalecidos y unidos en el 3PO3D, así como los criollos y foráneos, que se oponían a la quimera separatista, se dedicaban a realizar los sueños colectivos, a construir y desarrollar el país con denuedo y esperanza en una vida futura libre de corrupción, de ejércitos y armamentos, libre de mentiras y de líderes políticos: libre de contaminación.

Pese a todo, yo seguía indagando sobre aquellas cuestiones quiméricas, sin perspectivas ciertas de traspasar las fronteras entre las dimensiones ignotas, tal como Oliver Tapo lo había hecho. Quizás era la causa de que andaba, sobre todo después que me empapé del contenido del diario de Oliver, anhelando volver a la sierra y provocar a *Odó'sha* para dejarme llevar hasta por el ensueño *Adékato* hasta sus dominios: el sueño fatal. Sería la única forma de averiguar realmente el misterio de la desaparición de nuestros amigos, aunque para un ye'kuana como yo, Agapio Yarumare, era como buscar la muerte para ver si existe el cielo.

A. Y.

SIGLAS UTILIZADAS

ACE. Acción Cívica Ecléctica
CICOPE. Ciudad Comunitaria de Producción Endógena
COHTUA. Cooperativas de Hospedajes Turísticos Amazónicas
COREAM. Confederación de Repúblicas Amazónicas
CREDI. Comando Regional Estratégico para la Defensa Integral
EDIRA. Empresa para el Desarrollo Integral de la Región Amazonas
EPNY. Ejército Popular Nacionalista Yanomami
ESPJO. Ejército Soberano de Paz, Justicia y Orden
FAB. Fuerza Aeronáutica Blindada
FAC. Fuerza Armada Confederada
GTA. Guardia Territorial Amazónica.
IAMAB. Instituto Amazónico del Medio Ambiente y la Biodiversidad
PAFA. Patrulla Aéreo-Fluvial Amazónica.
PCAP. Poder Comunal para la Administración Pública.
3PO3D. Poder Popular de los Pueblos Originarios para la Defensa de sus Derechos Democráticos

Néstor Rafael González Mazzorana



Nació en Puerto Ayacucho, el 1º de febrero de 1947. Las primeras letras las aprendió en la escuela de Las Carmelitas, a orillas del río Ventuari y concluyó la primaria en el Colegio Pío XI. Cursó secundaria el Liceo Amazonas y en Liceo San José de Los Teques. Obtuvo su título de Arquitecto el año 1975 en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central de Venezuela.

Comenzó a iniciarse en el campo de las letras, coordinando el órgano divulgativo “Impulso” de la Asociación de Estudiantes de Amazonas, de la cual fue miembro fundador. En aquellos tiempos universitarios comenzó a escribir su primera novela de aventuras, que dejó inconclusa. Después de muchos años de dedicación a su profesión de Arquitecto tanto en el campo privado como en la función pública, siempre en Amazonas, publica en 1998 su historia novelada con el título de: **“Amazonas 1857, un rastro sobre las cenizas”** (Ediciones de la Gobernación del Estado Amazonas).

El año 2004, publica su segunda novela: **“Encanto de Tonina. Amazonas 1957”** (Fondo Editorial Biblioteca Amazonense- CONAC). En 2012 la Editorial “El perro y la rana” lanza **“El Regatón”** que es un complemento y continuación de “Amazonas 1857”.

“En La Neblina”, es una obra de corte futurible, donde se plantea la lucha entre ecologistas y los causantes de la proliferación de contaminación ambiental y destrucción ecológica de la exuberante región amazonense. Una advertencia a evitar el camino equivocado hacia el futuro. Un llamado a detener la tendencia hacia el etnocentrismo. El autor tiene el encumbrado objetivo de pretender completar junto a las obras anteriores, los rasgos substanciales del mundo mágico amazonense, en el transcurso de doscientos años por medio de la historia novelada.

